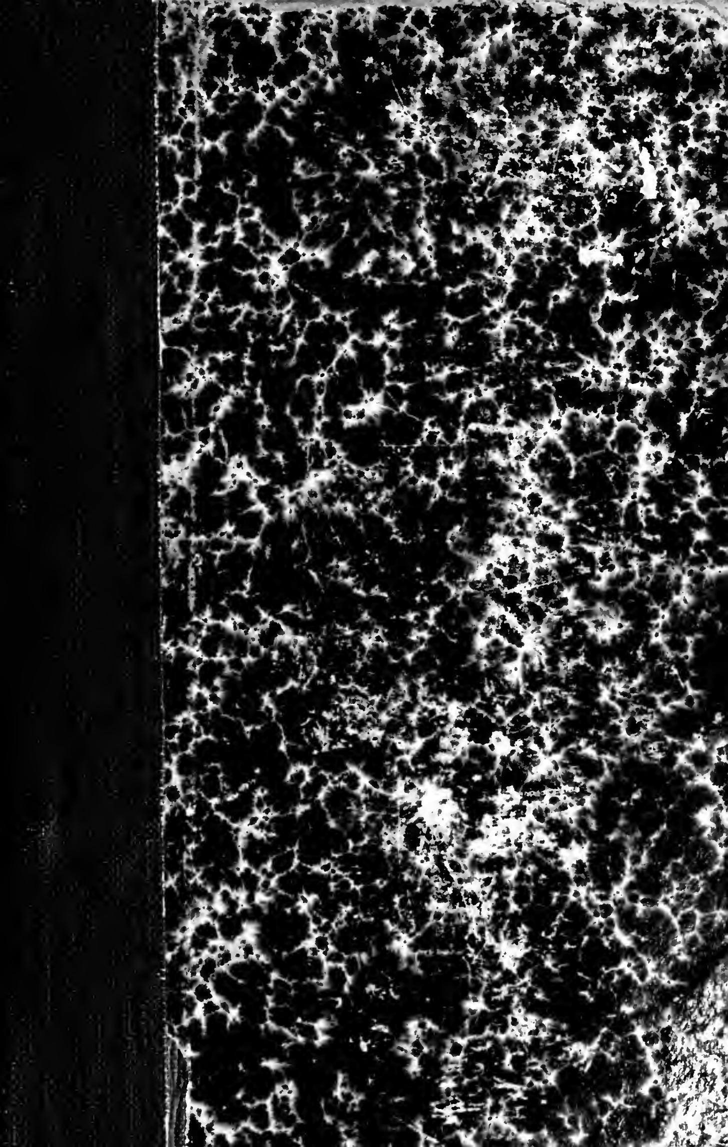



UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

[Comedias]

Vol. 8.

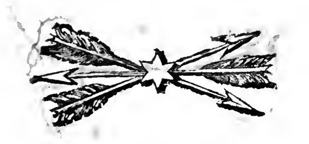
CONTIGO PAN Y CEBOLLA.

COMEDIA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS

POR

D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

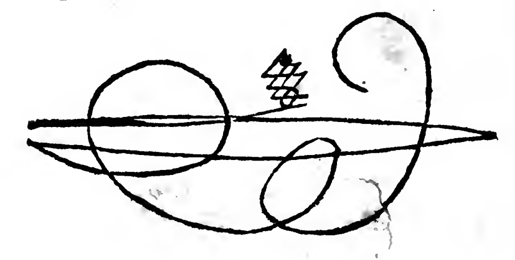


MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Julio. — 1833.

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien pondrá su firma en todos los ejemplares, y perseguira ante la ley al que la reimprima.



PERSONAS.	ACTORES.
Don Pedro de Lara.	*Sr. Elías Noren.*
Doña Matilde, su hija.	*Sra. Concepcion Rodriguez.*
Don Eduardo de Contreras.	*Don Cárlos Latorre.*
Bruno, criado de Don Pedro.	*Sr. Antonio Guzman.*
La Marquesa.	*Sra. Joaquina Baus.*
El Casero.	*Sr. Luis Fabiani.*
La Vecina.	*Sra. Refaela Gonzalez.*

La Escena se pasa en Madrid; los tres primeros actos en una sala bien amueblada, aunque algo á la antigua, de la casa que habita Don Pedro, y el último acto en un cuarto muy miserable, y en donde habrá solo una mala cama, dos ó tres sillas de paja vieja, un brasero de hierro &c. &c.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

Bruno!

BRUNO.

Jesus, señorita, ya se levantó usted?

DOÑA MATILDE.

Si no he podido cerrar los ojos en toda la noche.

BRUNO.

Ya, se habrá usted estado leyendo hasta las tres ó las cuatro, segun costumbre...

DOÑA MATILDE.

No es eso...

BRUNO.

Se le habrá arrebatado el calor á la cabeza...

DOÑA MATILDE.

Repito que...

BRUNO.

Y con los cascos calientes ya no se duerme por mas vueltas que uno dé en la cama.

DOÑA MATILDE.

Pero hombre, qué estás ahí charlando sin saber...

BRUNO.

Con que no sé lo que me digo? Y en topando cualquiera de ustedes con un libraco de historias ó sucedidos, de esos que tienen el forro colorado, ya no ha de saber dejarlo de la mano hasta apurar si Don Fulano, el de los ojos dormidos y pelo crespo, es hijo ó no de su padre, y si se casa ó no se casa con la jóven boquirrubia que se muere por sus pedazos, y que es cuando menos sobrina del Papamoscas de Burgos: todo mentiras.

DOÑA MATILDE.

Acabaste?

BRUNO.

No señora, porque es muy malo, muy malo leer en la cama...

DOÑA MATILDE.

Aprieta!

BRUNO.

Sin contar que el dia menos pensado nos va á dar usted un susto con la luz y la cortina.

DOÑA MATILDE.

Mira, Bruno, que estás muy pesado.

BRUNO.

Siempre las verdades pesan, señorita, y amargan y se indigestan.

DOÑA MATILDE.

Qué disparate, sino que anoche cabal-

mente ni siquiera hojeé un libro. Buena estaba yo para lecturas.

BRUNO.

Estuvo usted mala, eh? Y cómo no quiere estar usted mala con ese maldito té que á dado usted en tomar ahora en lugar del guisado y de la ensalada, que todo cristiano toma á semejantes horas? Yo no digo por eso que el té no sea á veces saludable... Cuando duelen las tripas, ó cuando... pero al cabo no pasa de ser agua caliente; solo podia habernos venido de Inglaterra, que como alli son hereges, ni tendrán vino, ni bueyes, cebones, ni... Qué está usted curioseando por esa ventana?

DOÑA MATILDE.

Nada; miraba si... qué hora será?

BRUNO.

Las siete dieron hace rato en San Juan de Dios.

DOÑA MATILDE.

Y no ha venido nadie?

BRUNO.

Nadie... ah, sí, vino el aguador con su esportilla y su...

DOÑA MATILDE.

Qué tengo yo que ver con el aguador ni con su esportilla?

BRUNO.

Esperaba usted acaso otra visita á las siete de la mañana?

DOÑA MATILDE.

No... Sí... Válgame Dios qué desgraciada soy! (1)

BRUNO.

Desgraciada! Qué dice usted?

DOÑA MATILDE.

Oh, muy desgraciada, muy desgraciada.

BRUNO.

Pues señor, qué ha sucedido... acaso su papá de usted...

DOÑA MATILDE.

No, papá duerme todavia, y estará sin duda bien lejos de soñar ó de pensar que el terrible momento se aproxima en que va á decidirse para siempre el porvenir de su hija única y querida... para siempre! Ay, Bruno, si tú pudieras comprender toda la fuerza y la estension de esta palabra *para siempre*!

BRUNO.

Vaya, y qué tonto me hace usted! Con que no comprendo lo que quiere decir *para siempre*? Para siempre es lo mismo que decir á uno "hasta que te mueras."

DOÑA MATILDE.

Decia solo que si tú pudieras discernir bien y avalorar las sensaciones de diferente naturaleza que semejante palabra escita, fomenta, inflama...

(1) Sentándose.

BRUNO.

No, en efecto, todo eso para mí es griego.

DOÑA MATILDE.

Y pone en combustion, entonces es cuando estarias en estado de... Pero, quién anda en la ante sala?

BRUNO.

Será quizá el gato que habrá olfateado ya su pitanza.

DOÑA MATILDE.

Él es, él es.

BRUNO.

Quién habia de ser? Minino, minino.

ESCENA II.

DON EDUARDO, DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

Eduardo!

DON EDUARDO.

Matilde!

BRUNO.

Calle, pues no era el gato!...

DOÑA MATILDE.

Creí que no acababa usted de llegar nunca.

DON EDUARDO.

Amanece todavia tan tarde... y á no haber venido sin afeitarme...

DOÑA MATILDE.

Oh! eso no; hubiera sido imperdonable en un dia tan solemne, como lo es este, el que usted se hubiera presentado con barbas.

DON EDUARDO.

Y sobre todo, hubiera sido poco limpio.

DOÑA MATILDE.

Si usted hubiera tenido que viajar en posta tres ó cuatro dias con sus noches... como á otros les ha sucedido... para poder llegar á tiempo de arrancar á sus queridas del altar en que un padre injusto las iba á inmolar... ya era otra cosa... y aun cierto desórden en la toilette, hubiera sido entonces de rigor; pero como usted viene solo de su casa...

DON EDUARDO.

Que está á dos pasos de aqui, en la calle de Cantarranas.

DOÑA MATILDE.

Por lo mismo ha hecho usted bien en afeitarse; y en... mas á lo menos trataremos de recuperar el tiempo perdido. Bruno?

BRUNO.

Señorita?

DOÑA MATILDE.

Anda, y dile á papá que el señor don Eduardo de Contreras desea hablarle de una materia muy importante.

BRUNO.

No creo que el amo se haya dispertado todavia.

DOÑA MATILDE.

Qué sabes tú?

BRUNO.

Porque nunca se despierta antes de las nueve, y porque...

DON EDUARDO.

Quizá valga mas entonces que yo vuelva un poco mas tarde.

DOÑA MATILDE.

No, no; á qué prolongar nuestra agonía? Anda, Brunito, anda, si es que mi felicidad te interesa.

BRUNO.

Bueno, iré; pero lo mismo me ha dicho usted en otras ocasiones, y luego la tal felicidad se vuelve agua de borrajas.

DOÑA MATILDE.

Bruno!

BRUNO.

Iré, iré; no hay que atufarse por eso.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

Estos criados antiguos, que nos han visto nacer, se toman siempre unas libertades!

DON EDUARDO.

En justo pago de las cometas que nos han hecho, ó de las muñecas que nos han arrullado. Y este me parece ademas muy buen sugeto.

DOÑA MATILDE.

Oh, muy bueno... Si viera usted la ley que nos tiene... y lo que le queremos todos! Pobre Bruno! Cuando estuvo el invierno pasado tan malo, ni un instante me separé yo de la cabecera de su cama.

DON EDUARDO.

Con qué gusto oigo á usted eso, Matilde mia!

DOÑA MATILDE.

Nada tiene de particular; sin embargo, una cosa es que sus vejeces me desesperen tal cual vez, y otra cosa es que... Ay Dios, y qué temblor me ha dado!

DON EDUARDO.

Está usted sin almorzar?

DOÑA MATILDE.

Por supuesto.

DON EDUARDO.

Entonces es algun frio que ha cogido el estómago, y...

DOÑA MATILDE.

Entonces tambien temblaria usted, porque es bien seguro que tampoco habrá usted tomado nada?

DON EDUARDO.

Sí por cierto; he tomado, segun mi costumbre, una jícara de chocolate, con sus correspondientes bollos y pan de mallorca.

DOÑA MATILDE.

Chocolate y pan de mallorca en un dia como este!

DON EDUARDO.

Es requisito acaso el pedir la novia en ayunas? (1)

DOÑA MATILDE.

No; ciertamente que no... con todo hay ocasiones en que uno debe estar tan absorvido, que necesariamente olvida cosas tan vulgares como el almorzar y el comer. A lo menos yo hablo por mí, y puedo asegurar á usted que ni siquiera ha pasado esta mañana por mi cabeza el que habia cacao en Caracas.

DON EDUARDO.

Asi se ha llenado usted de flato.

DOÑA MATILDE.

De flato! Vaya que viene usted hoy muy poco fino.

DON EDUARDO.

Pero hija, no puede usted tener flato?

DOÑA MATILDE.

No señor; no puedo tener flato. A mi edad, con mi sensibilidad, y en las cir-

(1) Sonriéndose.

cunstancias terribles en que me hallo, no se tiene nunca flato, y si una tiembla es de inquietud, de zozobra, de miedo. Ay, Eduardo, está usted demasiado tranquilo!

DON EDUARDO.

No veo el por qué habia yo de estar fuera de mí cuando me lisonjeo con la esperanza de que su padre de usted, que es íntimo amigo de mi tio, me concederá esa linda mano, en cuya posesion se cifra toda mi felicidad.

DOÑA MATILDE.

Y si se la niega á usted?

DON EDUARDO.

Si usted me hubiera permitido alguna vez que la informara de mi posicion, de mi familia, como en varias ocasiones lo he intentado en valde, comprenderia usted ahora si tengo ó no motivo para no temer el éxito de mi negociacion; pero nunca me ha dejado usted hablar en esta materia, no se por qué, y asi...

DOÑA MATILDE.

Porque ni entonces quise, ni ahora quiero oir hablar de intereses ni parentescos. Eso queda bueno cuando se trata de esos monstruosos enlaces que se ven por ahí, en donde todo se ajusta como libra de peras, y en donde se quiere averiguar antes si habrá luego que comer, ó si habrá con que educar los hijos que vendrán, ó que quizá

no vendrán. Y yo habia de pensar en eso? No, Eduardo, no; yo lo quiero á usted mas que á mi vida, pero solo por usted, créame usted, por usted solo.

DON EDUARDO.

Matilde mia!

ESCENA IV.

BRUNO Y DICHOS.

BRUNO.

Vaya que estaba su papá de usted como un tronco de dormido!

DOÑA MATILDE.

Y qué ha respondido?

BRUNO.

Ni oste ni moste: oyó mi relacion, se sonrió y echó mano á los calzoncillos.

DON EDUARDO.

Se sonrió?

BRUNO.

Pues! como quien dice "ya sé lo que es."

DOÑA MATILDE.

Dios sabe ademas lo que tú le dirias.

BRUNO.

Esta es otra que bien baila: le dije solo que usted me habia mandado le anunciase que el señor don Eduardo...

DOÑA MATILDE.

Ves como al fin habias de hacer alguna de las tuyas?

BRUNO.

Con que usted no me mandó?...

DOÑA MATILDE.

Sí; pero ni habia necesidad de decir que era yo la que te enviaba, ni de añadir, como sin duda habrás añadido, que habia hablado antes ó me quedaba hablando con este caballero.

BRUNO.

Ya se vé que le dije tambien entrambas cosas: y qué mal hubo en ello?

DOÑA MATILDE.

Que ya papá no se sorprenderá, y que la escena pierde por lo mismo una gran parte de su efecto.

BRUNO.

Ande usted, señorita, que desde aqui á la hora de la cena, muchos fetos puede haber todavia.

DOÑA MATILDE.

Jesus qué hombre!

DON EDUARDO.

En cuanto á mí, le protesto á usted, Matilde, que me alegro mucho de que Bruno haya en cierto modo preparado á su papá de usted para lo que voy á decirle; porque ahora tendré menos cortedad, y podré desde luego entrar en materia.

DOÑA MATILDE.

Bueno... Si á usted le parece asi mejor...

BRUNO.

Ya siento al señor en la escalera.

DOÑA MATILDE.

Ay Dios... qué susto!... No sé lo que por mí pasa!... Me he puesto muy pálida? Me voy, me voy á mi cuarto... á suspirar... á llorar... á ponorme un vestido blanco... Ven tú tambien, Bruno... y el pelo á la Malibran... Oh, y qué crísis!... Allí esperaré á que mi padre me llame... La crísis de mi vida!... porque siempre me llama en tales casos... ánimo Eduardo... valor... resignacion... si habrá planchado anoche la Juana mi collereta á la María Estuarda... y sobre todo confianza en mi eterno cariño (1).

BRUNO.

Señorita, señorita, que me desgarra usted la solapa.

ESCENA V.

DON EDUARDO Y LUEGO DON PEDRO.

DON EDUARDO.

Muchacha encantadora! Es lástima por cierto que haya leido tanta novela, porque su corazon...

DON PEDRO.

Buenos dias, señor don Eduardo, muy

(1) Váse, llevándose tras sí á Bruno.

buenos dias; y qué temprano tenemos el gusto de ver á usted en esta su casa!

DON EDUARDO.

En efecto, señor don Pedro, la hora es bastante inoportuna, y bien sabe Dios que no sé cómo disculparme con usted.

DON PEDRO.

De qué, amigo mio?

DON EDUARDO.

Por una visita realmente demasiado matutina é inesperada.

DON PEDRO.

Y quién le dice á usted que yo no esperaba esta misma visita?

DON EDUARDO.

Qué, me esperaba usted hoy?

DON PEDRO.

Hoy precisamente, no; pero sí en una de estas mañanas, porque ya habia yo notado ciertos síntomas... ya se vé, á ustedes los enamorados se les figura que un padre cuando juega en un rincon al tresillo, ó que una madre cuando está mas enfrascada en la letanía de las imperfecciones de su cocinera, no piensan en otra cosa sino en el codillo que le dieron, ó en las almandiguillas que se quemaron, y de consiguiente que ni notan las ojeadas de ustedes, ni oyen los suspiros, ni se enteran de las peloteras... pues no señor, estan ustedes muy equi–

vocados; ni el padre ni la madre pierden ripio de cuanto va pasando...

DON EDUARDO.

Nada mas natural, ciertamente.

DON PEDRO.

Y llevan tambien esta especie de alta y baja, como si hubieran sido toda su vida ayudantes de plaza.

DON EDUARDO.

Asi, señor don Pedro, usted habrá ya observado...

DON PEDRO.

Sí señor, ya sé que usted está muy prendado de mi Matilde.

DON EDUARDO.

Entonces adivinará usted tambien que el objeto de mi visita es...

DON PEDRO.

El de pedirme su mano. No es ese?

DON EDUARDO.

Ese mismo; y si fuera yo tan dichoso que reuniera á los ojos de usted aquellas circunstancias?...

DON PEDRO.

Muchas reune usted por vida mia, señor don Eduardo; nacimiento ilustre, mayorazgo crecido, educacion, talento, moralidad...

DON EDUARDO.

Usted me confunde, señor don Pedro.

DON PEDRO.

Y el ser sobre todo sobrino y heredero de mi mejor amigo... de ahí, que yerno mas á mi gusto seria muy dificil que se me presentase.

DON EDUARDO.

Entonces puedo esperar?...

DON PEDRO.

Pero mi hija es la que se casa, yo no; ella es, pues, la que ha de juzgar si usted...

DON EDUARDO.

Oh, señor don Pedro, y qué feliz soy! La amable, la hermosa Matilde, me corresponde, no lo dude usted, y está en el secreto, y...

DON PEDRO.

Tanto mejor, amigo mio, y ahora vamos á verlo, por que, con el permiso de usted, la haré llamar, y en presencia de usted consultaremos su gusto y su voluntad.

DON EDUARDO.

No deseo otra cosa, y cuanto mas pronto...

DON PEDRO.

Ahora mismo... Bruno? Que ella venga y se esplique, y si dice que sí, entonces... Bruno?

BRUNO. (1)

Mande usted?

(1) Desde adentro.

DON PEDRO.

Porque si dice que no... ya vé usted... un buen padre no debe nunca violentar la inclinacion de sus hijos.

DON EDUARDO.

Repito á usted que ella misma...

ESCENA VI.

BRUNO Y DICHOS.

BRUNO.

Llamaba usted ?

DON PEDRO.

Sí : dónde está la niña?

BRUNO.

En su cuarto... representando, á lo que parece, algun paso de comedia.

DON PEDRO.

Qué entiendes tú de eso ?... dila que venga.

BRUNO.

O de tragedia, qué me sé yo ?... ello es que se la oye hablar alto... que está sola... y que á no haber perdido la chabeta... (1)

(1) Yéndose.

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DON EDUARDO.

DON PEDRO.

Pues, y como le iba á usted diciendo, señor don Eduardo, yo soy demasiado buen padre para pretender... luego, ya voy á viejo, estoy viudo, no tengo mas que esta hija... á la que quiero como á las niñas de mis ojos... no soy ademas amigo de lloros ni tristezas dentro de casa, y en suma...

DON EDUARDO.

Si tiene usted en todo mil razones.

DON PEDRO.

Y en suma, ella hará lo que quiera, como lo hace siempre; aunque eso no quita el que la chica sea muy dócil, y muy bien criada, y muy temerosa de Dios...

DON EDUARDO.

Y es tan bonita!

DON PEDRO.

Y sé que es muy buena hija, y será muy buena muger propia.

DON EDUARDO.

Oh, escelente, escelente!

DON PEDRO.

Y si llega á ser madre...

DON EDUARDO.

Por supuesto, no quiere usted que llegue?

DON PEDRO.

Tendrá hijos á su vez, y será tambien muy buena madre, no lo dude usted, señor don Eduardo...

DON EDUARDO.

Qué he de dudar yo eso, señor don Pedro? Poco enamorado estoy á fé mia para dudar ahora de nada!

DON PEDRO.

Es que no crea usted que es el primero á quien yo le digo todo esto, no señor, y otro tanto, sin quitar ni poner, le dije á mi sobrino Tiburcio hará ahora unos cuatro meses, cuando se quiso casar con su prima.

DON EDUARDO.

Que fue sin duda la que se opuso al enlace, eh?

DON PEDRO.

Quién habia de ser? Y por mas señas, que aunque no estuvo el tal enlace tan adelantado como el que seis meses antes tuvimos entre manos, lo estuvo sin embargo lo bastante para dar despues mucho que hablar á la gente ociosa.

DON EDUARDO.

Y dice usted que hubo otro seis meses antes que lo estuvo mas?

DON PEDRO.

Cien veces mas, con el vizconde del Relámpago, un caballero andaluz, maes-

trante de la de Ronda... con no sé cuántos millares de pinares, peujares y lagares... hombre muy bien nacido, y que yo...

ESCENA VIII.

DOÑA MATILDE Y DICHOS.

P. Y.

DON PEDRO.

Ven, hija mia, y nos dirás si...

DOÑA MATILDE.

Ah! Padre mio, y qué criminal debo de aparecer á los ojos de usted; ya sé que debia consultarle antes de comprometerme, ya sé que debia despues...

DON PEDRO.

Cierto, muy cierto, mas ahora...

DOÑA MATILDE.

Haber seguido humilde los consejos de su esperiencia, de su cariño: pero ay! que no pude, porque arrastrada por una pasion irresistible...

DON PEDRO.

Si no es eso...

DOÑA MATILDE.

Que como una erupcion volcánica...

DON EDUARDO.

Pero Matilde, si su papá de usted...

DOÑA MATILDE.

Calle usted; no me distraiga... se apoderó de mi pobre corazon, que estaba in-

defenso... que no habia hasta entonces amado...

DON PEDRO.

Si me dejarás meter baza...

DOÑA MATILDE.

Con todo, padre mio, no crea usted que trato de rebelarme contra su autoridad, y si el hombre de mi eleccion no mereciese, como me temo, el sufragio de usted...

DON EDUARDO.

Dígole á usted que...

DOÑA MATILDE.

Entonces... no seré nunca de otro... eso no... pero gemiré en silencio sin ser suya, ó iré á sepultarme en las lobreguecces de un cláustro.

DON PEDRO.

Tú quedarte soltera! Jesus qué desatino! Primero te casaria con un Bajá de tres colas, cuanto mas que el señor don Eduardo es muy buen partido por todos títulos...

DOÑA MATILDE.

Qué dice usted?

DON PEDRO.

De familia muy noble...

DOÑA MATILDE.

Eso para mí es tan indiferente como el que fuera inclusero.

DON EDUARDO.

(Para mí no.)

DON PEDRO.

Y que será muy rico cuando herede á su tio...

DOÑA MATILDE.

(Será rico! Qué lástima!)

DON PEDRO.

De quien supongo que heredará tambien el título que aquel tiene de Alguacil mayor de...

DOÑA MATILDE.

(Alguacil mayor! Elegante título por vida mia!)

DON EDUARDO.

Sí señor, si es de mayorazgo!

DOÑA MATILDE.

(Tambien mayorazgo!)

DON PEDRO.

Asi, hija mia, puedes tranquilizarte, porque eleccion mas juiciosa, mas á gusto mio, mas á gusto de todos...

DOÑA MATILDE.

(Lo que engañan las apariencias!)

DON PEDRO.

Vamos, era imposible hacerla mejor... y ya verás lo que se alegra tu tia Sinforosa, y las primas Velascos, y tu padrino el señor Dean, y...

DOÑA MATILDE.

(Y todo el género humano; y solo porque es rico! Gente sórdida!)

DON EDUARDO.

Ah! Señor don Pedro, tanta bondad! Cómo podré yo pagar nunca...

DON PEDRO.

Haciéndola feliz, señor don Eduardo.

DON EDUARDO.

Lo será! Cómo quiere usted que no lo sea? Adorada por su marido, mimada por sus parientes, respetada por sus amigos, pudiendo disfrutar de todo, sobrándole todo...

DOÑA MATILDE.

(Y eso se llama ser feliz!)

DON EDUARDO.

Pero qué tiene usted, Matilde mia? Por qué se ha quedado usted tan callada?

DON PEDRO.

La misma alegría que la habrá sobrecogido... No es eso, hija?

DOÑA MATILDE.

Pues... en efecto... y tambien ciertas reflexiones... ya vé usted, la cosa es muy séria... se trata de un lazo indisoluble, de la dicha ó de la desgracia de toda la vida...

DON PEDRO.

Como ya obtuviste mi consentimiento, que era lo que te tenia con cuidado...

DON EDUARDO.

Y queriéndonos tanto como nos queremos...

DOÑA MATILDE.

No digo que no... y yo agradezco á usted infinito el que me quiera... ciertamente es una preferencia que me debe lisonjear mucho, y que... sin embargo, esto de casarse no es jugar á la gallina ciega, y no es estraño que yo me arredre y titubee, y...

DON EDUARDO.

Bien sabe Dios, Matilde, que no entiendo...

DON PEDRO.

Vaya, vaya, esos escrúpulos se quitan con señalar un dia de esta semana para que se tomen los dichos.

DOÑA MATILDE.

Perdone usted, padre mio; yo no puedo en la agitacion en que estoy ni decidir ni consentir en nada... quédese la cosa asi... yo lo pensaré... yo me consultaré á mí misma... no digo por esto que este caballero deba perder toda esperanza... no tal... aunque por otra parte... en fin, dentro de tres ó cuatro dias saldremos de una vez de este estado de incertidumbre... entre tanto permítanme ustedes que me retire... y... beso á usted la mano... (Muger de un Alguacil mayor! No faltaba mas!)

ESCENA IX.

DON PEDRO Y DON EDUARDO.

DON EDUARDO.

No sé lo que pasa por mí!

DON PEDRO.

A la verdad que yo no me esperaba tampoco... la niña, como le dije á usted, es muy dócil, eso es otra cosa, y muy bien criada, pero...

DON EDUARDO.

Pero señor, por la Vírgen Santísima, si ella apenas hace un cuarto de hora...

DON PEDRO.

Se lo pareceria á usted quizá, señor don Eduardo, porque como ella es tan afable... quién sabe tambien si usted interpretaria...

DON EDUARDO.

Eso es lo mismo que decirme que soy un fátuo, presuntuoso, que...

DON PEDRO.

No señor; cómo habia yo de decirle á usted eso en sus barbas, sino que á veces los amantes... vea usted, ni mi sobrino Tiburcio ni el marqués del Relámpago eran fátuos ni presuntuosos, y tambien se imaginaron que Matilde...

DON EDUARDO.

Ya, pero ellos no oirian, como yo oí de sus propios labios, ... vaya... lo mismo

me he quedado que si me hubiera caido un rayo.

DON PEDRO.

Asi se quedó cabalmente el marqués del Relámpago cuando...

DON EDUARDO.

Y le juro á usted que si no la quisiera tan sinceramente...

DON PEDRO.

Ademas, no está todo perdido... ella no ha dicho todavia que no, señor don Eduardo.

DON EDUARDO.

Pero tampoco ha dicho que sí, señor don Pedro.

DON PEDRO.

Es verdad, no lo ha dicho; mas quizá lo diga... tenga usted paciencia... tres ó cuatro dias se pasan en un abrir y cerrar de ojos... y... con que, señor don Eduardo, á la disposicion de usted... bueno será que yo vaya á ver lo que hace la chica, y no dude usted que si puedo influir...

DON EDUARDO.

Quede usted con Dios, señor don Pedro, y mil gracias de todos modos.

DON PEDRO.

No hay de qué, amigo mio, no hay de que... (1)



(1) Váse.

DON EDUARDO.

Ya sé yo que no hay mucho de que... Caramba y qué chasco! Lo peor es que conozco que estoy enamorado de veras. Ah, Matilde!... y quién pudiera presumir... en fin, paciencia!... y esperaré á estar mas de sangre fria para determinar lo que me queda que hacer... Ah, Matilde, Matilde!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON PEDRO Y BRUNO.

BRUNO.

Aqui tiene usted una carta del señor don Eduardo.

DON PEDRO.

Bueno. Déjala aqui.

BRUNO.

Qué! No la lee usted?

DON PEDRO.

Para qué? Si ya sé, poco mas ó menos, lo que dirá... quejas... lamentaciones... como si uno pudiera remediar el que Matilde no le haya querido al cabo.

BRUNO.

Y vea usted, cualquiera hubiera dicho al principio que...

DON PEDRO.

Tambien me lo creí yo... y solo cuando ella me hizo escribirle ayer aquella carta que tú le llevastes, fue cuando acabé de desengañarme.

BRUNO.

Valiente trabucazo fue la tal carta.

DON PEDRO.

Qué habia de hacer?... Decirle la verdad... que mi hija no se queria ya casar con él, y que yo lo sentia mucho... porque en efecto me pesa de ello por mil y quinientas razones... ya ves tú... qué dirá su tio?... y luego... no se encuentra asi como quiera un partido tan ventajoso.

BRUNO.

Pero señor, qué péro le puede poner la señorita á don Eduardo? Él es lindo mozo... muy afable...

DON PEDRO.

Y muy callado.

BRUNO.

Y siempre que entraba ó salia me apretaba la mano.

DON PEDRO.

Y nunca me hablaba de dote.

BRUNO.

Como que es un caballero.

DON PEDRO.

Oh! Todo un caballero.

BRUNO.

Si las muchachas hoy dia no saben lo que quieren!

DON PEDRO.

Ni quieren tampoco.

BRUNO.

No, lo que es querer... con perdon de usted... lo mismo que las de antaño... si no que se las figura allá yo no sé qué cosas del otro jueves, y... y con nada se satisfacen.

DON PEDRO.

Quise indicar que no tienen al parecer tanta gana de casarse como tenian las de nuestros tiempos.

BRUNO.

Yo diré á usted, las nuestras pasaban sus dias y sus noches haciendo calceta... lo que no pide atencion... y podian pensar entre tanto en el novio y en la casa... y... pero las de ahora, como todas leen la gaceta y saben donde está Pekin, qué sucede? que se les va el tiempo en averiguar lo que no les importa... y ni cuidan de casarse, ni saben cómo se espuma el puchero.

DON PEDRO.

Tienes mucha razon, Bruno, mucha... aquellas eran otras mugeres.

BRUNO.

Y estas no son aquellas, señor don Pedro.

DON PEDRO.

Tambien es verdad... en fin... cómo ha de ser! La cosa ya no tiene remedio... asi...

BRUNO.

Asi, yo me vuelvo á mi antesala... á darle sus garbanzos á la cotorrita... que si me gusta por algo es porque de todas las del barrio es la única que no picotea el gabacho.

ESCENA II.

DON PEDRO. (1)

Pobre don Eduardo!... Quizá pida respuesta? Qué disparate! Lo que pedirá será lo que yo no le puedo otorgar... que hable á Matilde... que me empeñe... que la obligue... cosas imposibles... dónde habré puesto las antiparras? cosas que no pueden hacerse sin ruidos... ya las encontré... veamos sin embargo. (2) "Señor don Pedro de Lara &c. &c. Nada de lo que usted me escribe me ha sorprendido, y yo ya estaba preparado para semejante fallo..." Mas va-

(1) Se sienta junto á la mesa, tomando la carta.
(2) Lee.

le asi, porque unas calabazas ex-abrupto son dificiles de digerir... "lo que si me ha llenado de satisfaccion y de gratitud hácia usted son las finas espresiones con que se sirve manifestarme lo que siente este desenlace..." Como que le decia que hubiera dado un ojo de la cara por poder anunciarle un resultado favorable... no podia estar mas espresivo... "y siendo aquellas, en mi concepto, sinceras, me animan por lo mismo á solicitar de usted un favor..." Ya pareció el peine... "un favor de que va á depender la felicidad de toda mi vida..." Si conoceré ya á mi gente! "la felicidad, quizá, de su propia hija de usted, y es que cuando me presente otra vez en su casa me reciba usted lo peor..." Qué ha puesto aqui este hombre?... "lo peor que le sea posible!!!" Peor dice, y bien claro! "lo peor que le sea posible, esto es, que me trate desde hoy con el mayor despego, que murmure de mí en mi ausencia, que se burle sin rebozo de mi familia y circunstancias, que me calumnie, si fuese necesario, y finalmente..." Vaya, está visto, hay que atarlo... "y finalmente, si Matilde algun dia cediere á mis votos, y consintiere en recompensar con el don de su mano tanta constancia y cariño, que usted nos niegue entonces y despues su licencia, por mas que ella lo solicite, y por mas que usted mismo

lo apetezca, hasta tanto que yo se la pida á usted en papel sellado." Repito que se le fue la chaveta!... "Si usted accede, pues, á mi súplica, y me promete, bajo su palabra de honor, hacer bien su papel, y no confiar el secreto á nadie, en este caso nada me quedará que desear, y estoy seguro que muy pronto se podrá firmar su obediente hijo el que ahora solo se dice de usted atento y seguro servidor: Eduardo de Contreras." Si comprendo una jota de toda esta geringonza... "Posdata." Todavia le quedaban mas disparates en el buche?... "Ya le esplicare á usted mi proyecto cuando pueda hacerlo á solas y sin dar que sospechar: entre tanto me urge el saber si usted me concede lo que tanto anhelo, y para ello iré dentro de una hora á su casa, y le haré entrar recado por Bruno de que deseo hablarle; usted entonces hágame decir secamente por el mismo que no me quiere recibir, y yo entonces interpretaré esta repulsa á mi favor. Por Dios, señor don Pedro, que no logre yo el ver á usted..." Ah! Con que es un proyecto!... que luego me esplicará... y á fé que buena falta me hace... y yo entre tanto solo tengo que hacer... poco... muy poco es lo que tengo que hacer; no recibirle, encerrarme en mi cuarto para mayor seguridad... la cosa no es dificil... pero, y si tropiezo con él antes

de que pueda ponerme al corriente... entonces... no le miraré á la cara... ahuecaré la voz... y le volveré pronto las espaldas... tampoco esto es muy dificil... con todo no se yo si podré... y por otra parte me parece tan estravagante...

ESCENA III.

BRUNO Y DON PEDRO.

BRUNO.

El señor don Eduardo desea con mucho ahinco hablar con usted.

DON PEDRO.

(Jesus! Tan pronto...)

BRUNO.

Dice que es materia muy grave...

DON PEDRO.

(Qué compromiso!)

BRUNO.

Y que despachará en un santiamen.

DON PEDRO.

(Pero cómo puedo yo negarle un favor tan barato!)

BRUNO.

Yo le he asegurado que usted tendria mucho gusto en recibirle.

DON PEDRO.

Has hecho muy mal.

BRUNO.

Cómo usted le estima tanto!

DON PEDRO.

Quién te ha dicho eso?

BRUNO.

Usted mismo no hace un credo; por mas señas que...

DON PEDRO.

Qué señas ni qué berengenas... siempre has de meterte en camisa de once varas.

BRUNO.

Ya las quisiera yo de tres y media.

DON PEDRO.

(Pero yo qué arriesgo en darle gusto?)

BRUNO.

Con que, por fin, qué le digo?

DON PEDRO.

Dile que... que no le quiero recibir... anda.

BRUNO.

Bueno... le diré que habia usted salido por la puerta falsa, y que...

DON PEDRO.

No, no; que estoy en casa, y que no le quiero recibir.

BRUNO.

Ya estoy, que siente usted mucho no poderle recibir, porque...

DON PEDRO.

Habrá mentecato igual con sus malditos cumplidos!... No que no puedo, sino

que no quiero recibirle, que no quiero: sin preámbulos ni sentimientos, ni... lo entiendes ahora?

BRUNO.

Pero eso no se le dice á nadie en sus bigotes.

DON PEDRO.

Pues tú se lo vas á decir en los suyos... y cuidado que no se lo digas!... que no quiero recibirle... ni mas ni menos... (no dudará ahora de mi amistad.) (1)

ESCENA IV.

BRUNO, Y LUEGO DON EDUARDO.

BRUNO.

Qué mosca le habrá picado! Jamas le vi tan fosco... la carta traeria sin duda alguna pimienta, y... pero esto no quita que yo trate de dorar la píldora... no sea tambien que se enfade y que yo vaya á pagar lo que no debo.

f.º 9. A

DON EDUARDO.

Lo que tarda este Bruno! (2) Ya me falta la paciencia... aqui está solo... Dios mio, si no se lo habrá dicho todavia!

(1) Váse.
(2) A la puerta.

BRUNO.

Nadie puede responder de un primer pronto, y...

DON EDUARDO.

Bruno, le dijo ya usted á su amo... (1)

BRUNO.

Perdone usted, señor don Eduardo, si no he vuelto tan luego como... me entretuve aqui en...

DON EDUARDO.

No importa, no importa; y que ha contestado su amo de usted?

BRUNO.

Ya ve usted... el amo puede salir por la puerta trasera sin que nosotros lo sintamos...

DON EDUARDO.

Habia salido!... Y bien, esperaré á que vuelva; cómo ha de ser!... (2)

BRUNO.

No digo que haya salido, sino que...

DON EDUARDO.

No me quiere recibir? Acabe usted. (3)

BRUNO.

Á veces, con la mejor voluntad del mundo, hay momentos tan ocupados en que no se puede...


(1) Entrando.
(2) Se sienta.
(3) Se levanta.

DON EDUARDO.

En que no se quiere recibir, querrá usted decir?

BRUNO.

En que no se puede...

DON EDUARDO.

En que no se quiere... á qué andar con rodeos?

BRUNO.

(Tambien es empeño el de los dos!)

DON EDUARDO.

Vaya... no es cierto que don Pedro no quiere recibirme?

BRUNO.

(Estoy por cantar de plano.)

DON EDUARDO.

Ea, no tenga usted empacho... no es cierto?...

BRUNO.

Cierto... ya que usted exige absolutamente...

DON EDUARDO.

Oh! Qué fortuna!

BRUNO.

Fortuna!

DON EDUARDO.

La de no morirme aqui de repente al oir semejante desengaño.

BRUNO.

(Que lástima me da!)

DON EDUARDO.

Y don Pedro, por supuesto, se serviria de palabras agrias y malsonantes?

BRUNO.

Oh, no señor: el amo es incapaz de...

DON EDUARDO.

Pero al menos se espresaria... asi... con cierta sequedad... eh?

BRUNO.

Oiga usted, no necesita uno humedecerse mucho la boca para decir "no quiero."

DON EDUARDO.

Y bien, tanto mejor!

BRUNO.

Si es á gusto de usted...

DON EDUARDO.

Porque es bien claro que lo que mas importa á un desgraciado es llegar á serlo tanto, que ya no pueda serlo mas.

BRUNO.

Eso llama usted claro?

DON EDUARDO.

No ve usted que asi se pierde toda esperanza, y toma uno al cabo su partido?

BRUNO.

Cuando hay partido que tomar, no digo que no.

DON EDUARDO.

Ahora quisiera yo que usted, mi querido Bruno...

BRUNO.

(Su querido Bruno !...)

DON EDUARDO.

Me concediera una gracia que le voy á pedir, y que será probablemente la última que le pediré en mi vida.

BRUNO.

Si está en mi arbitrio...

DON EDUARDO.

Lo está, y consiste solo en que usted me proporcione una conferencia de dos minutos con su señorita.

BRUNO.

Pero cómo quiere usted que yo...

DON EDUARDO.

Aqui mismo, en presencia de usted... dos minutos tan solo.

BRUNO.

Asi podré oir !...

DON EDUARDO.

Cuanto hablemos... que yo no soy partidario de misterios ni de cosas irregulares... lo único que solicito es ver todavia otra vez á doña Matilde... y probarla con solo tres palabras que yo no era enteramente indigno del tesoro que codiciaba.

BRUNO.

Quién puede dudarlo?... y muy digno que era usted. Con todo, yo qué puedo hacer? decírselo cuando mas á la señorita... pero si ella sale con lo que su padre... entonces...

DON EDUARDO.

Entonces, tendremos los dos paciencia... y no la volveré á importunar mas.

BRUNO.

Siendo asi, voy, pues, y Dios haga que no la coja de mal talante. (1)

ESCENA V.

DON EDUARDO, Y LUEGO BRUNO.

DON EDUARDO.

Qué miedo tenia que don Pedro no quisiera prestarse á mi proyecto sin saber antes... y tambien que el buen Bruno... pero hasta aqui todo va viento en popa... ahora solo falta el que Matilde venga, y me dé ocasion para entablar la comedia... porque sino consigo hablarla, entonces no sé cómo podré...

BRUNO.

Pues... lo mismo que su padre. (2)

DON EDUARDO.

Malo!

BRUNO.

Me echó con cajas destempladas, y...

DON EDUARDO.

Tampoco quiere verme?

(1) Váse.
(2) Entrando.

BRUNO.

Tampoco.

DON EDUARDO.

(Voto vá... Qué haré? si tuviera papel y tintero... quizá cuatro renglones... bien torcidos, como si me temblara mucho el pulso... y cuatro espresiones bien campanudas... bien misteriosas...)

BRUNO.

Dijo que nada tenia que añadir ni quitar á lo que la carta rezaba...

DON EDUARDO.

Alli creo hay uno y otro. (1)

BRUNO.

Y que de consiguiente era inútil que ustedes se hablasen.

DON EDUARDO.

En efecto, aqui hay papel... (2) y tambien pluma... escribamos. "Matilde..." sin adjetivo; cuando uno está muy agitado debe dejarse los adjetivos en el tintero.

BRUNO.

Qué escribirá?

DON EDUARDO.

"Matilde!!" Dos signos de admiracion... "no tema usted que la importune, no..." Este segundo nó vale un Perú. "Ya sé que las condenas de amor no admiten ape-

(1) Se dirige á la mesa.
(2) Sentándose y escribiendo.

lacion, y que no es culpa de usted el que yo no haya sabido agradarla;" Punto y coma... "pero al menos que la vea yo á usted hoy, que la vea á usted siquiera otra vez, antes que nos separe para siempre el Océano..." No vaya á parecerla todavia poco el Océano!... "el Océano, ó la eternidad..." Ahora sí que hay tierra de por medio... nada de firma... ni de sobre... Bruno, entre usted este papel á doña Matilde.

BRUNO.

Sí.

DON EDUARDO.

Entrele usted por la Vírgen.

BRUNO.

Cuando...

DON EDUARDO.

Mire usted que me va la vida.

BRUNO.

Santa Margarita! (1)

ESCENA VI.

DON EDUARDO, Y LUEGO DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DON EDUARDO.

Si esto no la ablanda, digo que es de piedra berroqueña... Pobre de mí, y á lo que me veo obligado para obtener á Matil-

(1) Entra precipitadamente.

de!... á engañarla, á fingir un carácter tan opuesto al mio!... Oh! si yo no estuviera tan convencido como lo estoy de que Matilde me prefiere á pesar de pesares... y que me deberá su futuro bienestar... jamas apelaria.... pero ella es!.... Pongámonos en guardia. (1)

BRUNO.

Alli le tiene usted hecho una estátua. (2)

DOÑA MATILDE.

No nos ha sentido... y en efecto, le encuentro muy desmejorado... retírate un poco... no, no tan lejos.

BRUNO.

Sí se habrá dormido?

DOÑA MATILDE.

He consentido, caballero... (no me oye).

DON EDUARDO.

Ay!

DOÑA MATILDE.

Suspiró? (3)

BRUNO.

Ya lo creo... y de mi alma. (4)

DOÑA MATILDE.

He consentido, señor don Eduardo... (5)

(1) Se sienta como absorvido en una profunda meditacion.
(2) A doña Matilde.
(3) A Bruno.
(4) A doña Matilde.
(5) Acercándose.

DON EDUARDO.

Quién ?... Ah! Perdone usted, Matilde, si absorvido en mis tristes meditaciones... perdone usted... la desgracia hace injusto al mísero á quien agovia... y yo ya me habia rendido al desaliento, persuadido á que usted persistiria en su cruel negativa.

DOÑA MATILDE.

Quizá hubiera sido mas prudente; porque... ya ve usted, antes de tomar un partido irrevocable he debido pesar todas las circunstancias, y... no soy ninguna niña de quince años.

BRUNO.

Como que tiene usted ya sus diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Diez y ocho son los que tengo, si vamos á eso.

BRUNO.

Diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Diez y ocho. Habrá pesado igual!

BRUNO.

Pero hija, si nació usted el dia de los innumerables mártires de Zaragoza, que cayó en viernes en el mes pasado, y entonces hizo usted los diez y siete.

DOÑA MATILDE.

Bueno, diez y siete; y lo que va desde entonces acá, no lo cuentas? Si sabré yo que tengo diez y ocho años.

DON EDUARDO.

Indudablemente! Diez y ocho años tiene usted, y mas bien mas que menos, edad, por mi desgracia, en que ya se calcula y se tiene la esperiencia necesaria para conocer lo que se quiere y lo que conviene. Por eso, Matilde, no tema usted que la importune con mis súplicas, ni la entristezca con el relato de mis padecimientos... no por cierto... y de qué serviria? Usted ha hecho lo que ha debido... cerciorarse primero de que no me amaba, y quitarme luego de una vez toda esperanza... nada mas natural, ni mas de agradecer... otro mas afortunado que yo habrá quizá obtenido...

DOÑA MATILDE.

Oh, no; por lo que es eso, puede estar usted bien satisfecho... ni siquiera me he vuelto á acordar de que hay hombres en este mundo, desde ayer que creí necesario el desengañar á usted.

DON EDUARDO.

Siempre es este un consuelo... aunque por otra parte, si usted podia ser dichosa con otro hombre, por qué no me habia yo de alegrar? Ah! Matilde, su felicidad de usted es la única idea que me ha preocupado siempre, y si algun dia, en medio de los paises remotos en que voy á arrastrar

mi mísera existencia, me llegara por acaso la noticia...

DOÑA MATILDE.

Qué! Se va usted tan lejos?

DON EDUARDO.

Oh! Sí, muy lejos.

DOÑA MATILDE.

Arrima unas sillas, Bruno... Y dónde? Esto es, si usted no tiene interés en callarlo.

DON EDUARDO.

Apenas lo sé yo todavia... cualquiera pais me es indiferente con tal que sea bien agreste y selvático.

BRUNO.

(Si se irá á Sacedon?)

DON EDUARDO.

He titubeado algun tiempo entre Californias y la Nueva Holanda; pero al cabo puede ser que me decida por la isla de Francia.

DOÑA MATILDE.

Alli nacieron Pablo y Virginia!

DON EDUARDO.

Y el negro Domingo tambien.

DOÑA MATILDE.

En efecto... siéntese usted, siéntese usted.

DON EDUARDO.

Es que temeria...

DOÑA MATILDE.

No, no; siéntese usted... y como iba diciendo, alli fue donde pasó toda su trá-

gica historia, que tengo bien presente!

DON EDUARDO.

(Mas la tengo yo, que la leí anoche de cabo á rabo.)

DOÑA MATILDE.

Y aquella madre, señor, aquella madre tan cruel que se empeñó en que su hija habia de ser rica!

BRUNO.

Mas cruel me parece á mí que hubiera sido si se hubiera empeñado en lo contrario.

DON EDUARDO.

Luego hallaré en dicha isla todo cuanto puedo apetecer en mi posicion actual; cascadas que se despeñan, rios que salen de madre, precipicios, huracanes...

BRUNO.

(No iré yo á la tal isla.)

DON EDUARDO.

Y bosques inmensos de plátanos, cocoteros y tamarindos, con cuyos frutos podré sustentarme, ó á cuya sombra podrán reposar tal cual vez mis fatigados miembros.

DOÑA MATILDE.

Y qué! No tendrá usted miedo de los negros cimarrones?

BRUNO.

(Quiénes serán esos demonios?)

DON EDUARDO.

Y por qué quiere usted que les tenga yo miedo? Qué me pueden quitar por ven-

tura? la vida, que es lo único que me queda?

BRUNO.

(Y es grano de anis?)

DON EDUARDO.

Ah! Matilde, si viera usted qué poco vale la vida cuando se vive sin deseos, ni porvenir!

DOÑA MATILDE.

Pobre Eduardo!

DON EDUARDO.

Se enternece usted?

BRUNO.

Tambien á mí me empiezan á escocer los ojos, si vamos á eso.

DOÑA MATILDE.

Ciertamente que no puedo menos de agradecer y admirar el que vaya asi á esponerse por mi causa á tantos peligros un jóven de tales esperanzas, tan rico...

DON EDUARDO.

Yo rico?

DOÑA MATILDE.

Contando con la herencia del tio...

DON EDUARDO.

No hay duda que he podido ser rico, pero...

DOÑA MATILDE.

Pero qué?

DON EDUARDO.

Nada, nada.

DOÑA MATILDE.

Espliquese usted.

DON EDUARDO.

Son cosas mias que ya no pueden interesar á usted.

DOÑA MATILDE.

Oh! Sí, sí... hable usted... lo quiero... lo exijo...

DON EDUARDO.

Bueno; sepa usted que cuando el señor don Pedro creía que mi tio aprobaba nuestro proyectado enlace, éste me instaba á que me casase con la hija única del conde de la Langosta...

BRUNO.

(Familia muy noble en tierra de Campos.)

DOÑA MATILDE.

Y bien?

DON EDUARDO.

Y que mi tio me ha desheredado en seguida porque no he querido darle gusto.

DOÑA MATILDE.

Le ha desheredado á usted?

DON EDUARDO.

Asi me lo anuncia en una carta que recibí ayer suya, dos ó tres horas antes que Bruno me entregara la de su padre de usted.

DOÑA MATILDE.

Le ha desheredado á usted?

DON EDUARDO.

Pues, y por lo mismo nada sacrifico, en punto á bienes de fortuna, al desterrarme para siempre de mi patria.

DOÑA MATILDE.

Y habia de consentir yo en ese destierro?

BRUNO.

(Judiada fuera.)

DOÑA MATILDE.

Yo, que tengo la culpa de todas las desgracias de usted!

DON EDUARDO.

Pero qué remedio...

DOÑA MATILDE.

No, jamas se realizará tan terrible separacion... si es cierto que usted me quiere...

DON EDUARDO.

Lo duda usted todavia?

DOÑA MATILDE.

Desheredado por mí! Y yo he pódido, Dios mio, desconocer un instante tanto mérito!

DON EDUARDO.

No llore usted, por mi vida, Matilde mia!

DOÑA MATILDE.

Sí, hace usted bien en llamarme suya... que de usted soy y seré... que de usted he sido siempre; porque ahora lo conozco, y no tengo vergüenza en confesarlo.

BRUNO.

Pobrecita, qué ha de hacer mas que conocerlo y confesarlo.

DON EDUARDO.

Puedo creer tamaña dicha!

DOÑA MATILDE.

Ojalá estuviera aqui mi padre, para que en su presencia...

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DICHOS.

DON PEDRO.

(Si se habrá ya ido.)

DOÑA MATILDE.

Papá, papá, aqui está don Eduardo.

DON PEDRO.

Hola! Con que... (1)

DON EDUARDO.

Hum. (2)

DON PEDRO.

(Canario! que se me olvidaba el encargo...)

DOÑA MATILDE.

Y ya nos hemos esplicado cierto quipro cuo que habia... y... nos hemos mútuamente satisfecho... y...

(1) Risueño.
(2) Tosiendo.

DON PEDRO.

Oh! pues si se han satisfecho ustedes, entonces... (1)

DON EDUARDO.

Hum. (2)

DON PEDRO.

(Maldita carraspera!)

DOÑA MALILDE.

No es verdad, papá, que usted se alegra de ello, y que...

DON EDUARDO.

Achi. (3)

BRUNO.

Dominus tecum.

DON PEDRO.

No, hija mia, no me alegro de semejante cosa, ni tampoco puedo aprobar... porque... despues de todo, y... en fin, yo me entiendo, yo me entiendo.

DOÑA MATILDE.

Yo soy la que no entiendo á usted, papá mio, porque...

DON EDUARDO.

Su papá de usted, Matilde mia, se habrá irritado al verme aqui en conversacion con usted, cuando me habia hecho decir que no queria recibirme.

(1) Risueño.
(2) Tose.
(3) Estórnuda fuerte.

DON PEDRO.

Precisamente.

DON EDUARDO.

Y creerá que en esto le hemos faltado al respeto.

DON PEDRO.

Cabal.

DON EDUARDO.

Y que nuestra conferencia clandestina es contra las leyes del decoro.

DON PEDRO.

Sí señor, clandestina, y contra las leyes del decoro.

DON EDUARDO.

Y al notar yo el furor de sus miradas y el calor con que se espresa, le protesto á usted empiezo á temer, ademas que ya no quiera atender á otras razones, que nos quiera separar, y aun para separarnos mas pronto que la coja ahora mismo del brazo y se la lleve á su gabinete.

DON PEDRO.

Eso es, eso es, ni mas ni menos, lo que voy á hacer... Vente conmigo. (1)

DOÑA MATILDE.

Pero papá?...

DON PEDRO.

Vente conmigo. (2)

(1) A Matilde.
(2) Llevándola como por fuerza.

DON EDUARDO.

Pero señor don Pedro...

DON PEDRO

Eh! (1)

DON EDUARDO.

Decia que yo tambien me retiraba para no ofender á usted mas con mi presencia.

DON PEDRO.

Bien hecho. — Vamos. (2)

DOÑA MATILDE.

A Dios, Eduardo.

DON EDUARDO.

A Dios, Matilde.

DON PEDRO.

Vamos, repito.

DOÑA MATILDE.

Fíate en mi constancia. (3)

DON EDUARDO.

Ya me fio. (4)

DOÑA MATILDE.

A Dios. (5)

DON EDUARDO.

A Dios. (6)

(1) Volviéndose para oir lo que va á decir.
(2) A Matilde.
(3) Al entrarse.
(4) Yéndose.
(5) Desde adentro.
(6) Váse.

BRUNO.

Cómo se quieren ! Como dos tortolillos... y el amo, á pesar de eso, y sin saber por qué, los separa y los... vaya no hiciera otro tanto Herodes el Ascalonita.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON PEDRO Y DOÑA MATILDE.

DOÑA MATILDE.

Por Dios, papá, déjese usted ablandar.

DON PEDRO.

No, no; nunca consentiré en semejante bodorrio.

DOÑA MATILDE.

Pues no lo aprobaba usted antes?

DON PEDRO.

No sabia entonces lo que sé ahora.

DOÑA MATILDE.

Pero qué sabe usted?

DON PEDRO.

Mil cosas... sé en primer lugar que tu don Eduardo no tiene un ochavo.

DOÑA MATILDE.

Y ese es acaso gran defecto?

DON PEDRO.

No te lo parece á tí ahora, que te sientas, por ejemplo, á la mesa, y si hay tortilla comes tortilla, sin informarte siquiera de á cómo va la docena de huevos; pero cuando seas ama de casa y veas volver á Torivio con la esportilla vacía porque tu marido no dejó una blanca con que llenarla, ya verás entonces si se te cae la baba por la gracia.

DOÑA MATILDE.

(Qué preocupacion!...)

DON PEDRO.

En fin, te repito que no me acomoda el yerno que me quieres dar... ni yo sé tampoco lo que te prenda en él, porque fisonomía menos espresiva...

DOÑA MATILDE.

Calle usted, señor, y tiene dos ojos como dos carbunclos!

DON PEDRO.

Lo dicho dicho, Matilde; no cuentes jamas con mi licencia... si te quieres casar con ese hombre y morirte despues de hambre... cásate enhorabuena, y buen provecho te haga, con tal que yo no te vuelva á ver en mi vida... Esto es lo único y lo último que te digo... á Dios... (Bueno será que me vaya antes que empiecen los pucheros.)

ESCENA II.

DOÑA MATILDE.

Que me case y que no le vuelva á ver en su vida!... y él mismo me lo indica... Dios mio, Dios mio, qué entrañas tienen estos padres! Que me case!... Si sospechará alguna cosa de lo que Eduardo y yo tenemos tratado para cuando ya no haya otro recurso? Y queda ya alguno por ventura? Que me case!... Y bien, sí... me casaré... me casaré con el hombre de mi eleccion, con el único mortal que me es simpático, y que puede proporcionarme la mayor felicidad posible en este mundo... la de amar y ser amada; porque ó yo no sé en lo que se cifra el ser una muger dichosa, ó ha de consistir necesariamente en estar siempre al lado de lo que ella ama; en jurarle á cada instante un eterno cariño, en aspirar al aire que el aspire... y cuesta acaso algo de esto dinero? No, no... por fortuna todo esto se hace de valde, por mas que digan lo contrario... y todo esto lo haré con mi Eduardo... Con él pasaré mi vida en un contínuo éxtasis, y cuando una misma losa cubra al cabo de muchos años nuestras cenizas todavia inseparables, que vengan entonces á echarme en cara si lo que comí en vida fue potage de lentejas, ó si mi esposo tenia un miserable arriero por tatarabuelo.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE, BRUNO, Y DESPUES DON EDUARDO.

BRUNO.

Está usted sola? (1)

DOÑA MATILDE.

Sí; qué hay?

BRUNO.

Que hay?... lo de siempre... que el señor don Eduardo está ya ahí con ganas de parleta, y que yo, como me han hecho ustedes, velis nolis, su corre vé y dile, me adelanto á reconocer el campo.

DOÑA MATILDE.

Adónde le dejas?

BRUNO.

En el descanso de la escalera.

DOÑA MATILDE.

Que suba... y tú oye.

BRUNO.

Suba usted, caballerito... y yo oigo.

DOÑA MATILDE.

Es necesario que te pongas en el cancel de esa puerta (2), y que nos avises de cualquier ruido que adviertas en el cuarto de papá, no sea que salga y nos sorprenda.

(1) Entreabriendo la puerta.
(2) A Bruno.

DON EDUARDO.

Qué tenemos, Matilde mia?

DOÑA MATILDE.

Nada bueno, Eduardo; papá me acaba de asegurar que jamas nos dará su consentimiento.

DON EDUARDO.

Será posible!

DOÑA MATILDE.

Y tanto como lo es... me ha dicho ademas mil horrores de usted....

DON EDUARDO.

De mí!

DOÑA MATILDE.

En primer lugar, y segun costumbre, que era usted pobre.

DON EDUARDO.

Pero usted le habrá respondido, segun costumbre...

DOÑA MATILDE.

Lo bastante para indicarle que esta es la mayor perfeccion que usted tiene á mis ojos.

DON EDUARDO.

Muchas gracias.

DOÑA MATILDE.

En seguida se ha ensangrentado con la familia de usted... con su persona... vamos, lo aborrece á usted con sus cinco sentidos... ya ve usted si es injusticia!

DON EDUARDO.

Y ya ve usted si me lo parecerá á mí?

DOÑA MATILDE.

Asi confieso que no me queda ya esperanza alguna.

DON EDUARDO.

Ni á mí tampoco... verdad es que nunca la tuve... de ahí que no me haya dormido, y que si usted quiere...

DOÑA MATILDE.

Esplíquese usted.

DON EDUARDO.

Sepa usted que si bien es cierto que he gastado hasta el último real que poseía, tambien lo es que ya tengo todo listo para nuestro casamiento... dispensa, cura, testigos, cuarto en que vivir, un poco alto sin duda... como que está en un quinto piso... pero en buena calle... en la calle del Desengaño... en fin, nada falta... sino que usted se decida... y dentro de media hora...

DOÑA MATILDE.

De media hora!

DON EDUARDO.

Nos sobra aun tiempo, porque ni usted necesita mas de diez minutos para prepararse, ni yo mas de veinte para dar mis últimas órdenes, volver á esta calle, aprovechar el primer momento en que no pase gente, avisar á usted de ello con tres palmadas, recibirla cuando baje y conducirla

en dos brincos á la iglesia, cuya puerta por fortuna tenemos casi en frente de esa reja.

DOÑA MATILDE.

No decia yo eso, sino que tanta precipitacion... estas cosas, Eduardo, necesitan siempre pensarse algo.

DON EDUARDO.

Al revés, Matilde; estas cosas, si se piensan algo no se hacen nunca... porque... ya ve usted... á cada paso ocurren nuevas dificultades. Se trasluce entre tanto el proyecto... se suscitan persecuciones... hay encierros á pan y agua en calabozos subterráneos, hay vapuleo no pocas veces... y si desgraciadamente hubiera esto para nosotros, no sé yo luego cómo nos habiamos de casar.

DOÑA MATILDE.

Oh! Eso es muy cierto... dígalo sino Ofelia... la del castillo negro.

DON EDUARDO.

Y Malvina, y Etelvina, y Coralina, y otras mil víctimas desventuradas de la injusticia paternal, á quienes han enterrado con palma por andarse en miramientos.

DOÑA MATILDE.

No, lo que es Etelvina murió de parto, si es que no he olvidado su historia.

DON EDUARDO.

Llámelo usted hache... de parto ó emparedada... allá se va todo... ello es que

Etelvina debió de hacer mala sangre con los disgustos que le dieron para que... conque vamos, Matilde mia, qué resuelve usted? Mire usted que cada instante que se pierde...

DOÑA MATILDE.

No sé lo que haga... salirse una asi de su casa sin...

DON EDUARDO.

Pues sino, qué otro camino tenemos? á menos que usted, arredrada con los peligros que pueden amenazarnos, no se arrepienta de sus juramentos y...

DOÑA MATILDE.

Yo arredrada! yo arrepentida! No creía yo que me calumniara usted de ese modo, Eduardo, despues de tantas pruebas como le tengo á usted dadas de mi amor...

DON EDUARDO.

No es que yo dude... ni cómo habia de dudar... cuando esta misma mañana... alli... delante de aquel cuadro de Atala moribunda, me prometió usted casarse conmigo y seguirme, aunque fuera al fin del mundo? si no que... haciendo una hipótesis casi imposible, decia...

DOÑA MATILDE.

Dichoso usted que tiene la cabeza para esas hipótesis... no me sucede á mí otro tanto... y si al cabo cedo á las instancias de usted...

DON EDUARDO.

¿Cede usted á mis instancias? Oh! qué ventura!

DOÑA MATILDE.

Sí, hombre injusto; y para ceder mejor á ellas cierro los ojos sobre todas las consecuencias... diga usted ahora que soy tímida, ó que soy...

DON EDUARDO.

Digo, Matilde, que es usted una hembra estraordinaria... una verdadera horoina de novela... y arrojándome á sus pies protesto...

BRUNO.

Que el amo bosteza. (1)

DON EDUARDO.

Caramba!... Si se fastidia de estar solo y sale... no, no... (2) aprovechemos los momentos... ahora son las ocho de la noche... con que asi, Matilde, á las ocho y media me tiene usted al pie de aquella reja.

DOÑA MATILDE.

Bueno; entonces ya me tendrá usted tambien pronta.

DON EDUARDO.

No olvide usted la seña, tres palmadas mias.

(1) Sin dejar su puesto.
(2) Levantándose.

DOÑA MATILDE.

Me parece mejor que intercale usted entre la segunda y la tercera un gran suspiro, para que no sea tan fácil el que yo pueda equivocarme si acaso hubiera otra intriga amorosa en la calle.

DON EDUARDO.

Observacion muy prudente... suspiraré entre la segunda y la tercera.

DOÑA MATILDE.

Pues lo demas déjelo á mi cargo, que Bruno y yo dispondremos el cómo burlar la vigilancia de mi padre.

DON EDUARDO.

No hay mas que hablar. A Dios, bien mio.

DOÑA MATILDE.

A Dios...

DON EDUARDO.

Ah, se me pasaba el recomendar á usted que no traiga consigo alhaja alguna, ni dinero, ni cosa que lo valga, porque dirian que yo...

DOÑA MATILDE.

Pierda usted cuidado... una muda ó dos, cuando mas, con las cartas que usted me ha escrito, el retrato de Atala, la sortija de alianza, y la rosa que usted me dió en el primer rigodon que bailamos juntos, y que conservo en polvo, envuelta en un papel de seda; esto es todo lo que pienso llevar.

DON EDUARDO.

Ni necesita usted mas. A Dios, otra vez.

ESCENA IV.

DOÑA MATILDE Y BRUNO.

DOÑA MATILDE.

A Dios... Bruno?

BRUNO.

Señorita?

DOÑA MATILDE.

Te enteraste de lo que hemos tratado?

BRUNO.

Ni jota... como tenia que atender á lo que pasaba por allá dentro...

DOÑA MATILDE.

Pues has de saber... pero antes jura que no lo has de decir á nadie.

BRUNO.

Digo que no lo diré á nadie.

DOÑA MATILDE.

Júralo.

BRUNO.

Cuando prometo yo una cosa!...

DOÑA MATILDE.

Bueno... escucha ahora.

BRUNO.

Qué es ello? (1)

(1) Con curiosidad.

DOÑA MATILDE.

Me quieres, Bruno?

BRUNO.

Toma, y para eso tantos aspavientos?

DOÑA MATILDE.

Es que si tú no me quieres... (y mira, Bruno, que me has de querer mucho) de lo contrario es inútil que te refiera nada, porque ni me ayudarias, ni... con que asi responde, me quieres mucho, Bruno?

BRUNO.

Que si la quiero á usted? Buena pregunta, cuando la he visto á usted nacer, como quien dice, y la he arrullado, y la he dado papilla, y la he...

DOÑA MATILDE.

Tienes razon... y por lo mismo me decido ahora á confiarte que me caso esta noche con don Eduardo.

BRUNO.

Oiga! Su padre de usted consintió al cabo...

DOÑA MATILDE.

No tal, antes al contrario se opone á ello.

BRUNO.

Y dice usted que se casa?

DOÑA MATILDE.

Dentro de media hora... ahí está el misterio.

BRUNO.

No puede ser eso entonces, niña.

DOÑA MATILDE.

Te digo que sí... don Eduardo lo ha arreglado ya todo, y me vendrá á buscar dentro de media hora para llevarme á la iglesia.

BRUNO.

No será el hijo de mi madre el que le abrirá la puerta.

DOÑA MATILDE.

No importa, porque precisamente tengo decidido el salir por la ventana.

BRUNO.

Por la ventana?

DOÑA MATILDE.

Por esa reja, quise decir, cuya llave tienes tú, y que está tan baja que con la ayuda de una silla cualquiera puede...

BRUNO.

Segun eso, usted cree que yo le voy á dar la llave?

DOÑA MATILDE.

Por qué no?

BRUNO.

Y tambien quizá que yo mismo le pondré la silla para encaramarse?

DOÑA MATILDE.

Quién habia de ser?

BRUNO.

Y quien la sostendrá de los brazos has-

ta que el señor don Eduardo la recoja en los suyos?

DOÑA MATILDE.

Sí.

BRUNO.

Pues se engañó usted de medio á medio.

DOÑA MATILDE.

Cómo!

BRUNO.

Y ahora mismo voy á noticiar al amo todo este fregado. (1)

DOÑA MATILDE.

Detente!

BRUNO.

No faltaba mas... una niña bien nacida pensar en semejante gitanada!

DOÑA MATILDE.

Bruno!

BRUNO.

Y proponérmela á mí, que he comido treinta y cinco años el pan de su padre!

DOÑA MATILDE.

Pero escucha, por Dios...

BRUNO.

Ni por la Vírgen... todo lo sabrá el señor don Pedro.

DOÑA MATILDE.

Recuerda que prometiste...

(1) Hace que se va.

BRUNO.

Si prometí fue en la suposicion de que seria cosa inocente...

DOÑA MATILDE.

Qué hará luego mi padre?

BRUNO.

Qué? Encerrar á usted bajo llave sino desiste...

DOÑA MATILDE.

Encerrarme... á mí!... Bruno, está visto... me quieres precipitar... pues bien... lo lograrás... ves este papel?...

BRUNO.

Y qué hay en ese cucurucho?

DOÑA MATILDE.

Píldoras.

BRUNO.

De Jalapa?

DOÑA MATILDE.

De rejalgar.

BRUNO.

Jesus mil veces!

DOÑA MATILDE.

Que don Eduardo me trajo esta mañana.

BRUNO.

Habrá bribon!

DOÑA MATILDE.

A peticion mia... porque una muger desgraciada no puede estar sin un poco de veneno en su ridículo.

BRUNO.

Maldita, la necesidad que veo yo de eso...

DOÑA MATILDE.

A grandes males, grandes remedios... asi... ténlo por cierto... si das otro paso hácia la puerta con tan vil propósito, ni una píldora dejo de todo el cuarteron que no me trague.

BRUNO.

Condenadas boticas!

DOÑA MATILDE.

Y me verás caer aqui redonda, lo mismo que si me hubieras dado un trabucazo.

BRUNO.

No haga usted tal... tenga usted compasion de su pobre padre y de mí...

DOÑA MATILDE.

Ténla tú de la desventurada Matilde.

BRUNO.

Yo... si... pero...

DOÑA MATILDE.

En fin, qué determinas?

BRUNO.

Vaya... no diré nada, con tal que me dé usted esas píldoras para...

DOÑA MATILDE.

Y me ayudarás tambien?

BRUNO.

Eso no, porque...

DOÑA MATILDE.

Que me las trago.

BRUNO.

Sí, sí, ayudaré... haré todo lo que usted quiera... pero vengan esas píldoras, repito.

DOÑA MATILDE.

Qué desatino... no ves que me desarmaria si te las diera... Lo que haré será guardarlas en donde las guardaba antes, para el caso en que intentes todavia venderme.

BRUNO.

Paciencia!

DOÑA MATILDE.

Ahora paso á decirte lo que exijo de tí, y es que si papá viene á esta sala, en tanto que yo entro en mi cuarto á recoger algunas frioleras, trates de alejarle de aqui con cualquier pretesto.

BRUNO.

(Ojalá viniera.)

DOÑA MATILDE.

Que cuides de que no haya luz...

BRUNO.

En soplando las que estan encendidas...

DOÑA MATILDE.

Y que la reja esté abierta para cuando yo vuelva.

BRUNO.

Si sé dónde puse la llave, que me...

DOÑA MATILDE.

Ya la encontrarás... no te se olvide nada... lo entiendes? y yo me voy á lo que dije... cuidado que es menester que una muger tenga cabeza para atar tantos cabos.

ESCENA V.

BRUNO.

Mas cabeza se necesita para desatarlos... y á fé que la mia no acierta el cómo... ello sin las malditas píldoras... bastaba con que yo cantara de plano... pero si la chica... que se ha echado el alma atrás... lo sospecha y en un abrir y cerrar de ojos... zas... se engulle media docena de los tales confites... vea usted entonces qué desgracia!... qué sentimiento para todos!... y que es capaz de hacerlo lo mismo que lo dice... sí, señor lo mismo, porque hay mugeres que por salirse con lo que se les pone entre ceja y ceja comerán... no digo yo rejalgar, sino... por otra parte puedo yo callarle á mi pobre amo una cosa que tanto le interesa? que tanto interesa al honor de la familia... imposible... y mucho mas cuando quizá su merced encontraria algun medio término... alguna estratagema... calle, una palmada junto á nuestra reja! otra! si pudiera atisvar... san Bruno y qué suspiro! suspiro de

alma en péna!... tercer palmada!... si será nuestro perillan... cabalito... el es... cé, cé, don Eduardo... soy yo... el mismo que viste y calza... eh? no, no está todavia aqui... tenga usted un poco de paciencia... en efecto van á dar las ocho y media... ya veo que es una pistola lo que usted me enseña... esta es otra que bien baila: que se levantará la tapa de los sesos si al dar la campanada de la media no está ya doña Matilde en la calle! qué diablura! Diga usted, don Eduardo... diga usted... sí; se marchó renegando á la esquina opuesta... pues por Dios... que estamos frescos... veneno por aqui... pistoletazo por allá, y á todo esto el amo metido en su aposento...

ESCENA VI.

DON PEDRO Y DICHO.

N. f.º 9.

DON PEDRO.

(Necesito no descuidarme si he de llegar á tiempo de ponerme junto á un confesonario sin que me vean...)

BRUNO.

Ah! Señor don Pedro de mi vida!... algun angel le ha traido á usted tan á punto!

DON PEDRO.

No me entretengas, Bruno, que estoy muy de prisa.

BRUNO.

Dos palabras tan solo.

DON PEDRO.

Ni media.

BRUNO.

Sepa usted...

DON PEDRO.

No quiero saber nada, déjame.

BRUNO.

Que la señorita...

DON PEDRO.

Ya me lo dirás cuando vuelva... suelta.

BRUNO.

Es que cuando usted vuelva ya no quedará mucho que decir, porque doña Matilde...

DON PEDRO.

Suelta, suelta, ó vive Dios...

BRUNO.

Ya suelto, pero luego no se queje usted...

DON PEDRO.

Luego me las pagará todas juntas el que haya contribuido á ofenderme.

BRUNO.

Oidos que tal oyen!

DON PEDRO.

Y para eso hice afilar el otro dia mi espadin de acero.

BRUNO.

Y por eso cabalmente quiero yo hablar ahora, y contar á usted...

DON PEDRO.

Calla.

BRUNO.

Pero si no me deja usted hablar, cómo quiere usted...

DON PEDRO.

Calla, y hasta despues que ajustaremos cuentas... (pobre Bruno, no le queda mal susto en el cuerpo.)

ESCENA VII.

BRUNO, Y DESPUES DOÑA MATILDE.

BRUNO.

No sabia yo lo de la afiladura del espadin! Con esto, y con que despues se le antoje el que yo tuve arte ó parte en el negocio... y me atraviese como un palomino... Dígole á usted que... vamos, por mas que lo miro y lo remiro... no hay escapatoria... tiene que acabar en tragedia... porque á la altura en que estamos... es claro que ó se matan ellos, ó los mata don Pedro, ó me mata este á mí... ó se mata él... ó nos morimos todos de pesadumbre... lo dicho... tiene que haber muertes... tiene que haberlas necesariamente... á menos que un milagro...



DOÑA MATILDE.

Salió mi padre?

BRUNO.

(A Dios con mi dinero... ya está àqui doña Matilde.)

DOÑA MATILDE.

No me respondes si salió mi padre?

BRUNO.

Salió, y como un regilete... no sé yo lo que podia urgirle tanto... pero... qué hace usted?...

DOÑA MATILDE.

Lo que tú has olvidado... apagar las velas...

BRUNO.

Qué es de rigor en tales aventuras el andar á tientas?

DOÑA MATILDE.

Es prudencia por lo menos para evitar el que la vecina de enfrente fisgonee lo que va á pasar en este cuarto.

BRUNO.

Ay!

DOÑA MATILDE.

Qué es eso?

BRUNO.

No es cosa, un chinchon que debo á la vecina de enfrente.

DOÑA MATILDE.

Y todavia no has abierto la reja!

BRUNO.

Para qué? Si se ha de ir usted al cabo,

no vale mas el que se salga usted por la puerta?

DOÑA MATILDE.

No lo creas... eso cualquiera lo haria..., y es tambien menos dramático.

BRUNO.

Menos qué?

DOÑA MATILDE.

Vaya, despáchate en abrir la reja... mira que creo que ya ha dado la media.

BRUNO.

Qué habia de dar, no señora... ni por pienso... Dios nos libre de que hubiera dado.

DOÑA MATILDE.

No abres?

BRUNO.

Aqui tengo la llave; pero antes reflecsione usted, hija mia, la pesadumbre que va usted á dar á su padre con este escándalo... y lo que...

DOÑA MATILDE.

Oyes ahora la media?

BRUNO.

Vírgen del Tremedal... (1) Allá va, allá va... (2)

DOÑA MATILDE.

Cómo! A quién gritas?

(1) Corriendo á la ventana.
(2) Gritando á don Eduardo.

BRUNO.

Nada, nada.

DOÑA MATILDE.

Ah traidor! ya te entiendo... pero antes que vengan á sorprendernos apelaré á mi último recurso. (1)

BRUNO.

Tenga usted el brazo (2); tire usted esas píldoras, que es á don Eduardo á quien yo avisaba... (3) Allá va, allá va... Repito que es don Eduardo á quien yo... (4) ay qué sudor frio me ha entrado!

DOÑA MATILDE.

Pues por qué no me decias que don Eduardo estaba ya esperándome?

BRUNO.

Porque... porque... bueno estoy yo ahora para decir el por qué de nada, y si me sangraran...

DOÑA MATILDE.

En suma, quieres ó no quieres abrir la reja?

BRUNO.

En este instante... (Empecemos al menos por salvar dos vidas...) qué premiosa está!

DOÑA MATILDE.

Pon luego una silla.

(1) Hace como que saca las píldoras.
(2) Corriendo á doña Matilde.
(3) Vuelve á la ventana.
(4) Vuelve á doña Matilde.

BRUÑO.

Pongo una silla.

DOÑA MATILDE.

Y está ya don Eduardo?

BRUNO.

Le estoy tocando con la mano la copa del sombrero.

DOÑA MATILDE.

Entonces... dónde dejaré la carta para papá... y muy contenta que estoy con ella... oh! me ha salido muy tierna y muy respetuosa... mucho mas tierna que la de Clari en la ópera... aqui la pondré sobre la mesa... ahora vamos... no; me falta todavia que implorar al cielo, y rogar tambien por mi padre, por mi pobre padre. (1)

BRUNO.

Si la tocará Dios en el corazon!

DOÑA MATILDE.

Ahora quiero besar la poltrona (2) en que duerme papá la siesta... la mesa... la jaula de la cotorra... á Dios, muebles queridos... á Dios, paredes que me guarecísteis durante mis primeros... mis mas dichosos años... y que quizá no volveré á ver mas... dame la mano, Bruno... á Dios, Bruno... que seas feliz... que me vengas á ver... ay, que me caigo...

(1) Se pone de rodillas.
(2) Se levanta.

BRUNO.

No tenga usted cuidado... y déjese usted ir... maldito alfiler!

DOÑA MATILDE.

Que consueles á mi padre.

BRUNO.

A buena hora, mangas verdes... téngala usted, don Eduardo... asi... ya llegó al suelo... y corren como gamos... y ya llegan á la iglesia... y ya entran... y... Dios los haga buenos casados... quitémonos ahora de la reja... cerrémosla... y cuidemos antes de todo de esconder el espadin de acero.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

Lo que tarda en encenderse esta lumbre!

DON EDUARDO.

Si no soplas derecho.

DOÑA MATILDE.

Será culpa del fuelle.

DON EDUARDO.

Mira cómo se va el aire por los lados.

DOÑA MATILDE.

Ay! que no puedo mas.

DON EDUARDO.

Vaya, se conoce que este es el primer brasero que enciendes en tu vida... dame, dame el fuelle.

DOÑA MATILDE.

Tómalo enhorabuena... y despáchate, por Dios, que me siento muy débil.

DON EDUARDO.

Ya lo creo; no cenastes anoche.

DOÑA MATILDE.

Qué descuido el tuyo!... no tener siquiera un bocado de pan en casa.

DON EDUARDO.

Como nunca tienes apetito en semejantes dias...

DOÑA MATILDE.

Ya, pero... y tú?

DON EDUARDO.

Oh, lo que es por mí no te inquietes, y sino te enfadaras te confesaria...

DOÑA MATILDE.

Qué?

DON EDUARDO.

Que por lo que podia tronar, me forré el estómago con un buen par de chuletas antes de ir á buscarte.

DOÑA MATILDE.

Pues estuvo bueno el chiste!

DON EDUARDO.

Ya pienso que puedes arrimar la chocolatera al fuego.

DOÑA MATILDE.

Y qué enorme armatoste!

DON EDUARDO.

Sabrás hacer chocolate?

DOÑA MATILDE.

Creo que se echa primero el chocolate partidito á pedazos...

DON EDUARDO.

No me parece que es eso...

DOÑA MATILDE.

Entonces echaré primero el agua...

DON EDUARDO.

Tampoco.

DOÑA MATILDE.

Pues hay mas que echar las dos cosas á un tiempo.

DON EDUARDO.

Dices bien... y una onza entera y otra partida... asi no podemos errarla de mucho... pon mas agua.

DOÑA MATILDE.

Si he puesto cerca de un cuartillo!

DON EDUARDO.

Y qué es un cuartillo para dos jícaras... llena la chocolatera, llénala...

DOÑA MATILDE.

Hombre!

DON EDUARDO.

Llénala, y no empecemos con economías.

DOÑA MATILDE.

Ya lo está.

DON EDUARDO.

Divinamente; y volviendo á lo de anoche, creerás, Matilde, que todavia me rio al recordar lo asustada que estabas durante la ceremonia?

DOÑA MATILDE.

Pues mira, mayor fue si cabe mi congoja al subir esta eterna escalera á tientas, al tardar diez minutos en acertar con el agujero de la llave, al encontrarme despues sola y sin luz en este aposento desconocido y frio, sin atreverme á dar un paso por no tropezar con algun mueble, hasta que volviste con el candelero que te prestó la vecina...

DON EDUARDO.

Bendita vecina!... por ella nos escapamos anoche sin un chinchon cada uno cuando menos, y á fé que hubiera sido de mal agüero.

DOÑA MATILDE.

Ya empieza á hervir el agua.

DON EDUARDO.

Y tambien deduzco del gesto que hiciste involuntariamente al entrar yo con la luz y recorrer tú con la vista el cuarto en que

te hallabas, que te sorprendió en gran manera su pelage.

DOÑA MATILDE.

Qué disparate!

DON EDUARDO.

Vaya, la verdad. No esperabas hallar otra cosa?

DOÑA MATILDE.

Oh! lo que es eso...

DON EDUARDO.

No esperabas el que los muebles, aunque pocos y sin embutidos, fueran siquiera de caoba y nuevos? el que hubiera cortinas de muselina blanca, aunque sin guarniciones ni flecos?

DOÑA MATILDE.

No, eso no... ya sé yo que la caoba y la muselina no se han hecho para casas pobres... pero hay muebles bastante bonitos de cerezo ó de nogal... hay cortinas muy baratas de percal ó de zaraza... y si juntas á eso unas paredes recien blanqueadas, unos pisos muy fregados, unas ventanas con sus correspondientes tiestos de flores, y otras bagatelas semejantes que cuestan poco ó nada, resultará de todo cierta elegancia en la misma pobreza, que...

DON EDUARDO.

Dime, Matilde, has entrado en muchas casas pobres?

DOÑA MATILDE.

En la de la vieja de la Alameda...

DON EDUARDO.

Ya me lo sospechaba yo...

DOÑA MATILDE.

Y ademas he leido mil descripciones muy verídicas, y por ellas...

DON EDUARDO.

Que se va el chocolate!

DOÑA MATILDE.

Qué dices?

DON EDUARDO.

Quítalo presto de la lumbre.

DOÑA MATILDE.

Ay!

DON EDUARDO.

Te quemaste?

DOÑA MATILDE.

Todo el dedo meñique.

DON EDUARDO.

Qué desgracia!

DOÑA MATILDE.

No es eso lo peor, sino que como me dolía solté la chocolatera, y...

DON EDUARDO.

Y se habrá apagado el fuego?

DOÑA MATILDE.

Completamente.

DON EDUARDO.

Cómo ha de ser! En encendiéndole otra vez...

DOÑA MATILDE.

Otra vez!

DON EDUARDO.

Aqui tengo las dos onzas restantes...

DOÑA MATILDE.

Pero eso de soplar otra hora y media!...

DON EDUARDO.

Qué remedio tiene? á menos que no prefieras el que cada cual se coma cruda la onza que le corresponde...

DOÑA MATILDE.

Ello todo es chocolate.

DON EDUARDO.

Y en bebiendo luego un buen vaso de agua...

DOÑA MATILDE.

Asi tendremos tambien mas lugar para hablar de nuestras cosas.

DON EDUARDO.

Para establecer desde luego nuestro método de vida.

DOÑA MATILDE.

Y el empleo de las horas del dia.

DON EDUARDO.

Y de la noche... hasta que nos vayamos á acostar.

DOÑA MATILDE.

Ea, pues, venga mi onza, y sentémonos.

DON EDUARDO.

Tómala, y sentémonos... en qué piensas?

DOÑA MATILDE.

En nada... en que papá estará ahora desayunándose, y...

DON EDUARDO.

Tambien nosotros... mas frugalmente... pero...

DOÑA MATILDE.

Oh! lo que es por eso... en estando á tu lado... y la ventaja de no tener criados que nos murmuren, ni sibaritas que nos importunen con sus visitas...

DON EDUARDO.

Qué habiamos de tener?

DOÑA MATILDE.

Disfrutando en cambio de independencia y de tranquilidad.

DON EDUARDO.

Por supuesto.

DOÑA MATILDE.

Y esto de vivir tranquilos, Eduardo, esto de que nadie venga á desencantarnos con su odiosa presencia en uno de aquellos momentos deliciosos...

DON EDUARDO.

Calla! Llamaron?

DOÑA MATILDE.

Creo que sí.

DON EDUARDO.

Habla bajo.

DOÑA MATILDE.

Pero que...

DON EDUARDO.

Mas bajo.

DOÑA MATILDE.

Quiéres que abra?

DON EDUARDO.

No, no... pero vé de puntillas, y mira si por la rendija puedes atisvar quién es.

DOÑA MATILDE.

Voy... es un viejecito barrigoncito, con calzones de pana y medias rayadas.

DON EDUARDO.

Él es!

DOÑA MATILDE.

Quién dices?

DON EDUARDO.

El diablo.

DOÑA MATILDE.

Jesus mil veces!

DON EDUARDO.

Ó el casero, que es lo mismo... dónde me esconderé?

DOÑA MATILDE.

Esconderte!

DON EDUARDO.

Alli... debajo de la cama... y tú abre luego, y dile que he salido muy temprano, y que no volveré hasta la noche.

DOÑA MATILDE.

Eduardo...

DON EDUARDO.

Abre ya... antes que nos rompa la puerta. (1)

DOÑA MATILDE.

Pero, Eduardo, no entiendo...

DON EDUARDO.

Abre, abre. (2)

DOÑA MATILDE.

Dios mio! Qué querrá decir esto?

ESCENA II.

EL CASERO Y DICHOS.

CASERO.

Vaya, y qué dormida estaba usted!

DOÑA MALILDE.

No señor, sino que...

CASERO.

Y el señor don Eduardo?

DOÑA MATILDE.

Acaba de salir...

CASERO.

Calle! Y me habia prometido que me pagaria hoy por la mañana el mes adelantado!

DOÑA MATILDE.

Es que...

(1) Al meterse debajo de la cama.
(2) Se mete enteramente.

CASERO.

Mal principio... muy malo, á fé mia! Y cuándo estará de vuelta?

DOÑA MATILDE.

Me dijo que volveria al anochecer, y que luego...

CASERO.

Al anochecer!... Salir en un dia de tornaboda á las ocho de la mañana y no volver hasta el anochecer, dígole á usted que no me da buena espina.

DOÑA MATILDE.

Puede que vuelva mas pronto, y...

CASERO.

Pues no crea que á mí me ha de traer como á un zarandillo... y lo que son los trastos no valen treinta reales.

DOÑA MATILDE.

Caballero, mi marido es incapaz de...

CASERO.

De pagar á su casero, eh!

DOÑA MATILDE.

No digo eso, sino que aunque somos pobres, somos personas de honor, y que...

CASERO.

Sí, sí, personas de honor sin dinero... eso es lo que yo me temia... y ésos son los peores inquilinos.

DOÑA MATILDE.

(Qué insolencia!)

CASERO.

Pero repito que no se juega conmigo... dígaselo usted asi, y que si esta noche nó me baja los tres duros, mañana pongo á ustedes en la calle con todos sus cachibaches...

ESCENA III.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DOÑA MATILDE.

Tratar de ese modo á una señora?

DON EDUARDO.

Matilde! Se fue ya? (1)

DOÑA MATILDE.

Ya se fue.

DON EDUARDO.

Pues entonces prosigue aquello que decias (1), de que era gran cosa el poder vivir tranquilos y sin que nadie...

DOÑA MATILDE.

Sí, buena es la tranquilidad que vamos disfrutando por cierto.

DON EDUARDO.

Toma, ya te desanimas!

DOÑA MATILDE.

No, pero sí estraño cómo has tenido paciencia para oir tanta grosería.

(1) Asomando la cabeza.
(2) Saliendo de debajo de la cama.

DON EDUARDO.

En efecto, merecia el gran vinagre que le hubiera tirado los tres duros á la cabeza.

DOÑA MATILDE.

Y por qué no lo has hecho?

DON EDUARDO.

En primer lugar porque no tenia los tres duros.

DOÑA MATILDE.

Podias haberle castigado de otro modo.

DON EDUARDO.

No, hija, que para castigar con dignidad á un acreedor que se insolenta hay siempre que empezar por pagarle.

DOÑA MATILDE.

Siempre!

DON EDUARDO.

No ves que sino se puede creer que uno ha querido zafarse á un mismo tiempo del acreedor y de la deuda?

ESCENA IV.

LA VECINA Y DICHOS.

VECINA.

Buenos dias, vecinita... qué tal se ha dormido?... Oyeron ustedes los truenos á eso de las cuatro?... La encajera que vive en la guardilla dice que ha caido un rayo en Santa Bárbara... pero yo no lo creo...

porque basta que la encajera diga una cosa para que yo no la crea...

DOÑA MATILDE.

Nosotros no hemos oido...

VECINA.

Ya lo supongo... qué habian ustedes de oir... si es una grandísima embustera... muy tonta y muy presumida... sin que yo sepa en qué se funda... porque al cabo, qué ha sido antes de casarse? doncella en casa de un consejero? Y bien, tambien yo he sido doncella, si vamos á eso... en casa de un covachuelo... y un consejero y un covachuelo allá se van... los dos tienen usía... con que diga usted, vecina, acabó usted con mi candelero?

DOÑA MATILDE.

Sí señora, aqui está... y muchas gracias...

VECINA.

Jesus, señora, no hay de qué... entre vecinas y amigas hoy por tí, mañana por mí... y nosotras que vamos á ser tan amigas!... como que vivimos en el mismo piso... porque aqui en esta casa, como en todas, con el vecino de al lado es con quien se trata... y nadie quiere bajarse... ni subir escaleras... muy bien hecho... cada oveja con su pareja... la marquesa con el canónigo en el piso principal... en el segundo el abogado con el comerciante... en el tercero el

agente de negocios con la viuda del coronel... asi en los demas pisos... por eso tambien nadie trata con la encajera... verdad es que no hay mas guardilla que la suya... y luego ya le dije á usted que es muy necia y muy vana... Pero voime corriendo, que dejé la sarten á la lumbre, no sea que se me queme la salchicha... porque ha de saber usted que mi marido almuerza todos los dias salchicha. (1)

DON EDUARDO.

Hola!

VECINA.

Como usted lo oye... y á fé que lo acierta... para eso es casi un empleado... con siete reales, y lo que cae... guarda de á caballo, para servir á usted y á Dios... Ea, quédense ustedes con él.

DON EDUARDO.

Con su marido de usted?

VECINA.

No señor, con Dios... decia que se quedasen ustedes con Dios... vaya, que segun veo me parece usted pieza... Ah, vecina, se me olvidaba, necesita usted de una lavandera?

DOÑA MATILDE.

Precisamente iba yo...

(1) A don Eduardo.

DON EDUARDO.

Di que no. (1)

DOÑA MATILDE.

No señora, ya tenemos una...

VECINA.

Lo siento, porque mi hermana lava muy bien... como que lava á todas las colegialas de Loreto... y sino fuera por cierta desgracia que tuvo... ya se la contaré á usted otro dia... porque ahora estoy de prisa... agur... ¿pues no me huele á salchicha quemada?

ESCENA V.

DOÑA MATILDE Y DON EDUARDO.

DON EDUARDO.

Qué taravilla!

DOÑA MATILDE.

Y qué muger tan ordinaria!

DON EDUARDO.

Asi hablas de tu amiga! (2)

DOÑA MATILDE.

Pobre de mí si no tuviera otras amigas!

DON EDUARDO.

Cuáles? (3)

DOÑA MATILDE.

Toma, las mismas que tenia antes de ayer.

(1) Bajo á doña Matilde.
(2) Sonriéndose.
(3) Idem.

DON EDUARDO.

Viven todas ellas en quinto piso? (1)

DOÑA MATILDE.

Qué sabe esa muger lo que dice? Amigas tengo yo, con quienes me he criado en las Salesas, que si me vieran pidiendo limosna...

DON EDUARDO.

Te la darian quizá. (2)

DOÑA MATILDE.

Se gloriarian entonces de llamarse tales, mas que si me vieran habitando en palacios de cristal.

DON EDUARDO.

Ó, lo que es lo mismo, en casa de un vidriero. (3)

DOÑA MATILDE.

Ya, sino crees tampoco en aquellas amistades que se engendran en la edad preciosa...

DON EDUARDO.

En que no se sabe todavia lo que se quiere.

DOÑA MATILDE.

Qué terrible estás, Eduardo!

DON EDUARDO.

Pero no conoces que te estoy embro-

(1) Sonriéndose.
(2) Idem.
(3) Idem.

mando? De otro modo pudiera yo contradecirte en materias tan evidentes?

DOÑA MATILDE.

Eso era lo que me confundia... pero ahora que me acuerdo... por qué me hiciste responder á la vecina que no necesitábamos de su lavandera?

DON EDUARDO.

Porque como no nos habia de lavar de valde...

DOÑA MATILDE.

Alguien ha de lavar lo que emporquemos, sin embargo.

DON EDUARDO.

Preciso... pero lo harás tú.

DOÑA MATILDE.

Yo!

DON EDUARDO.

Quién quieres que lo haga en tanto que no tengamos con que pagar á otra muger?

DOÑA MATILDE.

Se me pondrán las manos perdidas!

DON EDUARDO.

Es mas que probable.

DOÑA MATILDE.

Y se me llenarán de grietas!

DON EDUARDO.

Como que no hay cosa peor que el jabon y el agua caliente... mas puedes estar segura, Matilde mia, que con la misma ilusion con que tu Eduardo te besa ahora es-

ta mano tan suave y blanca, con la misma te la besará cuando la tengas áspera como una lija y colorada como un tomate.

DOÑA MATILDE.

No lo dudo, Eduardo; pero... pero ello de todos modos es muy desagradable... y mi pobre papá que tenia tanta vanidad con mis manos!... Qué buscas?

DON EDUARDO.

Di, Matilde, has visto por ahí algun cepillo?

DOÑA MATILDE.

Para qué?

DON EDUARDO.

Quisiera cepillarme un poco antes de salir, porque el polvillo del carbon...

DOÑA MATILDE.

Qué, vas á salir?

DON EDUARDO.

Ya te dije que el apoderado de mi tio, que es escribano del Consejo, me ha ofrecido emplearme en su despacho como copiante... cuando tenga que copiar, se entiende... y voy á ver si me adelanta cien reales, á cuenta de mis futuros garavatos, para pagar el casero y para ir viviendo.

DOÑA MATILDE.

Y qué me he de hacer yo entre tanto, sin libros, sin piano...

DON EDUARDO.

En efecto, no tienes hoy mucho que trabajar...

DOÑA MATILDE.

En que trabajar!

DON EDUARDO.

Solo levantar la cama, barrer el cuarto, y... pero, lo que es desde mañana, ya me dirás si te queda tiempo para fastidiarte.

DOÑA MATILDE.

Tambien tendré que barrer mañana?

DON EDUARDO.

Todos los dias, á tí que te gusta tanto la limpieza! y tendrás asimismo que guisar, fregar, jabonar, planchar, coser, remendar, y hacer, en fin, todo aquello que hace una muger casada sin criada.

DOÑA MATILDE.

Ay, Eduardo; sabes que es dinero muy bien gastado el de los salarios?

DON EDUARDO.

Quién dice que el dinero no sirve alguna vez de algo? pero no muy á menudo... y si uno va á considerar, todos sus inconvenientes cree tú que... no son estas que dan las nueve? Cáspita y qué tarde!... Con esto y con que haya salido ya mi escribano, y nos quedemos tambien sin comer... á Dios, vida mia... abrázame.

DOÑA MATILDE.

Anda con Dios.

DON EDUARDO.

Otro abrazo... otro... es tanto lo que te quiero! á Dios.

ESCENA VI.

DOÑA MATILDE.

Ay, no sé lo que tengo... pero... no, no me siento muy buena... Ay!... Si se pudiera lavar con guantes de encerado! Qué se ha de poder! Luego cásese usted para estar todo el dia sola! Paciencia! Pícaros autores, dejarse precisamente en el tintero lo que las pobres habian tenido que trabajar entre sus cuatro paredes!... y ello ninguna tenia criada... como yo... y habian tenido todas que empezar cada mañana por levantar sus camas... como yo voy á levantar la mia... porque si yo no la levanto... vamos allá... aquella Juana sí que despachaba en casa todas estas cosas en un santiamen! como que estaba acostumbrada... y yo desgraciadamente no lo estoy... Lo que pesa el colchon! (1) Pues el jergon!... (2) Ay, descansemos un poco! (3)

(1) Lo pone en el suelo.
(2) Idem.
(3) Se sienta sobre uno de ellos.

ESCENA VII.

LA MARQUESA Y DICHA.

MARQUESA.

Vive en este cuarto una muger que lava encajes?... Pero qué ven mis ojos? Matilde!

DOÑA MATILDE.

Clementina!

MARQUESA.

Tú aqui!

DOÑA MATILDE.

Oh! qué gusto tengo en verte!

MARQUESA.

Y yo!... Pero qué haces en este desvan?

DOÑA MATILDE.

Yo te diré... es que... y tú, estás todavia en las Salesas?

MARQUESA.

Qué, si me casé hace cinco meses, y vivo precisamente en el cuarto principal de esta misma casa.

DOÑA MATILDE.

Cuánto me alegro... asi estaremos todo el dia juntas y... pues me habian dicho que era una marquesa la que...

MARQUESA.

Esa soy yo.

DOÑA MATILDE.

Entonces no te has casado con aquel cadete de Algarbe...

MARQUESA.

Qué disparate; una cosa es hacer telégrafos por entre las ventanas, y otra cosa es casarse.

DOÑA MATILDE.

Pero supongo que siempre te habrás casado enamorada de tu marido?

MARQUESA.

No lo creas... ni le ví hasta que todo estaba tratado y firmado.

DOÑA MATILDE.

Y eres dichosa?

MARQUESA.

Asi, asi... tengo coche,... dos mil reales al mes de alfileres... y en cuanto á mi marido... es como todos los maridos, ni feo, ni bonito, ni... tu suerte, Matilde, es la que no me parece muy envidiable.

DOÑA MATILDE.

Al contrario... ayer me casé con el hombre que adoraba.

MARQUESA.

Calla! Serias tú acaso la novia que estuvo á pique de acostarse anoche á oscuras?

DOÑA MATILDE.

Verdad es que...

MARQUESA.

Ja, ja... y que no tuvo que cenar... (1) ja, ja!... Vaya; quién me hubiera dicho

(1) Riéndose.

cuando las criadas me contaban al desnudarme tu fracaso, ja! ja!...

DOÑA MATILDE.

Clementina!

MARQUESA.

Perdona, Matilde; pero es un lance tan gracioso... ja! ja!... tan inesperado!

DOÑA MATILDE.

Inesperado no; y acuerdate que siempre te juré que no me casaria sino á gusto mio, y con quien no tuviera nada.

MARQUESA.

Sí, es cierto... tambien yo lo juré, si mal no me acuerdo, y ya ves cómo lo he cumplido... pobre Matilde!

DOÑA MATILDE.

Me compadeces!

MARQUESA.

Criada con tanto regalo, y obligada ahora á tener que ganar tu vida, cosiendo ó bordando, ó... porque algo tendrás que hacer para ayudar á tu marido... que por su parte tambien trabajará sin duda...

DOÑA MATILDE.

Un escribano le ha dicho que le dará que copiar... cuando tenga.

MARQUESA.

Pues... á dos reales el pliego... y tres ó cuatro pliegos al dia en escribiendo corrido... buena ocupacion, por vida mia... pero dime, y tu padre? está furioso, eh?

DOÑA MATILDE.

Ya ves, habiéndome casado sin su consentimiento...

MARQUESA.

Y tiene mucha razon... ningun padre puede aprobar el que su hija se case con un perdulario.

DOÑA MATILDE.

Perdulario mi Eduardo! Y se ha dejado desheredar de diez mil ducados de renta á trueque de casarse conmigo!

MARQUESA.

Entonces tu Eduardo es un loco de atar, porque...

DOÑA MATILDE.

Basta, Clementina... tu marquesado no te autoriza para que me insultes porque me ves ahora pobre... y mucho mas cuando nada pienso pedirte.

MARQUESA:

Harás muy mal... que si no se pide á las amigas cuando no se tiene que llevar á la boca, no sé yo cuándo se ha de pedir... y yo lo he sido tuya, Matilde... no de las íntimas... pero... pero siempre te he querido bien... ya lo sabes... y te lo voy á probar ahora mismo... allí tengo en casa cuatro docenas de camisas de batista sin hacer del agua, y te las enviaré...

DOÑA MATILDE.

No, Clementina, mil gracias; pero...

MARQUESA.

Sí, te las enviaré... para que las bordes... y para que... lo que habia de ganar otra... tú bordabas muy bien...

DOÑA MATILDE.

(Qué humillacion!)

ESCENA VIII.

LA VECINA Y DICHAS.

VECINA.

Vecinita, perdone usted que me entre asi de rondon... como la puerta estaba abierta... y como somos uña y carne, queria enseñar á usted cierta cosa... mas oiga! si tendré telarañas... su señoría la marquesa aqui! subir una marquesa ocho tramos de escalera!

MARQUÈSA.

Quién es esta buena muger? (1)

DOÑA MATILDE.

Es una vecina que...

VECINA.

Soy la Nicolasa, señora... la muger del guarda de á caballo... que vive en ese otro cuarto... ya se ve... su señoría no se acordará de mí... porque nunca me ha visto... ó por mejor decir nunca me ha mirado á

(1) A doña Matilde.

la cara cuando me ha encontrado al subir ó bajar del coche... aunque yo saludo siempre... pero doña Manuela la doncella me conoce muy bien... y le habrá hablado de mí á su señoría... toma si le habrá hablado muchas veces... como que por ella me tomó su señoría el otro dia aquella pieza de batista.

MARQUESA.

Ah! Ya caigo... usted es la que suele proporcionar ropa y géneros de lance.

VECINA.

Cabalito... como mi marido es guarda...

MARQUESA.

Y tiene usted ahora algo de nuevo?

VECINA.

Sí señora... y de bueno... á eso venia, á enseñar á la vecinita un corte de vestido de punto de Flandes... como es recien casada... y como nada cuesta el ver... pero, con permiso de su señoría, cerraré la puerta... no sea que la encajera lo olfatee... y vaya con el chisme... porque la tal encajera es capaz de todo... y si yo fuera á contar...

MARQUESA.

No, no, mejor será que veamos ese corte.

VECINA.

Aqui está... cosa superior! y por un pedazo de pan... ochocientos reales... ni un ochavo menos.

DOÑA MATILDE.

Qué bonito!

MARQUESA.

Precioso!

DOÑA MATILDE.

Y qué punto tan igual.

MARQUESA.

Y la cenefa?... tambien es de mucho gusto.

DOÑA MATILDE.

Y de las mas anchas... sobresaldrá mucho sobre un viso caña... no te parece?

MARQUESA.

En efecto, y me irá muy bien como tengo bastante color... y luego como tú... en tus circunstancias, no puedes soñar en comprarlo...

VECINA.

Oh! es caro bocado para un estudiante!

MARQUESA.

No te debe importar el que yo lo tome... y que al fin lo tomaré... qué he de hacer? son tentaciones que...

VECINA.

Y para qué es el dinero, señora, sino para gastar... como dijo el otro... y Dios le dé á su señoría mucho... porque lo sabe emplear, y porque no regatea... como otras usías de medio pelo que conozco yo, y que...

MARQUESA.

Asi, Nicolasa, baje usted y le haré dar los cuarenta duros... á Dios, Matilde, ya nos veremos... ya te avisaré alguna vez cuando esté sola... y diré que te suban entre tanto las camisas.

DOÑA MATILDE.

No, Clementina, no... te lo agradezco en lo que vale... pero no tengo tiempo ahora.

MARQUESA.

Como quieras... por tí lo hacia... mas si lo tienes á menos... Pobrecilla, me da mucha lástima! (1) Ella siempre fue un poco tiesa... pero ya amansará, ya amansará...

ESCENA IX.

DOÑA MATILDE, Y LUEGO BRUNO.

DOÑA MATILDE.

Sueño por ventura! Es esta aquella Clementina tan sentimental, de cuya amistad estaba yo tan segura! Cómo me ha tratado con su aire de proteccion!... peor que el casero con su grosería! y compró el vestido solo por darme en ojos... porque vió que me gustaba, y que... ah! si yo hubiera tenido ochocientos reales! Sí, cuando

(1) A la vecina.

volveré yo á tener ochocientos reales! Lo que tendré serán trabajos... y humillaciones... y enjabonaduras... ah! Eduardo! mucho te quiero! muchísimo! pero si hubiera sabido...

BRUNO.

Señorita!

DOÑA MATILDE.

Bruno! (1)

BRUNO.

Pobrecita mia! Metida en esta pocilga!

DOÑA MATILDE.

Y papá? Cómo está papá? Pobre papá, cómo le he ofendido!

BRUNO.

Está bueno... no tenga usted cuidado... y él es quien me ha dicho donde vivian ustedes.

DOÑA MATILDE.

Papá! Pues cómo sabia...

BRUNO.

Qué se yo... algun duende... lo cierto es que ahora me llamó, y me dijo que le siguiera hasta aqui... que subiera solo... y que le avisara si don Eduardo estaba fuera de casa, para que su merced entonces...

DOÑA MATILDE.

De veras! Será posible que me quiera ver?

(1) Corre á abrazarlo.

BRUNO.

Si estaba desde anoche como si tuviera horniguillo... y aunque no descosía sus labios, se le conocia á la legua que... pero voy á abrirle.

DOÑA MATILDE.

Sí, corre, despáchate... dónde vas? por alli está la escalera.

BRUNO.

No hay necesidad de que yo baje... que su merced se quedó de centinela en la puerta principal de los Basilios, y asi con una seña que yo le haga desde aquella ventana con el pañuelo...

DOÑA MATILDE.

Con el pañuelo no, que quizá no lo advierta... toma esta sábana...

BRUNO.

Venga. (1)

ESCENA X.

DON EDUARDO Y DICHOS.

DON EDUARDO.

Apretemos otro poco el tornillo (2). Maldito sea el primer escribano que pisó los

1) Vánse los dos á la ventana.
2) Al salir y aparte.

consejos! Negarme á mí la miseria de cien reales! (1) Es una infamia.

DOÑA MATILDE.

Válgame Dios, qué es esto!... qué te ha sucedido? (2)

DON EDUARDO.

Déjame en paz... bribon!... tunante! Estoy por volver, y por...

DOÑA MATILDE.

Pero, Eduardo... tranquilízate por la Vírgen.

DON EDUARDO.

Te digo que me dejes.

DOÑA MATILDE.

Mira que te va á dar algo.

DON EDUARDO.

No será indigestion á buen seguro; pero, muger, qué has hecho en todo este tiempo? Cómo tienes todavia asi el cuarto? Vaya, que no es mala porquería!

DOÑA MATILDE.

Yo... si... ay, Eduardo, cómo te puedes enfadar tanto conmigo! (3)

DON EDUARDO.

No, Matilde mia, yo no me enfado contigo... cómo habia yo de enfadarme contigo? Vamos no llores... quién no tiene un

(1) Sale ahora, tira el sombrero, y se pasea como muy agitado.
(2) Quitándose de la ventana.
(3) Llora.

momento de mal humor? sobre todo cuando vuelve uno á su casa sin una blanca y...

BRUNO.

Y por eso se dijo que casa donde no hay harina... (1)

DON EDUARDO.

Calle... aqui estaba Bruno?

ESCENA ÚLTIMA.

DON PEDRO Y DICHOS.

DON PEDRO.

Hija de mis entrañas!

DOÑA MATILDE.

Papá, papá de mi vida!... (2)

DON PEDRO.

Qué haces? Levántate.

DON EDUARDO.

(Qué pronto ha venido este demonio de hombre.)

DOÑA MATILDE.

No señor, déjeme usted que le pida de rodillas que me perdone.

DON PEDRO.

Todo está ya perdonado y olvidado con tal que me jures que no nos volveremos á separar en la vida.

(1) Quitándose de la ventana.
(2) Se quiere arrodillar.

DOÑA MATILDE.

Oh, nunca, nunca.

DON PEDRO.

Y qué, no me abraza usted, señor don Eduardo? Ea, déme usted uno bien apretado, y salgamos pronto de este camaranchon... que se me va la cabeza solo de acordarme...

DON EDUARDO.

Pero, señor don Pedro, me parece que usted no ha comprendido bien á Matilde... ella se alegra, como buena hija, de que la vuelva á su gracia... pero por lo demas está muy satisfecha con su suerte ahí, donde usted la ve... y lejos de querer dejar su casa...

DON PEDRO.

No, no, vivirán ustedes conmigo.

DOÑA MATILDE.

Sí, sí, con usted, papá, con usted. (1)

DON EDUARDO.

Y sino... con permiso de usted, señor don Pedro. Oye, Matilde, (2) no es cierto que lo que á tí te acomoda es vivir tranquila en un rincon como este, y comer conmigo un pedazo de *pan y cebolla*?

DOÑA MATILDE.

Si la cebolla no me repitiera siempre

(1) A su padre en voz baja.
(2) Se la lleva á un lado del teatro.

que la como... luego, Eduardo, hazte cargo... podemos acaso desairar á papá cuando se muestra tan bondadoso?

DON EDUARDO.

Segun eso te resignarias y...

DOÑA MATILDE.

Qué hemos de hacer?

DON EDUARDO.

El caso es que cada cual tiene su amor propio... y para mí... la verdad... no puede ser plato de gusto el entrar en tu familia como un pobreton.

DOÑA MATILDE.

Qué importa eso?

DON EDUARDO.

A mí mucho... y se me caeria la cara de vergüenza.

DOÑA MATILDE.

Pero, hombre, no ves que tu tio te tiene, por fuerza, que perdonar tambien pronto?

DON EDUARDO.

Y creés tu que me volverá á nombrar su heredero?

DOÑA MATILDE.

Como tres y dos son cinco.

DON EDUARDO.

Es que entonces tendríamos la dificultad del alguacilazgo y...

DOÑA MATILDE.

Tanto mejor, es un título muy distinguido... casi tanto como maestrante.

DON PEDRO.

Vaya, hijos, qué sale de esta consulta?

DOÑA MATILDE.

Que nos vamos con usted.

DON PEDRO.

Alabado sea Dios!

DON EDUARDO.

Y que mi Matilde, solo por vivir con su padre, y por disfrutar á su lado de las ruines comodidades de la vida, sacrifica magnánima todos los placeres de la indigencia, que por mas que digan aquellos que los han conocido sin buscarlos... ni merecerlos... tienen con todo mucho mérito á los ojos de... las jóvenes de diez y siete años que leen novelas.

FIN.

Se hallará á 6 reales en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, y á 7 en las provincias por razon de porte.*

Duveyrier Anne Honoré Joseph

COQUETISMO

POR FICCION

ó LA

MARQUESA DE SENNETERRE.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE

MM. MELESVILLE y Cárlos DUNEGREER Du PONT.

BARCELONA:

IMPRENTA DE JOSÉ TORNER,

AÑO 1838.

PERSONAS.

MARIA DELORMÉ, en francés Marion.

ENRIQUETA DE SENNETERRE esposa del

MARQUES DE SENNETERRE bajo el nombre de LEONARDO.

SENC-MARS.

EL COMENDADOR DE LONJUNIO.

TERESA doncella de Maria Delormé.

UN PAGE.

La escena es en Paris en casa Maria Delormé.

La presente comedia es propiedad del editor, y se vende en su libreria calle del Regomi.

LA MARQUESA DE SENNETERRE.

Acto 1.º

El teatro representa el interior de un gabinete adornado con varios retratos de caballeros en trage de corte en tiempo de Luis XIII. Una puerta al fondo, á la izquierda del espectador la habitacion de Maria Delormé, á la derecha una puerta secreta bien disimulada. En el mismo lado y sobre el primer plano un balcon exterior con una larga cortina de damasco, ademas una mesa cubierta con un tapiz, un elegante tocador con flores, sillones, vasos del Japon y otros muebles de valor hermoseando la escena.

ESCENA Iª

Teresa y despues Maria Delormé.

TERESA [en la puerta del fondo].

Pierda V. cuidado señor Marques, se lo diré á mi señorita asi que se levante.

MARIA [saliendo de su cuarto].

Teresa ¿se marchó al fin?

TERESA.

Si ... con arto trabajo; ese señor de Senc-Mars quiere siempre quebrantar vuestras disposiciones.

MARIA.

Hombre insoportable! ¿Que te dijo?

TERESA.

Lo de costumbre (*remedandole*). Donde está Maria? Qué hace María? Quiero ver á María.... esta es su eterna cantinela.

MARIA.

Esos personages son inconcebibles. Si uno les da una pequeña esperanza en un momento de distraccion, si se nos escapa alguna palabra dulce ó espresiva, creen ya tener derecho para hacerse indispensables, molestan con su presencia á todas horas y llegan hasta tomar el aire de un marido... (*entre dientes*) justo es se les trate como tales.

TERESA.

Oh! El favorito del Rey.

MARIA.

Crees tu que por oro.....

TERESA.

Si, pero el señor de Sanc-Mars, es tambien el jóven mas brillante de la Corte.

MARIA.

Convengo que es una conquista que lisongea..... y mas cnando puse empeño en quitarsela á la duquesa de Monbaron, esa mogigata... esa necia que no cesaba de atacar mi virtud; á lo menos ahora se quejará con algun motivo; pero no pensé encontrar un tirano impertinente que todo le diera enojos. Los bailes, los regalos, los conciertos y festines tan frecuentes desde la vuelta del sitio de la Rochela, todo,

todo le da margen á sospechas las mas vanas; tampoco quisiera recibiese á esos títulos de provincia que creen tener tanta obligacion en visitar á Maria en la Plaza real, como lo hacen al Rey en San German..... Imposible..... Esta es mi vida, mi felicidad..... un pueblo que me pertenece, un pueblo elegante y cortesano.

TERESA.

Y mas paciente que el otro, que siempre se queja con sus cargas é impuestos.

MARIA.

Ingratos! ah! cuan desgraciados son los soberanos..... por mas que hagan tienen siempre descontentos;(*mirando con impaciencia al fondo*) no viene todavía.....

TERESA.

¿La Señora espera á alguien?

MARIA [con viveza].

No..... á nadie..... Si preguntan por mi, que no estoy en casa;(*dudando*) ah! si don Leonardo, ese jóven pintor que viene para mi retrato se presentase..... dejadle subir..... á él solo, entiendes?

TERESA.

Está bien señora..... (*á parte*) El jóven pintor..... Si habrá misterio? (*vase.*)

ESCENA II.

MARIA [sola].

Como me late el corazon.... Su ajitacion me dice que no amo á Senc-Mars; si no fuese su

fama, su poder, y sobre todo sus celos que me atemorizan! Cuan diferente ese jóven Leonardo.... Que gracia, que espíritu, que vivacidad.... aquel lenguaje apasionado en amor misterioso de un jóven nacido en la obscuridad, que no posee otro bien de fortuna que su talento, me parece una cosa nueva, curiosa..... Es preciso salir alguna vez de entre esos cortesanos. (*mirando al fondo*) Que haré? Y soy yo quien espera.... yo.... sí, por la primera vez (*se sienta junto á la mesa*) mas tarde le enseñaré..... (*abriendo maquinalmente un periódico*) veamos las noticias de la corte.... Baile de mascara en la embajada de España..... Senc-Mars se ha negado á acompañarme..... no importa.... iré (*lee*). Caza real.... Interesante.... Presentaciones en el palacio del cardenal de Richeliu... El marques de Senneterre (*á sí misma*). Este nombre no me es desconocido..... ah!... si, un jóven primo del conde Doval, cuyo casamiento nos contó.... Ella es una rica heredera de Bretaña.... amores de romance!... Despues de la ceremonia nupcial fueron los esposos á encerrarse en un viejo castillo de donde nunca salen (*riendo*), parece que el marido se ha cansado ya de una vida tan original.... tiene razon, somos mortales.... (*toma otro papel*) Ese marques de Senneterre tiene fama de una figura agradable.... galante como su primo..... Lastima que Doval no esté en Paris, el me hubiera presentado, estoy segura.... vendrá tal vez solo (*mirando el papel*). Que veo! mi nom-

bre en el museo histórico de Loreto :..: (*lee*).

Este mes, dos novedades
Admira el mundo elegànte:
Sin sociedad su Eminencia
Y Maria sin amante.

Cuan ridiculos son esos periodistas, insertar una noticia que tendran que desmentir quizá mañana: (*escuchando*) esta vez no me engaño, él es, es Leonardo.

ESCENA III.

Maria y Senneterre en trage sencillo.

SENNETERRE [con vivesa]

Maria, al fin os veo, estaba tan impaciente.....

MARIA [picada].

Parece señor, que.....

SENNETERRE.

Vos me esperabais? Será posible?.... Estoy confuso, desesperado.... un maldito importuno que hubiera echado por la ventana; (*aparte*) desgraciadamente era mi tio con sus continuas reflecciones que me molestan.

MARIA.

Que negocios de tanta importancia os han entretenido?

SENNETERRE [vacilando].

Nada.... cosas de familia..... dificultades.... Una idea que si se realiza puede cambiar toda mi posicion en un instante.

MARIA [sonriendose].

Alguna travesura amorosa....

SENNETERRE [aparte].

Travesura.... si, puede ser.... cuando me casé por cierto.... (*alto*) mas todo puede repararse..... y bien pronto (*tomandola la mano*) Pero hablemos de nosotros, mi querida Maria, de mi felicidad, de.....

MARIA.

Al contrario.... no hablemos mas si quereis que el retrato se concluya..... Ya llevamos seis sesiones sin haber adelantado nada.

SENNETERRE [aparte].

No es estraño..... no sé coger el pincel siquiera.

MARIA.

Tomad vuestros colores, dejad esa espada, (*ella se la quita y la pone sobre un sofá*) y hacedme bien hermosa...., luego.... luego.... yo lo quiero.

SENNETERRE.

Maria!....

MARIA.

No os escucharé hasta que el retrato se acabe.

SENNETERRE.

Misericordia!... es una crueldad.... (*se arrodilla á los pies de Maria.*)

MARIA.

Levantaos.... si sois prudente.... os ofrezco mi proteccion.

SENNETERRE.

Será posible.....

MARIA.

Me ocupo incesantemente de vos para proporcionaros adelantos.... quiero haceros encargar un cuadro de merito para el palacio del Cardenal.

SENNETERRE.

¡A un artista desconocido en Paris!

MARIA.

Que importa.... con el merito.... y vos le teneis estoy segura.... y mis recomendaciones.... todo se alcanza.... He encargado á mi amigo el comendador que hable por vos.

SENNETERRE [sonriéndose].

Quien? á ese honrado Gochier de Lonjunio.

MARIA.

Tiene mucho influjo por sus conocimientos militares.

SENNETERRE [sonriéndose].

No le conozco otros que el de ser batido cuantas veces dirige las operaciones, como acaba de sucederle en el sitio de la Rochela.

MARIA.

Precisamente.... Este es el que ha hecho su fortuna.

SENNETERRE.

Es posible?

MARIA [con confianza].

Un secreto de estado que el mismo ignora. Para hacerse indispensable y realzar el precio de sus sucesos, Richeliu necesita algunas veces hacerlos preceder de una derrota que aumente los temores y dé mas brilio al triunfo que

preparó de antemano; en este concepto se ha hecho que el bueno del comendador entrase en campaña!... oh!... desempeñará perfectamente su papel.... Será batido en cuanto se presente.... esto no puede faltar.... Ya veis que nada puede negarse á un hombre tan seguro... Y si mi retrato sale bien parecido.

SENNETERRE [con aspereza].

Vuestro retrato Señora, yo no le haré jamás.

MARIA.

Por que no?

SENNETERRE [con calor].

Porque he decidido no hacerle.... no porque no sea tan capaz.... como otro.... (con ternura) mas cual es el pintor que cree posible reproducir tantos atractivos, tantos encantos?... Ese mirar á la vez tan dulce y maligno, esa sonrisa seductora, esa adorable boca cuyas tiernas palabras era preciso analizar á cada momento, para poder conocer todo el espiritu que las anima.... Esto está fuera del poder humano.... desde el primer dia que os ví, mi imaginacion solo se ocupa en vuestra memoria.... He olvidado todo lo demas.... mi arte, mis pinceles, para no acordarme mas que de mi amor.... Solo he procurado acercarme á vos para deciros que me vereis morir si amais á otro.... que dejaré de existir si me desechais... que moriré si....

MARIA [con gracia].

Sin embargo me complazco en veros respirar todavia.

SENNETERRE.

Si, pero dejaré de hacerlo... Cuando pienso los inciensos y homenages que os prodigan...

MARIA.

Y eso os entristece?

SENNETERRE.

Escuchad.... Sois tan buena.... Dicen que los amantes quedan para siempre vuestros amigos....

MARIA.

¿Y el número de mis amigos os asusta?

SENNETERRE.

Lo confieso.... Villarsó....

MARIA.

Ese necio....

SENNETERRE.

El superintendente de hacienda....

MARIA.

Un espíritu pesado como sus impuestos.

SENNETERRE.

Brisac....

MARIA.

Qué decis? un hombre casado.... Los aborrezco.

SENNETERRE.

Oh! cuan dichoso soy. (*aparte*) Si supiera que el Marques de Senneterre...¡ (*alto*) con todo, ese Senc-Mars cuya continua presencia en vuestra casa....

MARIA.

Su clase me prohibe cerrarle la puerta, mas no creo se envanezca del recibimiento que le hago.

SENNETERRE.

Perdonad señora, se envanece de vuestra acogida; ayer en una cena con Marsillac y Bofort, publicó altamente que ya no teniais rigores con él.

MARIA [enojada].

Imprudente.... y vos lo creeis?

SENNETERRE [con amor].

No.... á nadie quiero creer mas que á vos... Pero juradme que se vanagloria de una dicha imaginaria, que no tiene ningun derecho sobre vuestro corazon.... que....

MARIA [con finura].

Con cautela caballero.... si os jurase que Senc-Mars, no es mi amante, si me empeñara en probároslo.... ¿no seria manifestaros que yo os amo?

SENNETERRE [transportado].

Sin duda, y solo espero esta confesion dichosa para dedicaros mi vida entera.... Si me amais Maria, sabré romper todos los obstáculos que me separan de vos.... En mi mano estan los medios.... hablad, una sola palabra....

MARIA [aparte mirándole con ternura].

La escena va tomando un aspecto interesante (escuchando sobresaltada) (alto) ois....

SENNETERRE.

¿Que teneis?

MARIA [señalando la puerta secreta].

Pasos por el corredor.... esa puerta....

SENNETERRE [corriendo á ella].

¿Quien tiene la llave?

MARIA [conteniendole].

Una persona que no puede infundir el menor recelo.... Un anciano, pero delante de quien todo tiembla.... hasta el mismo Rey.

SENNETERRE.

Richeliu!....

MARIA [bajo].

Si, el temerario que se encontrára aqui seria perdido.... huid, salid pronto....

SENNETERRE [escuchando el ruido de la llave].

Ya es tarde.

MARIA [empujándole hacia el balcon].

Aqui... aqui... silencio... (*la cortina del balcon cae y esconde á Senneterre, Maria se sienta junto al tocador.*)

ESCENA IV.

Maria, y Senc-Mars entrando por la puerta secreta sin hacer ruido y Senneterre escondido en el balcon.

SENC-MARS [sin reparar en Maria].

Pardiez.... no hay cosa como la sorpresa.... cuan agena estará Maria de semejante visita.

MARIA [aparte].

Es Senc-Mars (*alto*) ¿á donde vais desconfiado?

SENC-MARS.

Ah! diablos.... no la habia visto.... (*riendo*) ah!... ah!... ah!... te he asustado mi hermosa?

MARIA.

No.... mas quien os ha dado esa llave?

SENC-MARS.

No me la han dado, yo la tomé.

MARIA.

A quien?

SENC MARS.

A quien se la habia entregado una ingrata.

MARIA.

Como?

SENC MARS.

Es una aventura muy graciosa, capaz de hacer reir al mismo Rey, si pudiera hacerlo alguna vez; figurate que ese viejo de Richeliu.

MARIA [asustada].

Que decis?

SANC MARS.

Tranquilízate.... no está aquí... En nada debemos echar menos su presencia. Ese hipócrita me mandò llamar esta mañana para dirigirme la mas hermosa mercurial.... sobre cierto casamiento con una de sus sobrinas, que odio tan cordialmente como á él, me habló de mis locuras y de mi amistad con cierta señora, que todo hombre que se respeta y tiene la honra de pertenecer al Rey debia evitar enteramente, (*movimiento de Maria*). Asi hablaba el mistico personage, y mientras continuaba... con un placer y arrepentimiento edificantes... distraidos mis ojos y errantes á la ventura, cayeron sobre el rótulo de una llavecita olvidada entre una vieja papelera.... leo de reojo.... »Puerta de la calle Turnel...." creo acertarlo,

me apodero de ella furtivamente, y abreviando mi visita cuanto pude, doy las gracias al bueno del Cardenal por sus sabios consejos, felicitandome interiormente de haber encontrado en su casa, todo cuanto puede mantenerme en el camino de la virtud.... y salgo corriendo por temor de que mi risa, no le haga conocer su indiscrecion.

MARIA.

Es un error.... jamas he dado....

SENC MARS [con calma].

Si tal, si tal,... cuando venia á consultarte.. sobre los negocios del Estado.... ahora poco me importa.... él no abandona su poltrona, ni tampoco yo la llave. ..

MARIA.

Con que objeto?

SENC-MARS.

Para vigilarte cuando te niegas por las mañanas.

MARIA.

Siempre celoso!

SENC-MARS.

No, no, á fe mia... tu me ámas, y esto me basta.... y si tuviera un ribal que mereciese la pena, pronto saldriamos del paso.... si un caballero, una estocada con destreza que le llevase á visitar al viejo Aqueronte.... Si un hombre obscuro liso y llano como todos los demas.... La Bastilla tiene reducidos cuartos á propòsito para el caso.

MARIA [aparte mirando la cortina].

Dios mio! hacerse amar por el terror!

SENC-MARS [sonriéndose].

No estamos en esta disposicion ¿no es verdad Maria?

MARIA.

No digo esto.

SENC-MARS.

Pero lo piensas, tienes razon. Estoy distante de tener un ridìculo amor propio; me conozco y no veo á quien podrias preferirme.

MARIA [aparte mirando la cortina].

Es verdad, no le puede ver....

SENC-MARS.

No creo engañarme facilmente.

MARIA.

Oh! teneis una penetracion!

SENC-MARS [se sienta junto á la mesa]

No, en esta parte me hago justicia.

MARIA [aparte].

Va á establecerse aqui... y el pobre Leonardo....

SENC MARS. [observándola].

Parece estais cabilosa.... ¿quereis estar sola?

MARIA.

Tal vez.

SENC-MARS [con ternura].

Para ocuparos de mí?

MARIA.

No.... saveis que soy la misma franqueza.

SENC-MARS [levantándose].

Esperais á alguno?

MARIA.

Es posible....

SENC-MARS [animándose].

Yo sabré á quien....

MARIA [con intencion].

Buscad.... acaso ese jóven pintor....

SENC-MARS.

D. Leonardo?... no es ese quien me da que pensar.

MARIA [aparte]

Siempre sucede así... (*alto*) Es muy amable.

SENC MARS.

Ea, ea, es para darme el cambio.... yo espiaré bien tus pasos.... (*á Maria que le mira con compasion*) Que significa ese aire de compasion?

MARIA.

Francamente ¿creeis monseñor que si alguna vez mi amor se dedicase á otro, no encontraria medio de decirselo delante de vos?

SENC-MARS [enojado].

Seria temeridad.

MARIA.

No me obligueis.

SENC-MARS.

Os engañais Maria.... mas dejaros de ridiculeces, que diablos.... no desconfio de vos... pero todo tiene sus límites.

MARIA [con frialdad]

A noche Senc-Mars vuestra conducta fué reprehensible.... á donde cenasteis?

SENC-MARS [inquieto].

En la fonda de Berlin.

MARIA.

Con Marsillac y Bofort?

SENC-MARS [cortado].

Es posible.

MARIA [con entereza].

Hubo un impertinente que se vanaglorió....

SENC-MARS [vivamente].

No, no, permitidme.... no pasó así.

MARIA.

Ah! el atrevido es conocido vuestro?...

SENC-MARS [sonrojado].

Es decir.... Bofort fué quien pretendió.... Es verdad que no le desmentí tan formalmente como debiera, pero os aseguro que no profirió una palabra que pudiera perjudicaros, (*con ternura*) por otra parte en la conversacion que se sucitó, me equivoqué de fecha, el porvenir se encargará de mi justificacion.... (*quiere tomar la mano de Maria*).

MARIA [con sequedad acercándose al tocador].

No lo creo Monseñor.

SENC MARS.

Vaya, no os incomodeis por esa miseria cuando yo me arrepiento.... cuando estoy pronto á abjurar mis faltas á tus pies....

MARIA [mirando la cortina].

Esta es la satisfaccion que exijo.... abjurad señor.... abjurad.... en alta é intelijible voz.

SENC MARS [con una rodilla al suelo].

Aqui.... á tus pies.... lo confieso.... he men-

tido audazmente.

MARIA [riendo].

Habeis mentido.... repetid otra vez esas palabras.

SENC-MARS.

Dios mio.... tu lo sabes mejor que yo.... tu que te complaces en atormentarme.... no se con que capricho.... yo soy quizas el único (*contradiciéndose*) no, no, no, quiero decir que soy el amante mas maltratado....

MARIA [riendo].

Vos exagerais?

SENC-MARS [animándose].

El asunto no tiene por cierto nada de agradable para que os riais de esta manera.... El cielo me caiga encima si he recibido el mas pequeño favor de vuestro cariño....

MARIA [riendo á carcajadas y sentándose en el sofá].

Ah! cuan amable estais, Senc-Mars.

(*Senneterre levantando un poco la cortina que deja caer otra vez al momento.*)

SENNETERRE.

Que oigo!

SENC-MARS [á Maria].

Y bien.... es verdad? tu me perdonas....

MARIA [levantándose].

Con toda mi alma... lo habeis pedido con tanta gracia; (*levantando la voz*) espero que vuestras palabras deveran convencer hasta los mas incredulos.

SENC-MARS [sospechando].

Que dice.... (*vivamente*) He sido un necio....

alguien está escondido junto á nosotros.

MARIA [alarmada].

Como Monseñor!

SENC MARS [furioso].

Miserable... (*corriendo hacia la puerta de la izquierda*) En esta habitacion.... no... (*mirando el balcon*) Esa cortina.

MARIA [aparte].

Soy perdida.... (*alto*) Si mirais....

SENC-MARS [levantando la cortina].

Nadie tampoco....

MARIA [aparte].

Ha desaparecido con riesgo de su vida.... Que suerte.... (*alto despues de un corto silencio*) habeis encontrado la fantasma, Senc-Mars?

SENC-MARS [confuso, aparte].

Tengo una torpeza imperdonable.... estará furiosa.... (*alto*) Maria.

MARIA.

Dejadme.

SENC MARS.

No lo creí, te lo juro.... solo fue para ver... no ejerzas tu acostumbrado rigor.... no podria venir á implorar tu perdon hasta mañana.... Hoy estoy de servicio en el palacio del Luvre, y la hora se acerca.

MARIA [afectando pesadumbre].

¿Y no os veré en todo el dia?

SENC-MARS.

No, querida mia.

MARIA.

Pues siendo asi... os perdono.... pero sois el

hombre mas injusto....

SENC-MARS.

Si, si, de hoy en adelante.... una confianza ciega.... (*con voz cariñosa*) ¿no irás al baile de la embajada de España?

MARIA.

Oh? No....

SENC-MARS.

Tienes razon.... es un tumulto.... ¿Que harás esta noche?

MARIA [con indiferencia].

No saldré de casa....

SENC-MARS.

Asi... bien... no recibas á nadie.... procura distraerte... á Dios Maria....

MARIA.

A Dios Monseñor.

SENC MARS [tomando el sombrero de encima la mesa].

Bien seguro estaba que no podia engañarme... (*repara la espada que Leonardo dejó en el sofá*) (*aparte*) que veo, una espada.... he sido burlado....

MARIA.

Que os detiene Senc-Mars?

SENC-MARS.

Nada... ya me voy... (*aparte*) se ha evadido... es claro... si lo digo me escapará otra vez con una mentira.... y el servicio me llama.... (*mirando la espada con disimulo*) bien... un nudo de plata.... la conoceré....

MARIA [sonriéndose].

Mucho trabajo os cuesta decidiros....

SENC-MARS [conteniéndose].

Cuando en un corazon renace la felicidad, y la confianza.... (*aparte*) la cólera me ciega... (*alto*) á Dios mi hermosa... (*aparte*) Yo encontraré medio para volver y descubrir.... (*besándola la mano*) á Dios mi querida... (*con intencion*) mi fiel Maria.... (*sale mirando la espada y haciendo una amenaza con la mano á Maria sin ser visto*).

ESCENA V.

MARIA [sola].

¿Que tendrá?... acaso una nueva sospecha... sus ojos se dirijian sin cesar... (*viendo la espada de Leonardo*) ah!... La espada de Leonardo.... él la ha visto.... ya entiendo.... no importa, de aqui á mañana encontraré alguna historia embrollada.... (*corriendo á la ventana*) con tal que Leonardo no haya recibido daño... oh! no, gracias al enrejado ha podido ganar el jardin (*volviendo á la escena*). Que de amor, cuanto interes.... como le amo.... (*riendo*) pero que estravagancia.... Si han visto escapar un hombre por mi balcon en medio del dia!... no le hace.... tendremos un dia de libertad.... Y... quien viene ahi?

ESCENA VI.

Maria y *Teresa.*

TERESA [entrando].

Señora.... (*mirando al rededor*) no entiendo una palabra de lo que pasa.... el pintor fue quien entró, y es el señor de Senc-Mars quien acaba de salir.

MARIA.

¿Qué quieres?

TERESA.

Una señora pregunta por usted.

MARIA.

Una señora!...

TERESA.

La dije que no recibiais á nadie, pero ha insistido tan vivamente....

MARIA.

Su nombre?

TERESA.

No ha querido decirlo.

MARIA.

¿Es bonita?

TERESA.

No pude verla.... lleva la cara tapada con un velo, y un gran manto envuelve su talle.

MARIA [sonriendose].

Esto tiene todas las apariencias de una aventura.... ¿algun amante disfrazado?

TERESA.

Oh! no, tiene una voz tan dulce.... (*imitándola*) rogad á la señorita Maria que no me niegue esta entrevista.... en ella está cifrada mi felicidad.... mi vida....

MARIA.

Querrá alcanzar alguna gracia del Cardenal!... (*á Teresa*) Este misterio pica mi curiosidad.... hasla entrar, y déjanos solas.... (*volviéndose al tocador para mirarse*).

TERESA [al fondo].

Por aqui señora, por aqui.... (*Enriqueta aparece, Teresa le señala á Maria y se aleja, mirándola con curiosidad.*)

ESCENA VII.

Maria y Enriqueta de Senneterre cubierta con el velo.

ENRIQUETA [temblando y aparte].

Ella es... Dios mio... jamas me hubiera atrevido.... un paso tan estraordinario.... una muger casada venir á pedir consejos á Maria Delorme... mas solo permaneceré un instante.

MARIA.

Acercaos señora, acercaos....

ENRIQUETA [dando algunos pasos].

El corazon me late....

MARIA [aparte].

¿Si querrá permanecer de incógnita? (*haciendo un gesto para quitarla el velo*) permitid que os descubra.

ENRIQUETA [con emocion].

Perdonad.... hubiera deseado....

MARIA.

Privarme del placer de ver las personas que recibo? imposible!... (*aparte*) será fea sin duda.... (*Enriqueta quita su velo*) no, hermosos ojos... el mirar tímido... (*observándola*) las modas del año pasado; (*alto*) vendreis de alguna provincia?

ENRIQUETA.

Si señora.

MARIA.

Os lo he conocido con el aspecto.

ENRIQUETA [temblando].

No tengo el honor de seros conocida.

MARIA.

Y venis á pedirme? . . .

ENRIQUETA.

Ah! un gran servicio.... no se como esplicaros.... como contar mis desgracias.... Vais á creerme bien ridícula, bien necia... soy digna de perdon señora, no he visto nunca el mundo; (*enjugándose una lágrima*) soy tan infeliz!

MARIA [enternecida].

En efecto estais temblando.... esos ojos llenos de lágrimas, (*tomandola la mano*) pobre muchacha!... Vos me interesais, decid lo que quereis.... y si está en mis facultades.

ENRIQUETA [respirando].

Ah! cuantas gracias os doy en animarme... ya respiro... me parece que tengo menos miedo; (*animándose*) sabed pues, que una persona

que posee mi corazon....

MARIA [con aire de inteligencia].

Vuestro amante ¿no es esto?... se adivina sin decirlo....

ENRIQUETA [onrojada, aparte].

Mi am.... no podria jamas acostumbrarme á esta palabra.... (*alto*) Esa persona en quien habia puesto toda mi ventura... mi vida .. me olvida, me abandona....

MARÍA.

Alguna coqueta que os le habrá quitado.... en el dia no se ve otra cosa.... ¿Estais cierta que ama á otra?

ENRIQUETA.

No puedo dudarlo. Un bueno y anciano tio, único pariente que me queda, me escribe, que desde su llegada á Paris, ese jóven no sale de casa de una mujer cuyo nombre no ha podido averiguar, pero que debe ser muy peligrosa! mi tio me aconseja venga pronto á defender mis derechos. .. añade ademas.... si fingieses ser coqueta, querida mia, podrias probar una lucha, pero en el convento no se enseñan estas cosas que debieran formar parte de la educacion de las mujeres.

MARIA.

Vuestro tio es un hombre de sentido.

ENRIQUETA.

Sus palabras me han sujerido sin duda una idea estrabagante, pero yo me he acojido á ella, como á mi única esperanza de salud; lo que no se sabe, me he dicho, puede apren-

derse.... Si alguien me enseñara ese arte, tan dificil, de agradar y seducir.... que él tanto ama cuando ha ido á buscarle junto á otra.... podria ser á mi vez, quitársele á mi rival.... recobrar su ternura.... (*dudosa*) mas empresa tan dificil necesita mucha habilidad.... talento.... y por esto me dirijo á vos, señora.

MARIA [casi reventando de risa].

Que?... con seriedad?... venis á que os enseñe?

ENRIQUETA [sencillamente].

Mi viaje no ha tenido otro objeto.

MARIA [riendo].

Ah! ah! ah! que chistoso.

ENRIQUETA [juntando las manos].

Os lo suplico, no me negueis esta gracia, no haré mal uso de vuestros consejos..... He oido hablar muy mal de vos, principalmente á las mugeres... porque os haceis amar de todo el mundo.... He pensado que aquella que posee un secreto semejante, puede tan solo salvarme. Si ella es amada me decia yo, debe ser feliz, y si es feliz tendrá piedad de mi (*admirándola*) Pero desde que os he visto, he perdido un poco de esperanza, y temo mucho que vuestro secreto sea de aquellos que no se dan.

MARIA [envanecida, aparte].

A la verdad.... tiene una apariencia de buena fe que me encanta, (*alto*) francamente hija mia, no profeso la ciencia del amor.... mi inclinacion no es de profesar.... pero esa inge-

nua confianza, esa manera de entregaros á mi... (*en confianza*) vos lo habeis acertado.... amo... soy dichosa.... y quisiera que los demas lo fuesen tambien.

ENRIQUETA [con alegria]

Consentis entonces?

MARIA [cargándola la mano].

Con mucho gusto.... (*aparte*) el suceso es original.... no me sabria mal sacar algunas discípulas. (*alto*) Sentémonos.

ENRIQUETA [sentándose junto á ella].

¡Que buena sois!

MARIA [sonriéndose].

Asi lo dicen todos. (*con gravedad*) Querida mia, ya conoceis que es preciso hablarme como á vuestro confesor.

ENRIQUETA [sonriéndose]

Sin embargo que hay alguna diferencia.

MARIA [sonriéndose]

Si, si,... no os preguntaré vuestro nombre, ni el de vuestro ingrato.... pues cuando venis á casa de Maria Delormé con tanto misterio (*gesto de Enriqueta*) temeis á algun amigo?... Bueno.... esto no me importa, soy demasiado generosa para haceros pagar de esta suerte el servicio que quiero haceros.... á otra cosa.... Decis que no habeis podido descubrir la coqueta que os le ha quitado.

ENRIQUETA [sencillamente].

Todavia no; parece que hay muchas de ellas en Paris.

MARIA.

Es espantoso, principalmente desde que las damas de la Corte se han mezclado en este género de intriga.

ENRIQUETA.

Seran las mas temibles!... quizás la señorita ~~Lenclos~~... Lenclós

MARIA.

Oh! entónces tendriamos mucho trabajo.... Ola!... Ana!.. Es el gran cordon de la órden!.. no obstante.... contádmelo todo.... ¿cómo principió? El, os amaba antes perdidamente?

ENRIQUETA.

Ah! parecia respirar solo para mi.... juzgad si estaria satisfecha de sus cariños, yo que educada lejos de la sociedad en un convento, no tenia la menor idea de un sentimiento tan dulce y nuevo!... con el temor de perder un momento de nuestra felicidad, alejábamos á los importunos, no recibia á nadie.... estábamos siempre solos.

MARIA.

Ved aqui una falta capital.

ENRIQUETA.

Era por agradarle... con todo, al cabo de algunos meses, me parecia distraido, pensativo,... se marchaba amenudo para arreglar las cuentas con los arrendatarios.

MARIA [aparte].

Ó con las arrendatarias.

ENRIQUETA.

Entónces no me apartaba de él jamas. Es-

to le cansó, se hizo impertinente, colérico, criticaba sin cesar mi espíritu tímido, mis maneras sencillas,... Yo lloré, él se enfadó.... Entonces lo confieso, en mi desesperacion perdí el sufrimiento; por primera vez le llené de reproches.... Él esclamó que no podia seguir viviendo así... ni yo tampoco le contesté, harto desgraciada soy! .. (*haciendo una pausa*) Lo creeriais señora? Se vino á Paris y al cabo de tres meses.... una sola carta.... una sola.... en que me declaraba que nos habíamos engañado mutuamente, que su caracter era opuesto al mio, y que se atrevia á proponerme....

MARIA.

Romperlo todo?

ENRIQUETA.

Si.... una separacion.... (*aparte*) El inconstante la habia ya firmado.... Se la devolvi contestándole que jamas consentiria en una medida tan estraordinaria, que le amaria siempre, y que su ingratitud no podria apagar un amor, que solo acabaria con mi existencia.

MARIA [levantándose].

Ah!... Que escucho!... Basta, basta querida, harto conozco la causa de vuestros pesares.

ENRIQUETA [asombrada].

¿Como.... ¿sabeis?

MARIA [bajando la voz].

Sin duda.... vos le amabais demasiado.

ENRIQUETA.

¿Y por que medio podria volver á su primer amor?

MARIA.

Queriéndole menos.

ENRIQUETA.

¿No hay otro? ese me parece muy difícil.

MARIA

Es preciso fingirle.... Veis, hija mia, los hombres solo tienen constancia con las mugeres que temen perder. El tesoro mas precioso aunque fuese el del amor de un ángel, no tiene ningun precio para ellos desde el momento que están seguros; pero pretended inquietarles en su posesion, y entónces el mismo tesoro se les vuelve mas querido que nunca.

ENRIQUETA.

Luego, pensais que yo debia....

MARIA.

No haberos aislado; recibir vuestros amigos, vuestros vecinos, rodearos de adoradores....

ENRIQUETA.

Entiendo, entiendo.... ¿mas donde se encuentran esos adoradores?

MARIA.

En todas partes,... los hay siempre.... una sonrisa con gracia, una mirada penetrante de derecha á izquierda... Es un perjuicio para sus queridas... pero ellas los toman á otras. ..

ENRIQUETA.

Levantarán la voz en grito?

MARIA.

Esta es la parte mas importante.... Regla general mi querida, entre mugeres ninguna piedad.... se abrazan mientras se quitan un

amante; está recibido.

ENRIQUETA.

Ah! que mundo tan horrible!

MARIA.

Al contrario; es la hermosura del mundo.

ENRIQUETA.

Pero como se puede entretener sin peligro el amor de tantas personas que no se quieren amar; pues no se puede amar á tantos á la vez?

MARIA.

Tenemos muchos medios. Al principio, y esta es la base del sistema, de entre esa turba de adoradores, se escoge uno el mas insignificante, pero de una paciencia á toda prueba.... que esté siempre junto á una, pronto á aprovechar en la apariencia de la mas ligera indiferencia de sus rivales; con su vista se entretienen los temores, irrita los amores propios y evita que haya vacantes.... Es al que yo llamo comodin.

ENRIQUETA.

Comodin! mas su utilidad deberá hacerle mas exijente?

MARIA.

No, porque por naturaleza ese espantajo espera siempre, y no alcanza jamas. Jeneralmente es viejo y feo.... vereis el mio, el comendador de Lonjunio... sujeto el mas á propósito!

ENRIQUETA.

¿Su esperanza no decae?

MARIA.

Absolutamente... Es un perpetuo carcamal... pertenece á bienes mostrencos.

ENRIQUETA.

¿Y si los otros quieren pruebas de vuestro cariño?

MARIA.

Se les aleja con una promesa, con una queja.... ó se les habla de matrimonio; específico que calma al momento.... Esta táctica me ha servido maravillosamente con ese pobre Senc-Mars.... Le he dicho que no corresponderé á su amor, mientras no lleve su nombre.... y ha retrocedido á semejante insinuacion.... Si me hubiera cojido la palabra era perdida... Hay ademas otras mil pequeñas astucias... las lágrimas, las risas descompasadas, los costipados, las jaquecas, los desmayos....

ENRIQUETA [asombrada]

Ah! Dios mio! que complicacion!... no lo aprenderé jamas.

MARIA [sonriéndose].

Con buenas disposiciones... y vos las debeis tener.... unos ojos como esos.

ENRIQUETA

No es la buena voluntad lo que me falta, ¿pero como retener tantos detalles?

MARIA.

Ya concibo.... si pudierais verme hacer, se aprende mejor con el ejemplo. (*tocada de una idea*) Que os impide pasar el dia conmigo?

ENRIQUETA [turbada].

Aqui.... en vuestra casa?

MARIA.

Por qué no? En Paris nadie os conoce.... os presentaré como una jóven que esperaba de Lorena, cuyo viaje ha sido diferido.

ENRIQUETA [con embarazo].

No, no puedo.... temeria abusar.

MARIA.

Nada de eso.... Será gracioso; ademas, os he tomado afecto y no quiero dejar vuestra educacion incompleta. Una vuelta por la plaza Real, y esta noche baile de máscara, entrambos os ofrecerán motivos para adelantar, vereis en medio de mi corte, como gobierno, como mantengo el equilibrio, pues lo esencial es no perder jamas ni un solo vasallo.

ENRIQUETA.

Y aquellos que perdiendo el sufrimiento, amenazan desistir de su empresa?

MARIA.

Se les abren las dos puertas y se quedan...

EL COMENDADOR [afuera].

Os digo que la hablaré.

MARIA.

Eh! á propósito, he aquí uno que viene á hacerme una escena.

ENRIQUETA.

Si supierais que curiosidad tengo!....

MARIA.

Vereis.

ENRIQUETA [queriendo salirse].

No,... yo me voy....

MARIA [mirando].

Quedaos digo.... aquí está.... era presumible.... El comendador de Lonjunio.

ENRIQUETA [mirando]

El comodin? ah! que cara tan trastornada...

MARIA.

Está en su mal dia, no es estraño.... vá á decirme que su posicion es insufrible....

ESCENA VIII.

Los mismos y el COMENDADOR.

COMENDADOR [furioso].

Si, á fe mia.... voy á declararla (*aperciviendo á Enriqueta*) ah! desgracia!... no está sola....

MARIA [fingiendo dulzura].

Estais aqui mi buen Gochier, mi antiguo amigo? qué teneis? os encuentro un semblante tan singular!

COMENDADOR [excitándose].

Lo que tengo Maria,... Lo que tengo....

MARIA [interrumpiéndole]

Saludad primero á la señora de Failli á quien sabeis esperaba de Lorrena.

ENRIQUETA [bajo á Maria].

La señora de Failli.... yo?

MARIA [bajo].

Esto os proporcionará un papel ventajoso.

COMENDADOR [saludando, y bajo á Maria].

Ya me habia parecido....

MARIA.

Sois un buen fisonomista, pero no por eso teneis mejor la vuestra. ¿Qué hay?

COMENDADOR.

Hay que vuestro desden me es insoportable, y vengo....

MARIA [desentendiéndose].

Durante su permanencia la señora de Failli, necesitará de un caballero.... y yo os entrego á ella.

COMENDADOR.

Me entregais! (*aparte*) mas no sufriré....

MARIA [bajo á Enriqueta].

Contestad alguna cosa.

ENRIQUETA [aparte]

Eteme aqui comprometida, (*alto al Comendador*) Yo seré bien dichosa, caballero, de encontrarme bajo vuestra salvaguardia.

COMENDADOR [apresuradamente].

Yo señora, soy el favorecido....

ENRIQUETA [bajo á Maria].

¿Me servirá tambien de zarandillo?

MARIA [bajo].

Si, puede servir para las dos.

COMENDADOR [tomando el primer aire de cólera].

Vuestro proceder por esto no es menos injurioso!... la bomba al fin rebienta.

ENRIQUETA [asustada].

Señor!...

COMENDADOR.

No os asusteis, señora, es el lenguaje de la guerra.... Maria, os lo repito, la posicion no..

MARIA [interrumpiéndole].

¿Os acordasteis de mi nuevo aderezo?

COMENDADOR.

Os le traeran mañana.... pero....

MARIA.

¿Habeis recomendado á Leonardo?

COMENDADOR.

Le he hecho poner en la lista de los pintores jóvenes que se envian á Roma, mas....

MARIA [con viveza].

No es eso! Quien os ha hablado de enviarle á Roma? sois el mas desmemoriado!...

COMENDADOR [fuera de sí tocandose la cabeza].

Creeis que es mia esta cabeza?... que juzgue cualquiera imparcialmente. Despues de mi derrota de Flandes, el señor Cardenal me dijo que no me entristeciera, que el solo sabia por que; y me dió un regimiento de infanteria alemana que puse á vuestros pies.... os hicisteis insensible como siempre.... Bueno.... marcho despues á Montalvan, encargado de hacer entrar un convoy en la poblacion, Roan lo sorprende en un desfiladero; obligados á rendirnos, ninguno de nosotros escapa.... fue uno de los famosos hechos de armas de que he sido testigo, pero su Eminencia sabiendo otra vez por qué me da el baston de mariscal de campo que vengo á ofreceros, y me despedis absolutamente! Que diablos! ya no se que hacer, no se encuentran todos los dias ocasiones de adelantar en la carrera; la fortuna puede cansarse de serme propicia.... asi es

que mi resolucion ya está tomada; una vez que nada puede aplacaros, que nada es capaz de hacer sentir á ese corazon de mármol, me voy, me retiro á mis posesiones de la Gocheri... á lo menos allí viviré solo, lejos de una ingrata, que no da ningun valor á diez años consecutivos de servicios y fiel adesion.

ENRIQUETA [bajo á Maria].

Pobre hombre!... me da lástima!

MARIA [bajo].

Ah! si os dejais llevar de la compasion querida mia, sois perdida!

ENRIQUETA [bajo].

¿No se debe tener?

MARIA [bajo].

Nunca. No creais que tiene ganas de marcharse: otra regla general; es preciso creer siempre lo contrario de lo que dicen; (*alto y con un tono seco*) muy bien señor, muy bien... quereis dejarme? no pretendo deteneros! Partid.

COMENDADOR [inquieto].

No digo precisamente.... hoy mismo....

MARIA.

Si.... cuanto antes!... (*suspirando*) para mi misma....

COMENDADOR.

Como?

MARIA.

Acabemos.... creí tener un amigo....

COMENDADOR.

Ciertamente que lo soy....

MARIA.

Un amigo seguro á quien poder confiar mis mas secretas penas.

COMENDADOR.

Es verdad, todo me lo decia.

MARIA.

Como me he engañado aventurando un concepto!

COMENDADOR.

Sin embargo, no podeis dudar.

MARIA.

Yo que me reprochaba.... que me decia sin cesar: »ese pobre Gochier es quien merece ser correspondido... y un dia llegará... si; preguntad á la señora la opinion que me mereciais...

ENRIQUETA [tituveando].

A mi?

COMENDADOR [á Enriqueta].

Será posible.... que! Señora?

ENRIQUETA [vacilando].

No puedo negar caballero, que me ha hablado mucho de vos.

COMENDADOR [transportado].

Maria!

MARIA [fingiendo cólera].

Mas ahora, os detesto,... idos.

COMENDADOR [á sus pies].

Ah! Maria, Maria, soy un miserable, un mónstruo.... llenadme de los mas odiosos dicterios, todo lo merezco, pero no me retireis un afecto que me es mas precioso qne la misma vida.

MARIA [con aire de languidez].

No lo mereceis mucho....

COMENDADOR [con ternura].

Si, Maria.

MARIA.

Darme semejantes pesadumbres!...

COMENDADOR.

Yo os las haré olvidar,... por una sumision sin límites.

MARIA [suspirando].

Ah! cuan debil es una con las personas que ama! (*al Comendador*) Levantaos señor, y otra vez no abuseis del imperio que ejerceis sobre mi.

COMENDADOR [besándola la mano].

Dios mio!

ENRIQUETA [bajo á Maria].

Es admirable lo fácil que esto parece.

MARIA [bajo].

Con el, pero hay otros!... Que oigo por ahi?... ved, comendador.

COMENDADOR [al balcon].

Una multitud de coches brillantes que se dirigen á la plaza Real.

MARIA.

En efecto es la hora del paseo; y yo no puedo faltar (*á Enriqueta*) vos venis conmigo?

ENRIQUETA [bajo].

Oh! no, no, me retiro....

MARIA [bajo].

Ahora ya es imposible; no podemos desmentir.... estais presentada....

ENRIQUETA [bajo].

Pero!

MARIA [bajo].

Quiero serviros á pesar vuestro (*llamando*) ola! dad una voz á Teresa, Comendador.

ENRIQUETA.

Mas....

COMENDADOR [precipitándose].

Teresa... Teresa....

(*Teresa aparece á la puerta*).

MARIA [á Teresa].

Conducid á la señora de Failli.... quitadla el manton y arregladla el pelo.

ENRIQUETA [bajo].

Pero escuchad....

MARIA.

Hid corazon mio, aqui os espero.... Comendador ofreced la mano.

COMENDADOR [dando la mano á Enriqueta].

Oh! perdonad!...

ENRIQUETA [turbada y aparte].

Me he dejado llevar contra mi voluntad! Dios sabe cuan inocente soy; si he hecho mal, sobre mi marido tan solo debe recaer la culpa de mi conducta (*sigue á Teresa*, *Maria la acompaña hasta la puerta y la recomienda*).

ESCENA IX.

Maria y el Comendador.

COMENDADOR [aparte].

Pobre Maria! nunca me habia tratado con

tanta dulzura! Y sin ese maldito Senc-Mars, Gramont y despues.... si pudiese apartarlos á todos poco á poco, acabaria por llegar lentamente, y despues de mil travesias es verdad, pero al fin llegaria.

MARIA [aparte, junto á la puerta].

Leonardo no parece (*reparando la espada del sofá*) ah! olvidaba lo de su espada!

COMENDADOR [aparte].

He hablado en fabor de Gramont para que se le dé una embajada, he instado el casamiento de Senc-Mars con la sobrina del Cardenal, y en cuanto al pintorcillo en quien nadie repara, y es tal vez el mas peligroso.... Si pudiera enviarle á Roma; nada he visto de él pero me figuro que es un jóven de la mayor esperanza.

MARIA [dirigiéndose á él con la espada].

Hombre injusto.... que me buscabais querella en el momento que me ocupaba de vos..... tomad, mi caballero....

COMENDADOR [mirando la espada].

Que veo! una distincion sin igual!...

MARIA.

Que lo ignore todo el mundo!... La menor indiscrecion.

COMENDADOR.

Antes me arrancarán la vida.

MARIA.

Perfectamente! (*aparte*) Es Leonardo!

COMENDADOR [aparte].

Seductora criatura!...

ESCENA X.

Los mismos y SENNETERRE *entrando por el fondo, siempre bajo el nombre de Leonardo.*

MARIA [bajo y dirigéndose á Senneterre].

Al fin llegasteis!

LEONARDO [bajo]

Ah! Maria! soy el mas feliz de los hombres! Desde que os oí.... (*señalando la cortina*) allí.... desde que tengo la seguridad de ser amado! no he perdido un minuto para consagraros mi vida! He visto á los letrados.

MARIA [asombrada y riendo].

Perdeis la razon! Para que necesitamos los letrados?

LEONARDO.

Si, no podeis entenderme! Un secreto... una resolucion.... Es absolutamente preciso que os hable, que me concedais una entrevista; es un asunto formal.

MARIA [sonriéndose]

Oh! ya concibo... (*señalando el Comendador*) Chut!

COMENDADOR [viendo á Leonardo].

Ya tenemos uno! De donde sale? (*alto*) Buenos dias amiguito, celebro.... He visto al Cardenal.... cuando querais ir á Roma.

LEONARDO [aparte].

Que quiere vaya hacer á Roma?

MARIA.

Está bien Comendador! Id por mi abanico.

(*el Comendador sale por la escena*).

LEONARDO [bajo].

Donde podré veros?

MARIA [bajo y dirijiéndose al espejo otra vez].

En este mismo aposento... esta noche... será fácil... Senc-Mars casualmente está de servicio en el palacio del Luvre hasta mañana, y....

LEONARDO.

Está de servicio? ah! á las mil maravillas...

SENC-MARS [de afuera].

Está bien,... está bien.... que espere mi coche.

LEONARDO.

Que voz es esa?... es él?

MARIA.

Dios mio! que puede traerle aqui otra vez?

COMENDADOR [viendole].

Ahora el otro!... El señor de Senc-Mars.

ESCENA XI.

Los mismos y SENC-MARS *alegremente.*

SENC-MARS.

El mismo querido comendador!... no se me esperaba? ved como soy.... adoro las sorpresas,... algunas veces forman espectáculo, (*á Leonardo*) ¿no es verdad mi pequeño Miguel Angel?

SENNETERRE [aparte].

El cielo le confunda.

MARIA [con sonrisa afectada].

Que amabilidad monseñor, me habiais he-

cho temer que no os veria en todo el dia.

SENC-MARS.

Si, todo se ha cambiado; una gran cacería á Rueil, en las posesiones del Cardenal. El Rey ha marchado ya, y como tenia algunas horas que poder ofreceros, mi siempre bella.... (*aparte*) he querido ver si la espada con nudo de plata.... El que la lleve muere de mi mano, (*alto*) ibais á salir?

MARIA.

No por cierto.... Es decir la casualidad; me ha llegado una señora jóven de la Provincia, y es preciso pasearla.

SENC MARS.

Ha llegado aquella señora que esperabais?

MARIA.

Si, la señora de Failli. Está reparando su peinado, está tan impaciente por ver Paris.

SENC-MARS.

Nosotros le haremos los honores! si es una linda jóven como he oido decir, nos pertenece de derecho, está en nuestras atribuciones.

COMENDADOR [pasando a la derecha de Leonardo].

Que presuncion!

SENC-MARS [aparte, pasando por junto á Leonardo].

El pintor no tiene espada, no es él, me lo figuré (*apercibiendo la espada del Comendador*) oh! El viejo comendador, era él (*le mira y se rie*) ah! ah! ah! ah!

COMENDADOR [aparte mirandole].

Que le da? tiene un aire de necio?.... (*bajo á Senneterre*) no puedo sufrir á ese hombre.

SENNETERRE (bajo).

Pues yo.... (*percibiendo su espada*) eh! Comendador, quien os ha dado esa espada?

COMENDADOR (haciendose atras).

Chut.... Jóven, callad.... semejante pregunta podria....

MARIA (bajo á Senneterre).

Senc-Mars la habia visto.

SENNETERRE (aparte).

Ya entiendo.

SENC-MARS (riendo mas fuerte).

Decid Comendador, quien os ha dado esa espáda?

COMENDADOR (enojado).

Otra vez?

SENC-MARS (riendo).

Permitid que examine....

COMENDADOR (poniendo la mano sobre el puño y retirandose á la izquierda.

Retiraos Senc-Mars.... Esta no se toca sino por la punta.

SENC-MARS (asimismo y riendo).

Oh! oh! (*äparte*) es la misma.... (*bajo á Senneterre*) fui bien sencillo en incomodarme.... habia visto esa espada en el sofá y me figuré....

SENNETERRE [tambien riendo].

Ah! ah! ah! muy bien.

SENC-MARS. [riendo].

La habria olvidado ayer noche, la costumbre de dejarla en todos los rincones.

SENNETERRE [riendo].

Esto será.... ah! ah! ah!

LOS DOS [riendo].

Ah! ah! ah!

COMENDADOR [furioso].

Imprudentes! que tendrán? (*alto*) Senc-Mars, este asunto acabará mal.

MARIA [interponiéndose]

Señores, señores, la señora de Failli....

ESCENA XII.

Los mismos y ENRIQUETA.

MARIA [dirigiéndose á ella].

Acercaos, querida mia.

ENRIQUETA [bajo].

Ah! no me abandoneis; os lo suplico.... Un temblor desconocido hasta ahora se ha apoderado de mi.

SENC-MARS [con galanteria]

Señora, tengo la honra de ofreceros mis homenages.

MARIA [á Enriqueta].

Levantad esos ojos ...

SENNETERRE [con galanteria].

Cada uno se apresurará.... (*aparte y mirando á Enriqueta*) Cielos! mi muger!

ENRIQUETA [asombrada].

Mi marido!

MARIA [bajo á Enriqueta].

Es Leonardo.... aquel á quien amo.

ENRIQUETA [aparte].

Leonardo!.... para ella.... Maria mi rival!.... ah! desgraciada, que he hecho!

SENNETERRE [bajo].

Bajo el nombre de la señorita de Failli.

SENC-MARS [á Senneterre].

No es mal parecida....

MARIA [viendola pensativa].

¿Que es eso amiga mia?

ENRIQUETA (balbuceando).

Nada, nada, he creido.... es decir, una debilidad.... un aturdimiento.

COMENDADOR.

El viage?

SENC-MARS.

Un poco de fatiga?

SENNETERRE [aparte].

Estoy sobre un volcan!... mi muger en casa de Maria! Habrá descubierto? ha venido á sorprenderme.... si profiero una palabra;... si descubro mi verdadero nombre me entrego á la critica pública....

ENRIQUETA (bajo á Maria).

Quisiera marcharme.

MARIA (bajo á Enriqueta).

Lo pensais siquiera? Cuando todo va tan bien! os necesito.... (alto) Comendador, los guantes... (bajo) y ahora que es mi vez no podeis negarme vuestros servicios.

ENRIQUETA (bajo).

¿Qué quereis decir?

MARIA (bajo).

En el paseo, ocupad un poco la atencion de Senc-Mars.

ENRIQUETA (bajo).

Yo!

MARIA (bajo).

Asi os ejercitareis!... ademas, Leonardo me ha pedido una entrevista, y no podemos decirnos una palabra sin que ese zeloso maldito esté siempre presente.

ENRIQUETA (aparte).

Una cita.... ah! Dios mio!... piedad....

UN PAJE (desde el fondo)

Milord duque de Buquingam, y los señores de Gondé, Gramont, y Villarsó, acaban de entrar en el salon.

MARIA.

Vienen á acompañarnos.... mi cortejo ordinario.... Haremos gran efecto... vamos señores, salgamos querida.

SENC-MARS.

La plaza Real deslumbra ya con hermosas señoras y elegantes trenes.

COMENDADOR (á Maria).

Vos las eclipsareis todas.

MARIA.

Así lo creo. (*á Teresa que sale*) Teresa, mi ramillete, mi manteleta.

ENRIQUETA (con timidez).

Hubiese preferido!...

MARIA [con precipitacion].

Llevar á Senc-Mars por caballero? Es muy justo.... (*empujándole hácia Enriqueta*) Marques, la señora de Failli reclama vuestra mano.

SENC-MARS (apresuradamente).

Seré muy dichoso. (*á Maria al pasar*) Es-

pero no aceptareis el brazo de Buquingam?

MARIA.

No tengais miedo, tomo el de Leonardo.... Estais satisfecho?

SENC-MARS.

Oh! Lleno de confianza, acordaos sin embargo que no os pierdo de vista.

SENNETERRE [bajo á Maria].

Que! y vos sufris....

MARIA (bajo).

Lo he hecho á propósito; asi podemos hablar, (*alto*) vamos señores.

SENNETERRE (aparte).

Presentarse en público con Maria.... no me aparto de ella un instante, y sabré castigar semejante imprudencia.... (*En el momento en que el Comendador ofrece la mano á Maria, ella toma el brazo de Senneterre*).

COMENDADOR (irritado y aparte).

El jóven pintor la dá la mano! Decididamente es preciso que vaya á Roma.

Acto 2.º

La misma decoracion.

ESCENA Iª

ENRIQUETA y despues SENNETERRE.

ENRIQUETA (entrando y mirando á su alrededor).

Los perdí en medio de la muchedumbre, y en mi inquietud quise ver si Maria... no... ella no ha vuelto todavia.... mas mi marido.... (*viéndole*) ah! àqui llega.... me ha seguido.

SENNETERRE [pareciendo al fondo].

Vos aqui, señora?

ENRIQUETA (con embarazo).

Si, habia olvidado... quise... tomar mi manto para alejarme de esta casa. Ah! querido mio, que dichosa soy en volverte á ver!

SENNETERRE (con frialdad).

No os ocupeis de mi, señora.... vos aqui, en esta casa!...

ENRIQUETA (con timidez).

Si, pero.... tambien vos estais.

SENNETERRE (vivamente).

La marquesa de Senneterre bajo un nombre supuesto!...

ENRIQUETA (con timidez).

He creido deber seguir vuestro ejemplo.

SENNETERRE (con mas viveza).

Otra vez aun.... señora, os repito que no es cuestion de mi!... mi presencia en este lugar se dirige á intereses.... políticos.... porque.... todo el mundo sabe.... que la señorita Maria Delormé.... se encuentra con motivo de su conocimiento con el Cardenal.... En pocas palabras, es un secreto de estado que no puedo confiaros.... Pero vos señora, abandonar vuestro castillo de Bretaña sin mi consentimiento, y á pesar de mis órdenes, para seguirme, espiar mis pasos, y convertirme en la fábula de todo Paris!

ENRIQUETA (temblando).

Ah! no lo creais!

SENNETERRE [con cólera]

Pues entonces que pretendeis?

ENRIQUETA.

Dios mio! lo sé yo misma? Cuando recuerdo aquella voz amenazadora.... Escuchadme Leon, y sobre todo no os incomodeis, que me turba la razon vuestro enojo! Yo no os acuso, y tengo bastante amor en el corazon para perdonarlo todo.... ¿Pero porqué me huis? conozco no tengo el espíritu, las gracias que pueden admiraros en otra, y que jamas os satisfarán mis cualidades.... mas yo, Leon, cuan al contrario! á nadie he querido mas que á vos,... y os amo tanto!...

SENNETERRE [á sí mismo].

Todavia con reproches!...

ENRIQUETA (aparte).

Ya le enfado.... Si pudiera acordarme de la leccion, ensayar un poco de coqueteria.... tal vez podria adelantar.... (*alto*) Por otra parte, ¿quien os dice que yo no tendria adoradores, si quisiera tan solo escucharlos? soy jóven, y no valgo menos que otras.

SENNETERRE (aparte).

Pretensiones ahora, no le faltaba mas que eso.

ENRIQUETA.

Si es lo que os agrada.... bien.... recibiremos á las jentes, me harán la corte, y esto tal vez os lisonjeará.

SENNETERRE [ofendido].

Buena idea!

ENRIQUETA.

Pero no amaré á otro mas que á vos.

SENNETERRE [con impaciencia].

Eh! Dios mio!

ENRIQUETA [con despecho].

Bien, no.... no os amaré.

SENNETERRE (picado).

Como ¿señora?

ENRIQUETA (con viveza).

No, amigo, no! no os amaré ya.... creeis que es una cosa tan dificil!

SENNETERRE. (picado).

Bastante lo habeis probado!

ENRIQUETA (con viveza).

Y de que manera?

SENNETERRE.

Contrariándome sin cesar, y haciéndome insoportable mi castillo.... Yo que tengo tanto gusto en vivir retirado....

ENRIQUETA (con ironía).

Por esto es que jamas estabais.

SENNETERRE (animándose).

Porque vos me obligasteis á abandonarlo.

ENRIQUETA (con ironia).

Porque teneis uu caracter el mas lijero!

SENNETERRE.

Y vos el mas injusto.

ENRIQUETA.

Que me ha hecho tan infeliz.... Y si yo hubiera podido substraerme de esta tirania....

SENNETERRE.

En vuestra mano estan los medios.... ese auto de separacion que me habeis devuelto....

ENRIQUETA (con amargura).

Y que habiais firmado anticipadamente.

SENNETERRE.

Y bien señora, debierais haber hecho otro tanto!....

ENRIQUETA.

Si, teneis razon, debí hacerlo.... y despues de una conducta como esta; si ese auto que debe volvernos la libertad, estuviera aqui.... si, si estuviera en mi poder, señor.... yo lo firmaria sin vacilar un momento.

SENNETERRE [enseñándole].

Aqui le teneis, señora.

ENRIQUETA (*aparte y asombrada*).

Cielos! que oigo!

SENNETERRE.

Y una vez que estamos acordes y que en la mesa hay todo lo necesario....

ENRIQUETA [*aparte*].

Que he dicho? Dios mio! no estoy en mi! mi cabeza se pierde.... y no hay una alma que pueda aconsejarme! ah! Maria dice que cuando amenazan marcharse, se deben abrir las dos puertas.... acaso será el único medio.

SENNETERRE (*enseñándole el papel*).

Qué decidis, señora?

ENRIQUETA [*vivamente y corriendo á la mesa*].

Bien, caballero, ya firmo.... firmo con el mayor placer (*escribiendo mientras habla*) y miro este dia como el mas dichoso de mi vida.

SENNETERRE [*asombrado*].

No esperaba tanta simpatia!

ENRIQUETA [*escribiendo*].

Todo lo que pido es que no se pierda un minuto, un instante, para libertarme de un vínculo que me es odioso.

SENNETERRE [*mientras ella cierra con oblea el auto*].

Sereis servida segun vuestros deseos. El Cardenal es poderoso; entre personas de nuestra condicion, no quiere publicidades.... basta un mutuo consentimiento, y desde el momento que tenga ese auto en la mano, ya somos libres absolutamente.... como si nunca hubieramos estado casados.

ENRIQUETA [acabando de escribir el sobre].

Muy bien.... perfectamente, señor. (*aparte*) Pero como hacerlo? á quien confiarlo?

COMENDADOR (de afuera).

Teresa, Teresa, Roberto.

ENRIQUETA [aparte].

Ah! el Comendador!

ESCENA II.

Los mismos y el COMENDADOR.

COMENDADOR [hablando en el bastidor].

Encontradme pronto á ese borracho de cochero que ha abandonado su puesto! El belitre me va á hacer faltar á la audiencia del Cardenal....

ENRIQUETA [aparte].

A la audiencia del Cardenal?

COMENDADOR [á Sennetere].

Ya me habia olvidado, y á no ser por Basompierre que encontré en la plaza Real, y que iba allí á toda prisa.... (*viendo á Enriqueta*) Eh! buen Dios! La señora de Failli.... como es eso bella señora, os habeis retirado del paseo en el momento mas agradable.... cuando uno no puede dar un paso sin que le ahoguen.

ENRIQUETA [levantándose].

Es verdad.... aquel ruido, aquella confusion tan nueva para mi.... me he sentido algo indispuesta.

COMENDADOR [con interes].

Peró estais mejor?

ENRIQUETA [esforzándose á reir].

Oh! mucho mejor! era una friolera.... y jamás me he encontrado tan bien. Comendador, vos teneis mucho influjo con su Eminencia... aqui teneis una solicitud que quisiera llegara cuanto antes á su poder.

SENNETERRE [aparte]

Vaya, tiene mas prisa que yo! claro está, ella nunca me ha querido.

COMENDADOR.

Yo me encargo de ello. Ignoro lo que es; pero la apoyaré con todas mis fuerzas, confiad en mi promesa.

SENNETERRE [apart.]

El asunto marcha bien.

ENRIQUETA [aparte]

Y supuesto que ya he tomado mi partido.... Comendador, voy á una visita indispensable.... espero sereis bastante bueno para darme la mano hasta el coche.

COMENDADOR [con precipitacion]

Me lisonjeais señora.... No soy vuestro caballero?

ENRIQUETA.

Y no quiero otro.... venid.... (*aparte*) y la cita con Maria: ah! si me atreviera.... (*á Senneterre*) Saludo á V. caballero. (*Sale con el Comendador.*)

ESCENA III.

SENNETERRE [solo y despues de un silencio].

Ella es quien lo ha querido! no tengo ningun cargo que hacerme; puse todos los procedimientos que estuvieron á mi alcance; despues de todo, eso vale mas; nuestras fortunas son distintas, la suya es considerable.... viviremos muy contentos, yo aquí, ella allá abajo, al fondo de la Bretaña.... mas hay ejemplar de una locura como esta?... Introducirse en casa de Maria! unirse á ella! traspasarse un ridiculo acompañante! esas provincianas no tienen el menor tacto. Bendito Dios! Ella se aleja.... ya marchó, y dentro de algunas horas sin duda estará en el camino de Bretaña.... al fin soy libre! aqui estoy hecho un solteron! Con cuanta mas libertad hace respirar esta palabra! Libre.... libre de consagrar mi existencia á la sola muger que sabe conocer lo que es amor, y cuya ternura puede dar orgullo!... La sola, que alternativamente, viva, sensible, festiva, maliciosa y loca, ofrece reunidos todos los encantos, todos los atractivos de mil mujeres á la vez! y es á mi á quien ella ama! á mi?... Maria va á venir luego.... sola conmigo!... me lo ha dicho.... (*escuchando*) Precisamente!.... es su voz.... es ella.... (*mirando*) Otra vez Senc-Mars!... ah será necesario rompa con todas esas jentes! (*Se sienta junto la mesa.*)



ESCENA IV.

Senc-Mars, *Maria* y *Senneterre*.

MARIA [á Senc-Mars].

Sois insoportable.

SENC-MARS.

Te digo que le has mirado con una sonrisa de inteligencia....

MARIA.

A Gramont?

SENC-MARS.

O á Buquingam.... acaso á los dos.

MARIA.

Vos soñais!...

SENC-MARS.

Pues entónces porque volveis tan pronto de paseo?

MARIA.

¿Qué os importa?

SENC-MARS.

Has dado alguna cita?

MARIA [con impaciencia]

Y bien, si, aqui.... habia dado una cita en mi gabinete!.... (*señalando á Leonardo*) á ese señor que veis ahi.... Estais contento?

SENC-MARS [asombrado y mirando á Leonardo].

Ah!... al pintorcillo!... para el retrato? (*pasando junto á Senneterre*) De veras!... La esperabais?

SENNETERRE [levantándose].

Con la mas viva impaciencia.

SENC-MARS.

Es diferente!... (*aparte*) puede ser que espere tambien á otro!... Decid Leonardo?

SENNETERRE.

Monseñor?...

SENC MARS [bajo].

Hacedme un favor.... no os separeis de ella, prolongad la sesion.

SENNETERRE [bajo].

¿Si esto puede agradaros?

SENC MARS [bajo].

Si, entre nosotros, temo alguna diablura. (*sentándose junto á la mesa*). Ademas, no me voy todavia, y quisiera poder asistir....

MARIA [mirándole].

Y que, os quedais aqui?...

SENC-MARS.

Para ver los adelantos de vuestro retrato.... haced como si no estuviera; empezad, esto me divierte.

MARIA.

Imposible! nos incomodariais.

SENC-MARS.

No diré una palabra.

MARIA.

Os conozco, no podriais cumplirlo! Y esa caceria á Rueil en donde os esperan! Ea, ea,... marchaos, y enviadme á Teresa para que me vuelva á peinar.... (*bajo á Senneterre*) para decir que no estoy en casa.

SENC MARS [levantándose].

Pues que lo quieres absolutamente.... (*vol-*

viendo) á propósito, que se ha hecho la señora de Failli?

MARIA.

A vos debo preguntarlo; iba cogida de vuestro brazo.

SENC-MARS.

(A fe mia) En un momento de tumulto en que me tenian inquieto vuestras ojeadas, me acerqué para oir mejor á ese bribonzuelo de abate de Gondy; y, ó ella ha soltado mi brazo, ó yo el suyo, no se cual ha sido.... lo cierto es que nos hemos separado sin que me haya sido posible volverla á encontrar.

MARIA.

Es muy galante! Otra vez no seré yo quien os confie una señora.... Yo que la habia convidado á cenar....

SENC-MARS.

Oh! la encontraremos.... En la plaza Real nada se pierde.... Sabeis que esa jóven es muy linda?

SENNETERRE [con indiferencia].

Puf!........

SENC-MARS.

Perdonad, he hablado con ella. En medio de su corto embarazo provincial, se distinguen ciertos echizos, gracia y vivacidad.

SENNETERRE (aparte).

Se conoce!

MARIA [á Senc-Mars].

No os vais aun?

SENC MARS.

Unas palabras tan picantes, una malicia en sus observaciones! os aseguro que si ella puede llegar á vencer su timidez, tendrá mucho partido; ha sido admirada, seguida,... y no me sorprenderia que algun galan se la hubiera llevado....

SENNETERRE (sonriéndose á Maria).

Y tan bien llevada; creo que no la volveremos á ver.

UN PAGE (anunciando).

La señora de Failli.

SENNETERRE (asombrado).

Ah!

ESCENA V.

Los mismos y ENRIQUETA *con un traje muy elegante.*

SENC-MARS.

Eh!... aqui está, en el momento que nos desolábamos por ella.

SENNETERRE (aparte).

Otra vez ella!

MARIA [sentada junto al espejo].

Sois vos, corazon mio?

ENRIQUETA (iendo hácia Maria).

Disimulad, estaba tan impaciente para asistir á vuestro convite.... (*pasando por delante de Senneterre*) mil perdones caballero, si os incomodo.... pero deseo tanto encontrarme junto á esa querida amiga! (*á Maria*) vengo

demasiado temprano ¿no es verdad? Es ridículo! En la provincia se acostumbra reunirse siempre con tres horas de anticipacion.... Gustan tanto de la conversacion y de bachillear! Es el único recurso que tenemos.

SENC-MARS.

Debiais estar segura del placer que todos tendriamos, ya lo veis, el júbilo es jeneral.

SENNETERRE (aparte).

Que significa eso? Tener la osadia de parecer segunda vez!

SENC MARS [haciéndola sentar junto á Maria].

Sentaos amable jóven.

ENRIQUETA [sonriéndose con Senc-Mars].

Mil gracias!

MARIA.

¿Que os ha sucedido hermosa?

ENRIQUETA.

Estaba avergonzada con mi vestido de viage.... y fui á arreglarme un poco.... (*bajo*) como me aconsejasteis.

MARIA [bajo].

Es claro, cuando se quiere combatir, es preciso llevar armas.

ENRIQUETA [bajo].

Y me he apresurado; pues hay novedades.

MARIA [con curiosidad y acercándose].

Bah! contadme como ha sido eso.

SENNETERRE (aparte en el otro estremo del teatro).

No habrá medio de decir una palabra á Maria, sin que se ponga entre los dos! Pero que pretenderá? cual es su objeto?

EL PAGE [anunciando].

El señor Comendador.

SENNETERRE (aparte).

Eso es, toda la ciudad!

ESCENA VI.

Los mismos y el COMENDADOR.

COMENDADOR (á las señoras).

No se molesten VV., soy yo.

SENC MARS.

Volveis ya de la audiencia del Cardenal?

COMENDADOR.

No la ha habido.... Un horrible gentio en los salones.... pero su Eminencia nos ha despedido á todos de la manera mas graciosa para ir á Rueil á hacer los honores á S. M. Solo he tenido lugar de decirle dos palabras (*á Maria*) y acudir á donde me llama mi corazon.

MARIA.

Soy vuestra, Comendador.... pero tenemos que comunicarnos algunos secretos con madama de Failli.

COMENDADOR.

Muy bien! (*mirando á Enriqueta*) Diablos! un trage de gusto esquisito.

SENC-MARS [á la derecha del Comendador].

He reparado; apuesto que ha vuelto tan pronto por mi.

SENNETERRE [á la derecha de Senc-Mars].

Por vos?

COMENDADOR [á Senc-Mars].

La señora de Failli! ah! he aqui el famoso conquistador.

SENC MARS.

Eh! eh! Ella me miraba ahora mismo.... Si, mirad otra vez....

SENNETERRE [bajo].

Vos lo creeis?

SENC-MARS.

Si por cierto! ha mirado á este lado (*á Senneterre*) por consiguiente no puede ser á otro que á vos, ó á mi, y como no es á vos, es claro que es....

COMENDADOR [picado].

Ola.... pues y yo?

SENC-MARS [levantando los hombros].

Ah! Comendador, vos me afligis!

MARIA [bajo á Enriqueta y como respondiendola].

Le habeis visto otra vez en el paseo?

ENRIQUETA [bajo].

Del brazo de mi rival.

MARIA.

¿Quien es ella?...

ENRIQUETA.

No me he atrevido á informarme.

MARIA.

Y él, os ha visto?

ENRIQUETA.

Ah! me puso una cara!

MARIA [riendo].

Me figuro verla desde aqui.

SENNETERRE (hablando con Senc-Mars y el Comendador.)

No, tiene unas maneras muy provinciales.

COMENDADOR.

Al contrario, las encuentro muy graciosas y nobles.

SENC-MARS.

Ciertamente.

ENRIQUETA [bajo á Maria].

Ahora sobre todo es cuando mas necesito vuestros consejos! Puedo encontrarle en un salon....

MARIA.

No hay cosa mas fácil! Es preciso romper á lo vivo. (*Continuan hablando bajo*).

SENC-MARS.

Os digo que solo le falta acabarse de formar! muchos deseos tengo de que corra por mi cuenta.

SENNETERRE (aturdido).

Vos?

COMENDADOR [vivamente á Senc-Mars].

Os lo aconsejo.... (*aparte*) Asi tendré un enemigo menos.

SENNETERRE (con inquietud).

Oh! no os lisonjeeis alcanzarla!

SENC-MARS.

Bueno.... Esas virtudes de provincia van algunas veces mas de prisa que las demas! En media hora apuesto que obtengo una entrevista!

SENNETERRE.

En media hora?

COMENDADOR [tomando un polvo].

Es muy capaz de esto.

SENC-MARS [alegremente].

Aunque no fuese mas que para dispertar á Maria, que tan indiferente se muestra á mi amor.

SENNETERRE [aparte].

Hago un brillante papel!... mas puedo con una sola palabra.... Comendador, ese encargo que la señora de Failli os ha confiado, le conservais todavia?

COMENDADOR.

Descuidad, ya se entregó! oh! la primera obligacion es servir á las señoras.

SENNETERRE [aparte con despecho].

¿Que me importa todo; si ya no me pertenecerá?

SENC-MARS [á Maria].

Querida Maria, vos nos ocupais á la señora de Failli.

MARIA [levantándose con Enriqueta].

¿Que; no os habeis ido monseñor?

SENC-MARS.

La compañia es tan agradable.

ENRIQUETA [fingiendo sentimiento].

Vais á dejarnos, Senc-Mars, ah! como lo siento.

SENC-MARS [con galanteria].

¿Teneis algun empeño señora en detenerme junto á vos?

ENRIQUETA.

Seguramente.

MARIA [señalando un sillon á Enriqueta].

Comendador, tirad la campanilla, sentaos allá... amable mia, mientras me peinan.... Y vos D. Leonardo elegid lo que os parezca mejor para adornar mi cabeza (*bajo*) asi podreis quedaros á mi lado.

SENNETERRE (bajo).

Yo salgo.

MARIA [bajo].

Os lo prohibo.

SENNETERRE [bajo].

Vos ignorais lo que sufro!

MARIA [bajo].

Dios mio, si! me pongo en vuestro lugar! tengamos paciencia un momento, y encontraré medio para echarlos.

(*Teresa que ha entrado, arregla el peinado de Maria; Gochier está junto á esta y se esfuerza en dar su parecer; entretanto Enriqueta y Senc-Mars que se han retirado junto á la mesa hablan con interes. Senneterre de pie en medio de los dos grupos observa á Enriqueta con disimulo*).

SENNETERRE (aparte).

Conozco el pensamiento; quiere embarazarme.... ponerme en la posicion mas falsa, mas ridicula! no importa, todo lo desprecio, haré la corte á Maria delante de ella; (*sentándose junto á Maria*) finjamos que no la he reparado siquiera.

ENRIQUETA [riendo á Senc-Mars].

Ah! Marques! no creo una palabra de cuanto decis.

MARIA [á Senneterre].

Os encuentro tan cambiado ¿Que teneis?

SENNETERRE (con embarazo),

Nada, esos que estan cuchicheando.

MARIA [bajo].

¿Que os importa?

ENRIQUETA [alto y con melindre].

Hacer conquistas en Paris! yo, una pobrecita provinciana, sin conocer los usos de la corte, sin esperiencia, sin aquel tacto que se requiere en la sociedad, y sin atractivo alguno que pueda seducir.... que pareceria en medio de todas esas hermosuras, tan diestras, tan coquetas, que pueden dejarse adorar por diez amantes á la vez sin querer ninguno, tan vivas que no conocen nunca que se les engaña, tan seguras de su beldad, que todas las mañanas arreglan y hacen de sus caras lo que quieren....

SENC-MARS [riendo].

Par diez? Es la pura verdad....

SENNETERRE [á Maria que se da con colorete].

¿Que, ¿Maria, os poneis colorete?

MARIA.

Oh! muy poco.

COMENDADOR.

Para hacer como las demás.

SENC-MARS [á Enriqueta].

Y no dais merito ninguno á esa naturalidad, á esa sencillez encantadora? (*bajando la voz*) os protesto que sois capaz de trastornar todas las cabezas. Ya conozco yo una!...

ENRIQUETA [sonriéndose con coqueteria].

No será de las mas sólidas (*á Maria*) á propósito amiga, voy á ser vuestra vecina, he tomado la casa de aqui al lado.

MARIA.

De veras?

SENNETERRE [aparte].

Habrase visto muger mas singular!

SENC-MARS.

Os fijais entonces en Paris!

ENRIQUETA.

Enteramente, quiero rodearme de un pequeño circulo de personas amables. (*á Senc-Mars*) Senc-Mars cuento con vos?

SENÇ MARS [lisonjeado].

Desde ahora.

ENRIQUETA.

Poetas, mugeres lindas, y sobre todo militares! tengo una pasion por la gente de guerra!

COMENDADOR [acercándose á ella].

Es posible, jóven hermosa?

ENRIQUETA [aparte viéndole acercarse á ella].

No parece tan dificil..... esto marcha, marcha.

COMENDADOR [lisonjeado y bajo á Senneterre].

Tiene un gusto tan delicado. (*alto á Enriqueta*) Es cierto que la profesion militar, da una gracia, una elegancia, un no se que.... (*se acerca á ella y pasa á la derecha*).

SENNETERRE [aparte con impaciéncia].

Tambien el viejo Comendador! (*alto procurando contenerse*) puede estrañarse sin embar-

go que la familia de la señora de Failli la abandone de esta manera á sí misma, y la deje fijar en una poblacion, en donde sola, espuesta á mil lazos....

SENC-MARS.

Solo un marido podria incomodarse....

ENRIQUETA [con precipitacion].

Y yo no le tengo, soy viuda.

SENNETERRE [mirándola].

Viuda! vos, señora?

ENRIQUETA [mirándole].

Si, señor, esto os asombra?

SENNETERRE [sorprendido].

No, no (*aparte*) efectivamente es como si lo fuera.

MARIA [á Senneterre].

No es malo! una viuda no ofrece tanta dificultad.

SENC-MARS.

Viuda! pobre jóven!

COMENDADOR.

Acaso un marido celoso?

SENC-MARS.

Oh brutal?

ENRIQUETA.

Tenia unas cualidades, no muy.... pero en fin....

SENC-MARS.

Un monstruo?

COMENDADOR.

Como todos....

ENRIQUETA [con gravedad].

No importa señores, quiero honrar su memoria.... no hablemos mas de ello.

MARIA [riendo].

Es lo mejor que puede hacerse en favor de los maridos! (*á Senneterre que va y viene*) Mas que teneis? ¿no estais un instante quieto?

SENNETERRE.

Nada, nada.... (*aparte*) y no puedo defenderme, ni decir una palabra.

MARIA.

Mirad Leonardo ¿que os parecen estas perlas?

SENNETERRE (sin mirar).

Bien! muy bien!

SENC-MARS (á Enriqueta).

Dichoso el que pueda consolaros.

COMENDADOR.

Por eso no os hareis insensible.

ENRIQUETA.

Oh! fuerza será que la razon domine.

SENC MARS [bajo].

Sin duda, y si pudiera hablaros un momento sin testigos!

SENNETERRE [acercándose].

Que oigo?

SENC-MARS [volviéndose á Senneterre].

Eh! que decis?

ENRIQUETA (á media voz señalando á Senneterre).

Quien es ese caballero?

SENC-MARS.

Leonardo.... un jóven pintor.

COMENDADOR.

Que debe ir á Roma.

ENRIQUETA [con frialdad].

No le conozco.

SENC-MARS.

Os mira con una atencion! con un fuego! Esos artistas.... Estoy seguro que está deseando hacer vuestro retrato.

SENNETERRE.

Yo!

ENRIQUETA.

Ah! cuan gustosa lo tendria de la mano del señor!

SENC-MARS.

Para regalarlo?

ENRIQUETA [sonriendo].

Puede ser muy bien.

COMENDADOR.

A quien?

ENRIQUETA.

Es un secreto mio.

SENC MARS [aparte].

Para mi!

COMENDADOR [aparte].

Me ha dirigido una mirada tan penetrante....

SENC-MARS [corriendo a Senneterre].

Si, pronto mi querido Leonardo, un pequeño bosquejo.

COMENDADOR.

En dos minutos.

SENNETERRE [bajo á Maria que tambien se levanta].

Sacadme de tal compromiso.

MARIA (bajo).

Salid del paso,... dos golpes maestros con el lapiz.

SENNETERRE (bajo).

Pero, cuando no se sabe como cojerlo; cuando nunca he hecho uso de él.

MARIA [riendo].

Fue tan solo un pretesto? ah! que delicia!

SENC-MARS (á Leonardo).

No contestais?

MARIA [pasando á la derecha de Senneterre].

El pobre Leonardo, no se atreve á deciros.... le hemos hecho perder el tiempo; y tiene que dar una leccion al otro estremo de Paris.

SENC-MARS.

Ah! es diferente.

ENRIQUETA.

No debemos entretenerle; id á vuestra leccion, amigo.

COMENDADOR Y SENC-MARS.

Si, si, id á vuestra leccion, querido.

SENNETERRE [bajo á Maria].

Será preciso que salga?

MARIA [bajo].

Tan solo por algunos minutos.

SENNETERRE (bajo).

Oh! rabia, y ese Senc-Mars?

MARIA (bajo).

Va á marcharse tambien. (*alto*) con las nuevas vistas Marques faltareis á la caceria; apenas os queda tiempo.

SENC-MARS.

Es verdad á fe mia! bien poco al caso.... Y.... ahora me acuerdo; la señora de Failli no ha visto nunca la corte reunida.... Si vos señoras me acompañarais hasta el portico, disfrutariais de una vista soberbia! Dentro de una hora estareis de vuelta.

ENRIQUETA.

Feliz pensamiento.

MARIA [con aire constreñido].

De todo mi corazon.

SENNETERRE [bajo].

Y vos os marchais tambien?

MARIA [bajo].

Al contrario, es el modo de alejarlos.

SENC-MARS.

Ea, pronto comendador, las manteletas de esas señoras.

COMENDADOR [iendo al fondo].

Las tomaremos en la antesala.

MARIA [llevando la mano á la cabeza].

Ah!

TODOS.

Que es eso?

MARIA [fingiendo sufrir].

No se, de repente un dolor; una fuerte jaqueca.

SENNETERRE (aparte).

Quiere quedarse.... ya entiendo.... (*alto*) Dios mio!

TODOS (dirigiéndose á Maria).

Maria,.... tambien vos?

ENRIQUETA (fingiendo tambien estar indispuesta).

Una palpitacion horrible,... no puedo tenerme.... (*cae sobre el sillon*).

SENNETERRE [aparte].

Las dos!

MARIA [aparte].

¿Que es lo que hace? inocente, no me entiende.

ENRIQUETA (bajo á Senc-Mars).

Si fuera que vos no me iria.

SENC-MARS.

Conozco vuestra idea.

COMENDADOR [mirando á Enriqueta].

Pobrecita! es como yo, no puedo ver que otro se ponga malo sin sentir una emocion!

SENC-MARS (mirando á Enriqueta).

Imposible que ahora me aparte de vos, voy á enviar á decir á S. M. que estoy en cama tiritando, con calentura.

SENNETERRE (aparte).

Que no tenga de verdad tercianas dobles!

ENRIQUETA [bajo á Senc Mars].

Muy bien! que bueno sois....

SENNETERRE (á Maria).

Es él quien se queda?

MARIA [bajo].

No vayais á cometer una imprudencia.... bastante desgraciada soy.... volved dentro de un rato, os esperaré en el salon azul antes de cenar.

SENC-MARS (á las señoras).

Está la comparsa arreglada, una vez que

estais mejor..... iremos á bailar de máscara. Gochier, cuidareis de procurar billetes para dos.

COMENDADOR.

Facilmente, voy á pasar por la embajada.

SENC MARS (*bajo á Senneterre*).

Cosa hecha, querido, he alcanzado mi deseada cita.

SENNETERRE (*aparte*).

Y no hay medio de provocarle!... no por ella, no la amo ya,... mas no puedo olvidar que ha llevado mi nombre!

SENC MARS (*á Enriqueta*).

Me apresuro á despedir mis jentes, (*bajo*) cuidad de desaceros de Maria.

SENNETERRE (*aparte*).

Yo lo estorbaré á todo precio... los dos nos veremos monseñor, vais á recibir noticias mias. [*Senneterre se va por el fondo*].

SENC-MARS (*llevandose á Gochier*).

A Dios hermosas, vamos Comendador....

ESCENA VII.

Maria y Enriqueta mirandose mutuamente y riendo.

ENRIQUETA

Y bien, no lo hice tan mal!

MARIA [*riendo*].

Teneis razon querida, pero despues trastornasteis mis proyectos.

ENRIQUETA (levantándose).

No.... he hecho como vos, por imitacion.

MARIA [riendo].

No debiais retener á Senc-Mars; quedandoos vos aqui habeis impedido una entrevista que estaba preparada, el pobre Leonardo ha salido abrasado.

ENRIQUETA [con un aire de ingenuidad].

Oh! cuanto lo siento! pero voy á enmendarlo.... me voy.... os dejo.

MARIA [conteniéndola].

Si, ahora que ya no es tiempo!

ENRIQUETA.

Debiais haberme hecho una seña.... cuando una no sabe....

MARIA.

Decis bien, no importa.... yo arreglaré este negocio otra vez.

ENRIQUETA [queriendo persuadirla con malicia].

Si, no os faltará otra ocasion?

MARIA.

Está todo corriente, tengo mi plan.

ENRIQUETA [impaciente.]

Ah!

MARIA.

En el baile os esplicaré.... he mandado traer dos dominos iguales.

ENRIQUETA (con intriga).

Dos dominós!....

MARIA.

Excelente!... para las intrigas amorosas, las substituciones.... vereis. Solo os pido encareci-

damente que redobleis la astucia con Senc-Mars, que le convirtais en amante apasionado.

ENRIQUETA (*sonriéndose*).

Ya estamos en buen camino!

MARIA.

Si?

ENRIQUETA [*bajando la voz*].

Va á venir.

MARIA.

Una cita! ya?

ENRIQUETA.

Os parece demasiado pronto?

MARIA.

No; con él no hay peligro; tiene tan buena opinion de su merito!....

ENRIQUETA.

Me ha dicho cuydára de desembarazarme de vos.

MARIA [*sonriendo*].

O malvado! no sabe él, el favor que me hace!.... Le distingo (*mirando al fondo*) que va divagando.... me retiro.

ENRIQUETA (*bajo y siguiéndola*).

Pero antes confiadme....

MARIA.

Mas tarde!.... ah!.... os lo ruego, querida amiga, quitádmele, quitádmele.... Será una prueba de amistad que no olvidaré jamas.... Perdonad, corazon mio, tengo algunas disposiciones que dar!... (no os enfadeis mucho.)

(*Maria entra en su gabinete de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA (*sola*)

Ah! buen Dios! á que estado me he reducido, que mancha me he impuesto!... Nada sin embargo temo, no retrocederé. Defiendo la causa de las mugeres casadas, y me siento con un valor, con un deseo de venganza! Quisiera seducirlos á todos; y despues ¿que capricho? Ygnoro lo que ella proyecta; pero ese casamiento con Senc-Mars, que pidió y ahora teme!... Ah! es mi único medio de salvacion. Si pudiese dar una idea á Senc-Mars, é inquietarle lo bastante para.... Si, si; ella le tendrá por marido, es preciso, y yo me encargo!... Vedle aquí.

ESCENA IX.

Enriqueta y Senc-Mars.

SENC-MARS.

Hé estado acechando la salida de Maria.... al fin puedo pintaros todo el amor que.....

ENRIQUETA.

A vos esperaba, Marques. Escuchad; no tengo el arte de vuestras coquetas de Paris; soy franca, sin ningun rodeo, voy á haceros una confesion ahora mismo, que sin duda no estais acostumbrado á oir.

SENC-MARS (*con confianza*).

Os engañais señora, esto me sucede muy

amenudo.... (*sonriéndose*) Esta confesion, es que....

ENRIQUETA [con timidez]

Es que..... yo no podria amaros.

SENC-MARS (estupefacto).

Ah! Es particular!

ENRIQUETA.

Hago justicia á vuestro caracter noble, generoso; mas cuando sepais que un cariño anterior.....

SENC MARS.

Un cariño?

ENRIQUETA [con un aire de tristeza]

Un amor profundo y desgraciado! El solo que he esperimentado jamas.... que dispone de toda mi vida.

SENC-MARS [con viveza]

No prosigais, hermosa jóven; un amor desgraciado.... vos que mereceis las adoraciones!... No importa, debo respetar las relaciones anteriores, son sagradas para un caballero que se precia de galante. Crei en un principio.... naturalmente.... una viuda... es sencillo.... de uso corriente. Con todo no estoy menos lisonjeado de una confianza que.... que.... tengo mucho honor en.... (*va á salir*).

ENRIQUETA (conteniéndole con un gesto).

Un momento; os he dicho que me inspirabais mucha amistad.... quiero daros una prueba. (*despues de una pausa*) Amais á Maria?

SENC-MARS (con fuego).

Si la amo! estoy loco por ella! No quiero

decir por esto que no estuviera enamorado tambien de vos.... hace poco, ciertamente, pero vuestra amable ingenuidad.... Desde que he oido que nada tengo que esperar, he vuelto á sentir mi terneza por Maria, mas fuerte que nunca. Es la propiedad de un amor verdadero.

ENRIQUETA.

Pues sabed que si no andais con cuidado, os la quitarán por asalto con todas las reglas.

SENC MARS.

Ah Maria! me hablais de Maria! Que es lo que decis señora? (*aparte*) Si me escaparán las dos á la vez! (*alto*) Que me la quitarán! y quien será el atrevido?

ENRIQUETA.

Es la sola cosa que no me ha confiado.

SENC-MARS.

¿Pensais que no me ama?

ENRIQUETA.

Es decir, ella os adora; por esto se halla triste, y es desgraciada....

SENC-MARS.

Ella, tan festiva?

ENRIQUETA.

Hace cuanto puede para distraerse delante del mundo; pero en secreto, pasa su vida sumerjida en lágrimas.

SENC-MARS.

Desventurada! Harto conozco muchas de sus penas.

ENRIQUETA [lentamente].

Pero junto con la pasion que por vos siente,

tal vez es debilidad; tiene una ambicion, una idea constante, que no la deja jamas. Quisiera una clase, un título, un nombre que la volviese á colocar en la sociedad de una manera honorable y brillante.

SENC-MARS.

Ah! Bah! La mania de casamiento que se ha vuelto á apoderar de ella! Imposible!.... Se lo he dicho: »querida, todo lo que quieras, mi corazon, mi fortuna, pero un matrimonio es cosa muy seria! oh! oh! Servidor! diablos! diablos. Mi familia; el mismo Rey." (*á media voz*) Y despues, entre nosotros, Maria no es para casada.

ENRIQUETA.

Hum! puede ser, hay personas mas atrevidas que vos.

SENC-MARS.

Vos lo creeis?

ENRIQUETA.

No se, ella á nadie quiere mas que á vos es claro; mas su orgullo está herido en lo vivo viendo que le negais la única prueba de amor que ambiciona. Otro menos amable, puede ofrecerla realizar su sueño favorito; con un título, nombre y fortuna inmensa, y basta un momento de despecho para que se sacrifique y acepte el nombre, el título, y la fortuna!

SENC-MARS [agitado].

Seria horrible, espantoso!... pero no puede ser.... cual es el hombre de la corte que osa-

se anunciarse públicamente?

ENRIQUETA.

Publicamente no, mas! no hay continuamente medios para asegurarse de la mano de una muger, sin hacer participe á toda la ciudad de la confianza? una capilla vecina, un oratorio de algun amigo, un ministro que estuviera advertido para el momento en que se hubiera alcanzado alejaros....

SENC-MARS [pensativo].

¿Un matrimonio secreto?

ENRIQUETA.

Lo ignoro.... pero....

SENC MARS. [vivamente].

Si, vos estais en el misterio.... es positivo.... un proyecto decidido.... Que ultrage! que infame lazo! Chut! alguien se acerca!... Despues continuaremos.

ESCENA X.

Los mismos y Teresa.

TERESA.

Señor Marques.

SENC-MARS.

Que se os ofrece?

TERESA.

Un hombre con capa que se ha marchado al instante, acaba de entregarme este billete para vos.

SENC-MARS (á Teresa).

Está bien.... (*á Enriqueta*) Perdonad ¿me permitis?

ENRIQUETA [aparte].

La letra de mi marido!

SENC-MARS (aparte).

Ah! ah! es singular.... no hay duda.... para mi es.... corro á castigar al insolente.

ENRIQUETA [con inquietud].

A donde vais?

SENC-MARS.

Una bagatela.... un negocio imprevisto.

ENRIQUETA [sonriendo].

¿No veis, otra vez preparando pesadumbres á Maria!

SENC-MARS.

Yo?

ENRIQUETA.

Es carta de una muger.

SENC-MARS.

Os protesto.

ENRIQUETA.

Una cita....

SENC-MARS.

No.... os lo juro.

ENRIQUETA.

Si, si, lo adiviné....

SENC-MARS (presentándole la carta).

Juzgad vos misma.... y me dareis la razon, pues en materia de honor, no escucho persuaciones.

ENRIQUETA [leyendo].

»Un hombre á quien habeis ofendido mortalmente...." (*aparte*) Cielos! (*leyendo*) »y de un nacimiento igual al vuestro, os pide satis-

faccion al instante: Os espera solo junto al foso del arsenal!"

SENC-MARS.

Sin firma!....

ENRIQUETA (aparte).

Ah! me siento morir! Si hubiera sabido! si hubiese podido prever....

SENC MARS.

Pero.... ¿por que esa turbacion? cuanto os agradezco el interes que me manifestais? mas no tengais cuidado; estoy de tal manera seguro de mi superioridad....

ENRIQUETA [mas asustada].

Que! sereis capaz de aceptar?

SENC-MARS.

Es propio de caballero!... jamas he negado una estocada al que es digno de ella..

ENRIQUETA.

Exponeros!.... no sufriré.

SENC-MARS [sonriendo].

Que niñeria! ved, el primero que llegue os dirá que no puedo faltar á esa provocacion.

ESCENA XI.

Los mismos y Senneterre *al fondo.*

SENNETERRE (aparte).

No pareoe, no he podido resistir á mi impaciencia y.... (*viéndolos*) los dos juntos todavia!

SENC-MARS.

Preguntádselo al mismo Leonardo.

ENRIQUETA.

Ah! Dios mio!

SENC-MARS.

Por cierto querido llegais á proposito para convencer á la señora de Failli.... leed. (*le presenta la carta*) ¿Que hariais en mi lugar?

SENNETERRE [despues de haberla leido].

¿Y es monseñor Senc-Mars quien me lo pregunta?

SENC-MARS (á Enriqueta).

¿Que os dije? vuelo al instante.

SENNETERRE [queriendole seguir].

Yo os acompaño.

ENRIQUETA [vivamente á Senc-Mars].

No ireis!

SENNETERRE.

Que, señora.

ENRIQUETA [con viveza].

No señor, las mugeres no entienden lo que llamais pundonor, mas solo se necesita un poco de buen sentido para discurrir que no se responde á un desafio sin firma.

SENNETERRE [con emocion].

Esta no es una razon.

ENRIQUETA.

Que se nombre.

SENNETERRE.

Puede tener sus motivos.

ENRIQUETA.

Que no se atreve á manifestar.... porque no serán honrosos.

SENC-MARS.

Permitid; tal vez no le conozco....

ENRIQUETA.

Entonces como le ofendisteis?

SENC MARS.

Quizas es casado, y puedo haber tenido la desgracia.... (*conteniéndose*) Oh!

SENNETERRE [apoyando].

En fin, espero al Sr. Marques.

ENRIQUETA.

Al contrario.... estoy cierta que no está en el lugar convenido.

SENNETERRE [con viveza].

Pero no faltará.

ENRIQUETA.

Pues se encontrará solo (*á Senc-Mars*) porque vos no saldreis de aqui; os lo prohibo.

SENNETERRE (aparte).

Os lo prohibo! ah!... es esta la timida muger.... no la conozco.

ENRIQUETA [á Senc-Mars].

En nombre de las personas que os son mas queridas, que mas tiernamente os aman.... me entendeis?... Existe una que no os sobreviviria.

SENNETERRE (aparte).

Existe una!... Verse obligado á oir las espresiones mas insensatas de una pasion!

SENC-MARS.

Apesar de eso....

ENRIQUETA [á media voz].

Si fuese una trama.... un rival.... que quisiera alejaros.... aprovechar vuestra ausencia....

SENC-MARS [cabilando y bajo á Enriqueta].

¿Para ese matrimonio secreto? estaba proyectado para hoy?

ENRIQUETA [bajo].

Quien sabe?

SENC-MARS (aparte con viveza).

Que rayo de luz!... si, si, un billete anónimo.... en el foso del arsenal, en donde se me dejaria consumir, mientras que.... no hay duda.... pero el lazo no se tendió con bastante astucia (*alto*) no iré.

ENRIQUETA [con alegria].

Ah!

SENNETERRE (asombrado).

Monseñor, sereis capaz?....

SENC-MARS (con mas viveza todavia).

No, no iré vive Dios! que asi no se engaña á un caballero.... (*bäjo á Enriqueta*) Ese casamiento se efectuará pero conmigo....

SENNETERRE [aparte].

Pluguiera al cielo!

SENC-MARS (bajo).

Voy á reunirme á ella para no dejarla ni un instante.

ENRIQUETA (bajo).

Asi la hareis dichosa, pobre amiga.

SENNETERRE (aparte).

¡Que se dirán; esos misterios....

SENC-MARS

¿Me prometeis ser discreta?

ENRIQUETA (levantando la voz).

Con la condicion que de aqui á mañana, y bajo cualquier pretesto que sea, no cedereis á ninguna provocacion ni dispondreis de vos sin mi permiso.

SENC-MARS.

Mas reflecccionad....

ENRIQUETA.

Yo lo quiero, (*sonriendo*) yo lo mando....

SENNETERRE (*aparte*).

¡Yo lo mando!

SENC-MARS (*besándola la mano*).

Os lo juro á fe de ~~hombre noble.~~ caballero

SENNETERRE.

En mi desesperacion, ni el consuelo me queda de poderme batir con él.... ah! es demasiado, y mi furor......

ENRIQUETA (*iendo á el con temor*).

Caballero....

SENNETERRE [*bajo y furioso*].

¡Cuanto temblais por Senc-Mars, señora.

ENRIQUETA (*bajo y con viveza*).

¿Y si no fuese por él?

SENNETERRE (*conteniéndose y con júbilo*).

¡Que escucho!

SENC-MARS (*volviendo á Enriqueta*).

Sois un ángel, mi ángel tutelar.... á Dios, á Dios, voy á dar mis órdenes, (*á Senneterre*) es una muger preciosa, querido, una muger superior. (*Vase.*)

ESCENA XII.

Senneterre y Enriqueta.

ENRIQUETA [*aparte*].

Ya estamos solos, tengamos cuidado, acordemonos de la leccion.

SENNETERRE (con alegria).

He oido bien! que, señora seria posible? (*Enriqueta quiere salir*) me dejais?

ENRIQUETA [con frialdad].

Me parece caballero que nada tenemos que decirnos.

SENNETERRE.

Como! Despues de ese indicio de cariño que se escapó de vuestros labios.....

ENRIQUETA [con frialdad].

A mi, señor? no se.... me habeis reprendido tan amenudo el hablar sin reflexion, que.... no debeis hacer caso de lo que digo.

SENNETERRE [con embarazo y conteniéndola].

Ah! es diferente.... me engañé. Permitid á lo menos que os hable.

ENRIQUETA.

¿De que asunto, amigo mio?

SENNETERRE (vacilando).

De..... composicion..... de algunas medidas que debemos tomar entrambos.

ENRIQUETA.

¿Con respeto á nuestros intereses? ya sabeis que son distintos.

SENNETERRE.

Si, mas vuestro señor tio....

ENRIQUETA.

Lo aprueba absolutamente todo y me deja dueña de mis acciones.

SENNETERRE (algo picado).

Sea enhorabuena, pero no podeis encontrar estraño á pesar de todo que mi solicitud é -

intereses sobreviban á los lazos que han existido entre nosotros, y cuando os veo lanzar ciegamente en una sociedad que ofrece los mayores peligros....

ENRIQUETA.

¿Y que teneis que hacerme observar? esta sociedad, es brillante, llena de espíritu; la señorita Delormé está rodeada de lo mas escojido, de las personas mas distinguidas de la corte, y en mi primer paso al mundo, no puedo tomar mejor modelo para la franqueza y la constancia de afectos.

SENNETERRE [á si mismo].

Ah! Buen Dios! que eleccion.

ENRIQUETA (señalando un retrato á la izquierda).

Disimulad os interrumpa, ¿de quien es ese retrato?

SENNETERRE [con enfado].

Del conde de Brisac.

ENRIQUETA (con malicia).

A quien ella tanto amó?... y este otro?

SENNETERRE [con impaciencia].

De Emeri, el superintendente de hacienda; creo....

ENRIQUETA [sin hacerle caso]

Uno de sus buenos amigos. Y al lado de Villarsó, y San-Evremont?

SENNETERRE (con rabia).

El mariscal Hocquincort.

ENRIQUETA.

Todos amigos intimos.... Esto solo hace su elogio, y es digna de él. Es tan dulce rodear-

se de todos aquellos sujetos que nos son apreciables! oh! aqui podeis conocer hasta donde llega el escrupulo y delicadeza de la señorita Maria, apostaria á que no ha olvidado uno siquiera.

SENNETERRE.

No se trata.

ENRIQUETA (mirando los retratos).

Conozco cuan lisongeados estarán los que se encuentren en tan hermosa é inumerabe coleccion: muy lindo.... ademas son excelentes muebles para una sala. Pienso tambien en breve tener un gabinete semejante.

SENNETERRE.

¿Lo deseais?

ENRIQUETA [fingiendo querer salir].

Os pido mil perdones, pero me esperan en el salon para ensayar unas figuras.... un baile de nueva invencion.... Senc-Mars.

SENNETERRE (colerico y deteniéndola).

Eh! señora, estais impaciente por volver á encontrar ese enjambre de adoradores ... no podeis sacrificarme un instante, uno solo? Señora, he sido vuestro esposo, y hay cosas que no pueden olvidarse.

ENRIQUETA.

Si, os engañais, es la cosa que mas facilmente se olvida, ya no me acuerdo mas.

SENNETERRE.

Que! es posible que no recordeis siquiera una de aquellas ideas cariñosas, aquel amor tan tierno!

ENRIQUETA [conteniéndose].

Me guardaré bien, es tan monotono, tan fastidioso cuanto se quiere realmente (*sonriendo*) cuanto os habré cansado, no es verdad?

SENNETERRE [con ternura].

Jamas.

ENRIQUETA.

Si, no lo negueis.... no ocupaba mi imaginacion mas pensamiento que el vuestro, á vos solo tenia en la cabeza y en el corazon! Que insoportable fui.

SENNETERRE [con miedo y esperanza].

¿Y os habeis corregido completamente?

ENRIQUETA.

Hum! tal vez no del todo.

SENNETERRE [con viveza].

¿Que decis?

ENRIQUETA [conteniéndose].

Con todo, llegará, llegará, no os de cuidado.

SENNETERRE (transportado).

Enriqueta! si fuese cierto....

ESCENA XIII.

Los mismos y el COMENDADOR.

COMENDADOR (corriendo).

Ea, luego, luego! Señora de Failli, os estoy buscando por todas partes.

SENNETERRE (aparte).

Habrá viejo mas importuno.... inbecil.

COMENDADOR.

Todo el mundo está reunido en la galeria.... preguntan por vos, os reclaman para componer una contradanza que debe bailarse des-

pues de cenar, para escojer disfraces; los hay deliciosos?

SENNETERRE (bajo á Enriqueta).

Una sola palabra, os lo suplico, tengo tantas cosas que deciros....

ENRIQUETA [aparte].

Que estrañeza! que priesa tiene! (*alto*) Imposible: bien os lo decia, no tengo un momento mio; un monton de asuntos importantes.... el baile.... los trages....

COMENDADOR.

Y la cena, porque van á sentarse á la mesa.

ENRIQUETA [a Senneterre].

Lo veis, no pertenezco á mi misma, ni se tampoco cuando podré concederos una sesion para mi retrato.

SENNETERRE [con placer].

Como?

ENRIQUETA [con aire de inteligencia].

Ya volveremos á hablar.

SENNETERRE [aparte].

Que esperanza!

COMENDADOR [aparte].

Mas, que, se inflama tambien por la señora de Failli? muy bien.... perfectamente.... las filas se aclaran, acabaré por llegar, y entonces á fe mia! (*ofreciendo su mano á Enriqueta*) vamos á cenar, linda jóven.

SENNETERRE (aparte).

Sigamosla, y si alcanzo ponerme á su lado, será necesario que ella se esplique y que yo conozca mi suerte. (*les sigue*).

Acto 3.º

La misma decoracion, hay candelabros y candeleros encendidos y se percibe la claridad de la sala en donde ensayan la zarabanda.

ESCENA I.ª

SENNETERRE [solo, agitado y contradiciéndose].

Me he levantado de la mesa sin poder hablarla! Rodeada siempre de mil insipidos y fingidos apasionados, parecia loca de alegria: ahora sonriéndose, ahora dirigiendo espresiones las mas maliciosas, no hacia caso de mi impaciencia.... De mi martirio.... Lleno de cólera, quise dirigir á Maria algunas palabras de cariño; y no se me han ocurrido mas que acentos de furor. Ah! no hay remedio! va á perderse en medio de ese mundo abominable! Una jóven que poseia cuanto se puede ambicionar!... pues desde que ya no me pertenece, es la única, la mas hermosa, no me parece la misma! Que viveza, que gracia!... unos ojos penetrantes y amables para todo el mundo.... si, excepto para mi. Me he sorprendido veinte veces, pronto á hacerla la corte.... yo.... su marido. Hubiera querido sacarla de aquel torbellino.... (*levantándose*) Es verdad, mas Ma-

ria á quien amo, á quien idolatro, porque es realmente la sola.... No es decir que mi esposa no parezca tambien muy bien.... mas jóven, yo lo creo.... y es algo; ademas que no ha querido á toda esa muchedumbre antes que á mi, esto tambien es algo mas. Tiene razon, con Maria todo lo que mas puede lisonjearme es el figurar en esa galeria historica, y ser confundidos entre tantos otros, mientras que con Enriqueta.... (*con despecho*) No sé lo que siento, lo que quiero, lo que deseo. Ah! que rabia, que frenesí tenemos por correr junto á esas mujeres brillantes, cuyo amor, cuyas miradas son del universo entero; que ningun otro merito tienen para nosotros que el esplendor, número de sus debilidades.... para desdeñar, para romper un corazon puro que solo ha latido para uno que habia puesto su vida y cifrado su dicha en su amor conmigo.... Ah! si fuese tiempo todavia de contenerla. (*quiere salir*).

ESCENA II.

Senneterre y Maria con dominó y sin careta.

MARIA.

Aqui estoy, amigo mio.

SENNETERRE [aparte]

Maria!

MARIA.

Me esperabais, ¿no es así?

SENNETERRE (*con embarazo*).

Si, sin duda, sabeis que solo pienso en vos (*aparte*) Que estará haciendo ahora!

MARIA.

Al salir de la mesa, me he vestido luego para el baile: el unico medio de evadirme de los importunos. Me figuraba estariais con una impaciencia!....

SENNETERRE.

Considerad.... (*aparte*) Estoy cierto que está escuchando las declaraciones de todos!...

MARIA.

Que os sucedió hace poco? Os he esperado tres horas en la sala pequeña....

SENNETERRE.

No me lo recordeis! Un diluvio de obstáculos, de contratiempos que me han puesto á la desesperacion.

MARIA.

Pobre ~~muchacho~~!... Asi lo pensé. Durante la cena, teniais un humor!

SENNETERRE [*con viveza*].

¿Por ventura no habia motivo?

MARIA.

No trato de reprenderos, al contrario, me son tan satisfactorias hasta las pruebas mas sencillas de vuestro amor. Mas no tuve yo la culpa; Senc-Mars no se separaba de mi lado. No sé á quien debo ese aumento de terneza! Ahora mismo otra vez, en un momento de estravagancia, de locura ¿no me ha saltado al cuello, hablándome que se yo que cosas de

sorpresa, de felicidad, de constancia eterna?

SENNETERRE [con esperanza].

Es decir que no obsequia á la señora de Failli?

MARIA [encogiéndose de hombros].

Será para darme el cambio.... estad persuadido que no piensa mas que en ella.

SENNETERRE [con emocion].

Vos creeis?

MARIA.

No habeis advertido que al acercarse á mi no cesaba de mirarla?

SENNETERRE [conmovido].

Es cierto.....

MARIA.

Que al paso que me prodigaba mil protestas de fidelidad, le hacia señas de inteligencia?

SENNETERRE [mas conmovido].

Seguro!....

MARIA [alegremente].

Siempre es asi, nunca se está mas complaciente, mas fino con una mujer que cuando se la quiere dejar: eh! tened.... (*mirando*) mirad como bailan los dos....

SENNETERRE [aparte].

Baila!... tiene valor para bailar cuando estoy en un suplicio!

MARIA [con confianza].

Entre nosotros.... creo que es negocio arreglado.

SENNETERRE [indignado].

Arreglado!

MARIA.

Felizmente....

SENNETERRE [*fuera de si*].

Felizmente!... (*aparte*) Infiel; (*alto*) si, si, Maria, felizmente; pues sois vos sola á quien amo, á quien adoro.... (*aparte y mirando continuamente al fondo*) no se lo que me digo.

MARIA [*con ternura*].

Necesitaba oiros Leonardo querido! hace algunos instantes que una inquietud.... un presentimiento vago....

SENNETERRE [*iendo de un lado ó otro*].

Un poco de tristeza que es preciso disipar. ¿Si volvieramos al salon?

MARIA.

Que decis? Cuando desde esta mañana es este el primer momento de libertad que podemos disfrutar.... cuando tenemos tantas cosas que decirnos!... veamos.... hablemos.... poneros ahi....

SENNETERRE [*aparte mas inquieto*].

Ah! buen Dios!...

MARIA [*sentada*].

Primeramente, caballero, vais á decirme quien sois.

SENNETERRE [*acercando una silla sin sentarse*].

Yo?

MARIA.

Es este sin duda el gran secreto que queriais confiarme? No sois pintor, lo habeis confesado; es un disfraz;.... os lo perdono.... pero es preciso me descubrais vuestro nombre.... No

soy escrupulosa; mas me parece regular que sepa á quien una ama.

SENNETERRE [sin escucharla].

Oh! es justo!... (*aparte y subiendo por la escalera*) Aun baila! (*mirando en la galeria*) ¿Que veo?.... se acerca á una luz para leer un billete que acaban de entregarla.... Oh!.... eso no!... (*Sale furioso por el fondo.*) (m. 14

ESCENA III.

Maria sola creyéndose junto á Senneterre.

MARIA.

Yo, por mi parte, os diré el proyecto que he formado, pues.... (*mirando*) Muy bien! Donde está? Ah! Dios mio!... me abandona tambien para correr á.... (*á si misma*) Que significa esta huida?... Una desercion completa!... La primera vez que me sucede (*percibiendo el Comendador*) Ah! Gochier.... este á lo menos ha quedado puro, integro.. .

ESCENA IV.

14 — 1/

Maria y el Comendador.

COMENDADOR [hablando en la esquina.]

Cuidado con resfriaros.... vuelvo en un minuto....

MARIA [conteniendole].

¿A donde vais Comendador?

COMENDADOR [precipitadamente].

A buscar un vaso de agua con azucar para la señora de Failli.

MARIA [con rabia].

Otra vez con la señora de Faïlli!

COMENDADOR.

Acaba de cantar!... ah! todo el mundo está entusiasmado.... una vococita tan dulce, tan penetrante!... (*queriendo salir*) me ha pedido un vaso de agua.

MARIA [con impaciencia].

Esperad, digo....

COMENDADOR.

Ha bailado la zarabanda.... Oh! vos bailais bien, Maria; pero aquello es sobresaliente.... una gracia! una ligereza!... y con esto un aire de modestia, de pudor, al que no estamos acostumbrados!... Yo saltaba á pesar mio, como en el sitio de Fuenterabia en donde llovian vizcainos.... (*queriendo salir*) Pero espera el vaso de agua y es preciso....

MARIA [con cólera].

Quereis deteneros?... Es horrible, nunca oido!... ha vuelto todas las cabezas!

COMENDADOR (con complacencia).

Es cierto ... Villarsó está hecho un electrizado, Gramon tiene sus guantes, Brisac su abanico, Buquingam la ha regalado un ramillete que traia para la Reina..... un aplauso..... un levantamiento general!....

MARIA.

Y vos mismo, Comendador, no mereceis menos reproches,... os he visto....

COMENDADOR [aturdidamente].

Me visteis?... á sus pies!

MARIA [exclamando].

Como!... á sus pies?

COMENDADOR [tapandose la boca].

Oh! He caido en la emboscada.... fatalidad.... no podia faltar.

MARIA [cruzando los brazos].

Tambien vos, Gochier?... (*á si misma*) hasta mi comodin se deja seducir.

COMENDADOR [confuso].

No se como se ha hecho.... os lo juro, echiza á todos cuantos la hablan! Mas por mi parte ha sido tan solo un momento de demencia, de locura.... nada mas!... pero detesto mi estravio, Maria, vuelvo á vos.... y me perdonareis....

MARIA.

A condicion de que digais todo lo que sabeis, porque debe haber algo de estraordinario.... ¿Que hace Senc-Mars?

COMENDADOR.

Oh! no hay que temer; no hace nada sin recibir antes las inspiraciones de la señora de Failli.... va, viene, sale, entra diez veces en cinco minutos!... parece que le ocupa algun gran proyecto.

MARIA [con atencion].

Un gran proyecto?

COMENDADOR.

Si, he cogido algunas palabras al vuelo.... de capilla.... al anochecer.... de matrimonio secreto....

MARIA [con curiosidad].

De matrimonio secreto?

COMENDADOR.

La señora de Failli le decia: «si perdeis un instante se os escapa.”

MARIA.

Se os escapa?... (*aparte*) Cielos! ese casamiento.... es para mi.... y ella es quien lo insta!

COMENDADOR [con finur:].

He entendido que era cuestion del matrimonio con la sobrina del Cardenal, y le he dicho al oido. «Es lo mejor que podeis hacer; desposaos con ella, amigo mio.”

MARIA [encojiéndose de hombros].

Le dijisteis eso?

COMENDADOR.

Pardiez.... estas palabras le han decidido.... salió como una saeta; pero diez minutos despues, uno de sus pages se acercó á la señora de Failli, y con destreza le puso en la mano un billete diciéndola á media voz: «para esta noche.”

MARIA.

Para esta noche!... Y ese billete?

COMENDADOR.

Por cierto que era de papel color de rosa perfumado.... Ella todo lo ha dejado para leerlo, y su semblante se animaba de alegria. (*frotandose las manos*) Me parece que por una ú otra parte el asunto va boyante!... Lo he dirigido con calor.

MARIA (furiosa).

Impertinente.... que torpeza!....

COMENDADOR [admirado].

¿Por que?

MARIA.

No veis que me han hecho una traicion!....

COMENDADOR [admirado].

Quien?

MARIA.

Esa muger!

COMENDADOR.

La señora de Failli?....

MARIA.

Eh! no es tal señora de Failli!....

COMENDADOR [aturdido].

¿Con que me venis ahora?

MARIA.

Una desconocida.... una picara coqueta!.... que sabe mas que yo.

COMENDADOR.

Imposible....

MARIA.

Que, so pretesto de pedirme consejos para atraer otra vez á un infiel, se ha introducido con un aire de inocencia, de ingenuidad.... Yo, engañada como siempre por mi buen corazon de que veo no me corregiré jamas, la he acojido, la he dado todos mis secretos!

COMENDADOR.

Oh! que imprudencia! acaso se confian nunca cosas tan interesantes?

MARIA.

Abusar de ellos promoviendo el desorden en mi misma casa.... para quitarme todas las conquistas.

COMENDADOR.

Que horror!... que existan mugeres de esta especie!

MARIA.

Y que sea la Provincia quien nos la envia!... pero no me dejaré burlar así; y una vez que tiene atrevimiento para atacarme....

COMENDADOR.

Hareis bien, no se debe sufrir tan abominable conducta.

MARIA [ajitada].

No he podido saber quien es ella, ni adivinar su proyecto.

COMENDADOR [aparte].

Ya se le va la cabeza....

MARIA [dejándose caer sobre un sillon].

Ah! que desgraciada soy!....

COMENDADOR [con compasion].

Pobre muger!

MARIA [como tocada de una idea repentinamente].

Ese casamiento con Senc-Mars porque tanto interes manifiesta, encubre un secreto designio.... para ocuparme é impedirme vea.... si, ella ha venido aqui por alguno de los que frecuentan mi amistad, yo sabré quien es!... (*iendo al Comendador*). Veamos mi buen Gochier, vos sois mi amigo.... mi verdadero amigo.... ayudadme un poco.... ¿como acoje á Villarsó?

COMENDADOR.

Se sonrie muy agradablemente.

MARIA [á si misma].

No es él.....

COMENDADOR.

Pues ya veis que no puede ser por mi.

MARIA.

Ah! Comendador!

COMENDADOR [con tono afirmativo].

No, digo que no puede ser por mi, claro está.

MARIA.

Y á Brisac? Gondi? Sent-Evremont?

COMENDADOR.

Tambien les hace caso.

MARIA [despues de algun tiempo de pensar].

Y á Leonardo?

COMENDADOR.

Oh! no le mira siquiera, ni se acuerda que tal hombre exista.

MARIA.

Entonces es por él.... estoy segura! si, lo que esta mañana me decia de un antiguo amante, y ahora poco, la turbacion, la inquietud de Leonardo.... pero este no me le quitará.... que tome todos los otros consiento, mas Leonardo á quien amo, á quien amo mil veces mas desde que estoy amenazada de perderle.... jamas! yo recobraré mi imperio sobre él y venceré todos los obstáculos. (*pasa á la derecha*)

COMENDADOR [queriendo entenderla].

No entiendo lo que dice....

MARIA [aparte]

Y Senc-Mars tiene mi palabra.... Seria imposible negarme á un casamiento que yo mis-

ma he solicitado.... esponerme á su venganza.... Para Leonardo la Bastilla, para mi las persecuciones, los rigores de la corte, el destierro, y que se yo? ah! como conjurar.... (*con resolucion*) Huyendo con Leonardo.... al instante.... Si, con una palabra le decidiré á que consienta.... y una huida con él, delante de ella, á sus ojos, me proporcionará todavia la victoria (*alto*) Comendador!

COMENDADOR.

Estamos en lo mas ardiente de la lucha, el golpe parece decidido.

MARIA.

¿Puedo contar con vos?

COMENDADOR.

Como el Cardenal....

MARIA.

Estoy disgustada del mundo y de todas sus intrigas.... quiero alejarme de él al instante en secreto!....

COMENDADOR.

Una retirada! es mi flaco!

MARIA.

Con un solo amigo....

COMENDADOR.

Un solo amigo! (*aparte*) lo adivino, no tiene mas que á mi.... (*alto*) ah! Maria! os entiendo (*aparte*) bien seguro estaba que acabaria por llegar.... al fin recojo el fruto de mi paciencia.

MARIA.

Puedo disponer de vos?

COMENDADOR.

Siempre; y creed que mi reconocimiento....

MARIA.

Basta, no prosigais.

COMENDADOR.

Todo cuanto me insinueis.

MARIA.

Si, mucho sijilo.... un carruaje sencillo.... sin armas, ahora mismo, en el jardin, por la calle Turnel.... (*señalando la derecha y apretando un resorte que abre la puertecita secreta*) esta escalera secreta conduce á ese lugar.

COMENDADOR.

Lo veo!

MARIA.

Esperad mis órdenes y.... (*viendo venir á Enriqueta*) la señora de Failli! retiraos!

COMENDADOR.

Estoy en el misterio de una buena fortuna, eteme aqui diez escalones mas arriba para llegar al cabo de mis deseos. (*Sale por la puertecita falsa que se cierra al instante.*)

ESCENA V.

MARIA y ENRIQUETA.

ENRIQUETA [al fondo]

Gracias, gracias, señores....

MARIA [aparte].

Es ella!... á tiempo oportuno.

ENRIQUETA.

Que calor tan sofocante.... imposible respirar en medio de tanto gentio.

MARIA [con ironia]

Venid, venid señora á que os felicite.

ENRIQUETA.

De veras estais contenta de mi? he hecho cuanto pude.

MARIA.

Ya lo creo! para un ensayo!... está muy bien, y os debo dar mil gracias.

ENRIQUETA [mirándola].

Me hablais con un tono tan singular.... parece estais incomodada.

MARIA [con ironia].

No tendria razon, despues de todas las molestias que os tomais por mi.

ENRIQUETA.

No os entiendo.

MARIA.

Sin duda ese casamiento que habeis preparado, (*vivamente*) no lo negueis, todo lo se,... Ese casamiento con Senc-Mars.... en una capilla de aqui cerca.

ENRIQUETA [con ingenuidad].

He creido haceros un favor.

MARIA.

A mi? cuando sabiais lo que lo temia.... cuando os habia confiado que otra persona era dueña de mi corazon.... que....

ENRIQUETA [sonriendo].

Como me recomendasteis tanto que creyera siempre lo contrario de lo que se dice?

MARIA [conteniendose].

A los hombres si, pero no era necesario por

eso que os apoderarais de mis adoradores....

ENRIQUETA [sonriendo y fingiendo sencillez].

Vos me dijisteis que debia rodearme de ellos y tomarlos en todas partes....

MARIA [animándose]

Excepto uno solo á quien.... debiais haber respetado.... es espantoso acometer á una muger que os prodiga las mayores caricias....

ENRIQUETA [sonriendo].

Entre mujeres ninguna piedad; ellas se abrazan mientras se quitan un amante.... Vos me lo habeis dicho tambien.

MARIA [con un movimiento].

Ah! teneis una memoria!

ENRIQUETA.

Es preciso tener algo.

MARIA [reprimiendo un movimiento de furor].

Muy bien! os he juzgado mal, y cuando venisteis á pedirme una leccion, parece que yo soy quien la recibia.

ENRIQUETA.

Señora!

MARIA.

Mas vuestro triunfo no está de tal manera asegurado que no pueda cambiarlo aun en derrota. Ese casamiento sobre cual contais, no se verificará.

ENRIQUETA.

Como?

MARIA.

No, señora, no seré la esposa de Senc-Mars; y en cuanto al sujeto que habeis venido

á buscar hasta mi casa con un atrevimiento increible, os lo digo; no es aqui donde tendreis el placer de volverle á ver.

ENRIQUETA [inquieta].

¿Que quereis decir?

MARIA [lentamente].

Que ahora que vuestra educacion está completa y que nada puedo enseñaros ya, no podeis comprometeros permaneciendo por mas tiempo en casa de Maria Delormé.

ENRIQUETA [aparte]

Cielos!

MARIA [apoyando].

Teneis una familia, señora, que está con cuidado sin duda por vuestra ausencia; antes teniais mucha prisa por dejarme.... creo que es tiempo de ir á tranquilizarla.... no pretendo deteneros mas....

ENRIQUETA [despues de un silencio]

No prosigais,... os entiendo, señora; dentro un instante no me tendreis ya aqui.

MARIA [con ironia].

Sin decirme el nombre de la poderosa enemiga....

ENRIQUETA [con orgullo]

Mas tarde, cuando podais hacerme justicia, y conocer que á pesar de esta apariencia de perfidia y de traicion, nunca he sido culpable con vos.

MARIA [con rábia]

Os lisonjeais todavia de realizar vuestros designios?

ENRIQUETA [con calma].

Tal vez, porque yo se vuestro secreto y vos ignorais el mio: es la única ventaja que quisiera conservar; á Dios, señora.

MARIA [con sequedad].

Vuestra servidora. (*Enriqueta se aleja y se para en el fondo. Maria creyendose sola*) Que audacia! Es alguna dama de la corte, alguna duquesa!

ENRIQUETA [aparte en el fondo].

Que hará?

MARIA.

No hay que perder tiempo! (*escuchando y corriendo á la ventana de la derecha*) me parece oigo el carruaje.

ENRIQUETA [aparte]

Un carruage! Y mi marido viene por ese lado!... como saber? (*mirando el cuarto de la izquierda*) ah! ella dice que todo se permite.... (*corre al cuarto y se cierra dentro*).

MARIA [mirando siempre por la vent. de la der.

Gochier ha cumplido su palabra.... le ha hecho entrar en el jardin, se ha colocado frente de la puertecita (*haciendo una señal*) sobre todo que no hagan ruido, y si os preguntasen.... (*Ella continua haciendo advertencias, mientras Senneterre entra por el fondo.*)

ESCENA VI.

Maria en la ventana, Senneterre, Enriqueta escondida.

SENNETERRE [con un ramo en la mano].

La perfida! Desarmarme con una mirada de compasion, cuando llegaba furioso, cuando iva á dar un estallido! Regalarme su ramillete como prueba de volver pronto y desaparecer un instante despues, cuasi al mismo tiempo que Senc-Mars: (*tirando con cólera el ramo sobre la mesa de la izquierda*) ah! este último paso la destierra para siempre de mi corazon!

MARIA [volviéndose á este movimiento].

Leonardo!... el cielo es quien le envia!

SENNETERRE [asombrado].

Maria! que teneis! como temblais!

MARIA [corriendo á él].

Escuchadme, los momentos son preciosos!.. ¿me amaréis siempre, Leonardo?

SENNETERRE.

Lo dudais?

MARIA.

Tengo derecho para ello, todo lo sé!

SENNETERRE [turbado].

¿Que sabeis?

MARIA [ajitada].

Esa mujer, esa señora de Failli, de quien vos solo aqui sabeis el verdadero nombre.... la habeis amado?

SENNETERRE [turbado].

Yo!

MARIA.

La amais quizas todavia!

SENNETERRE (con fuerza).

Sereis capaz de creerlo!... no, no, os lo juro!....

MARIA.

Bien! si no me habeis engañado, si soy yo sola á quien amais, nombradme á esa mujer.

SENNETERRE [vivamente].

Nombrárosla!.... jamás....

MARIA [conteniéndose].

Si, si, conozco que el honor, vuestra delicadeza.... pero á lo menos que yo sepa vuestro nombre!...

SENNETERRE [con embarazo].

No tengo ninguna razon para ocultaroslo, pero confieso sin embargo que una desconfianza semejante....

MARIA [con viveza].

Os disgusta? pues entonces no, no os lo exijo, no os pido nada. Que me importa vuestra clase, vuestra fortuna, vuestro nombre? de nada me he informado para amaros! Lo que necesito, lo que quiero, es vuestro amor, que es ahora mi vida, mi unica esperanza! Repetidme que no amais á otra, que estais pronto á sacrificarmelo todo....

SENNETERRE.

Es cierto....

MARIA.

Un gran peligro nos amenaza.

SENNETERRE.

¿Un peligro?

MARIA.

No tenemos mas que un medio para vivir, para respirar el uno junto al otro.... y evitar una eterna separacion! El de huir los dos al instante, y refugiarnos en Holanda.

SENNETERRE.

¿Huir, decis?

MARIA.

No me pregunteis porque.... mas si dentro de una hora estamos aun en Paris, no tiene remedio! un carruaje nos espera abajo junto la escalera falsa.... una palabra.... decid que sois feliz en seguirme, en partir mi suerte, y.... vacilais!

SENNETERRE [con embarazo].

No, pero una resolucion tan estraña, tan repentina!.... abandonar la Francia....

MARIA [con dolor].

Dudais! cuando yo no he tardado un momento en decidirme!.... á mi nada me ha arredrado; y vos temeis sin duda perder á la señora de Failli, alejaros de ella!...

SENNETERRE.

No, os digo.

MARIA.

Lo veo en vuestros ojos.... temblais!... sabeis empero que no la volvereis á ver, que se ha marchado?

SENNETERRE [vivamente].

Marchado! con Senc-Mars?

MARIA [conociendo su pensamiento].

Con Senc-Mars!... Si.... sin duda.... no com-

prendisteis sus miradas, sus discursos misteriosos?... ahora mismo no acaba de recibir de él otro billete?...

SENNETERRE [aparte]

El que ella leia!... era de Senc-Mars!

MARIA.

Si supierais el complot que entrambos habian formado!... que horrible maquinacion!... estaban de inteligencia!

SENNETERRE [furioso].

Ellos se entendian!

MARIA.

Tengo pruebas que lo confirman.

SENNETERRE (fuera de sí].

Ah! todo se descubre al fin!

MARIA [con terneza].

Es á una muger indigna de vos á quien sacrificais por mi.... Leonardo mio, mi amigo.... yo que os amo unicamente, que estoy pronta sin conoceros á abandonarlo todo por vos!.... Esta fortuna, esta brillante existencia que hacia todo mi orgullo, esos homenajes, esas adoraciones de que estabais tan celoso, y que me envidian todas las mugeres.... si.... todo lo dejaré por tí.... si, todo.... para ofrecerte mis dias, mis cuidados, mi terneza.... para esconder á las miradas de todos esta dicha que se nos presenta; este amor al que parece dabas algun precio, y que es bastante grande y dulce para suplir el cariño de patria y de familia.

SENNETERRE [llevado de estas palabras].

Será cierto, Maria? Sereis mia?

MARIA.

Para siempre! te lo juro.

SENNETERRE [vivamente].

Marchemos, marchemos!... Harto dichoso soy de poder probar á una ingrata.... quiero deciros, Maria, y al mundo entero, que sola vos reinais en mi alma.

MARIA [aparte].

Ah! al fin le llevo!...

SENNETERRE.

Venid, venid.... quiero apresurar el iastante, yo mismo....

ESCENA VII.

Los mismos y TERESA *corriendo.*

TERESA [bajo á Maria].

Señora, señora!...

MARIA.

Que hay?....

TERESA [bajo].

Senc-Mars viene siguiéndome; os busca por todas partes....

MARIA [á sí misma].

Cielos!....

SENNETERRE.

Que teneis?

MARIA.

Nada, nada, (*aparte*) seriamos perdidos sin remedio! pero tengo un medio seguro para desacerme de él.

SENNETERRE.

Que os detiene?

MARIA.

Mirad; que jentio en esa galeria.... podrian descubrirnos, y la menor imprudencia compromete nuestra evasion.... Voy á despedirlos.... á alejarles con amabilidad. Quedaos aqui.... esperadme.... vuelvo al instante, y á fabor de este traje y atavios de baile, estaremos lejos de Paris antes que perciban nuestra ausencia. (*Sale precipitadamente con Teresa, todas las puertas del fondo quedan abiertas.*)

SENNETERRE [solo].

Si, si, marcharé; huiré al fin del mundo si es preciso, para no oir hablar mas de ella.... para probarla mi indiferencia, mi desprecio.... si, mi desprecio!... Dejarse seducir por Senc-Mars!... Senc-Mars, un fatuo, un hombre vicioso, tan incapaz de esperimentar un cariño verdadero.... (*viendo á Senc-Mars*) Que veo? otra vez él!

ESCENA VIII.

Senc-Mars entrando vivamente por el fondo y acercándose á Senneterre, mirando al mismo tiempo si le observan.

SENC MARS (con precipitacion).

Ah! Leonardo, os buscaba.... ¿No conoceis mi alegria? ya consiente en ser mi esposa.

SENNETERRE [confuso].

Casaros vos?

SENC-MARS.

Callad.... es un secreto! porque ya enten-

deis, hay que guardar ciertas consideraciones....

SENNETERRE.

Que?

SENC-MARS.

Ella misma es quien activa la ceremonia, la que quiere se haga sobre la marcha, y me envia á que lo prepare todo.

SENNETERRE.

A prepararlo todo?

SENC-MARS.

He contado con vos para ser testigo.

SENNETERRE.

Conmigo!....

SENC-MARS.

Bien, está convenido; á la capilla de aqui al lado, dentrò diez minutos.

SENNETERRE.

Mas esplicadme....

SENC-MARS [saliendo].

Nada, nada.... no tengo lugar, á Dios, sed exacto. (*Vase.*)

ESCENA IX.

SENNETERRE [solo y estupefacto].

Casarse con mi muger! esta es mayor que todas.... y ella ha podido consentir!.... Es libre, es verdad; pero despreciar hasta la idea de un amor recientemente apagado.... De esta manera, aquella mirada que me habia cautivado, aquel aspecto lleno de turbacion, de candor, en que crei volver á encontrar nues-

tros primeros dias de amor y felicidad; no fueron mas que un engaño, una doblez..... (*echando los ojos en el ramo que quedó sobre la mesa*) Y este ramo que me dio como un favor.... como una justificacion.... (*tomándole con furor*) ah! quiero romperlo, arrojarlo. (*deteniéndose*) Que veo.... en medio de las flores? un billete! Sin duda el de Senc-Mars! (*abriendole*) Si, en efecto.... ah! (*leyendo con ajitacion*) «Mi jenerosa amiga, he seguido vuestros consejos; dentro una hora, la persona á quien adoro será mia...." (*interrumpiendose con rabia*) La persona á quien adoro!.... (*continuando*) »ojala podais pronto disfrutar tambien de igual dicha; este amor profundo el solo de vuestra vida, tenga bastante atractivo para volveros á los pies al ingrato que os olvida." ¿Que quiere decir esta carta? no es para él? Este amor profundo el solo de vuestra vida! (*con esperanza*) ah! si fuera posible! si me hubiese equivocado! oh! no, no, no me engaño; todavia me ama!... Enriqueta! Enriqueta! Quiero verla, hablarla al momento. (*viendo entrar á una muger con dominó*) Cielos Maria!

ESCENA X.

Senneterre, Enriqueta con un dominó igual al de Maria, con careta puesta; entra por el fondo.

ENRIQUETA [á media vez].

Ya estoy dispuesta, venid.

SENNETERRE [con esfuerzo].

No, no, jamas!... no saldré de aqui... (*Enriqueta mueve la cabeza con un jesto de sorpresa*) Ella vacila!... (*sosteniendola y llevándola á un sillon*) tened piedad de mi!... perdonadme!... si; os he engañado.... me he engañado á mi mismo! Maria, he creido amaros, y cuando os juraba consagraros mi vida, seguiros.... otra á quien he desconocido hasta ahora, recobraba todo su ascendiente sobre mi! Pronto á separarme de ella para siempre, siento que la amo, que no quiero mas qne á ella.... que si me abandona, si no me vuelve su amor, solo me queda morir de sentimiento.

ENRIQUETA [llorando].

Ah! Dios mio!

SENNETERRE.

Llorais?

ENRIQUETA [quitandose la careta].

Si, pero es de alegria!...

SENNETERRE [con júbilo].

Enriqueta!....

ENRIQUETA [con ternura y abandonandose á él].

Ah! no os retracteis de lo que acabo de escuchar! (*Senneterre cae á sus pies*) esas palabras tan dulces que tambien en otro tiempo me hicieron dichosa!... porque yo tampoco he dejado de amaros y esa coqueteria finjida, ese aire lijero, esos discursos frívolos que á cada paso desmentian mis miradas, mi turbacion, mi tormento, todo, todo, no os decia, ¡yo os amo! sois vos, es vuestro amor el que es pre-

ciso recobre si quereis que viva!

SENNETERRE [atonito].

Es un sueño! Enriqueta! como podré expiar mi injusticia? ah! gran Dios!... Y esa separacion que firmasteis vos misma.

ENRIQUETA [levantándose dulcemente].

Si, para oponerme.

SENNETERRE.

Ah! dejame bendecir tu jenerosidad, dejame decir cuanto siente mi alma de cariño y arrepentimiento!

ENRIQUETA [tapandole la boca].

Si, si, me lo direis.... cuando estemos lejos de aqui, porque en este sitio temo siempre que me escape mi felicidad.... que no sea una ilusion engañosa....

SENNETERRE.

¿Podrias dudar otra vez?

ENRIQUETA [con cariño].

Querido mio, el pobre enfermo teme siempre las recaidas.... Vamos; salgamos de esta casa.

SENNETERRE.

Tienes razon; es preciso que no te vean jamas en ella. Ponte esa máscara, y por esa salida secreta. (*Enriqueta se pone la careta, van á salir por la puerta secreta de la derecha; Senc-Mars se presenta por ella de improviso.*)

ESCENA XI.

Los mismos, Senc-Mars, y despues Maria.

SENC-MARS [temblando de furor].

Deteneos!

LOS DOS.

Senc-Mars!

SENC-MARS.

Traicion!... El aviso secreto no me engañó.

SENNETERRE.

¿Que es eso Marques?

SENC MARS [con la mano en la espada].

Es Leonardo, de quien no sospechaba.... me dareis satisfaccion....

SENNETERRE [tambien con la mano en la espada y sosteniendo á Enriqueta].

Sabré castigar vuestra audacia....

MARIA [saliendo de su cuarto de la izquierda con dominó y la careta en la mano].

¡Que ruido, quien pudo dar lugar.

SENC MARS [viendola].

Maria? (*mirando á Enriqueta que ha dejado caer su máscara*) La señora de Failli.

MARIA [viendola].

Que veo!

SENC MARS (apaciguándose alegremente).

Yo que creia.... que me habia figurado.... ese coche ahi abajo.... ese dominó.... ah! bien decia yo tambien.... Que diablos! Es imposible que Maria me engañe, que haya querido escaparme. (*á Senneterre*) Perdon, mil veces perdon de mi aturdimiento!

MARIA [acercandose á Enriqueta].

Que, señora! aun aqui?

ENRIQUETA [sonriendo]

Os dije que iva á marcharme; pero no podia.... sin mi marido. *(señalando á Senneterre.)*

SENC MARS y MARIA.

Su marido!

ENRIQUETA

El marques de Senneterre.

MARIA [á sí misma]

El Marques!...

SENC MARS [con seriedad].

El marques de Senneterre!... que, bajo el nombre de Leonardo.... mas entonces.... permitid, no entiendo.

SENNETERRE [con altivez].

Que! señor no comprendeis?

ENRIQUETA (interponiendose vivamente y tomando la mano de su marido).

Una division, una mala inteligencia nos habia separado... y á los consejos y amistad de la señorita Delormé es á quien debemos una reconciliacion que asegura para siempre nuestra felicidad: ah! no, no se lo olvidaré, la guardaré un eterno reconocimiento.

SENC MARS [mirando á Maria].

Esta mi querida Maria! no me admira, tiene un corazon tan grande! *(pasa junto á ella.)*

MARIA [aparte con despecho].

Su marido! nada tengo que decir.... pero si todas las señoras de alta clase se ponen en el pie de venir á visitarme de esta manera.... — —

ESCENA XII.

Los mismos y el COMENDADOR.

COMENDADOR [de puntillas dice á Maria al oido].
No olvideis que el coche nos espera abajo.

MARIA [bajo].
Chut!...

COMENDADOR [admirado viendo al Marques que besa la mano de su muger].
Muy bien! Que es lo que hace D. Leonardo?... La señora de Failli....

MARIA.
Es su esposa....

COMENDADOR.
¿Del pintor?

MARIA [procurando superar su cólera].
Del marques de Senneterre....

COMENDADOR.
Ah! bueno....

MARIA [mirando á Senc-Mars].
Yo, tambien me caso....

COMENDADOR.
Os chanceais! con Villarsó?...

MARIA.
Eh, no!... con Senc-Mars.

COMENDADOR.
Ah, bien, bien! (*aparte*) E aqui que de repente he subido hacia abajo mas de treinta escalones!... Empiezo á creer que no llegaré al fin.... (*bajo á Maria y señalandola á Senneterre*) Mas decidme Maria,... ha sido un reves....

MARIA (*encojiendose de hombros*).

Y que! no habeis sido jamas batido? (*aparte mirando á Senneterre*) El único puede ser á quien he amado de veras.... buena leccion.... si recaigo otra vez.... mas.... Senc-Mars.... aqui está mi mano.

SENC-MARS [*besandola*].

Seguro estaba que no me abandonaria....

COMENDADOR [*á Enriqueta con galanteria*].

La señora de Senneterre nos permitirá á lo menos disfrutar de su amable amistad....

SENC-MARS [*con galantería*].

Que la ofrezcamos nuestros homenajes....

ENRIQUETA [*sonriendo*].

Oh! no, señores, lo agradezco.... es inútil.... solo un dia he recurrido á la coqueteria; espero no tener mas necesidad de ella.

[CAE EL TELON.]

FIN.

ADVERTENCIAS.

Va acentuada segun la ortografía francesa, muy buena para la declamacion. Es preciso saber que Marion Delormé y en español Maria Delormé era una de las jóvenes solteras de aquella época entretenidas en las intrigas amorosas de los principales de la corte de Luis XIII, que siempre habia tenido aversion al matrimonio por disfrutar mejor de los placeres. Por esto su caracter aunque muy fino debe representarse mas libre que el de la inocente y virtuosa Enriqueta de Senneterre. Los demas papeles vasta solo leerlos para verse marcados. El tercer acto pasa en la misma casa de Maria Delormé y se figura que en el salon contiguo á la escena ensayan los tertulios de Maria la zarabanda y otros bailes, para sorprender con nuevas figuras en el baile de mascara de la embajada de España donde debian ir en comparsa, y no hay que estrañar, que el Comendador en el tercer acto vaya por un vaso de agua con azucar para Enriqueta, pues es bevida que desde tiempo inmemorial se usa por la noche en Francia. En Paris el papel mas esquísito para cartas amorosas etc.: y tambien el lacre se hacen con una composicion aromática, y se llama papel perfumado. Por esto en el tercer acto el Comendador dice: «Por cierto que era de papel color de rosa perfumado.” En el tercer acto estan encendidas en la escena algunas bujias y candelabros. Si se quiere puede hacerse percibir la claridad de la sala contigua donde ensayaban el baile, y tambien puede hacerse oir música alguna vez, aunque no lo exije la pieza necesariamente, sirviendo solo para mayor brillo.

El Coquetismo

Y

PRESUNCION.

Siendo esta comedia una propiedad del editor, y cuyos ejemplares van rubricados, se perseguirá con todo el rigor de la ley á cualquiera que la reimprima.

COQUETISMO
Y
PRESUNCION,

COMEDIA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS.

POR D. FRANCISCO DE FLORES Y ARENAS.

»De árbol que el suelo envenena
Es provechoso hacer tala,
Y arrancar la yerba mala
Es hacer medrar la buena.»
ACTO I.º ESC. V.ª



MADRID:
Imprenta que fue de Garcia, calle Jacometrezo,
1831.

PERSONAS.

Doña Maria, madre de.......	Sra. Virg.
Adela..................................	Sra. Samaniego.
Inés, criada de doña María..	Sra. T. Baus.
Fermin, fingido nombre de don Antonio..................	Sr. Luna.
Luis, primo del anterior.......	Sr. Ram. Lopez.
Pedro, criado de don Judas.	Sr. José Cubas.
D. Judas, tio de los anteriores.	Sr. Campos.

La Escena es en Cádiz en una sala de la casa de doña María.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

FERMIN É INÉS.

Fermin entrando como de la calle se quita el sombrero y lo deja. Inés de casa.

FERMIN.

¿Han venido?

INÉS.

No señor.

FERMIN.

¿Y cómo sigue la tia
de sus males?

INÉS.

Cada dia,
señorito, está peor.

FERMIN.

Pues ya de fastidio pasa
que por esa bagatela,
ni tu señora ni Adela

jamas estén en su casa.

INÉS.

La señorita me dijo
para usted que aquí la aguarde.

FERMIN.

Como ella mucho no tarde
no será.....

INÉS.

¿De veras?

FERMIN.

Fijo.
Yo, Inés, jamas me avasallo
á caprichos de muger,
y de aqueste proceder
muy satisfecho me hallo.
¡Qué mal de otra suerte hiciera!
Con juventud, con caudal,
y una figura tal cual
¿me ha de faltar quién me quiera?
Por fortuna hay tal enjambre
de mugeres en el dia,
que fuera estraña manía
el querer rendir por hambre
á quien tanto se promete;
así, dile me he marchado,
pues no estoy acostumbrado
á ser de nadie el juguete.

INÉS.

(¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor,
usted no la ama?

FERMIN.

¿Yo.....? Sí.....
Pero aun mas me quiero á mí.

INÉS.

Mal le paga usted su amor.
La vida le costaria
un desden tan solo.

FERMIN.

Ya.

INÉS.

Pedro viene.

FERMIN.

¿Qué traerá?

INÉS.

Alguna majadería.

ESCENA II.ª

Dichos y Pedro.

PEDRO.

Señorito.

FERMIN.

¿Qué ha ocurrido
de nuevo?

PEDRO.

Tengo que hablarle.

INÉS.

Pues ya consigo dejarle
con Perico, me despido,
que han de ser mas de las dos,
y tengo mucho que hacer
allá dentro.

PEDRO.

A Dios muger.

FERMIN.

Inés hasta luego. A Dios.

ESCENA III.ª

Fermin y Pedro.

FERMIN.

¿Qué hay en suma?

PEDRO.

Que ha de haber.
Que don Luis sin avisar,
ahora acaba de llegar.

FERMIN.

¡Mas cómo.....! *(Coge el sombrero.)*

PEDRO.

No es menester.
Ya sabe está usted aquí,

y no puede tardar nada.

FERMIN.

¿Y á qué viene esa embajada
y aquese misterio? ¿Dí?

PEDRO.

¿Qué sé yo? Lleve el demonio
lo que yo entiendo este lio.
Mas como el tio no es tio,
ni usted es ya don Antonio,
ni aun yo mismo sé quién soy;
bien pudiera, sin querer,
echar el primo á perder
lo adelantado hasta hoy.
Por eso con tal secreto
vine á avisar su venida.

FERMIN.

Primera vez en mi vida
que te he encontrado discreto.
En fin, nadie en casa está,
y fue vano tu temor.
¿Mas tardará?

PEDRO.

No señor.
Aquí le tiene usted ya.

ESCENA IV.ª

Dichos y Luis.

LUIS.

Primo.

FERMIN.

Luis.

LUIS.

Con cuanto gozo
te miro, y con que impaciencia,
despues de tan larga ausencia
me tenias..... ¡Qué buen mozo!
¡Qué galan! ¡Y qué elegante!

FERMIN.

Favores tuyos.

LUIS.

No, á fe.....

FERMIN.

Mas á otra cosa. ¿Por qué
no avisaste al instante
que decidiste venir?

LUIS.

Fue por la misma razon
que en seis meses, ni un renglon
tuyo pude recibir.
Te escribí desde Alcalá,
en donde asuntos tenia

de mi casa, y ya creía
volver pronto por acá;
cuando un correo, me hallo
con que mi padre está en cama
gravemente enfermo, y clama
por verme; monto á caballo,
llego á Madrid, y la suerte
dejó mi anhelo cumplido;
pues le hallé restablecido
cuando temia su muerte:
supe al volver de Castilla
que de París te marchaste,
que á Barcelona llegaste,
y que estabas en Sevilla.
Allí buscarte pensé;
pero pronto desespero;
pues nadie tu paradero
me dice; á Cádiz llegué
por dicha supe de tí,
y como yo he visitado
esta casa, sin cuidado,
á abrazarte vine aquí.

FERMIN.

Pues la echabas á perder
de medio á medio.

LUIS.

¡Yo!

FERMIN.

Cierto.

LUIS.

Hombre me has dejado muerto.

FERMIN.

Oye, que vas á saber
la historia de aqueste enredo.

LUIS.

Que me ha de agradar confio.

FERMIN.

Ve Pedro, busca á mi tio
y avisale.

PEDRO.

En todo quedo. *(Vase.)*

ESCENA V.ª

Luis y Fermin. (*se sientan.*)

LUIS.

¿Y bien?

FERMIN.

Estraño quizá
puede haberte parecido
el verme aquí introducido
como me ves, y será
mas grande tu admiracion
cuando sepas lo que pasa,

pues ignoran en la casa
mi nombre y mi condicion.
Sabes que doña María
trató con mi parentela
enlazarme con Adela,
á quien yo no conocia:
viéndome solicitado,
á sus ruegos me abandono,
que es de gentes de gran tono
boda por razon de estado.
La grande fama de bella
que mi futura tenia,
despertó en mi la manía
de verla, sin que ni ella
ni nadie en Cádiz supiese
quien era yo, su hermosura
rendir, y que esta aventura
un nuevo lauro me diese.
Llegué en hora peregrina,
pues apenas dejo el coche
supe como aquella noche
iba al Moises mi heroina;
y para gobierno mio,
su palco aprendí tambien.

LUIS.

Bravísima entrada. ¿Y quién
tanto te dijo?

FERMIN.

Mi tio.

LUIS.

Es verdad; sigue adelante.

FERMIN.

Ya estaba alzado el telon
cuando llegué, y la atencion
llamo de tanta elegante
que me mira, y me importuna.
Yo, con aire de conquista,
paso por todas la vista;
mas sin fijarme en ninguna.
Me siento, y á los actores
miro con faz desdeñosa,
como quien dice: no es cosa,
yo los he oido mejores:
vuelvo la espalda á la escena
fingiendo estar aburrido,
mientras juego distraido
con los sellos y cadena.
Pongo el guante, limpio el lente,
doy una mano al cabello,
arreglo corbata y cuello,
y á mi Adela ya impaciente
con lánguidos ojos miro;
se sonrie, y de mi amada
pago una dulce mirada

con un amante suspiro.
Ufana al ver que ha dejado
á sus rivales burladas,
con un millon de monadas
me muestra que soy amado.
Habla en tanto el anteojo,
señas hago, amor las guia,
y ¡qué dicha! ya era mia
en el paso del mar Rojo.

LUIS.

¡Jesus, qué admirable paso!

FERMIN.

De mi ventura seguro
todos los medios apuro
para conseguirla, el caso
cuento por menor al tio,
le digo cual es mi objeto,
exigiéndole el secreto
que á su discrecion confio,
y por tal conducto, en fin,
consigo hacerle visita
y enamorar á Adelita
bajo el nombre de Fermin.

LUIS.

Con que al cabo, en ese abismo
caiste ya.

FERMIN.

No señor,
que amar y hacer el amor
no quieren decir lo mismo.
Sabes que toda mi vida
pensé, como pienso ahora,
que el que á una muger adora
de lo que vale se olvida.
Ni aprecio, ni apreciar quiero
á ese sexo fementido,
con el fuerte, envilecido,
con el débil, altanero:
aman á quien las desprecia,
desprecian al mas amante,
la que algo sabe, es pedante,
y es insufrible la necia:
nadie jamas las escede
en perversidad y engaño,
pues la que no te hace daño
es porque hacerlo no puede.
Te juran amor sin fin,
y esto lo prometen todas,
mas dura como las modas
hasta el nuevo figurin;
pues en el instante mismo
que hallan quien las haga un gesto
coges el fruto bien presto

de su innato coquetismo.
Dí si con tal opinion
será facil que las quiera.

LUIS.

Es cierto; mas bueno fuera
hacer una distincion.
Nadie como yo en el mundo
ódia á la inmoral coqueta,
mas nadie tanto respeta
á un sexo amable en quien fundo
mi felicidad futura,
así desplego mi saña
contra la que el brillo empaña
del pudor y la hermosura.
De árbol que el suelo envenena
es provechoso hacer tala,
y arrancar la yerba mala
es hacer medrar la buena.
No á todas tú errado celo
las juzgue por un igual,
que quien de ellas habla mal
es como el que escupe al cielo.
Así te juzgo engañado
en lo que de amor infieres;
que hay mugeres de mugeres.

FERMIN.

Cosas del siglo pasado.

LUIS.

Como tu gustes. ¿Mas dí?
¿A tu razon no le choca
amor tan pronto y tan poca
reserva en la niña?

FERMIN.

Sí.
Pero á veces un capricho
en cariño se convierte;
y quizás Adela.....

LUIS.

Advierte
que no há un instante, me has dicho,
lo falaz y lo engañoso
que es el afecto en muger.

FERMIN.

Mas eso se ha de entender
cuando da con un baboso.
Cuide el hombre no resbale,
que va á dar en un abismo:
dese gran tono á sí mismo
y pondere lo que vale;
y aunque él no prometa boda,
ni en su conducta sea puro
puede contar por seguro
con verse un dia de moda.
Ni desdenes, ni tibieza

verá en la niña mimada,
ni se armará la taimada
de femenil sutileza:
á la de mas alta esfera
mas la desaire y humille,
que no haya miedo que chille
ni su amor propio se hiera;
antes bien su orgullo necio
se vuelve en humilde ardor,
y lo que no pudo amor
siempre lo puede el desprecio.
Aquesta, Luis, es mi escuela,
y en tanto como he corrido,
ninguna me ha resistido.

LUIS.

Dichoso tú. ¿Pero Adela
nunca llegó á sospechar
quién eras?

FERMIN.

Ni por asomo.

LUIS.

Pues es estraño.

FERMIN.

¿Mas cómo
lo pudiera averiguar?
Dos meses no se han cumplido
desde que á España volví,

y asi en Sevilla y aquí
soy de pocos conocido:
y tio, con fundamento
juzgo que lo ha de callar,
pues que jamas sabe hablar
sino de la mar y el viento.

LUIS.

¿Con qué sigue en su manía?

FERMIN.

Pero con tal aficion
que su perenne mansion
es la torre de Vigía:
decide en tono maestro
de buques y temporales,
y sabe el plan de señales
lo mismo que el padre nuestro.
La muralla es su paseo,
el Ciscar es su alcoran,
su testo don Jorge Juan,
y Tofiño su recreo,
el anteojo es su pasion,
y en aquesa lengua insana
llama porta á la ventana,
y á la puerta, el portalon.
Para él cualquier lienzo es vela;
es camarote la alcoba,
y en fin, son pages de escoba

los chicos de la candela.
De modo que aunque pregunto
no entiendo su algaravia.

LUIS.

Te compadezco á fe mia.
Mas, volvamos á tu asunto.
¿Dime? ¿La buena viuda
cómo piensa?

FERMIN.

No se esplica;
mas querrá casar la chica.
¿Puede en eso caber duda?

LUIS.

Pero el compromiso.....

FERMIN.

Bravo,
cuando un novio se presenta
madre hay que ajusta la cuenta
al hombre, hasta de un ochavo,
y el que mas tiene, se queda
por ley de mejor postor,
que hay pujas en el amor
como si fuese almoneda.
Los compromisos son grillos
que ligan en sus deberes
al hombre; mas las mugeres
no reparan en pelillos.

LUIS.

¿Y piensas casarte presto?

FERMIN.

No lo sé.

LUIS.

¿Pues cómo así?

FERMIN.

Antes que viniese aquí
ya todo estaba dispuesto:
documentos y retrato
tiene en su poder el tio
hace ya tiempo, aunque fio
que lo ignoran; asi trato
de dar largas con cautela
al dichoso casamiento,
pues este descubrimiento
cosa ha de ser de novela.
Mas aquí para los dos.
Por lo que me has indicado,
de que estás enamorado
tengo sospecha, y por Dios
que en tu genio lo estrañara.

LUIS.

Pues es cierto.

FERMIN.

¡Estás en tí!
¿Y eres hombre?

LUIS.

Creo que sí.

FERMIN.

¿Y amas?

LUIS.

La cosa no es rara.

FERMIN.

Por llegarla á conocer
diera un dedo sin reparo.

LUIS.

Lo que es yo, á precio tan caro,
ni á Venus quisiera ver.
Mas, con menos te prometo
que ese empeño has de lograr;
pues el venirla á esperar
es de mi viage el objeto.

FERMIN.

¿Con qué será prima mia?

LUIS.

Así parece.

FERMIN.

¡Qué horror!
¿Te casas? ¿y con amor?
¡Jesus, y qué gansería!

LUIS.

¡Qué dices!

FERMIN.

¿No ves, Luis,
que ya estás á vulgo oliendo?
¡Cuánta falta te está haciendo
un bañito de París!

LUIS.

¿Estás loco?

FERMIN.

Bueno fuera.

LUIS.

¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?

FERMIN.

No sé; mas si lo es casarse
como se casa un cualquiera.

LUIS.

Pues al contrario, yo infiero
que en amor no hay preferencia.

FERMIN.

¿Y entónces qué diferencia
hay de tí á tu zapatero?

LUIS.

¡Qué aqueso á decir te atrevas!
su amor mi dicha asegura.

FERMIN.

Si en amor buscas ventura
valiente chasco te llevas.
Busca orgullo, veleidades,

manías é impertinencia,
y ármate bien de paciencia
para escuchar necedades;
busca insensatez, capricho,
busca vanidad sin seso,
busca en fin muger, y en eso
cuenta que todo está dicho.

LUIS.

¡Qué exagerada manía!

FERMIN.

Luis, la constancia amorosa,
aunque suena á grande cosa,
solo es palabra vacía;
y yo, entre tanta muger,
constante no hallé ninguna.

LUIS.

Culpa á tu propia fortuna
si no supiste escoger.

FERMIN.

Mas si en mi vida tal ví
¿cómo quieres que lo crea?

LUIS.

Como crees que hay Guinea
y nunca estuviste allí. *(Llaman.)*

FERMIN.

En eso no convenimos.

LUIS.

Calla, que llegan por fin.

FERMIN.

No olvides que soy Fermin,
y que ya no somos primos.

ESCENA VI.ª

Dichos, doña María y Adela.

FERMIN.

Señoras, tengo el honor.....

DOÑA MARÍA.

Ferminito, cuanto siento
que usted..... ¡Mas cómo! ¡Luis!
¡Por mi casa tanto bueno!
¿cuándo ha sido la llegada?

LUIS.

No há una hora, y el deseo
que de ponerme á sus pies
tenia, me trajo luego
aquí, en donde por mi dicha,
de Fermin tuve el encuentro.

ADELA.

¿Qué, usted conoce al señor?

LUIS.

Sí, Adelita, hace ya tiempo.

FERMIN.

Desde antes de mis viages.

LUIS.

Asi es.

FERMIN.

¿Y qué tenemos
de males?

LUIS.

¿Pues qué, señora,
hay en casa algun enfermo?

DOÑA MARÍA.

En casa nó; mas mi tia
Paulita se está muriendo
de revolucion de humores
con vómitos y despeños,
y aunque toma quina, á sacos,
no puede el doctor con ellos.

LUIS.

Será ya muger de edad.

DOÑA MARÍA.

Mas no como para eso.
¿Pero usted no la conoce?
Hombre sí.

LUIS.

Pues no me acuerdo.

DOÑA MARÍA.

Sí, sí tal.

LUIS.

Como usted guste.

DOÑA MARÍA.

Es mucha pena por cierto.

ADELA.

¡Ay Jesus! mi pobre tia..... (*Llora.*)

FERMIN.

¡Qué usted llora!

LUIS.

Y es muy bello
ese llanto, que demuestra
un corazon noble y tierno;
mas no se anticipe usted
á sí misma el sentimiento,
que aunque deba presumirse
aun no existe como cierto.

FERMIN.

Tiene razon, ¿A qué vienen
esas lágrimas?

DOÑA MARÍA.

Luis, tiemblo
de cualquier cosa que ocurre
por mi hija. Es mucho cuento;
porque como es tan sensible
y como tiene esos nervios,
con solo ver un raton,
con oir hablar de muertos,

con que un mosquito la pique,
ó cosa así, en el momento
empieza á hacer mil visages,
contorsiones y aspavientos;
de modo que es menester
darle eter y hacerle fresco,
sin otras veces, que es fuerza
aplicarle mas remedios.

LUIS.

¿Y le hacen efecto?

DOÑA MARÍA.

Sí.

LUIS.

Al cabo siempre es consuelo.

DOÑA MARÍA.

Todo en fin está ya dicho,
con que sepan que tenemos
tres ó cuatro convulsiones
el dia que matan perros.

ADELA.

Es mucha pension.

LUIS.

Sí, mucha.

DOÑA MARÍA.

No tiene un instante bueno.

FERMIN.

¡Oh! Para esto de sensibles

las francesas. En Burdeos
me sucedió una aventura
que prueba á cuantos escesos
su imaginacion ardiente
las arrastra. Este es el hecho.
Estaba yo cierto dia
vistiéndome en mi aposento
cuando me pasan recado
de que uno con gran secreto
me buscaba, le hago entrar,
y sorprendido me quedo
viendo en el tal, un criado
de librea y muy bien puesto.
Le pregunto que me quiere,
y él, despues de cien misterios,
una carta me entregó
y se fué. La abro, la leo;
mas ¡cuál fue mi admiracion!
al encontrar que el sugeto
que escribia, era una dama
del gran tono en aquel pueblo,
hija de padres muy nobles
y muy ricos; por supuesto
gentes de coches, landó,
gran mesa, tertulia y juego,
en fin soberbio partido.
Y que á mas de todo eso,

era muy bella y tenia
pelo rubio, hermoso cuerpo,
tocaba el arpa, el piano,
otra porcion de instrumentos,
bailaba con mucha gracia,
(el rigodon por supuesto),
y todo por este estilo.
Mas lo estraño del suceso
es que solo la habia visto
dos veces en el paseo;
sí noté me habia mirado,
pero nunca hice alto en ello.
En fin, su esquela decia
que la causa de este yerro
era haberse enamorado
de mí, que creyó primero
poder domar su pasion;
mas que ya el único medio
era, ó mi correspondencia
ó la muerte. En tal estremo
le contesté que mirase
por sí misma, que el afecto
no se manda, y la pedia
renunciase á su proyecto.

LUIS.

¡Qué crueldad!

FERMIN.

Luis, yo á nadie
solo por lástima quiero.
Mas escucha el fin del lance.

ADELA.

¡Podrá darse hombre mas necio! *(Ap.)*

FERMIN.

Al cabo de algunos dias
supe que del sentimiento
estaba enferma y muy grave;
por mas que hicieron remedios,
por mas que de Mompeller
cuatro doctores trajeron;
en fin, por mas que gastaron
al cabo de mes y medio
murió la pobre.

LUIS.

¡Murió!

DOÑA MARÍA.

¡Hombre!

ADELA.

¿Mas cómo?

FERMIN.

Muriendo.

ADELA.

Mire usted no fuera engaño.

FERMIN.

Si yo mismo ví el entierro.

LUIS.

Dígote Fermin, que en Francia
tienen un modo estupendo
de querer.

FERMIN.

En todo el norte
suelen morirse de celos
ó de amor, con la frecuencia
que por acá morir vemos
todos los dias de asma,
calentura, ó mal de pecho.
Allí una muger se ahorca
ó se atraca de veneno
con la frescura del mundo
por lo que aquí importa un bledo.
¿Cada dia no nos cuentan
los papeles estrangeros
cien mil tragedias de amor?
¿Por ventura no sabemos
que en el Támesis y el Sena
se encuentran cada momento
cadáveres á montones,
víctimas de su despecho?

ADELA.

Ay Fermin, no siga usted

que me da horror.

LUIS.

Es muy cierto.
Ya que por dicha de España
aun en moda no se ha puesto
ahogarse en el Guadalete;
y ya que gracias al cielo,
suele ser nuestro amor mas
y nuestra apariencia menos;
no recuerdes infortunios
que á todo corazon tierno
deben contristar.

FERMIN.

Pues sea,
y de otra aventura hablemos.
Cuando yo estuve en Moscow.....

LUIS.

¡Jesus María, y qué lejos!

FERMIN.

Hombre calla.

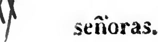
ESCENA VII.ª

Dichos y don Judas.

D. JUDAS.

Buenos dias




señoras.

FERMIN.

Se acabó el cuento.

D. JUDAS.

Luis. *(Se abrazan.)*

LUIS.

Tio.

D. JUDAS.

Dame un abrazo.

LUIS.

Si señor, aunque sean ciento.

D. JUDAS.

¡Válgame Dios, mi Luis,
que gordo estás, y que bueno!
A Dios señor don Fermin.

FERMIN.

Don Judas, servidor vuestro.

LUIS.

¿Quién avisó á usted?

D. JUDAS.

Perico,
casualmente llegó á tiempo
que estaba parado enfrente
del pabellon de ingenieros
viendo ese buque que entra
de la Habana.

FERMIN.

(Estamos frescos.) *(Aparte.)*

:

DOÑA MARÍA.

¿Ese barco....?

D. JUDAS.

Buenos pies,
fino, limpio de aparejo;
¿pero y qué? Si tiene guinda
para un navío lo menos
de ochenta y cuatro.

FERMIN.

(Ya escampa, *(Aparte.)*
nos cayó de medio á medio
la lotería).

DOÑA MARÍA.

Don Judas, si á mí no me importa eso.

D. JUDAS.

Es que creí.....

DOÑA MARÍA.

Mal creido.
Lo que yo saber deseo
es sí trae correspondencia.

D. JUDAS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Porque espero
cartas. ¿Y cómo se llama?

D. JUDAS.

El bergantin Fariseo.

DOÑA MARÍA.

¡Jesus, que nombre tan raro!

D. JUDAS.

Como otro, ni mas ni menos.
Pues señor como decia,
en el instante en que Pedro
se puso á la voz, y supe
de tu llegada el suceso,
viré al punto por redondo,
y largando el aparejo
atraqué el vote á esta casa
donde por dicha te veo.

DOÑA MARÍA.

¿Pero por qué habla usted siempre
de modo que nos quedemos
en ayunas?

D. JUDAS.

¿Yo señora?
¿Pues acaso es esto griego?

ADELA.

¿No lo ha de ser? Si señor;
vea usted yo que me mareo
de ir al muelle, y del marisco
ni aun sufrir el olor puedo.

D. JUDAS.

Pues muchas conozco yo
de estómago tan diverso,

que en vez de agua de colonia
se echan brea en el pañuelo.

ADELA.

¡Ave María!

DON JUDAS.

Lo dicho.
¿Mas dime Luis, del Puerto
cuándo saliste?

LUIS.

A las doce.

D. JUDAS.

¿Y por mar?

LUIS.

Por mar.

D. JUDAS.

Mal hecho,
que hoy es el viage muy largo.

LUIS.

Una hora.

D. JUDAS.

¡Hombre estás lelo!
Pues si es sur cuarta al sudoeste.

FERMIN.

¿Mas él que entiende de vientos?

LUIS.

Asi es.

D. JUDAS.

¿Y en qué demonios
has empleado tu tiempo?
¡Vaya que hoy dia en España
no hay estudios de provecho!
Y mucha universidad,
mucho latin, mucho griego,
muchísimas tonterías,
y salen de sus colegios
los jóvenes muy ufanos,
sin saber. ¡Qué! ni por pienso,
mandar una maniobra,
ni arreglar un aparejo;
en fin, nada de sustancia.
Y porque vean no miento,
sepan que no há mucho en Cádiz,
tuvo valor un sugeto
de ignorar que era Relinga.

LUIS.

Y se quedaria tan fresco.

DOÑA MARÍA.

Cállese por Dios, don Judas,
que estoy hasta los cabellos
de la mar, de los navíos,
y de oir lo que no entiendo.

D. JUDAS.

Pues doblemos esa oja.

¿Mas Adelita, qué es eso?
¿Está usted triste? ¿qué ocurre?

ADELA.

Para mí, nada de bueno.

D. JUDAS.

Me parece que esos ojos.....

LUIS.

Diga usted mas bien luceros,
que aunque hoy los nuble el dolor,
no son así menos bellos.

ADELA.

Aunque la juzgo lisonja,
siendo suya la agradezco.

D. JUDAS.

¿Pero por qué don Fermin
está tan á sotavento
de la niña? ¿Hay temporal?

FERMIN.

Mal humor.

D. JUDAS.

Entonces presto
sube el barómetro.

FERMIN.

No,
como á nadie le intereso
nadie busca el complacerme,
mas ello dirá.

ADELA.

(¡Qué necio!) *(Aparte.)*

D. JUDAS.

¡Ay qué cabeza la mia!
Es verdad: ahora me acuerdo
de que la pobre Paulita
se está yendo á pique. Y esto
que acabo de preguntarle
á su sobrino don Pedro.

DOÑA MARÍA.

¿Y cómo sigue?

D. JUDAS.

Muy mal,
por las noticias que tengo
ya tiene el práctico á bordo.
Doña María, me temo
que tire pieza de leva
esta tarde misma.

ADELA.

Y eso
será malo. ¿No es verdad?

D. JUDAS.

¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA.

Es mucha pena.

D. JUDAS.

Si tal,

pero es ya casco muy viejo.
El año de ochenta y dos
la obsequiaba, un tal don Diego
que se ahogó en una flotante,
y á los dos años de esto
se casó con su marido,
el difunto don Tadeo
de Berrigori y Arratia,
que navegó mucho tiempo
en la nao de Acapulco.
Era escelente sugeto,
y como buen vizcaino
testarudo y marinero.

DOÑA MARÍA.

Así lo dicen, mas yo
casi nada de él me acuerdo.

D. JUDAS.

¡Cómo! ¿No recuerda usted
(poco sonado fue el cuento)
cuando varó en la Milagros
yendo de aquí á Puerto Belo?

DOÑA MARÍA.

No señor.

D. JUDAS.

Todas las noches
jugábamos á los cientos
en casa de un don Hilario,

maestre de la Consuelos,
que vivia, y por mas señas
que allí murió, bien me acuerdo,
medio cable de mi casa;
aquí en la calle del Puerto
en la acera de babor
como quien va ácia paseo;
y él tambien.....

FERMIN.

¿Pero es posible
que al mismo tema volvemos
treinta mil veces? Don Judas
hable usted por Dios le ruego
de otra cosa.

D. JUDAS.

¿Cómo qué?

FERMIN.

De noticias por ejemplo.

D. JUDAS.

¿Pues hombre, yo de qué hablo?

FERMIN.

No es eso lo que yo quiero.
¿Qué nos cuentan las gacetas?
¿Los papeles estrangeros
que opinan? ¿Qué hay de los turcos?

D. JUDAS.

Yo hace dias que no leo

sino el parte de la torre,
y como allí no habla de eso
vengo solo á sacar de él,
si hay calmazo ó viento fresco.

DOÑA MARÍA.

Y ¿usted ha viajado mucho?

D. JUDAS.

Así, así. Por ejemplo,
no he estado en Lima, ni en Cuba,
ni en Veracruz, ni tan lejos,
porque nunca se ofreció;
pero he ido á Rota y al Puerto
y á la Carraca mil veces,
con levante y con mal tiempo,
que yo en esto de la mar
nunca, nunca tuve miedo.

LUIS.

(El tio es original). *(Aparte.)*

D. JUDAS.

¡Mas cómo se pasa el tiempo!
las tres ya! ¿Vámonos? *(Mirando el relox.)*

LUIS.

Vamos.

D. JUDAS.

Sí, que ya es hora que levemos
el ancla. *(Se levantan.)*

DOÑA MARÍA.

Si ustedes gustan.....

D. JUDAS.

Por mi parte lo agradezco.

LUIS.

Nosotros tambien.

FERMIN (*á Adela á media voz.*)

Adela,
sepa usted que no estoy hecho
á esperar á nadie.

ADELA.

¿Y cómo
pude yo remediar eso?

D. JUDAS.

Vamos Fermin.

FERMIN.

Si señor.

LUIS.

(Demos principio al enredo). (*Ap.*)
Quisiera hablar con usted. (*A Adela.*)
¿Será esta tarde buen tiempo?

ADELA.

Juzgo que sí. (*A Luis.*)

D. JUDAS.

Hasta la noche.

FERMIN.

Señoras......

LUIS.

A los pies vuestros.

DOÑA MARÍA.

Luisito que usted descanse.
A Dios Fermin.

ADELA.

Hasta luego.

ESCENA VIII.ª

Doña María y Adela.

DOÑA MARÍA.

¡Qué formal es este Luis!
¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!

ADELA.

Si señora, cada dia
es mas amable.

DOÑA MARÍA.

¡Y qué bello
corazon! ¡y qué caudal!
¡Qué mayorazgo tan bueno!
Vaya, cualquier madre en Cádiz
le tomará para yerno
á dos manos.

ADELA.

Ya se vé.

DOÑA MARÍA.

Y como hoy dia está el tiempo
que con tantos camastrones
no hay novios para un remedio.
En fin, tú ya estás segura
de casarte, y sea luego
lo que Dios quiera. El asunto
hecho está; pero confieso
que tengo tan poca fe
aun en las cosas que veo
y toco, que no es posible
confie en gentes de lejos.
Él podrá ser buen muchacho.
Podrá ser rico; mas esto
de no ver yo lo que tiene
es un gran desasosiego.
Y despues como en mi vida
he estado por tierra adentro,
solo sé contar talegas,
no aranzadas ni viñedos.
¿Ni qué puedo entender yo
del cortijo, del apero,
del olivar, de las reses,
y otras mil cosas? ¿Y luego
quién resiste con paciencia
á su lado un llanto eterno?
Lloran, cuando llueve mucho.

Lloran si está el tiempo seco,
y se quejan del gorgojo,
y se lastiman del muermo.
Ademas, entre estas gentes,
se está siempre con el credo,
como dicen, en la boca;
pues cuando se espera menos
el granizo ó la langosta
le dejan al novio en cueros.

ADELA.

Es verdad, mamá, y despues
que aun ignoramos su genio,
ni cómo piensa, si es hábil,
si es tonto, bonito ó feo.
En fin, estamos á ciegas
todavia.

DOÑA MARÍA.

Pues por eso
quisiera yo que si acaso
se presentase un sugeto
que nos tuviese mas cuenta.....
Es decir, que fuera bueno
dejar que ruede la bola
mas, sin descubrir el cuerpo.
Ya ves tú. ¿Yo qué interés
pudiera tener en ello
sino tu felicidad?

¡Con qué gusto, por ejemplo,
viera yo á tu lado un joven
como Luis! ¿y qué sabemos?
él es hombre, y es seguro
que los novios se hacen de ellos.

ADELA.

Mas tal vez no piensa en mí.

DOÑA MARIA.

Podrá ser: pero yo tengo
acá mi sospecha, y juzgo
que acaso no está muy lejos
de caer. En todo trance
y á mal dar, siempre tenemos
el recurso del de allá,
que aunque sea un majadero
al fin se casa.

ADELA.

Seguro.

DOÑA MARIA.

Ese es el item del pleito.
Fermin creí yo algun dia
que valiera para yerno;
pero es tan vano el muchacho,
tan presumido en estremo,
que á falta de otro mejor
solamente fuera bueno.

ADELA.

Si señora, es muy preciado
de sí mismo.

DOÑA MARIA.

Pues, volviendo
á Luis, sabes que fuera
un brillante casamiento
para cualquiera muchacha.
Su casa es de caballeros,
de sangre azul, es maestrante,
y por el lado materno
tiene una vara en Osuna.
Mas no pretendo por esto
que el ser noble sea lo mas,
y el ser rico sea lo menos,
antes bien, para escoger,
á lo segundo me atengo,
que ni nadie aplaca el hambre
con lo que comió su abuelo,
ni nunca una ejecutoria
dió caldo á ningun puchero.

ADELA.

Pero aquí hay de todo.

DOÑA MARIA.

Sí,
en eso mismo convengo;
él tiene sus posesiones,

y aunque hoy, con los malos tiempos,
anda el oro por las nubes
y la gente por los suelos,
su caudal está muy sano,
ni hay deudas, ni tiene pleitos,
ni goteras en sus casas,
ni ha tomado un real á premio;
paga sus contribuciones
y satisface los censos,
y despues.....

ADELA.

¿Pero mamá,
de dónde sabe usted eso?

DOÑA MARIA.

Toma, de que lo pregunto.

ADELA.

¿Mas señora, y con qué objeto?

DOÑA MARIA.

Con varios. Primeramente,
por el gusto de saberlo,
que en ser curiosa, no hago
mas que demostrar mi sexo:
y despues porque interesa
conocer bien el terreno
que se pisa, y esto siempre
hace mucho al caso. Tengo
una hija: los partidos

ni son muchos, ni son buenos:
hay maulas en abundancia,
hay muchísimo embustero,
y no es un moco de pavo
el casarse. Este es el cuento.
Porque hay mucha diferencia
de andar, como dice el pueblo,
siempre á la cuarta pregunta;
á gastar lujo, aderezos,
palco, trages, figurines,
en fin, á tener dinero,
que es quien hace el caldo gordo,
y es moda de todo tiempo.
Aquesto es lo que interesa,
y de figura no hablemos,
porque hija, el no tener,
al mismo Apolo hace feo.

ESCENA IX.ª

Dichas é Inés.

INÉS.



Señoras, si ustedes gustan,
Ya está la sopa.

DOÑA MARIA.

Me alegro;
porque con la enfermedad

llevo una vida de perros:
vean ustedes, hoy es martes
y aun no he empezado el correo.

ADELA.

Cualquiera que á usted la oyese
juzgara, con fundamento,
que era acaso algun ministro.

DOÑA MARIA.

Pues son cuatro letras; pero
como tengo ya mal pulso,
hago letrones tan feos,
que en entender lo que escribo
se me va lo mas del tiempo.
Ya hasta despues de la siesta
¿quién ha de escribir? Por eso
me llamarás hoy temprano.
¿Entiendes, Inés?

INÉS.

Entiendo.

DOÑA MARIA.

Vamos, niña. *(Vase.)*

ESCENA X.ª

Adela é Inés.

ADELA.

Oye. Despues

tengo que hablarte en secreto
sobre un asunto.

INÉS.

¿Hay acaso
en campaña moro nuevo?

ADELA.

Juzgo que sí.

INÉS.

¿Pues, y el otro?

ADELA.

Para todo hay su remedio
en este mundo. A la tarde
te instruiré de mi proyecto,
y contando con tu auxilio,
grandes cosas me prometo.

INÉS.

Cuente usted conmigo siempre,
que soy criada, y con esto
digo todo.

ADELA.

Está entendido.
¿Vamos? *(Vase.)*

INÉS.

Vamos. (¡Cuánto enredo!)
(No sé quienes son peores,
si son ellas ó son ellos.)



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Adela é Inés.

ADELA.

¿Inés, aun duerme mamá?

INÉS.

Señorita, la he llamado
pero no se ha levantado,

ADELA.

Pues entonces tardará
en venir. Sabes que hoy tiene
correo, que en ella es obra,
y así habrá tiempo de sobra
para hablar lo que conviene.
En fin, con ansia deseo
hacerte una confianza.

INÉS.

Hágala usted sin tardanza,
que yo sé cual es mi empleo

en estas cosas de amores,
y á Dios gracias, hasta aquí
sabe usted bien que cumplí
con mis deberes.

ADELA.

Favores
que me forzarán, Inés,
á espresarme sin disfraz,
aunque no fueses capaz
de ayudarme. Oyeme pues.
Dificil fuera en verdad
que pudiese mi esperiencia
trocar de amor la apariencia
con la pura realidad.
Así juzgo no me engaño
en una nueva conquista
que hoy dia tengo á la vista.

INÉS.

¡Señorita!

ADELA.

¿Y es estraño?

INÉS.

¿Mas quién?

ADELA.

Luis.

INÉS.

Para bien sea.

ADELA.

Es amable, es instruido,
buen amante y buen partido.

INÉS.

Yo tengo diversa idea,
y en los negocios de amor
quiero, mas que un sabio, un tonto;
porque la pega mas pronto
el que parece mejor.

ADELA.

Aquesa Inés es patraña
que á una muger no disculpa,
pues echa al hombre la culpa
cuando á sí propia se engaña.
Tema en buen hora la necia
la ficcion que en hombres cabe,
mas la que su idioma sabe
los escucha y los desprecia.
Finjase un amante, esclavo;
vano será su mentir,
que aunque ellos saben fingir,
no es ese leon tan bravo.
Y no merece aun el nombre
de muger, ni tal se crea,
la que en el mundo se vea
engañada por un hombre.
Dionos la naturaleza . . . . . .

mil dones en esta parte,
gracias, atractivos, arte,
el talento y la belleza.
Dionos la aparente infancia
que nuestro imperio asegura,
y en el amor, la ternura
á la par que la inconstancia;
nos dió impune libertad
de castigar, sin ofensa,
y puso nuestra defensa
en nuestra debilidad.
Y queriendo á tal poder
dar por fin su complemento,
nos dió tambien fingimiento,
primer don de la muger.
Con las armas que te muestro
de esos tontos no te asombres.

INÉS.

Pero no todos los hombres
se dejan llevar del diestro.
Algunos conozco yo
que no los puede domar
ni el diablo.

ADELA.

Es particular:
sin duda poco aprendió
su dama; pues el amante

mas altivo, y de manías
mas raras, en pocos dias
se hace mas blando que un guante.

INÉS.

¿Mas cómo?

ADELA.

Muy facilmente.
Muestre al verse pretendida
cierta timidez fingida,
cierta modestia aparente.
Hable poco, que es muy sabio
el silencio en la muger,
y para darse á entender
donde hay ojos sobra el labio.
Su mirar lánguido, amante,
consulte con el espejo,
y en él hallará consejo
para hacerse interesante.
Ceda pronto, sin temor
de atraerse sus desprecios;
pues son los hombres tan necios,
tan vanos, que ven amor
donde no ven repugnancia,
y en sus castillos al aire,
á veces, hasta un desaire
lo convierten en sustancia.
Así finja sin cuidado,

segura de ser creida,
una aficion decidida,
un amor desatinado;
pues aunque cualquiera estraña
pasion que tan presto llega,
el amor propio los ciega,
y el orgullo los engaña.
Finja salud quebrantada,
que es bueno en toda ocasion
tener siempre á prevencion
una enfermedad guardada.
Ni jamas una muger
por aqueste estremo peca,
antes bien una jaqueca
suele milagros hacer.
No se muestre á su amador
con aire desaliñado,
pues el corsé y el peinado
son alimentos de amor;
y si á interesar aspira,
no olvide es cosa probada
que ni aun la verdad agrada
sino parece mentira.
En fin, cuando entre en su idea
mudar de objeto y de plan,
no cuide del que dirán,
antes bien el modo vea

de dar al asunto un corte,
y al presentarse un segundo,
con la frescura del mundo
se da al otro pasaporte.
Con estos datos presentes
podrás numerar sin penas
las conquistas por docenas,
por cientos los pretendientes:
y dejemos que hable el necio
y que coquetas nos llame;
pues por mas que al cielo clame
solo halla mofa y desprecio.
Esta es mi opinion, Inés,
y con ella bien me va.

INÉS.

Señorita, así será;
mas ¿y si ocurre despues
no poder en la ocasion
mostrar esa maestria?

ADELA.

¿Pues qué muger en el dia
no finge una convulsion?
¿Quién de colores no muda
cuando el caso lo requiere?
¿Quién no llora cuando quiere?
Y en fin, ¿quién de un arte duda
que tantos triunfos ofrece..

á la que sabe fingir?

INÉS.

Yo no dudo: esto es decir
solo lo que me parece.
Pero sepamos en fin
ese plan que usted idea.
¿Engañar á ambos desea,
ó dejar á don Fermin?

ADELA.

Hasta ahora solo quiero,
si Luis me ofrece su fe,
dar á sus proyectos pie
por varias causas. Primero,
por vengar mi propio ultrage,
y dando á ese tonto celos,
que ponga el grito en los cielos
de vergüenza y de corage.
Y despues porque hace dias
que sigo este galantéo,
y á fe mia ya deseo
dar al diablo las manías
de aqueste fatuo importuno.
A mas que prestigio y fama
pierde en el mundo una dama
si la ven un mes con uno.

INÉS.

¡Un mes! ¡Vaya! Dame risa.

¿Y es tanto tiempo?

ADELA.

No hay duda.
En el dia Inés se muda
de amor como de camisa.

INÉS.

¿Y usted le amará?

ADELA.

¡Quién! ¡Yo!
Ni amé ni amar nunca espero;
pues aunque finjo que quiero,
lo que es querer, eso nó.
Busque amorosa cadena
la necia ó la confiada:
mientras yo que escarmentada
estoy en cabeza agena
los detesto.

INÉS.

¡Guarda Pablo!

ADELA.

Nada he dicho que te asombre.

INÉS.

¿Pero por qué?

ADELA.

Porque un hombre
es, en miniatura un diablo.
Esa aparente virtud,

esa honradez que pretende,
son redes que astuto tiende
á la incauta juventud.
No escrupuliza el malvado
de engañar y de fingir,
pues entre ellos el mentir
ni aun se tiene por pecado,
y como tambien hoy dia
en el cariño hay sus modas,
el no enamorar á todas
lo juzgan descortesía.

INÉS.

¿Mas no hay muchos que dan palo
y se casan?

ADELA.

En amor
casarse no es lo mejor,
solo sí es lo menos malo.
Quien el matrimonio abraza,
prepare resignacion,
no sea que por melon
se encuentre con calabaza.

INÉS.

Pues volviendo al nuevo amante,
á don Luis, saber deseo
que he de hacer, cual es mi empleo.

ADELA.

A eso voy. Oye un instante.
Puesto que en la misma casa
viven los tres, he juzgado
que Perico, ese criado
de don Judas, cuanto pasa
ha de saber, y conviene
ponerle de nuestra parte
con el disimulo y arte
propios de quien naguas tiene.
Sonsácale, mas de modo
que nada llegue á entender.

INÉS.

Tal encargo á una muger
es ocioso. Quedo en todo,
pues, aunque gran marrullero,
es criado, y como tal
en tratando de hablar mal
que se desemboce infiero.
Mas suspendamos la junta *(Mira á la*
que es don Luis. *puerta)*.

ADELA.

Ya lo sé.

INÉS.

¿Señorita, y yo qué haré?
¿Me voy?

ADELA.

¿Pues quién tal pregunta? *(Vase Inés)*.

ESCENA II.ª

Adela y Luis. (Sientase Adela).

LUIS.

Adela á los pies de usted.
¿Cómo vá? ¿se han serenado
ya esos ojos?

ADELA.

No señor.

LUIS.

Mas el afligirse tanto
repare es perjudicial
á su salud.

ADELA.

Ni un bocado
he podido probar hoy.
Hasta el agua me hace daño
en teniendo yo un pesar.

LUIS.

¿Por qué no se acuesta un rato
y duerme?

ADELA.

Tal pretendí;
pero no pude lograrlo

por mas qué hice. En este mundo
á nadie faltan cuidados,
y mas á quien por desgracia,
es sensible.

LUIS.

(Para el diablo
que se fiara de tí). *(Aparte).*
Yo juzgo muy al contrario
incomparable fortuna,
poseer en alto grado
aquese don, que del bruto
distingue al género humano.
Si en la sensibilidad
tal vez pesares hallamos,
si ella de nuestras pasiones
es el poderoso lazo;
tambien por ella existimos,
tambien por ella gozamos,
y en fin, sin ella el amor
fuera solo un nombre vano.

ADELA.

¡Ah!

LUIS.

¡Qué es esto! ¿Usted suspira
al nombre de amor? ¿Acaso
conoció usted su poder?
¡Ay bella Adelita! Cuantos

recelos ese suspiro,
despierta en mí. Mas si un lazo
anterior vuestra alma liga:
si su corazon mas grato
fue á la llama de otro amante;
no lo ignore yo. Abrumado
de pesares, de tristezas,
aun puede tal vez la mano
del tiempo y la reflexion
curar la llaga, que el dardo
del amor abrió en mi pecho;
mas si cediendo al encanto
de tantas gracias, yo mismo
doy alimento á mi daño:
si una esperanza fomento
de bienes imaginarios
que solo fingen los sueños
de una pasion ¡cuán en vano
arrancar querré algun dia
de mi corazon, el caro
objeto de mis suspiros!
¡Qué momentos tan amargos
envenenarán mi vida!
¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto
otro mas feliz disfruta
de ese cariño! ¡Y yo acaso
podré verlo sin morir!

ADELA.

¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado
está usted! ¡Pero yo..... cómo!
¿Será posible?

LUIS.

Sí. En vano
tan doloroso secreto
quiere ya ocultar mi labio.
Harto disimular pudo.
Harto tiempo mis quebrantos,
mis celos, mis sinsabores
supe devorar callando.
Sí adorable y bella Adela,
no lo dude usted, yo la amo,
y este amor, que eternamente
debiera estar encerrado
dentro de mí, ya en su furia
rompió del deber los lazos.
No ignoro los compromisos
que la ligan á un cercano
pariente, y por consecuencia
sé que amándola á usted falto
á mis deberes; he aquí
de este silencio que estraño
puede parecer la causa.
Mas fuego mal apagado
basta á encenderle una chispa.

Así fue en efecto; el rayo
que vuestros divinos ojos
hoy á mi pecho lanzaron
me hizo ver que amor y celos
reprimirlos es en vano.
Usted tan solo, á mí mismo
me volverá, un desengaño
sea á mis males remedio
cruel, pero necesario.
¿Ni aun de tal favor soy digno? (*Silencio*)
¿Cuál mi falta fue?

ADELA.

¡Ah! Si en algo
aprecia usted con efecto
á esta Adela, no el quebranto,
no el pesar, con sus palabras
siembre en su pecho angustiado.
No, sin oir, la condene;
y pues este involuntario
accidente, de mi afecto
os dió ya indicios tan claros,
oiga usted todo. Mas antes
le exijo como hombre honrado
y caballero el secreto
de esta confianza.

LUIS.

¿Acaso

pudiera negarme á ello?
Sí, hermosa jóven, por cuanto
mas en este mundo aprecio
os prometo que guardado
siempre estará.

ADELA.

Bien lo creo.
(Ya cayó este pez, finjamos). *(Aparte.)*

LUIS.

(Para ser la vez primera
no miento de lo mas malo). *(Aparte.)*

ADELA.

En vano los grillos
de la autoridad
á un amante pecho
quieren sujetar.
En vano lo intentan,
que la voluntad
cuanto mas ligada
mas se muestra audaz.
Ni halagos, ni iras
consiguen jamas
que ceda ó que tiemble
la que sabe amar.
Aquesto os recuerdo
porque, si en mi mal,
á un forzado lazo

consentí, no habrá
poder en la tierra
que un nudo fatal
hoy aborrecido,
me fuerce á aceptar.
¿Ni cómo dar puedo
un alma que ya
es de quien la supo
mejor conquistar?
Bien sé que una dama
no debe mostrar
su inocente afecto,
su amoroso afan;
mas cuando á mi cuello
se acerca el dogal
que á eterno martirio
me ha de sujetar,
de vanos respetos
no es el tiempo ya.
Perdonad si acaso
fui ingénua demas,
pues cuando mis penas
os llego á fiar
ni sé si hago bien
ni sé si hago mal.

LUIS.

¿Con qué no es amado?

ADELA.

No, ni lo será
Luis, yo os lo aseguro.
En mi confiad
pues yo en vos confio;
la tranquilidad
vuelva á nuestro pecho,
y..... ¿Qué quereis mas?

LUIS.

¿Me engañais, mi Adela?

ADELA.

¿Podeis aun dudar?

LUIS.

Sí, que siempre duda
quien ama.

ADELA.

Es verdad,
mas ahora no hay causa.

LUIS.

¿Y en fin, osará
prometerse el alma
remedio á su mal?
¿O tal vez (¡qué dicha!)
al fuego voraz
que mi pecho abrasa
no insensible es ya
mi adorada Adela?

¿Qué decís? Hablad.

ADELA.

¿No hablaron mis ojos?
¿A qué exigir mas?

LUIS.

¿Seré pues dichoso?

ADELA.

Sí, que pues callar
el alma no supo,
en vano será
que reuse el labio
descubrir mi mal.

LUIS.

¿Y me amaréis siempre?

ADELA.

Eterno será
mi afecto.

LUIS.

¿De veras?

ADELA.

No engañé jamas.

ESCENA III.ª

Dichos y Fermin.

FERMIN.

¡Caramba! ¡Qué es lo que veo! (*Ap. sorprendido.*)

ADELA.

Don Fermin.....

FERMIN.

¡Válgame Dios! (*Aparte.*)

ADELA.

¿Si habrá oido.....? (*A Luis.*)

LUIS.

¿No lo creo? (*A Adela.*)

ADELA.

¿Qué teneis, saber deseo? (*A Fermin.*)

FERMIN.

(Y estaban solos los dos.) (*Ap.*)

LUIS.

¿Estás mudo?

ADELA.

(Ya dió lumbre.) (*Ap.*)

FERMIN.

Me duele algo la cabeza.

ADELA.

¿Es alguna pesadumbre?

FERMIN.

Jamas tuve por costumbre
dar mérito á una simpleza.

ADELA.

¿A una simpleza?

FERMIN.

Sí, á fe.

ADELA.

Difícil es lo comprenda.

LUIS.

(Que está picado se ve.) *(Ap.)*

FERMIN.

Pues lo que me dijo sé,
y entiéndame quien me entienda.

ADELA.

Vamos, en lo impertinente
bien se echa de ver su mal;
pero advierta que es prudente
no tomar mucho relente;
porque el tiempo está fatal.

FERMIN.

¿Es consejo?

ADELA.

No, conseja.

FERMIN.

Ya pasé yo de esa edad.

LUIS.

(De divertirme no deja.) *(Ap.)*

ADELA.

Nunca una persona es vieja
para escuchar la verdad.
¿En fin, qué es lo que ha pasado?
¿No logró usted sus deseos?

FERMIN.

Jamas me ví despreciado.

ADELA.

¿O acaso ha resucitado
la que se murió en Burdeos?

FERMIN.

Eso es mi veracidad
poner en duda.

ADELA.

No alcanza
á tanto mi necedad;
mas juzgué que la amistad
es disculpa de una chanza.

ESCENA IV.ª

Dichos y doña María.

DOÑA MARIA.

Señores.....

LUIS.

A vuestros pies
señora.

FERMIN.

Lo mismo digo.

DOÑA MARIA.

¡Ola! ¿Don Luis, qué es esto?
¿Cómo tan favorecidos

nos tiene usted?

LUIS.

Al contrario,
yo soy quien me juzgo indigno
de los favores que siempre
me dispensó su cariño.

DOÑA MARIA.

Bien sabe usted que le quiero
como si fuese hijo mio.

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Miren tambien
la buena señora.) *(Aparte.)*

DOÑA MARIA.

Amigo,
las noticias de mi enferma
son fatales: ahora mismo
me han enviado á decir
que la dan sudores frios,
y unos dolores de flato
que la tienen en un grito.

LUIS.

¡Pobre señora!

DOÑA MARIA.

Y que un mal
es siempre mucho estravio

para una casa. Parece
que no es nada el sinapismo,
la cataplasma, el reparo
con la triaca y el vino,
y el puchero que se rompe;
pues siempre hace desavio,
aunque lo haya, sin contar
la muger siempre al lebrillo
para aquello que se empuerca,
y la ayuda, y..... Pues no digo
nada de las medicinas.
No pondero, mas sí afirmo
que en la tal enfermedad
se han gastado, y no me admiro,
mas pesos en el ruibarbo
que minutos tiene un siglo.

LUIS.

¡Jesus señora!

DOÑA MARIA.

Si es mucho
lo que ha tomado ese pico.

FERMIN.

(¡Que charlar!) *(Ap.)*

DOÑA MARIA.

Vamos Adela,
aviate, que es preciso
ir allá al momento.

ADELA.

Voy.

DOÑA MARIA.

No te mudes de vestido,
sino ponte la mantilla
de cualquier modo.

ADELA.

¿Y los rizos
he de arreglarlos?

DOÑA MARIA.

¿A qué?

ADELA.

Como estan ya tan caidos.

DOÑA MARIA.

Para la gente que habrá.
Oye, dí á Inés, que yo digo (*va y vuelve Adela.*)
que venga acá.

ADELA.

Está muy bien.

DOÑA MARIA.

Ah, dí tambien...... (*Ad. va y vuelve.*)

ADELA.

¿Qué?

DOÑA MARIA.

De frio
yo no sé como estaremos.

ADELA.

Ni yo.

DOÑA MARÍA.

Y luego paso el signo
con la tirantez de cuerdas
si á la vuelta no me abrigo.
¿Llevaré la papalina
ó el pañolon de merino?

ADELA.

Lo que usted guste.

DOÑA MARÍA.

Pues bien,
entonces dí.....

ADELA.

¿Y bien que digo?

DOÑA MARÍA.

¿Que sé yo?

FERMIN.

(¡Qué pesadez!) *(Ap.)*

DOÑA MARÍA.

Lo que quieras, ya está dicho.

FERMIN.

(Quien pudiera echarte encima
una rueda de molino.) *(Aparte.)*

ESCENA V.

Dichos menos Adela.

DOÑA MARÍA.

Es mucha alhaja esta niña.
¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo
corazon! Bien sabe Dios
que lloro como un chiquillo
cuando pienso que algun dia
tal vez deje el lado mio.
En fin, lo que yo deseo
es que encuentre un buen marido
como ella, por ejemplo,
que él será feliz. ¿No digo
bien?

LUIS.

¿Quién lo duda? Adelita
es un ángel, un hechizo.

DOÑA MARÍA.

Yo aunque al fin es cosa propia,
y me está mal el decirlo,
con usted nada aventuro,
es jóven de mucho juicio
y será muy buena esposa.
Bien sé que no es gran partido
porque es pobre; mas quien piensa
como debe, en su cariño

busca solo la virtud.
¿No es esto verdad?

LUIS.

Lo mismo
juzgo yo, ni mas ni menos.

FERMIN.

(¡Vaya, que estoy divertido!
¡Que culebra es la mamá!) *(Ap.)*

DOÑA MARÍA.

Justamente es lo que digo
yo. Aun cuando por otra parte,
tambien hay mérito mio.
Yo le dí una educacion
como dan á pocos hijos
sus padres. Ella de lenguas,
ella de cortar vestidos,
pone la pluma muy bien,
ella peinar, hacer rizos,
y tambien alguna cosa
de pespunte y dobladillo,
porque quise que hasta de eso
aprendiera. Es el avio
de cualquiera casa.

FERMIN.

¡Oh! para eso
en Francia; allí hasta los niños
de ocho y de diez años saben

mas que aquí á los veinte y cinco.
Pero; pues se habla de damas.
¡Qué educacion! ¡Qué distintos
talentos de los de acá!
Eso es público y sabido.
Muger hay allí á los quince
que ha compuesto siete libros
de novelas, que es su fuerte:
y no que aquí, un sobrescrito
apenas saben poner,
ó una carta de amoríos
llena de muchos chapones,
letras á saltos y brincos,
sin chispa de ortografía,
con los renglones torcidos,
y una sarta de dislates
que, vaya, si yo me admiro
como hay tonto que las lea.
Así me dan tal fastidio.
Pero, volviendo al asunto,
á la prueba me remito
de mí propio. Yo llegué
á París, hecho un borrico,
como crian tierra adentro,
los mas de los señoritos:
mi capa, mi calañés,
la chamarra, el cigarrillo,

el aparejo de campo
y apestando á ajos y á vino;
y en trece meses que estuve
largué la cascara, amigo,
de tal modo, que aun por fuera
ya ves si huelo á cortijo.
Es verdad que nunca quise
meterme en los laberintos
de academias y liceos,
porque esos son muchos lios;
pero aunque yo, por ejemplo,
física no haya aprendido
sé bailar el rigodon.

LUIS.

Que para el caso es lo mismo.

FERMIN.

Lo es, en cuanto al aprender.
Y á mas tengo aquel bañito
que.....

ESCENA VI.ª

Dichos Adela é Inés (con el pañolon.)

ADELA.

Mamá, cuando usted guste
vamos.

INÉS.

Señora, me han dicho

que usted me llamaba.

DOÑA MARÍA.

Sí.

Ve luego al tocador mio,
y en el cajon, de esta mano
encontrarás un frasquito
de agua de olor, no hagas caso,
pero en aquel lado mismo
ácia el rincon, junto al peine,
está la carta que he escrito
esta tarde. Haz que la lleven
al correo. ¿Lo has oido?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

¿Con que estás?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Oye. Y si el tio
de don Luis viene (don Judas)
le dirás que hemos salido
con precision, y que así
por hoy, perdone el tresillo.
¿Lo entiendes?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Cuidado que no haya olvido.

LUIS.

Señoras, si ustedes gustan
iremos favorecidos
con su compañía.

DOÑA MARÍA.

Sí,
con gran placer lo admitimos. (*Fermin va á dar el brazo á Ad.*)
Fermin, deme usted el brazo,
porque estos callos malditos
me matan.

FERMIN.

¡Yo...! Bien señora. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Pues la suerte lo ha querido,
tendré el honor. (*A Adela.*)

ADELA.

Soy la honrada. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Pues es bonito
el papel que voy haciendo. (*Ap.*)
Por vida de.....)

DOÑA MARÍA.

Inés, repito

que no abras á nadie.

INÉS.

Bien.

DOÑA MARÍA.

Si llaman, por el postigo

pregunta quien es.

INÉS.

Ya estoy.

(Jesus, y que tabardillo.) *(Ap.)*

FERMIN.

(¡Yo con madres, santos cielos!) *(Ap.)*

DOÑA MARÍA.

Con que á Dios. Lo dicho, dicho.

(Vanse.)

INÉS.

Bien lo entiendo

ESCENA VII.ª

INÉS.

Pues, señor,

veremos del laberinto

quien sale. Mi señorita

gusta tanto de esos lios

de amores, que ciertamente

ha de ser hombre corrido
quien le ponga la ceniza
en la frente. Yo me admiro
de ver que hay hombres tan necios,
tan fatuos, que cuando han visto
tanto desengaño ageno
se presten á que lo mismo
les suceda, ya se ve,
ese orgullo es tan maldito.
¿Pero quién me mete á mí
en eso? ¿Qué beneficio
me puede á mi resultar
de que quien no es novio mio
sea bueno, ó sea malo,
sea tonto ó advertido,
tenga dinero ó no tenga?
Pues si nada gano, digo
que en nada quiero mezclarme.
Gracias á Dios, nunca he sido
curiosa, aunque soy muger,
ni se me da tres cominos
de lo que hacen los demas;
y así aunque venga Perico
no le abriré, y de este modo
me ahorro de enredos. ¿No he dicho
bien? Ya se ve, que en la renta
del escusado es delirio

meterse. ¿Pero quién llama? *(Llaman.)*
¿Será Pedro? Pues, el mismo. *(Se aso-*
¿Le abriré ó no le abriré?..... *ma.)*
¡Qué tentacion!..... Y ya há un siglo
que no me cuenta los chismes
de su casa y los vecinos.....
Es verdad que no me importan;
mas saber no ocupa sitio.....
y luego mi señorita
me encargó tanto... Hase visto *(Llaman.)*
prisa tal..... Yo voy á abrir
y echense á la mar pelillos. *(Va á abrir.)*

ESCENA VIII.ª

Inés y Pedro.

PEDRO.

¡Jesus muger! ¿dónde estabas
que me tienes hace un siglo
echando la puerta abajo?

INÉS.

Los criados han nacido
para esperar.

PEDRO.

Ciertamente;
y no fuera bien visto
que una dama como tú

abandonase el lebrillo
ó la sarten, para abrir
á los que llaman ¿No digo
bien?

INÉS.

Y tambien. Mas no creas
que es todo oro, Perico,
lo que en el mundo reluce.
Por ejemplo, ambos servimos,
que parece condicion
perversa, y aunque no digo
yo que es buena, no es mejor
la de muchos que podridos
estan de pesos. No falta
el pan, estamos vestidos,
gozamos la confianza
de uno y otro señorito,
y sabemos sus secretos,
y somos sus.....

PEDRO.

Desatinos.
¿Soy yo acaso como tú?

INÉS.

Vamos, Pedro, que conmigo
es en vano hacerse pieza.
Deja esos escrupulillos,
que entre gentes cual nosotros

no deben ser permitidos,
y cuentame de tu casa
la novedad. ¿A qué ha sido
el no esperado viage
á esta ciudad del sobrino
de tu amo?

PEDRO.

¿Y yo qué sé?

INÉS.

¿No lo has de saber?

PEDRO.

Te digo, *(Dudando.)*
que.....

INÉS.

Vaya deja simplezas.
¿Acaso tienes motivo
de desconfiar de mí?

PEDRO.

Yo no, mas luego.....

INÉS.

(Ya es mio). *(Aparte.)*

PEDRO.

Como que hasta las paredes
á veces tienen oidos.....

INÉS.

No temas.

PEDRO.

¿Estamos solos? *(Registrando.)*

INÉS.

¿Tambien esa? Sí, Perico.
Habla por Dios ó rebiento.

PEDRO.

Ya tú sabes que ha venido *(Con miste-*
mi amo. *rio.)*

INÉS.

Lo sé. Adelante.

PEDRO.

Y, ó me engaño, ó el motivo
de su viage, es asunto
de grande entidad.

INÉS.

Lo mismo
pienso yo, ni mas ni menos.

PEDRO.

Pues.

INÉS.

¿Pero cuál? Vamos, dilo.

PEDRO.

Eso es lo que yo no sé.

INÉS.

Pues hombre estamos lucidos.

PEDRO.

De modo es y de manera

que si hoy no lo sé; no afirmo
yo que mañana.....

INÉS.

Pues eso
es lo que importa. Advertido
ya de todo, será facil
aprovechar un descuido
de don Luis. Un criado
de confianza; á su arbitrio
tiene las llaves del amo,
y en haciéndole un registro,
y en leyendo cuatro cartas,
cátate al punto instruido
de todo. ¿No será mengua
que un hombre á quien los colmillos
le han salido en la cocina,
que es en este mundo el sitio
donde mas se aprende, ignore
lo que piensa el señorito?
vaya que fuera vergüenza.
Así mira que confio
en tu maña, y si ocurriere
algo de nuevo, el aviso
me darás al punto.

PEDRO.

El caso
es que don Luis ha traido

otro criado de allá.

INÉS.

¿Y qué tal?

PEDRO.

El mas ladino
que ha salido de Madrid.

INÉS.

La manzanilla y el tinto
contra empacho de secretos
son el mejor vomitivo.

PEDRO.

Como uno no está enterado
en si allá.....

INÉS.

¡Qué desatino!
Si en Madrid con Valdepeñas
suelen despechar los niños.

PEDRO.

Entonces voy á buscarle.

INÉS.

Pues á la taberna y chito
que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO.

Entiendo. (Cumplí mi oficio.
Ahora á dar cuenta á don Luis) *(Ap.)*
Con que á Dios.

INÉS.

A Dios Perico.

PEDRO.

¡Jesus! Ya se me olvidaba. *(Va y vuelve.)*
Me encargó mi amo (el tio)
viniese á saber si salen
tus señoras.

INÉS.

Bien lo has visto,
salieron ya. ¿Y á qué viene
esa pregunta?

PEDRO.

Imagino
será para no venir
si esta noche no hay tresillo.

INÉS.

Es verdad.

PEDRO.

Pues hazte cuenta
que me iba ya sin decirlo,
cuando esto solo me trajo
aquí.

INÉS.

¿Sabes que es bonito
tu modo de hacer encargos?
Si así cumples con los mios
dígote Pedro.....

PEDRO.

Eso no.
Bien sabes tú que contigo
nunca me faltó memoria.

INÉS.

¿Y voluntad?

PEDRO.

No lo afirmo.

INÉS.

¡Jesus que poco galan!

PEDRO.

¿Pues el mentir no es delito?

INÉS.

Con quien tiene naguas, no.

PEDRO.

Me alegro haberlo sabido.
En fin, yo prometo verte
bastante pronto.

INÉS.

¿Confio?

PEDRO.

Por la fe de caballero.

INÉS.

No me hace gran fuerza, amigo,
que los plebeyos no tienen
mas fe que la de bautismo.

PEDRO.

Pues yo te juro.....

INÉS.

Tampoco
los juramentos admito
que saben jurar en falso
hoy dia, hasta los chiquillos.

PEDRO.

Por el alma de mi abuela.....

INÉS.

Hombre, calla, no seas niño.
¿Le dirás verdad á un muerto
cuando engañas á los vivos?
En fin, no pierdas mas tiempo,
que harto quizá hemos perdido
en charlar.

PEDRO.

Sí eres muger.

INÉS.

Tú criado que es lo mismo.
¿Con qué hasta luego?

PEDRO.

Hasta luego. *(Vase.)*

INÉS.

(A Dios propósitos mios.) *(Ap.)*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Don Judas y don Luis, éste leyendo una carta.

D. Judas.

¿Y bien? ya estamos aquí.
¿Se podrá saber la causa
de haberme con tanta prisa
traido de la muralla
á hora tan intempestiva?

Luis.

¿Pues las diez de la mañana
es hora acaso.....?

D. Judas.

Sí tal,
para venir á una casa
agena..... Y precisamente
cuando don Bruno Zabala,
sobrecargo de la Cármen,
á leernos empezaba

el reglamento propuesto
del puerto franco. A Dios gracias
veremos esa bahía
con cara de gente. ¡Calla!
¿Pero tú no atiendes, hombre?

Luis.

Ya usted sabe la maraña *(Guarda la*
en que estoy metido? *carta.)*

D. Judas.

Sí;
pues me la dijiste.

Luis.

Y tanta
ha sido en esto mi dicha,
que aun antes que lo esperaba,
una imprudencia de Adela
me ha dado el medio y la traza
de darles una leccion
á entrambos: leccion amarga;
pero forzosa. Del uno
la presuncion insensata;
el coquetismo insufrible
de la otra, no reclaman
indulgencia en este punto.
Ni me debe arredrar nada
cuando evitar me propongo
no menos que la desgracia

de un primo á quien amo. Así
oiga usted todo.

D. Judas.

Ya tardas.

Luis.

Despues del paso de ayer,
paso que tan mala cara
costó al fingido Fermin,
viendo que mis esperanzas
caminaban á su logro,
juzgué que solo faltaba
remachar del todo el clavo.
Presto resolví: á mi casa
me vuelvo, y fingiendo celos,
á Adela escribo una carta,
que anoche mismo por Pedro
recibió. Allí le mostraba
haber acaso sabido
los lazos que la ligaban
á Fermin, de ella me quejo,
la llamo pérfida, ingrata,
y lo demas que se dice
en tales casos: sus gracias
acuso, y de mi desdicha
me lamento. Ni fue vana,
ni inútil resolucion;
pues esta misma mañana

recibí un billete suyo.

D. JUDAS.

¡Un billete!

LUIS.

Cosa es clara.
El buscar á Inés, tan solo
me trajo aquí, que me importaba
salir pronto de cuidados.
Con efecto, en acechanza
me la encontré ya esperando
el medio de que llegára
á mis manos, que fue facil
sin que usted cayese en nada.

D. JUDAS.

¿Pues sobrino del demonio,
y por hacerme tú..... (¡vaya!)
solo desde allá me traes
hecho un galgo? No está mala
la especie. Si estoy molido;
como que en largando gavias
y poniéndote á la via,
no hay diablos que te den caza.

LUIS.

Calle usted por Dios, señor,
y oiga hasta el fin con cachaza.

D. JUDAS.

Callo y oigo.

LUIS.

Mi intencion
ya con esto se lograba.
En su esquela por supuesto
me afirma que fue infundada
la voz de ese compromiso;
y porque no me quedara
duda, dice de Fermin
mil pestes, dos mil infamias:
le tilda de vano y tonto,
de presumido le tacha.
En fin, es tanto y tan malo
que muy mal rato le aguarda
cuando lo sepa.

D. JUDAS.

¿Y acaso
lo sabrá?

LUIS.

¿Pues no? La carta
debe él mismo ver, y en ella
la prueba evidente y clara
de aquese amor que pondera.
Mas no es prudente que vaya
por mi conducto: un acaso
los inconvenientes salva.
Así pienso que Perico,
valiéndose de su maña,

haga que el otro la vea,
sin que parezca que.....

D. JUDAS.

¡Calla!
con que tambien el buen Pedro
anda metido en la danza.

LUIS.

Sí señor, es criado antiguo,
y como tal, una alhaja
para embrollos. Luego es fuerza
hablarle, porque la trama
sigamos todos de acuerdo.

D. JUDAS.

Que no vayamos por lana
y volvamos en bandolas.

LUIS.

Que, no señor.

D. JUDAS.

Dios lo haga.
Mas mira que en estos casos
es precaucion necesaria
llevar la escota en la mano,
y si acaso el viento carga,
arriar al punto el chicote,
que el hacerlo en tiempo es ganga.
En fin sea, pues lo quieres.

LUIS.

¿Pero usted qué teme?

D. JUDAS.

Nada.

Yo en aferrando juanetes
venga mar. Mas en sustancia
¿en esto qué pito toco?

LUIS.

A eso voy. Vuestra embajada
tiene otro objeto. Es forzoso
el que ella por sí deshaga
su compromiso. Ademas
conviene el darle una causa
poderosa que la obligue
á dejarme. Así se salva
mi propia delicadeza;
así mas claro resalta
el carácter de la niña,
y en fin, así se preparan
humillantes desengaños
para el que tanto fiaba
de sí mismo. Todo aquesto
se conseguirá.

D. JUDAS.

No es nada,
¿y todo lo he de hacer yo?

LUIS.

Muy facilmente: á esta sala
vendrá presto la mamá.
¿No es así?

D. JUDAS.

Ya está avisada.

LUIS.

Pues usted con ella á solas
se quedará, y engañarla
es necesario.

D. JUDAS.

¿Ahora mismo?

LUIS.

Sí. Hacerle una confianza
fingida es golpe seguro.

D. JUDAS.

Ya caigo. ¿Con qué aquí encaja
bien todo lo que ayer noche
me dijiste de la falsa
venida, y de los papeles,
y de.....?

LUIS.

Pues. Mas importaba
tener la prueba en la mano
antes de aventurar nada.
Por eso no me espliqué
entonces mas claro.

D. JUDAS.

¡Vaya!

Por San Telmo que estoy tonto.

LUIS.

Me voy á seguir la trama;
pues Perico es necesario
aquí venga sin tardanza
é instruya á Adela y á Inés
de todo.

D. JUDAS.

¿Otra confianza?

LUIS.

Sí, mas esta no es fingida,
antes cierta. Pero calla,
ya viene allí la mamá.
Cuenta con que.....

D. JUDAS.

No habrá falta.

LUIS.

Que exija usted el secreto.

D. JUDAS.

¿Y para qué?

LUIS.

Cosa es clara,
porque lo diga mas pronto. (*Vase Luis.*)

D. JUDAS.

Bien, á Dios.

ESCENA II.ª

D. Judas.

No me faltaban
á mí mas que estos sobrinos.
¡Y qué enredos! ¡Qué marañas
traen allá! Como esto dure
doy de quilla. Pero al arma
que aquesta urca enemiga
está ya á tiro de bala.

ESCENA III.ª

Doña María y D. Judas. (Se sientan.)

Doña Maria.

Felices señor don Judas.
Dispense usted mi tardanza.
Ya se vé, con estos males
tenemos tan trastornadas
las horas que.....

D. Judas.

Entre personas
que há tanto tiempo se tratan
no debe haber ceremonias.
Por esto, y porque importaba
vine á ver á usted.

DOÑA MARIA.

¿Pues qué?
¿Hay novedad?

D. JUDAS.

Patarata,
una mano de noroeste
que metemos en el agua
los penoles.

DOÑA MARIA.

¿Y en cristiano
qué significa esa sarta
de nombrachos?

D. JUDAS.

A eso voy.
Mas le exijo la palabra
de que reserve la especie.

DOÑA MARIA.

Por supuesto.

D. JUDAS.

A la muchacha
aunque haya fuerza de vela
no se lo diga usted.

DOÑA MARIA.

Nada.
Sí, pues bonita soy yo
para chismes. En mi casa
jamas hubo un sí ni un nó,

y eso que entonces estaba
hecha siempre un jubileo.
Mi Simon, que de Dios haya,
gustaba mucho de gentes:
su refresco no faltaba
por las noches. Es verdad
que eran tiempos en que andaba
Dios por el mundo, y cien pesos
á ninguno le faltaban;
mas hoy dia, todo, todo,
viene á menos, ola, y gracias
quien tiene un pasar.

D. JUDAS.

Señora,
¿me deja usted hablar?

DOÑA MARIA.

¡Vaya!
¿le tapo acaso la boca?

D. JUDAS.

Por fin, atencion y calma.
El caso es que mi sobrino,
(el novio de la muchacha
que digamos) de Sevilla
dió la vela, y por las trazas
parece hace rumbo á Cádiz.
Ademas, en confianza,
sé tambien cuál es su objeto.

DOÑA MARIA.

¿Y será?

D. JUDAS.

Estarse á la capa
sin darse á reconocer
ni izar pabellon.

DOÑA MARIA.

¡Estraña
resolucion! ¿Mas por qué?

D. JUDAS.

Porque quiere en acechanza
ponerse. Juzgo le han dicho
no sé que cosas, patrañas
por supuesto, de la chica:
tonterías: verbigracia
que si es coqueta, si funda
su vanidad y su gala
en que cuantos hombres mira
arrian bandera á sus gracias,
que si lleva siempre amantes
al costado. Nada, nada.

DOÑA MARIA.

Malas lenguas que la tienen
envidia.

D. JUDAS.

Cabal.

DOÑA MARIA.

Dejarlas.
Yo sé la hija que tengo,
y sé quien es.

D. JUDAS.

Pues, y basta.

Pero como él en su vida
ni la ha visto, ni la trata,
ni sabe sus propiedades;
ya se vé, teme, y con causa,
hacer avería gruesa
en alta mar. Pues no es nada,
la honrilla. Y los sevillanos
que en siendo de clase y casa
se creen ellos mas altos
que el tope de la giralda.
A mas tambien quiere ver
el cariz de la muchacha,
como es regular, y aunque ella
es linda como una plata,
al fin no es doblon de á ocho
que á todo el mundo le agrada.
Tampoco fuera imposible
que en sus proyectos entrara
ponerle la proa, digo
hacerle el amor.

DOÑA MARÍA.

Ya escampa.
¡Vaya que el tal señorito
por vida mia es alhaja!

D. JUDAS.

Cosas de niño mimado.
Ya ve usted el de su casa
fue el ídolo siempre, vivo,
poca edad, poca sustancia
y barro á mano ¿quién diantres
es capaz de irle á la zaga?

DOÑA MARIA.

¿Y el vinculillo qué tal?

D. JUDAS.

¡Vinculillo! Pues no es nada.
Si ahora con la nueva herencia
es suyo medio Triana.
Y en cuanto á la sangre ¡Ya!
Mas noble que doña Urraca,
es hijo de veinticuatro,
y heredero, que esa vara
¿quién se la quita?

DOÑA MARIA.

¿Tambien?

D. JUDAS.

Pues.

DOÑA MARIA.

¿Y si acaso se encaja
aquí ese señor qué hacemos?
¿Vamos diga usted?

D. JUDAS.

Cachaza.
Por ahora lo que interesa
es dejar que ande la danza,
y quedarnos al socaire
hasta que haya una empopada.
Mas claro: izar la sueca.
¿Me esplico?

DOÑA MARIA.

Sí. (Estoy en brasas.) *(Ap.)*

D. JUDAS.

En cuanto á Adela, no quiero
que sepa ni una palabra,
porque luego habrá soponcios,
convulsion y marejada,
y nervios y.....

DOÑA MARIA.

En todo estoy.

D. JUDAS.

Ademas, porque la trama
mejor se oculte, y la cosa
con mas disimulo vaya,
piensa enviarme al momento

los papeles que hacen falta
en el caso, como fees
de bautismo, la palabra
de casamiento, y en fin,
que sé yo que enredos y trampas,
que siempre una boda tiene
mas cabos que quince jarcias.
Item mas. Porque en el lazo
ustedes mas presto caigan
dirá que, pues sus que haceres
por ahora lo separan
de Adelita, está impaciente
por verla aunque sea pintada,
y pedirá su retrato.

DOÑA MARIA.

¡Su retrato! ¡Cosa estraña!
¿Sin mandar el suyo?

D. JUDAS.

No.
Es que de enviarle trata.

DOÑA MARIA.

Aqueso ya es otra cosa;
pero la juzgo bobada;
pues si con efecto es de él
conoceremos su cara,
y entonces se lleva el diablo
las ficciones y las trampas.

D. JUDAS.

Cuando él lo envie, será
porque ya tendrá saldadas
esas cuentas, es decir,
que estará fuera de barra
sin temer puntas ni bajos,
y navegando en cien brazas.

DOÑA MARIA.

Bueno es saber todo eso;
porque hablando en confianza,
quien de buenas á primeras
viene pidiendo casaca,
en el tresillo de novios
son cinco estuches de entrada,
que es juego que nadie pierde.

D. JUDAS.

Mas los renuncios se pagan.

DOÑA MARIA.

Ese es el mal. ¿Pero cómo
tendré yo noticia exacta
de su venida?

D. JUDAS.

Es muy fácil;
pues estando ya avisada
bien podrá usted por la boya
conocer donde está el ancla.
Con que me voy. (*Toma el sombrero.*)

DOÑA MARIA.

Hasta luego.

D. JUDAS.

¿Y Adela?

DOÑA MARIA.

Si usted la aguarda
vendrá, que fue al tocador.

D. JUDAS.

No. No quiero: estará en banda
todavia, y las mugeres
me gustan aparejadas
aunque soy viejo. Lo dicho. *(Vase.)*

DOÑA MARIA.

Descuide usted.

ESCENA IV.ª

Doña María y despues Inés.

DOÑA MARIA.

Pues no es nada (*Observa si se ha ido.*)
lo que pide. ¡Qué yo calle!
¡Yo que hablo con una estatua!
¡Vamos, vamos, que don Judas
olvidó que tengo naguas.
¡Qué grosero! ¡Qué insolente!
¡Querer taparle á una dama
nada menos que la boca!

Vaya al diablo el muy bestiaza.
¡Callar! ¿Qué es callar? Inés,
Inés.

INÉS.

Allá voy. *(Dentro.)*

DOÑA MARIA.

¡Qué calma!
¡Jesus qué peso! Si estoy
por ponerme á la ventana
y contarselo al primero
que pase. ¡Mas cómo tarda!
Mejor será que..... *(Se levanta.)*

SALE INÉS.

Señora.
¿Qué ha ocurrido?

DOÑA MARIA.

Nada.

INÉS.

¿Nada?
Como gritaba usted tanto.

DOÑA MARIA.

¿Y la niña dónde anda?

INÉS.

Se está vistiendo.

DOÑA MARIA.

Pues dile.....
No le digas. Que yo vaya

será mejor. (*Vase.*)

ESCENA V.ª

INÉS.

Lleve el diablo
si yo entiendo una palabra
de este enredo. ¿A qué vendrán
estos secretos del ama
con su hija? Sabe Dios
que á no hacerme tanta falta
diera un dedo por saberlo
ahora mismo. ¿Y quién aguarda
cinco minutos ó seis
á que el pelmazo se vaya
de la madre? No señor.
La cerradura, á Dios gracias,
está convidando. Así
voy de puntillas y... ¡Calla! (*ve á Pedro.*)
¡Pedro tan pronto! Por cierto
no creí yo.....

ESCENA VI.ª

Inés y Pedro.

PEDRO.

¿Estás en casa?

INÉS.

Y de ceremonia.

PEDRO.

Ya.

Como esperando embajadas.

INÉS.

Pues dí la tuya, y vivito
marchate, no riña el ama
si ve......

PEDRO.

No es ella muger
que se asusta de fantasmas
con esa facilidad.

INÉS.

En fin, vamos. ¿Que te tardas?

PEDRO.

Es que estoy viendo si acaso... (*registrando.*)

INÉS.

Por Dios, Pedro, que estoy harta
de tus misterios.

PEDRO.

¿No hay nadie
que pueda.....?

INÉS.

Ni gatos. Habla.

PEDRO.

Pues, señor, has de saber

como desde anoche, gracias
á tu consejo, al corriente
estoy de cuanto importaba.
Don Luis tan solo ha venido
á Cádiz con la esperanza
de ver á una señorita
que aquí muy presto se aguarda
de..... no sé donde.

INÉS.

¿De veras?
¿Mas por qué?

PEDRO.

La cosa es clara.
Porque está loco por ella.

INÉS.

¿Con qué la quiere?

PEDRO.

¡Caramba
si la quiere!

INÉS.

Pero acaso
ya no la quiere.

PEDRO.

No es mala
conclusion. Anoche mismo
le escribió, por si llegaba
á buen tiempo, y por mas señas

yo eché al correo la carta.

INÉS.

¿Con sobre á ella?

PEDRO.

Sí.

INÉS.

Luego
tú sabes como se llama.

PEDRO.

Sí lo sé; mas no me acuerdo
de su apellido.

INÉS.

Nos basta.
El caso es que quiere á otra,
y llámese Pepa ó Juana
es lo de menos. ¡Qué tal!
¡El hombre de bien! Ya escampa.
¡El de la formalidad!
¡El juicioso! ¡Qué canalla
son todos! Y dirán luego
de las mugeres? ¿No hay nada
mas?

PEDRO.

¿Y qué mas?

INÉS.

Sí, no es poco.
Pero... vete ya. ¿Qué aguardas? (*Mira adentro.*)

PEDRO.

Me voy. ¿Mas por qué tal prisa?

INÉS.

Es que ya sale mi ama
del cuarto de su Adelita,
y puede ser que.....

PEDRO.

No haya
miedo; pues antes que llegue
estoy yo un tiro de bala
de aquí. Con que á Dios.

INÉS.

A Dios.

PEDRO.

(La embrolla no va muy mala.) (*Ap.*)
(*Vase.*)

ESCENA VIIª.

Adela é Inés.

INÉS.

¿Y bien?

ADELA.

¡Lance original!
He sabido en este instante
que debe llegar mi amante
muy presto.

INÉS.

¡El amante! ¿Cuál?

ADELA.

¡Que pregunta!

INÉS.

¿Y hago mal?

ADELA.

El de Sevilla.

INÉS.

Famosa
idea; mas vuestra prosa
ya es antigua algaravia,
que amante y novio, en el dia
suelen ser distinta cosa.
En fin, forzoso es pensar
que hemos de hacer en tal caso.

ADELA.

Las circunstancias y el caso
son quienes me han de guiar;
aun hay tiempo, y á mal dar
obre el ingenio despues,
y si ayuda el arte, Inés,
sucumbirá la razon,
que si es calva la ocasion
nunca es manco el interes.

INÉS.

Mas antes conviene.....

ADELA.

Ver
del otro las intenciones
que en estas resoluciones
vale el ardid de muger.
¿Y tú llegaste á saber
algo de don Luis?

INÉS.

Ahora.

ADELA.

¿Y de buena fe enamora?

INÉS.

¿De buena fe? Dios la dé.

ADELA.

¿Mas tú qué supiste?

INÉS.

¿Qué?
Que es como todos, señora,
que no ama, ni por asomo,
que otra es su antiguo cariño,
que ayer le escribió, y que el niño
es maula de tomo y lomo.
Que ya no es dable (¿Ni cómo?)
sujetar su corazon,
y que en aquesta ocasion
de medio á medio la erramos,
pues que pichon le juzgamos

cuando es palomo ladron.

ADELA.

¡Qué chasco! Mas aun no es tarde;
por fortuna á tiempo estoy,
y lo que puedo hacer hoy
vano es que á mañana aguarde.
Nada hay, pues, que me acobarde
en lance tan oportuno.
Así de entrambos, ninguno
será presto mi amador;
que no es mal juego en amor
perder dos por ganar uno.

INÉS.

Con que usted piensa.....

ADELA.

Al momento
dejarlos, y esto es seguro;
que si mas tardo, aventuro
mi fama y mi casamiento.

INÉS.

¿Mas con cuál pretesto?

ADELA.

Ciento
hay siempre para acabar:
y algo se ha de aventurar
que en la malilla de amor
es capote de favor

el quedarse sin casar.

INÉS.

Ya deseo la ocasion
de que lleguen.

ADELA.

Mas, espera. *(Ruido dentro.)*
¿Quién sube por la escalera
con tal precipitacion?

INÉS.

Señorita, sí. Ellos son. *(Se asoma.)*

ADELA.

¿Quiénes?

INÉS.

Los dos.

ADELA.

Como soy,
que presto llegan.

INÉS.

¿Me voy?

ADELA.

Sí, vete y nada receles;
pues ó quemo mis papeles,
ó golpe seguro doy. *(Vase Inés.)* *(Adela se sienta.)*

ESCENA VIII.ª

Adela, Luis, Fermin con una carta.

FERMIN.

No señor, que has de venir
aquí conmigo.

LUIS.

¡Estás lelo!

FERMIN.

Y ha de ver su propia carta:
y la he de decir.....

ADELA.

¡Qué es esto!
¡Qué alteracion! ¡Qué semblante!
¿Hay acaso.....?

FERMIN.

Nada bueno,
y estraño mucho, señora.....

LUIS *(á Fermin.)*

Hombre, por Dios.

FERMIN.

Que á un sugeto
como yo, así se le falte.
¿A qué vienen fingimientos?
Todo lo sé, y esta carta
que acaso hallé en mi aposento
caida, muy bien me muestra

de lo que es capaz un pecho
femenil. ¿Con qué soy tonto?
¿Con qué yo soy majadero?
¿Yo.....?

ADELA.

¿Y bien?

FERMIN.

La frescura alabo.
¿Pues si tengo esos defectos?
¿Por qué me quiso?

ADELA.

¿Quién, yo?
En mi vida.

FERMIN.

Pues es bueno.
Vive Dios que me colgara
de una viga. ¡A mí un desprecio!
¡A mí una muger!

LUIS.

Fermin.
¿Y á tí qué te importa eso?

FERMIN.

No que será á tí.

LUIS.

Tampoco.
Pero como nunca un bledo
te se ha dado de esas cosas

que tú apellidas babeos,
pensé yo que.....

FERMIN.

Mal pensado.
En fin, la broma y los juegos
deja; pues en lance tal
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS.

Perdona, amigo, creí
que obrases ni mas ni menos
como hablabas.

FERMIN.

(¡Qué leccion!) *(Aparte.)*

LUIS.

Mas, pues me engaño, te ofrezco
hacer porque aqueste error
no sea fatal á tu afecto.

ADELA.

(¿A dónde vendrá á parar?
Mas callar es lo mas cierto.) *(Ap.)*

LUIS.

Veo que quieres á Adela.

FERMIN.

¡Yo!

LUIS.

Sí, porque tienes celos
y esa es señal que no falla.

FERMIN.

Que la quise no te niego;
pero.....

LUIS.

Silencio y escucha.
Adelita, yo confieso
que obré mal: nunca debí
atentar á los derechos
de un amigo. Así es forzoso
que ambos castiguen mi yerro.
Hágase la paz, y pues
yo por mi parte ya cedo,
cedamos todos, y acaben
de una vez esos muñecos.
¿No es verdad Adela? *(Silencio.)*

FERMIN.

¿Ves?

LUIS.

Dice un español proverbio:
que el que calla es porque otorga.
Pues señor, esto está hecho.
Llega tú, que aquestos son
los privilegios del sexo.

FERMIN.

Mas si yo tengo razon
¿por qué he de ceder?

LUIS.

Lo entiendo.
Pero no basta ser justo,
es forzoso parecerlo,
y quizá tú aunque lo ignores
habrás dado fundamento
de sospecha. Son las damas
quisquillosas en estremo
por lo regular, y á veces
el rencor hace su efecto;
mas no dura, que el amor
sabe perdonar muy presto.

FERMIN.

¡Pues qué..... un hombre como yo
se ha de humillar!

LUIS.

¿Y qué medio?

FERMIN.

Pero.....

LUIS.

Las faldas no humillan.

FERMIN.

Pues tú lo quieres, me acerco.
Adelita ya ve usted
como yo al cabo..... (No acierto
que decirle) sus injurias
supe olvidar, y pues esto

es de cariño tal prueba,
exijo que por lo menos
se me diga, qué motivo
pudo dar pie á tanto yerro.
No busco culpa: no Adela.
Busco sí arrepentimiento.
¡Pero qué! ¿Usted el semblante
vuelve? ¿Usted el rostro bello
oculta de mí? ¿Se aflige?

LUIS.

(Bien, por Dios). *(Aparte.)*

FERMIN.

¿Y será cierto? *(Se arrodilla.)*
¿De ese corazon, por dicha
aun no he perdido el afecto?
¿Podré esperar?

ADELA.

Ah, ah, ah. *(Se rie.)*
Parece está usted haciendo
algun paso de comedia. *(Ad. se levanta.)*

FERMIN.

¡Señorita.....! ¡Yo!

LUIS.

Hecho un yelo
se quedó. ¡Qué humillacion!
¡Qué ceguedad! ¡Y qué ejemplo
para el que á todas desprecia! *(Ap.)*

FERMIN.

Mas.....

ADELA.

Fermin, bromas dejemos
á un lado. Si hoy por fortuna
á su buen humor me presto;
mañana tal vez..... (*Fermin se levanta.*)

FERMIN.

¿Pues qué?
¿Lo ha tomado acaso á juego?

ADELA.

¿Y cómo lo he de tomar?

FERMIN.

¿Con qué usted por lo que veo,
no me quiere?

ADELA.

No señor.

FERMIN.

¿Ni jamas me quiso?

ADELA.

Menos.

FERMIN.

¿Ni nunca fuera feliz
á mi lado?

ADELA.

Ni por pienso.
Fermin, lo propio que dije

en mi carta, eso sostengo
y sostendré. Quien se juzga
de los corazones dueño
solo con una mirada:
quien humilla al bello sexo
sin distincion, y quien halla
milagros en el desprecio;
solo este merece. Usted
júzguese su propio pleito.
Y advierta de hoy para siempre,
que las mugeres, durmiendo
saben mucho mas que el hombre
aunque esté muy bien despierto.
Que si quieren engañarle,
lo harán, sin otro remedio.
Que con ellas, la esperiencia
vale poco; pues es cierto
no se hallarán en la tierra
dos iguales, y sabemos
que el conocer y juzgar
los corazones, es cuento.
Si esta leccion aprovecha;
si escarmienta en propio yerro
tanto mejor para usted.
En cuanto á mí.....

LUIS.

¡Mas qué es esto!

¿Acaso habla usted de veras?

ADELA.

Y tan de veras, que es tiempo
de que le toque la suya.

LUIS.

¡A mí!

ADELA.

¿Pues no?

FERMIN.

¿Estoy despierto? *(Ap.)*
Por Dios no sé que me pasa.

ADELA.

Señor don Luis, no quiero
recordarle su conducta
hasta aquí. Nadie un defecto,
nadie en usted una tacha
pudiera hallar.

LUIS.

Yo agradezco.....

ADELA.

Le suplico que reserve
esas gracias para luego.
¡Pero cuánto se engañaba
quién así juzgó! Encubierto
bajo apariencia tan dulce
se hallaba sútil veneno.
Fingiendo pasion, ternezas,

simulando amor y celos,
tendisteis la red, que á dicha
supe yo evitar á tiempo.
¿No es esto verdad, Luis?
Diga usted si con efecto
no ama á otra. Si ayer mismo
no le escribió. Si su objeto
no es el unirse con ella.
En fin, hable usted.

LUIS.

No acierto..... (*Fingiendo turbacion.*)
Señorita..... yo..... es verdad
que..... si..... Todo va saliendo (*Ap.*)
como esperaba.

ADELA.

No mas,
que esto es suficiente.

FERMIN.

¿Pero
no hemos de saber....?

ADELA.

Si tal.
Por mi parte esto es resuelto.
Usted, señor don Luis,
busque otra tonta (que á cientos
las hallará) y á su salvo
pruebe en ella sus enredos;

sus novelescas pasiones,
aquellos fingidos celos,
y aquel amor, que no há mucho
pintaba con tanto fuego.

LUIS.

Con que esto quiere decir.....

ADELA.

Que hemos concluido.

LUIS.

(Bueno). (*Aparte.*)

ADELA.

Y en cuanto á usted don Fermin,
con repetir me contento
lo que hace poco dije,
pues tanto vale, y valemos
tan poco, hallará de sobra
quien sujete el dócil cuello
á su amor, si es que se digna
elevarla á tanto puesto;
pero por lo que á mí toca,
su presuncion, sus defectos
son tales, que no es posible
disimularlos. Por eso
ni le he querido en mi vida,
ni le querré, ni le quiero.
Creo haber dicho bastante.

FERMIN.

No señora, ni por pienso.
¿Cómo ha de bastar? Mi honor
está ultrajado, y pretendo
aclarar este negoció
á todo trance.

ADELA.

¿Y qué medio?

FERMIN.

¿Qué medio? Usted lo verá.
¿No sabe acaso que tengo
en mi mano la venganza?
¿No sabe que soy....?

LUIS.

Silencio *(A Fermin.)*
por Dios. (Él va á descubrirse *(Ap.)*
y aun no debe).

ADELA.

¿Qué misterio
es ese? Por fin sepamos.

FERMIN.

Si señora. Lo sabremos
puesto que usted lo desea.

LUIS.

(Y aun no viene.) *(Mirando ácia fuera.)* *(Aparte.)*

FERMIN.

Yo..... No quiero *(Le tira de*
callar, que ya de la manta *la casaca.)*
tiró el diablo, y.....

LUIS.

Mas..... *(A Fermin.)*

FERMIN.

Ni atiendo,
ni quiero oir.

LUIS.

(¿Y qué haré? *(Aparte.)*
mas me ocurre un pensamiento).
Es muy estraño Fermin,
que con tono tan grosero
te atrevas así á faltar
de una dama á los respetos.
Si crees porque está sola
que impunemente has de hacerlo;
si con esas amenazas,
si con gritos descompuestos
juzgas vindicar tu honor
mucho te engañas. No veo
ya en ella á quien me desaira,
no escucho el resentimiento,
solo sí en aqueste instante
me acuerdo, soy caballero,
y como tal no me agrada,

ni en mi presencia consiento
que se ultraje á una señora.

FERMIN.

¿Y á tí quién para este entierro
te dió vela? Un mal amigo,
un hombre á quien yo hice dueño
de toda mi confianza,
que de ella abusa ¿es por cierto
quien se atreve á echarme en cara
mi proceder?

LUIS.

Te lo echo.
Si señor.

FERMIN.

Pues yo no sufro..... *(Gritos.)*

LUIS.

Yo tampoco.

ADELA.

¡Santos cielos!
¡Pues cómo! Por Dios señores.....

LUIS.

Está muy bien. En saliendo *(van*
se verá. *ácia la puerta.)*

FERMIN.

Cuando tú gustes.

ADELA.

(Mal golpe fuera por cierto. *(Ap.)*

Valga el arte). Ay que me dá.
Mamá. *(Se deja caer en una silla.)*

LUIS.

Adelita.

ESCENA IX.ª

Dichos y doña María.

DOÑA MARIA.

¡Qué es esto!
¡Qué alboroto! ¡Qué algazara!

LUIS.

Señora......

DOÑA MARIA.

¡Mas qué estoy viendo!
Mi niña. ¡Válgame Dios!
¿Pero ustedes que le han hecho?

FERMIN.

Yo nada.

LUIS.

Ni yo tampoco.

DOÑA MARIA.

¿Pues á qué habrá sido ello?
Vamos, sin duda será
porque como hoy hubo truenos.

LUIS.

Los truenos fueron, no hay duda.

¡Pobre Adela!

FERMIN.

(Para el perro (*Ap.*)
que se fiara.)

DOÑA MARIA.

Ay Jesus.
Inés.

ESCENA X.ª

Dichos é Inés.

INÉS.

Señora.

DOÑA MARIA.

Corriendo
traeme aquí el Pericon,
y mientras yo le hago fresco, (*Se va y*
aflójale tú el corsé, *vuelve con el abanico.*)
dale agua. ¡Qué desconsuelo!
Que se me muere mi hija,
que se me muere.

ESCENA XI.ª

Dichos y don Judas con un paquete en la mano.

DON JUDAS.

Laus Deo.

LUIS.

(Mi tio, salí de afan.) (*Ap.*)

D. JUDAS.

Señoras felice dia. (*Deja el paquete.*)
¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?

DOÑA MARIA.

Si señor.

D. JUDAS.

Voto á San.

DOÑA MARIA.

Sóstenla tú. (*A Inés.*)

INÉS.

No se cae.

DOÑA MARIA.

Inés, traele aquello.....

INÉS.

¿Cuál?

DOÑA MARIA.

Aquello que huele mal.

D. JUDAS.

Cuenta con lo que se trae.

LUIS.

¿El eter?

DOÑA MARIA.

Sí.

INÉS.

Se ha acabado.

DOÑA MARIA.

¡Qué descuido! En nada estan.

D. JUDAS.

Como haya en casa alquitran,
ese es remedio probado.

DOÑA MARIA.

¿Y vinagrillo?

INÉS.

Ha de haber.

DOÑA MARÍA.

Pues mira si en mis cajones
está el de siete ladrones. (*Vase Inés.*)

FERMIN.

(Los de Ecija habian de ser.) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

Ay, si se me morirá.
Don Judas, si usted supiera
medicina.

D. JUDAS.

Bien pudiera,
porque he leido á Le Rua.

DOÑA MARÍA.

¿Y allí no hay cosa que valga
para esto?

D. JUDAS.

Darle al contado
la purga del primer grado,

y salga por donde salga.

INÉS.

Aquí está ya. (*Vuelve Inés con un frasco.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y bien, qué hacemos?

D. JUDAS.

No arriar en banda el tapon.

INÉS.

Descuide usted.

LUIS.

(¡Qué ficcion!) (*Aparte.*)

DOÑA MARÍA.

¿Le hará daño?

D. JUDAS.

Allá veremos.

DOÑA MARÍA.

¿Qué se decide por fin?

D. JUDAS.

Yo creo la han de aliviar
ayudas de agua del mar.
¿No os parece bien, Fermin?

FERMIN.

(A ver como no revienta.) (*Ap.*)
¿Mas yo qué sé?

INÉS.

Por san Pablo.

FERMIN.

Traíganle un doctor ó un diablo.

D. JUDAS.

Lo mismo es ocho que ochenta.

LUIS.

(¡Qué tardar!) Tio. (*Ap.*) (*Bajo á don Judas.*)

D. JUDAS.

¿Qué quieres?

LUIS.

¿Está todo?

D. JUDAS.

Todo está.

LUIS.

Al caso pues.

D. JUDAS.

Allá va.

Posible es que las mugeres (*Alto.*)
siempre y en todo han de errar,
irse á poner mala el dia
que yo el novio le traía
es cosa particular.

DOÑA MARÍA.

¡El novio!

FERMIN.

¡Su novio!

D. JUDAS.

Cierto.

FERMIN.

¿Pero quién es?

LUIS.

Calla ahora. (*A Fermin bajo.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y está en Cádiz?

D. JUDAS.

No señora.

FERMIN.

(¡Es sueño ó estoy despierto!) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

¿Mas cómo, si aun no ha llegado,
puede usted traerle acá?

INÉS.

Señorita, oye usted. (*Al oido á Adela.*)

ADELA.

¡Ah!

INÉS.

Ya vuelve.

LUIS.

¿Se le ha pasado?

ADELA.

¿Dónde estoy?

D. JUDAS.

En una silla.

ADELA.

¿Y ellos?

INÉS.

Solo fue una chanza.

ADELA.

¿Se mataron?

D. JUDAS.

Qué! ¿Hay matanza?
Pues acoto una morcilla.

INÉS.

Delira.

D. JUDAS.

Entonces no hay trato.

DOÑA MARÍA.

¿Qué sientes?

ADELA.

Mucha opresion,
mas ya se pasa.

D. JUDAS.

Es pension.

DOÑA MARÍA.

¡Oh! Sus nervios y mi flato
á ambas nos sacan de quicio.
Gracias que hoy volvió al momento.

D. JUDAS.

Si esa voz de casamiento
es la trompeta del juicio.

DOÑA MARÍA.

Al caso.

D. JUDAS.

Por el vàpor
recibí há pocos instantes
los papeles de que antes
hablé ya á usted.

DOÑA MARÍA.

Si señor.

FERMIN.

¿Mas Luis.....? (*A Luis.*)

LUIS.

Chito, y destierra (*Á Fermin.*)
todo cuidado.

FERMIN.

(Estoy loco.) (*Aparte.*)

D. JUDAS.

Hice rumbo aquí, y á poco
eché el cargamento en tierra.

DOÑA MARÍA.

Pero bien, doy de barato
que esté ya arreglado eso.
¿Él viene?

D. JUDAS.

No en carne y hueso;
pero traigo su retrato.

ADELA.

¡Su retrato!

DOÑA MARÍA.

Con que al fin..... (*A don Judas.*)

D. JUDAS.

Ya el asunto es decidido. (*A doña María.*)

FERMIN.

¿Mas qué es esto?

DOÑA MARIA.

Que marido
tiene mi hija, don Fermin.

D. JUDAS.

Tome usted. (*Da el retrato á Ad.*)

DOÑA MARIA.

Sí, que á ella toca
juzgar si es bonito ó feo.
Inés, mis gafas.

ADELA.

¡Qué veo! (*Mirando el retrato.*)
¡Dios mio!

DOÑA MARIA.

¿Niña, estás loca?

ADELA.

Es el señor. (*Señalando á don Fermin.*)

DOÑA MARIA.

¡Cómo!

D. JUDAS.

Sí.

LUIS.

¿Estás? (*Bajo á Fermin.*)

FERMIN.

Ya todo adivino.

DOÑA MARIA.

Con que usted es.....

FERMIN.

El sobrino
de don Judas.

ADELA.

¡Y que á mí
tal me suceda! ¡Qué rabia!
¡Qué vergüenza!

DOÑA MARIA.

En conclusion
¿á qué vino esa ficcion?
¿Hubo causa?

LUIS.

Una y muy sábia.
En bien que tan cerca toca
como la propia ventura,
la reflexion mas madura
á veces suele ser poca,
y ni es esposa constante
quien veleta un tiempo ha sido,
ni nunca es feliz marido
quien no fue dichoso amante.

Si tal logró, él lo decida
puesto que es su novio.

DOÑA MARIA.

Y bien,
él se casará.

D. JUDAS.

Sí.

FERMIN.

¡Quién!
¡Yo con Adela! En mi vida.
No fuera mala locura.

DOÑA MARIA.

Bueno está. ¿Y el compromiso?

FERMIN.

Se acabó, pues ella quiso.

ADELA.

¿Qué dirán?

D. JUDAS.

Que quien procura
tener novios á montones,
este fruto ha de coger.

DOÑA MARIA.

¿Mas yo qué habia de hacer?

D. JUDAS.

Zafarrancho de moscones.
Que el que con buena bandera
viene á quererse casar,

si ve corsario en la mar
toma la vuelta de afuera.

DOÑA MARIA.

Yo no sé lo que me pasa.

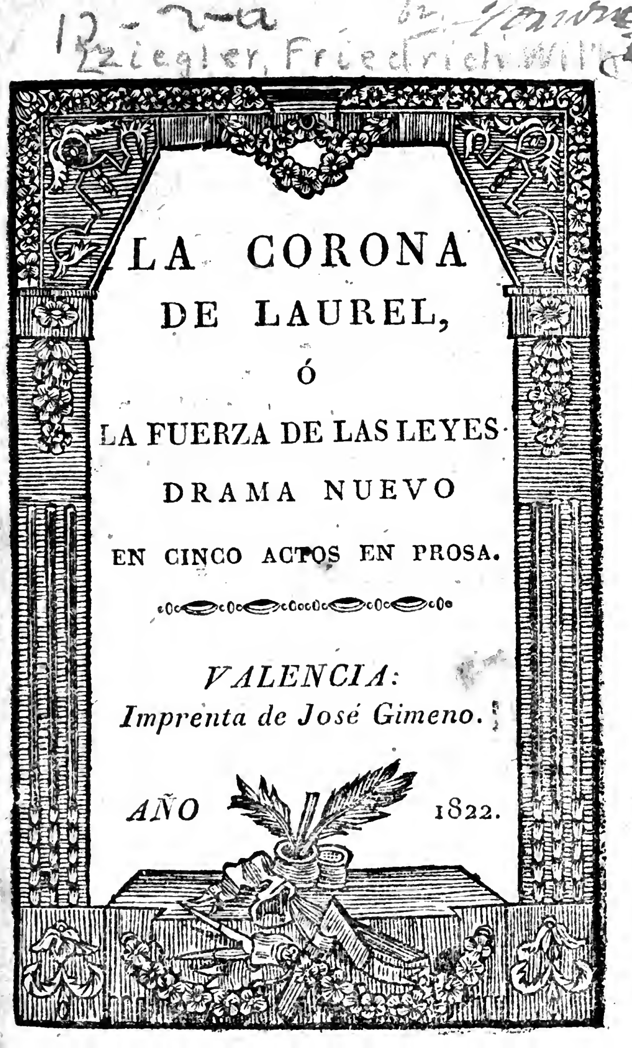
FERMIN.

Luis, primo, mi ceguedad
perdona.

LUIS.

De mi amistad
es deuda. Vuelve á tu casa,
vuelve á Sevilla, y allí
curate de tu manía,
acordándote que un dia
nada valiste por tí.
Busca esposa amante y fiel,
que ese es el mayor tesoro;
mas no esperes hallar oro
si vas en pos de oropel.
Haz debida distincion,
y al bello sexo respeta,
que aunque haya mucha coqueta
muchas hay que no lo son.
En fin, júzgate de hoy mas,
cual los otros, que va errado
quien piensa será apreciado
si desprecia á los demas.
Y usted Adela, que ha sido

víctima de tal contienda
cambie de norte; y la enmienda
le hará ganar lo perdido.
Reflexione cuanto daña
á su honor conducta tal;
pues la opinion es cristal
que aun del aliento se empaña.
Sea en todo compromiso,
formal, constante, amorosa,
que no vale para esposa
quien hoy ódia y ayer quiso.
En fin, pues desliz tamaño
mereció tal escarmiento,
de ambos el comportamiento
remedie futuro daño;
y ojala que esta leccion
os pueda bien demostrar,
el fin que suelen lograr
Coquetismo y Presuncion.



LA CORONA DE LAUREL, ó LA FUERZA DE LAS LEYES

DRAMA NUEVO

EN CINCO ACTOS EN PROSA.

VALENCIA:
Imprenta de José Gimeno.

AÑO 1822.

13-7

PERSONAS.

El Duque.
El Príncipe Adolfo, su hijo.
El Coronel Grawenstein. *
El Mayor. *
El Capitan Walter. *
Amalia.
Eloisa.
Un Ayudante. *
Gregorio, soldado. *
Un Sargento. que no habla. *
El Baron de Neiss.
Ricardo, mayordomo del Príncipe.
Pascual, criado del Coronel.
Un Teniente.
Un Ugier.
Oficiales y Soldados. *

Nota.

*Es de advertir que todos los que van señalados con esta * deben llevar igual uniforme por ser del mismo regimiento.*

ACTO PRIMERO.

SALON EN CASA EL CORONEL GRAWENSTEIN; CUATRO PUERTAS LATERALES Y UNA EN EL FORO.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON DE NEISS, introducido por ELOISA por la puerta del foro.

Elois. Venid conmigo; nada receleis.
Bar. Pero el coronel....
Elois. Acaba de salir. A qué viene tanto temor?
Bar. Ya sabeis que el coronel no es amigo mio.
Elois. Lo sé, y sé tambien que esta enemistad proviene de que no quiso concederos la mano de su hija Amalia.
Bar. Asi la fortuna pudo proporcionarme la conquista de un corazon á quien deberé la felicidad de mi vida.
Elois. Ah baron! es preciso hablar con franqueza. Despues del amor que demostrasteis á mi prima Amalia, no deben satisfacerme las palabras; necesito hechos, y de estos deduciré la verdad de vuestras espresiones. Mi tio el coronel no es árbitro de mi mano. En caso de oposicion por su parte; estoy pronta á haceros dueño de mi corazon siempre que la santa ceremonia nos ponga al abrigo de los insultos.
Bar. Expresamente habia venido á veros para tratar de este asunto... pero aquí... tal vez...

Elois. No, no hay peligro.... mi prima está en su aposento.... y aunque lo oyese, qué importa?.... hablad con libertad.

Bar. Pues bien, amable Eloisa, ha llegado el tiempo de nuestra dichosa union; el mismo príncipe la aprueba y la protege; pero bajo una condicion.

Elois. Cuál es?

Bar. El príncipe adora á Amalia; desea ser correspondido, y ayer mismo me prometió el condado de Fiortolle si consiguia introducirle en su gracia. Yo, señora, confiado en la amistad que os he merecido, me comprometí, y espero que se logrará á lo menos...

Elois. Persuadirla?

Bar. Sí, persuadirla por medio vuestro. En la posesion de este ilustre condado disfrutareis de aquel estado feliz, hijo de la opulencia, y brillareis entre las bellezas mas celebradas de la corte.

Elois. Amable baron! el vivo sentimiento de un amor puro y no el interes de una colocacion brillante, me hará emprenderlo todo para servir al príncipe y á vos.

Bar. Preparaos pues à la grande obra.

Elois. Ah! que yo temo un terrible obstáculo.

Bar. Cuál puede ser?

Elo. Que su corazon esté prevenido por otro objeto.

Bar. Y quién será capaz de rivalizar con el príncipe? Este es un regalo, señora, que debe precisamente despertar su amor propio: (1)

1 *Saca el lienzo de un estandarte, y le entrega á Eloisa.*

un estandarte prusiano conquistado por el mismo príncipe; él se lo tributa en prueba de sus amorosos sentimientos, y vos debeis encargaros de presentárselo. Si por este medio se pudiera conseguir en cambio un obsequio... una contestacion... qué se yo?... una prueba de gratitud á las demostraciones del príncipe....

Elois. Inducirla á que le escriba, me parece imposible.

Bar. A lo menos su retrato... tal vez con esto.. ya veis... si con semejante trofeo me presento al jóven enamorado, apuesto á que me pone inmediatamente en posesion del condado prometido, y entonces... Quién lo duda? se efectua al instante nuestro matrimonio.

Elois. No sé que responder: probaremos.

Bar. Dentro de dos horas estoy de vuelta; que la súplica se haga con toda eficacia posible.

Elois. No dudeis de la puntualidad.

Bar. Amable Eloisa. (2)

Elois. A Dios, querido baron.

ESCENA II.

ELOISA SOLA.

Elois. Estoy cansada de vivir con esta familia. Educada en la capital en casa de mi madre donde todo respiraba placer y galantería, es muy sensible y doloroso para mí verme con-

2 *Le besa la mano al despedirse, y vase por la puerta del foro.*

finada en este castillo bajo la tutela de un tio ridículo por su rigidez. Si consigo persuadir á Amalia que acepte los ofrecimientos del príncipe, volveré á respirar el aire de la corte, y á gozar de aquellas diversiones que forman las delicias de la juventud.

ESCENA III.

DICHA y AMALIA *por la primera puerta de la izquierda.*

Amal. Querida prima.
Elois. Qué quieres, Amalia?
Amal. Padre está en casa?
Elois. No ha vuelto todavía.
Amal. Quisiera que me hicieras un favor.
Elois. Estoy pronta á complacerte.
Amal. Sabes quién llegó ayer tarde escoltando los prisioneros prusianos que se han hecho en el último ataque?
Elois. Quién?
Amal. El capitan Walter.
Elois. Aquel de quien me has hablado tantas veces?
Amal. Prima, sabes lo que he pensado? hacer una inocente travesurilla. (*alegre.*)
Elois. Tú querrás hablarle, y....
Amal. Oh! no, eso no..... sin que padre lo sepa, no lo haré jamás.... no quisiera.....
Elois. Esplícate pues: qué es lo que pretendes de mí?
Amal. Mira, solo que le entregues esta corona de laurel en que he tejido mi nombre, en prueba de cuanto respeto su valor. (*saca la corona.*)

Elois. Acepto muy gustosa el encargo, y confio desempeñarle á tu satisfaccion.

Amal. Te lo agradeceré infinito; toma pues.

Eloisa leyendo. » Amalia al valiente capitan." Bravo. Ahora bien, querida prima, yo debo darte un recado de muchísima importancia.

Amal. De parte de quién?

Elois. De parte del jóven príncipe.

Amal. Del príncipe Adolfo?

Elois. Ay Amalia! no sé si podré referirte cuanto me ha contado el baron de Neiss del amor que arde por ti en el corazon del príncipe. Yo te considero próxima á ser la dama mas envidiada de la corte, y (sí, Amalia, me atrevo á decirlo) depende únicamente de ti el ser cuanto antes su esposa.

Amal. Su esposa! no, no lo seré jamás (*con resolucion.*)

Elois. Por qué motivo?

Amal. La distancia que media entre su clase y la mia, desvaneceria todo sentimiento de amor que albergue por él; fundo mi dicha en la tranquilidad del corazon.... Esposa del príncipe no me hallaria en los brazos de un amante correspondido.

Elois. En cuanto á concederle tu mano, Amalia, tú eres árbitra.... Yo no me opongo; pero guárdate bien de enemistar al príncipe: tienes un padre y un hermano que sirven en el egército; ya ves cuanto necesitan de su favor; tú deberias á lo menos....

Amal. Le respeto, y esto basta.

Elois. Tengo un regalo que hacerte de su parte.

Amal. Gracias, prima, gracias.

Elois. No es cosa que pueda ofender tu delicadeza. Mírale: este es el estandarte que conquistó á los prusianos; considera por un instante el mérito de la oferta, y verás que no puedes rehusarla sin faltar á todas las leyes del respeto, del deber y de la civilidad.

Amal. Considero inocente el regalo, pero no deja de confundirme, y....

Elois. Vamos, á que vienen tantos escrúpulos? Querida Amalia, la gratitud no es un delito.

Amal. Cómo es posible?... mi honor....

Elois. El honor debe conservarse á toda costa, pero el deber te aconseja mostrarte agradecida á quien tiene en su mano la fortuna de toda tu familia; mándale tu retrato.

Amal. Antes morir.

Elois. Tanta delicadeza es culpable. (*con enfad.*)

Amal. Mas lo es tu proposicion. (*con seried.*)

Elois. Basta, Amalia; yo presentaré á tu padre los trofeos de Walter.

Amal. Ah! no; perdona....

Elois. Debo interesarme en tu felicidad: á lo menos la corona....

Amal. Eloisa, ya te he manifestado mis sentimientos.

ESCENA IV.

El CORONEL *y el* CAPITAN *precedidos por* GREGORIO *y* PASCUAL, *que abren la puerta del foro, y* DICHAS.

Coron. Adelante, capitan, sin cumplimientos.

Capit. Señorita.... (*á Amalia*.) Madama.... (*á Eloisa*.)

Amal. Señor capitan. } *mútuas cortesías*.
Elois. Bésoos la mano. }

Amal. Cómo se halla mi hermano?

Capit. En perfecta salud, y lleno de gloria.

Amal. Con qué ansia deseo estrecharle entre mis brazos.

Capit. Espero que no tardareis mucho tiempo en disfrutar de esa satisfaccion.

Amal. Y vos, señor capitan, cómo....

Coron. Basta, hija mia, basta: el señor capitan ha venido á visitar á su coronel, y no á tí. Retírate tú tambien, sobrina; tenemos que hablar en secreto.

Amal. Perdonad. Prima, vamos. La corona.... ay Dios! que confusion es la mia (1)

Elois. Capitan Walter.... capitan, el principe.... el golpe es seguro. (2)

Capit. Cómo estais de vuestras heridas, señor coronel?

Coron. Cuasi todas las tengo cicatrizadas, y espero que cuanto antes me hallaré en estado de recibir otras nuevas; pero cómo no me hablais de mi hijo?

Capit. Señor, el egército todo reconoce en el capitan de Grawenstein un modelo de verdadero valor y exacta subordinacion, y con-

1 *Aparte. Y vase por la primera puerta de la izquierda.*

2 *Aparte. Y vase por la segunda puerta de la izquierda.*

fio que dentro de poco tendreis el consuelo de abrazarle, condecorado con la insignia debida al mérito.

Coron. A mí me bastará abrazarle honrado, útil á su patria y fiel á su soberano; estas calidades son mas apreciables para mí, que todas las promociones que pueda obtener; pero, señor capitan, ya que estamos solos, decidme en que puedo serviros.

Cap. Señor coronel, esta cruz... (*señalándola*).

Coron. Sin duda la habreis merecido.

Capit. El duque me la concedió en la última accion con los prusianos, en que tuve que retirarme herido.

Coron. A caro precio la comprasteis.

Capit. Cumplí mi obligacion.

Coron. Siendo así, el duque cumplió la suya premiándoos.

Capit. Ah señor coronel! parece que no quereis comprenderme.

Coron. Es que no os comprendo realmente.

Capit. Combatia por vuestra hija.

Coron. Por Amalia! El capitan Walter está continuando en el regimiento Grawenstein al servicio de S. A. el Duque... no sabia que mi hija privase á mi soberano de tan distinguidos vasallos.

Capit. No os acordais de la promesa que me hicisteis antes de partir para el egército?

Coron. Cuál fue?

Capit. Que combatiese con valor, y que si llegaba á distinguirme, me concederiais la mano de la bella Amalia.

Coron. Bueno! siendo asi, vos vais á la guerra, arrostrais peligros, os apoderais de puestos enemigos, y luego venis á forragear en mi casa? (*riendo.*)

Capit. Yo.

Coron. Basta. Hei? (*llamando.*)

ESCENA V.

Pascual por el foro, dichos, y luego Amalia.

Coron. Venga pronto mi hija. (1)

Capit. Señor coronel.... (*algo confuso.*)

Coron. Callad; no os tocaba á vos dictar leyes á mi condescendencia, debiais esperar una gracia, y no exigir un tributo. Si por cada una de las heridas que he recibido en el campo del honor, se me hubiese concedido una muchacha, ni el gran Sultan tendria un serrallo mas completo que el mio.

Sale Amal. Qué se os ofrece, padre?

Coron. Amalia, conoces á este caballero.

Amal. Si, padre mio.

Coron. Le conoces, (2) eh? le habrás hablado muchas veces?

Amal. Cuando con vuestro permiso venia á visitarnos.

Coron. Pues bien, ya no vendrá mas á visitarte.

Amal. Padre.... (*temerosa.*)

1 *Vase Pascual por la primer puerta de la izquierda*

2 *Aparentando seriedad.*

Coron. No, no vendrá mas, porque tú estarás siempre á su lado. (1)

Amal. Ah Cárlos!

Capit. Amalia!

Amal. Ya eres mio.

Capit. Para siempre. (*Abrázanse.*)

Coron. Eh, basta, basta, muchachos; no es tiempo todavia: entre tanto, señor capitan, si deseais la entera posesion de mi hija, procurad veros inmediatamente con el príncipe, implorad su mediacion á fin de conseguir el permiso, pues ya sabeis que en tiempo de guerra, no suele permitir el duque que se casen los oficiales; pero en esta ocasion en que el hijo se le presenta con el estandarte prusiano, estoy bien cierto que no se atreverá á negar cosa alguna.

ESCENA VI.

PASCUAL y luego el MAYOR, el AYUDANTE, OFICIALES, un TENIENTE con vestido de viaje, todos por la puerta del foro, y dichos.

Pasc. El señor mayor y algunos oficiales.

Coron. Que entren. (*vase Pascual.*) Tú retirate, hija mia, y ruega al cielo que no sea preciso, para curar al capitan de sus heridas, recetarle semejantes medicinas. (2)

1 *La presenta á Walter.*

2 *Amalia hace una graciosa cortesía, besa la mano á su padre, da una tierna mirada al capitan, y vase por la puerta de la*

Mayor. Coronel amigo, acaba de llegar este (1) oficial, enviado por el general en gefe del egército, para que marche cuanto antes al campo el cuerpo de caballería de reserva: dice que está enterado del último choque que se ha tenido con los prusianos despues de la salida del capitan Walter; y le he conducido aqui para tener la satisfaccion de que le oiga mi coronel.

Coron. Os quedo sumamente agradecido, señor mayor. Hablad pues; qué novedades nos traeis? (*al teniente*)

Tenient. Señores, el feliz pasage del puente de Inspruk.

Coron. Y podeis darnos una exacta noticia....

Tenient. Exactísima, mi coronel. Todo lo debemos á la intrepidez de un jóven capitan de caballería, que á pesar de un granizo de metralla enemiga que caia sobre nuestras tropas, se puso á la frente de su compañía, y con muy poca pérdida logró trasladarse á la parte opuesta.

Coron. Y quién fue ese valiente militar?

Tenient. El capitan Grawenstein....

Mayor. Vuestro hi.... (*al coronel.*)

Coron. Silencio, mayor. (2) Proseguid. (3)

izquierda. El coronel y el capitan se adelantan á recibir á los oficiales.

1 *Señalando al teniente.*

2 *Con mucha viveza.*

3 *Al teniente derramando lágrimas de placer.*

Tenient. Los enemigos no pudiendo resistir al ímpetu, con que se habia arrojado sobre ellos nuestra caballería, se hicieron fuertes en un montecillo que dominaba el camino, por el que precisamente debian pasar los nuestros; pero el intrépido capitan Grawenstein, cubierto todavía de polvo y sudor, por la primera empresa, no se detuvo un momento, y con estraordinario valor se apoderó de la colina, haciendo en ella quinientos prisioneros, y apoderándose de cuatro piezas de artillería. (1)

Coron. Oh Dios! quinientos prisioneros! cuatro piezas de artillería!...

Tenient. Pero lo que contristó sobre manera á la tropa, y turbó el placer de tan señalada victoria, fue una bala enemiga que repentinamente quitó la vida....

Coron. A quién?... (*con ansia.*)

Mayor. Silencio, amigo. (2)

Coron. A quién?

Tenient. Al capitan Grawenstein.

Coron. Cielos! (3)

Mayor. Qué habeis dicho? el capitan era su hijo. (*al teniente.*)

Tenient. Su hijo!... infeliz!... (*cuadro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

1 *Durante esta relacion va creciendo proporcionalmente el júbilo en el coronel.*

2 *Con viveza al teniente.*

3 *Desmáyase en brazos del Mayor.*

Mesa escrib.

ACTO SEGUNDO.

SALON EN CASA DEL PRINCIPE.

3.º Fel.º en p.ª con con

2B.ª Y.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON DE NEISS y RICARDO.

Bar. Al príncipe que estoy á su disposicion. (1) La suerte empieza á serme propicia. Coronel! tú me negaste la mano de tu hija... verás de lo que soy capaz. Lo que mas temo es la dulzura del corazon del príncipe, y su carácter demasiado bondadoso.... pero no importa: si llego á exasperar su pasion por Amalia, él será el instrumento de mi venganza.

ESCENA II.

EL BARON y EL PRINCIPE.

Prín. Tan pronto de vuelta, mi querido baron?
Bar. Siempre á vuestro servicio.
Prínc. Aceptó Amalia mi estandarte?
Bar. Con una alegría estraordinaria; y para manifestaros su gratitud, os suplica que acepteis esta corona de laurel, en la cual tegió su nombre para que pudieseis colocarle entre los de las bellezas que se hacen honor de complaceros.
Prínc. Amalia?
Bar. Ella misma.

1 *Vase por la izquierda Ricardo.*

Prínc. Oh Dios! Baron! tú llenas mi alma de un sentimiento el mas delicioso que he conocido. Cuántas obligaciones te debo!

Bar. Vuestra satisfaccion es mi recompensa.

Prínc. Pero cómo una dama de tanto mérito se ha determinado á manifestar tan abiertamente lo que pasa en su corazon?

Bar. Príncipe mio, quien porfía, lo alcanza todo. Una muger se deja fácilmente penetrar de las ideas de elevacion y grandeza.

Prínc. Feliz si puedo conseguir esta victoria! El matrimonio....

Bar. Cómo, señor, el matrimonio! una hija de un coronel que alcanza el alto honor de seguir una amorosa correspondencia con el príncipe hereditario, debe reputarse por feliz, y jamás aspirar á otro mas elevado empleo. No lo dudeis, señor, Amalia cederá á los prestigios de la ambicion, y vos la colocareis en la lista de las amorosas conquistas reservadas á vuestra juventud.

Prínc. Basta, baron; me ofendes si me crees capaz de olvidar aquellos principios de honor, respetados principalmente por mis iguales. Desengáñate, no soy capaz de sacrificar á Amalia al fuego de una voluptuosa pasion, para hacerla despues nueva víctima de mi capricho. Sabe que si soy amante para desearla, lo soy tambien para defenderla; y á aquel que continuase dándome tan pésimos consejos, no podria dejar de ser mi enemigo irreconciliable.

Bar. Variemos el plan..(*ap.*) Yo lo he dicho,

señor, no con ánimo de ofenderos, porque sean las que fueren vuestras deliberaciones, las venero, y estoy pronto á favorecerlas.

Prínc. Lo que yo quisiera es hablarla.... examinar su corazon....

Bar. Esto es sumamente fácil.

Prínc. Cómo?

Bar. Por medio de su prima Eloísa, á quien adoro, y que emprenderá imposibles para complacer á su futuro esposo.

Prínc. Ya ves, un lazo formado por la ambicion ó el respeto, causaría la infelicidad de mi vida.

Bar. No fuera malo que para adelantar el negocio, le dirigieseis un billete....

Prínc. Sí, dices muy bien.

Bar. Escribidle pues, que yo me encargo de lo demas.

Prínc. Cómo empiezo? »Condesita.... (1)

Bar. No; poned »Hermosa condesita." La adulacion en las mugeres es un golpe seguro.

Prínc. »Vuestro interesante regalo me ha llenado de satisfaccion." (*escribiendo.*)

Bar. Muy bien.

Prínc. »Pero deseo vivamente manifestaros mi gratitud. Confio que sereis bastante generosa para proporcionarme una ocasion.... como discreta.... para no permitir la infelicidad.... de vuestro príncipe Adolfo." Qué te parece?

Bar. Que hay muy poca impresion en ma-

1 *Escribiendo.*

teria de amor.... Señor, los amantes no deben medir las espresiones con el compas.

Prínc. Es verdad; pero una carta donde se pone la firma, es materia algo delicada, y debe ser siempre digna de quien la escribe, y de la persona á quien va dirigida. Toma. (1)

Bar. Voy al instante, y vuelvo á participaros el resultado. (*en acto de partir.*)

ESCENA III.

DICHOS Y RICARDO *por la derecha, luego el capitan* WALTER *por la misma.*

Ricard. El capitan Walter.

Prínc. Que pase adelante (2) Sobre todo, no olvides la comision. (*al baron.*)

Bar. Queda á mi cargo.

Sale el Capit. Beso á V. A. la mano.

Prínc. No, no, amigo; dejad los cumplimientos; ambos somos soldados, y no vienen al caso.

Capit. Celebro esta feliz llegada, y mas el glorioso motivo que la ha ocasionado.

Prínc. Capitan, ha sido mas fortuna que valor. No hay remedio, cuando se combate, uno debe vencer y otro quedar vencido. La suerte me proporcionó una bella ocasion, con que todo el mérito es suyo.

Capit. V. A. lo dice, porque no es regular...

1 *Despues de haberla cerrado.*
2 *Vase Ricardo.*

Prínc. En qué puedo serviros, mi querido capitan?

Capit. Desearia hablar á solas con V. A.

Prínc. Esplicaos libremente; el baron ès mi secretario y amigo.

Capit. Pero en esta circunstancia....

Prínc. Ya que formais empeño.... Baron....

Bar. Basta; me retiro. Qué diablos querrá decirle! Los favoritos siempre estamos temiendo la caida. (1)

Prínc. Hablad ahora con toda libertad.

Capit. Ah señor! de V. A. depende toda mi dicha.

Prínc. De mí! esplicaos... y como yo pueda...

Capit. Príncipe mio, yo amo....

Prínc. Bravo; amo yo tambien, es tan natural en nuestra edad....

Capit. Y deseo conseguir el objeto de mi amor.

Prínc. No hay cosa mas justa.

Capit. Pero necesito el permiso de mi soberano. A este fin vengo á implorar la mediacion de V. A., para que superados todos los obstáculos nacidos de las circunstancias de la guerra, consienta en hacerme feliz.

Prínc. Capitan, tranquilizaos; os prometo que haré todo lo posible á fin de que quedeis complacido.

Capit. Las palabras de V. A. me llenan de un júbilo estraordinario: esperaré la respuesta, y entre tanto debo decir que mi gratitud será eterna. (*en acto de partir.*)

1 *Aparte, y vase por la izquierda.*

Prínc. Esperad, capitan, qué olvido es el vuestro! no me decís de qué clase es vuestra esposa?

Capit. Hija de un honrado militar.

Prínc. Su nombre?

Capit. Amalia de Grawenstein.

Prínc. Qué oigo! (1) Decidme, estais bien cierto de ser correspondido?

Capit. A si me lo hace esperar el amor.

Prínc. Débil esperanza.

Capit. Y me lo confirma el consentimiento de su padre.

Prínc. Capitan, el consentimiento de un padre no basta; se necesita para ser feliz el amor de la hija.

Capit. Puedo contar con él.

Prínc. Ah! mi querido capitan, creo que vivís en el error.

Capit. En el error!... seria posible!...

Prínc. Todo en una muger.

Capit. Pero su corazon....

Prínc. No es para vos.

Capit. Su mano....

Prínc. Renunciadla.

Capit. Amalia!

Prínc. No es para vos, y basta; yo os aconsejo que abandoneis la idea de esta boda.

Capit. No puedo. *(con resolucion.)*

Prínc. Lo debeis.

Capit. Jamás.

Prínc. Es preciso que respeteis un consejo mio.

1 *Aparte con prontitud.*

Capit. Le respeto; pero no puedo aprovecharme de él.

Prínc. Incauto! sabeis cuál amor Amalia ha preferido al vuestro?

Capit. Amalia ha preferido otro amor al mio!

Prínc. Si; no lo dudeis.

Capit. Y quién es el atrevido?... (*con furor.*)

Prínc. Quién?... vuestro príncipe.

Capit. Respeto al príncipe; pero el amor que se le debe no es de esta naturaleza: se puede ser buen vasallo sin sacrificarle los tiernos sentimientos del corazon.

Prínc. Infeliz! compadezco vuestra ceguedad, y admiro vuestro valor.

Capit. Señor, yo amo....

Prínc. Peor para vos.

Capit. Ni cederé fácilmente el objeto de mi pasion.

Prínc. Walter!...

Capit. No hay quien tenga bastante poder para arrancar á Amalia de mis brazos.

Prínc. Walter!...

Capit. Lo repito; no hay quien tenga bastante poder....

Prínc. Jóven imprudente!... (1) Debia bastar una insinuacion mia para desvanecer la idea de tu amor; pero ya que te obstinas, sabe que adoro á Amalia, y que soy mejor correspondido que tú. Confúndete á la vista de esta corona de laurel que tejieron sus manos, pára recompen-

1 *En el colmo del enojo.*

sar un primer tributo amoroso: y en este mismo instante acabo de dirigirle un billete, preludio de nuestra fina correspondencia. Considera ahora tu estado, entra en tí mismo, y no esperes de mí otros alivios que lo que merece tu tenacidad. (1)

Capit. Gran Dios! Amalia!... Amalia ingrata!... pero sus juramentos.... sus promesas.... sus lágrimas.... sus lágrimas!... Ah! todo lo merezco; pues tuve la debilidad de creer á las lágrimas de una muger. Esta corona.... que!... no es un irrefragable testimonio de mi desgracia y de su traicion?... Venganza, venganza pues. Sígueme, (2) sepulcro de mi honor! tú serás mi númem, mi defensa; tú vibrarás el golpe fatal.... moriré al fin; moriré, pero vengado. (*vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

EL BARON y RICARDO salen por la puerta de la izquierda con mucha precaucion.

Bar. Tendreis valor?

Ricard. Cuanto sea menester.

Bar. Toma este bolsillo.

Ricard. A qué fin?

Bar. En estos casos el dinero es la llave maestra.

Ricard. Oh! aun hay otra mejor.

Bar. Cuál es?

1 *Vase por la izquierda.*

2 *A la corona.*

Ah.° 4.

Ricard. Esta. (*saca un puñal.*)

Bar. No, amigo; es preciso valerse de medios suaves, porque el príncipe detesta la publicidad.

Ricard. En fin, toda mi comision se cifra en dar aviso á la hija del coronel de Grawenstein, que el príncipe irá á verla esta noche.

Bar. Asi es.

Ricard. Y si ella no quiere?

Bar. Entonces apelaremos á otro recurso.

Ricard. El mejor recurso es un pañuelo en la boca, dos compañeros que me asistan; y vereis como en cinco minutos se encuentra en el aposento del príncipe.

Bar. Repito que el príncipe no quiere violencias.

Ricard. Vos no serias tan delicado, eh?

Bar. No, seguramente; pero aqui sale, disimulemos.

ESCENA V.

DICHOS, Y EL PRÍNCIPE *por la izquierda.*

Príncip. Baron, el billete.

Bar. Marchó ya á su destino.

Prínc. Ah! no quisiera....

Bar. Qué, señor?

Princ. Que la cosa tomase aspecto de violencia ó de delito.... mis fines....

Bar. Son honradísimos, y por lo mismo justifican los medios, sean los que fueren. Aqui está vuestro mayordomo; acabo de entregarle el bolsillo que me disteis, para

que se disponga la entrevista con mayor facilidad.

Prínc. Cautela. (*á Ricardo.*)

Bar. Y sobre todo silencio, porque si me nombras, no podré ocuparme mas en el servicio de S. A. (*á Ricardo.*)

Ricard. Quedo enterado de todo, y espero desempeñar fielmente mi comision. (*vase.*)

Bar. Parece que estais de mal humor.

Princ. Mi pasion se aumenta á cada instante. Ahora conozco que sin Amalia no puedo vivir tranquilo. Los obstáculos me irritan y exasperan... El capitan!... Temerario!... arrebatarme la joya mas preciosa del corazon... pero la corona.... la corona.... dónde está?

Bar. Yo.... señor....

Prínc. Estaba aqui; quién ha sido el atrevido?....

Bar. Ah señor? en este salon no ha entrado otro que el capitan Walter.

Prínc. Walter!.... oh!.... no hay duda, él ha sido!.... Infeliz! me vengaré.

Bar. Indigno!

Prínc. Traidor!

Bar. El castigo debe ser egemplar.

Prínc. Para darle principio determino que Amalia sea mia á toda costa.

Bar. Asi debe ser.

Prínc. Da órden á mis criados qne esten prontos á mi primera señal. Venga mañana á mi presencia el capitan, y si se resiste, muera; no tiene límites mi furor; quiero dar al mundo un egemplar terrible de mi ven-

ganza. (*vase por la izquierda.*)

Bar. Victoria, baron, victoria. Muera el capitan, insúltese á Amalia, humíllese al coronel, y tiemblen todos del baron de Neiss. (*vase.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

87. y 2.ª enp.r

NOCHE. UN FAROL MAS ALLÁ DE LA PUERTA DEL FORO QUE SE FIGURA LA ANTESALA.

ESCENA I.

AMALIA Y ELOISA.

Amal. Prima, mucho aventuras.

Elois. Por qué?

Amal. Ya sabes que no quiere padre que venga á casa el baron de Neiss, y tu insistes en introducirle.

Elois. Pero sabes para quién viene el baron?

Amal. Para ti.

Elois. Te engañas; únicamente para ti.

Amal. No es posible.

Elois. Le envia el príncipe.

Amal. A qué fin?

Elois. Al de poner en tus manos esta carta. (1)

1 *Se la presenta, y queda en las manos de Amalia.*

Amal. Una carta! no, prima; vuélvesela al baron, yo no la admito.

Elois. Que intempestivo desprecio.

Amal. Empiezo á formar una idea algo siniestra de tu carácter; prima, sino piensas en corregirte, me veré obligada á manifestarlo todo á mi padre.

Elois. Tú lo tomas todo á mal.

Amal. Ay! aqui viene ya.

Elois. Yo me retiro. (*da algunos pasos.*)

Amal. Toma, toma antes. (*dándole la carta.*)

Elois. No, no, en otra ocasion: no quiero encontrarme con el coronel. (*vase.*)

ESCENA II.

AMALIA, despues el CORONEL y MAYOR salen del aposento del CORONEL.

Amal. Mi prima llega cuasi á atemorizarme. Esta carta.... no, no la abro: seguramente sabré hacerla devolver.

Mayor. Señorita...

Ama. Señor... Padre mio... (*cortesía gracios.*)

Coron. Mi querida hija....

Amal. Parece que estais algo turbado: qué teneis padre mio?

Coron. Nada.

Amal. Hay malas noticias del egército?

Coron. No, no.

Amal. Mi hermano tal vez.... decidme, ha escrito? sabeis algo de él?

Coron. Tu hermano.... Ah! no quiero oprimirla.... (*ap.*) retírate, Amalia, déjanos solos.

Amal. Ah! no os podeis figurar cuanto afli-ge mi corazon vuestra tristeza! (*vase.*)

Coron. Infeliz!

Mayor. Animo, coronel, ánimo. La pérdida es irreparable.... pero sírvaos de consuelo su muerte gloriosa, su valor, y el estrago que sembró su brazo en el campo enemigo.

Coron. Ay mayor! la vida de un hijo puede compensar la pérdida de un egército; pero un egército entero no puede compensar la pérdida de un hijo.

ESCENA III.

DICHOS Y PASCUAL, luego el CAPITAN.

Pasc. El capitan Walter.

Coron. Entre al instante. (*vase Pascual.*)

Mayor. Ahora que tendreis nueva compañía, os dejo, mi coronel, y confio en vuestra moderacion. A Dios. (*vase.*)

Coron. Muchas gracias, mayor; pobre hijo mio!

Sale el Capit. Señor coronel. (1)

Coron. Capitan.

Capit. Vengo á devolveros la palabra que empeñasteis conmigo.

Coron. Esplicaos.

Capit. Esta mañana imploré la mano de vuestra hija.

Coron. Y bien?

Cap. Ahora me conviene renunciarla para siem- (pre.

Coron. Qué decís!

Capit. Me es imposible aspirar á ella.

1 Con precipitacion y enojo.

25 fc

25 fo y 84 ft

Coron. Quién se opone? Tal vez el príncipe....

Capit. Seguramente.

Coron. Cómo?

Capit. Si, el príncipe me mandó abandonar la idea de poseerla.

Coron. Qué oigo! por qué motivo?....

Capit. Se glorió de amarla, y de ser correspondido.

Coron. El príncipe!

Capit. El mismo.

Coron. Yo tiemblo. Ey? (1) Venga mi hija. (*vas. Pasc.*) Y vos qué pensais hacer?

Capit. Resignarme.... obedecer...

Coron. Capitan, el honor de mi hija....

Capit. Señor coronel, toca al príncipe el conservárselo.

Coron. Temerario! Qué pruebas tienes?

Capit. Aqui hay una. (*sacando la corona.*)

Coron. Qué es esto?

Capit. Un regalo de vuestra hija.

Coron. A quién?

Capit. Al príncipe, en cambio de otra oferta que aceptó.

Coron. Gran Dios! qué oigo?

Cap. Y ahora mismo acaba de dirigirle una carta.

Coron. Callad, callad por piedad. (2)

ESCENA IV.

DICHOS, Y AMALIA.

Amal. Padre mio.

1 *Llamando, y sale Pascual.*

2 *Va á séntarse consternado á lo sumo.*

Coron. Acércate. (*sin mirarla.*)

Amal. Oh Dios! vos me haceis pasar este dia en la mayor inquietud.... Las lágrimas saltan de vuestros ojos... Padre, sacadme de confusion, quién ocasiona este desconsuelo?

Coron. Le ocasionan mis hijos.

Amal. Mi hermano....

Coron. Déjale en paz á tu hermano, y sabe que del presente dolor eres tú la única causa.

Amal. Cómo?

Coron. Escucha: é infeliz de tí si me engañas en tus respuestas.

Amal. Cielos!

Coron. Cuanto tiempo hace que no has visto al príncipe?

Amal. Desde que marchó al egército la primera vez.

Coron. Te hallaste á solas con él?

Amal. Jamás, padre mio.

Coron. Te habló alguna vez de amor?

Amal. Tampoco. Me trató siempre con una galantería noble, á que correspondí con la dignidad que me competia.... y nunca aventuró proposiciones de amor.

Coron. Recibiste de él algun regalo? (1) Qué temes? habla.... Ah! que tu silencio lo aclara todo.

Ama. Este es un estandarte conquistado por el príncipe.... tomad esta carta sellada todavía.

Coron. Y este estandarte te lo entregó él mismo?

Amal. No, padre.

1 *Amalia calla, y baja los ojos.*

Coron. Quién fue pues? habla. (*Con enojo.*
Amal. Eloisa mi prima. (*Amalia vacila.*
Coron. Y la carta?
Amal. Tambien mi prima.
Coron. Indigna. Ey? (1) Llamad á mi sobrina. (*vas. Pasc.*) Tú le mandaste otro regalo tuyo?
Amal. No señor.
Coron. Dices verdad?
Amal. No conozco la mentira.
Coron. Puedo convencerte.
Amal. No podeis.
Coron. Mira tu acusador: defiéndete en su presencia. (*señalando al capitan.*)
Amal. Vos.... (*con fuerza.*)
Capit. Condesa...
Amal. Hablad. (*con indignacion.*)
Capit. Señor coronel.... (2)
Amal. Hablad.
Capit. No puedo.
Amal. No podeis? y quién os lo impide? si no habeis dudado inspirar en el corazon de mi padre la desconfianza de mi honradez, por qué os turbais cuando se trata de confirmar la acusacion? hombre ingrato! vos, que triunfasteis de mi pasion; vos, á quien consagré todos mis afectos, tendreis valor de herirme en la parte mas sensible del corazon, en el honor, en el honor sagrado?

1 *Llama, y sale Pascual.*
2 *En tono de acusarle de haberle manifestado.*

Huid, huid; apartaos para siempre de mi vista..... vuestra presencia me horroriza; vuestra injusta desconfianza me irrita... Vos quisisteis privarme de la reputacion; os aborrezco cuanto os amaba.... perdisteis todo derecho sobre mí.... Infeliz.....

Capit. Deteneos, condesa, y ya que me insultais, condenaos á vos misma... estremeceos...

Amal. Y quién será capaz de hacerme estremecer?

Capit. Un testimonio de vuestra debilidad.... ved esta corona.

Amal. La veo.

Capit. Leed las palabras que hay tejidas en ella.

Amal. »Amalia al capitan valiente." (1)

Capit. Y no os avergonzais?

Amal. Todo al contrario; me lleno de satisfaccion.

Capit. Esta corona....

Amal. Es mi triunfo.

Capit. Y quereis?...

Amal. Confundiros: sí, confundiros. Padre mio, escuchadme: voy á confesaros toda mi debilidad. Amaba á Walter, y creia ser correspondida. Pensé darle un testimonio de mi ternura presentándole una prueba de satisfaccion por la felicidad de sus heroicas acciones. Le tejí pues esta corona: ved si era justo el lema: »Amalia al capi»tan valiente." Para que pasase á sus manos, la confié á mi prima Eloisa; ignoro

1 *Lee con firmeza.*

como ha llegado á las del príncipe. Examinad las circunstancias; informaos por menor, vereis que vuestra hija no ha dejado la senda de la virtud; y que lejos de avergonzarse de sus acciones, sabe acallar la lengua mordaz que intenta denigrar su conducta, y ofuscar vilmente su reputacion. (*con desprecio al capitan.*)

ESCENA V.

DICHOS y ELOISA.

Elois. Qué ocurre, señor tio?

Coron. Llegas muy oportunamente. Qué uso hicisteis de la corona de laurel que te entregó mi hija?

Elois. Ah imprudente Amalia! (*ap.*)

Coron. Habla.

Elois. La entregué al sugeto á quien iba dirigida.

Coron. Quién era ese sugeto?

Elois. Era.... qué quereis que os diga? vos....

Coron. Calla, calla; cierra el mentiroso labio.... Yo leo tu perfidia en tu misma confusion. Prepárate á partir al instante. Mi casa, mi beneficencia ya no existe para tí.... tu vil proceder, tu pésima educacion te hace indigna de vivir entre virtuosos.

Elois. Sereis puntualmente obedecido. Si vos estais cansado de mí; mas lo estoy yo de vos, de vuestra casa, y de vuestra rígida disciplina militar. (*vase.*)

ESCENA VI.

GREGORIO con fusil, introducido por el ayudante, y DICHOS.

Gregor. Señor coronel, una palabra.

Coron. Qué sucede?

Gregor. Hemos hecho una descubierta terrible.

Coron. Esplícate.

Greg. Servíos leer esta carta del señor mayor.

Coron. »Amigo, (*lee*) el Señor Baron de Neiss »va seduciendo todos vuestros criados con »el oro, y las amenazas para introducirse »esta noche en vuestra casa. El nombre »del príncipe, y de Amalia están conti»nuamente en sus labios.... Yo temo de »todo. Disponed como siempre." Oh Dios! que terrible golpe! Incauta hija, contempla los efectos de tu prudencia. Se atenta contra tu honor y el mio. A nuestro honor esta afrenta! despues de haber perdido, tú un tierno hermano, y yo un cariñoso hijo.

Amal. Cómo?

Coron. Sí; sábelo, y estremécete.... tu hermano lleno de gloria y cubierto de heridas, ha muerto en el campo del honor.

Amal. Mi hermano! Ah capitan.... (1)

Coron. Llórale, desventurada! te asiste razon para ello.... Pero es preciso preveniros, capitan, os hablo como amigo. Esta corona os hace reo. Guardaos de divulgar el secreto, y guardaos mas de que me sea preciso hablaros como á vuestro superior.

1 *Walter la sostiene.*

Capit. Señor....

Coron. Basta.... cálmate, hija mia, no me traspases nuevamente el pecho con tu dolor; vos, ayudante, conducireis un piquete de veinte y cuatro granaderos, y los destribuireis en varios puntos de mi habitacion. Entre tanto, Gregorio, estarás tú de centinela en el cuarto de mi hija, con la espresa órden de no permitir á nadie la entrada, pena de la vida. Amalia, retírate, llora cuanto quieras la muerte de tu hermano, pero para que no cometas nuevas imprudencias, Gregorio, le impidirás la salida hasta mi nueva órden. Disimula mi severidad; pero confia en el cielo, en tu padre, y en la justicia del soberano. Vamos. (1)

Gregor. Por fin, he quedado solo. Qué muchacha! (2) Llorar y mas llorar.... Pero, Gregorio, alerta.... cumple bien tu obligacion; porque el coronel es duro como un diablo, y sabe repartir los palos sin misericordia.... Por otra parte, no tengo de que quejarme. La centinela que estoy haciendo no deja de ser una fortuna. En esta terrible noche, los otros pobres diablos tendrán que aguantar el frio en las puertas del palacio, ó en las garitas del casti-

1 *Vanse todos. Hace entrar á Amalia en su aposento. Coloca él mismo la centinela. Parte el ayudante por el foro, y el coronel entra con el capitan en su cuarto.*

2 *Paseándose.*

llo.... yo aqui á lo menos no suiro el viento, ni la lluvia.... y.... pero alguien se acerca; centinela, valor y rigidez.

ESCENA VII.

GREGORIO Y EL MAYOR.

Mayor. Dónde está el coronel?
Greg. No se nada. (*paseándose siempre.*)
Mayor. Ha salido?
Greg. No se nada.
Mayor. Y su hija está aquí?
Greg. No se nada.
Mayor. Soy tu Mayor.... entiendes?
Greg. No se nada.
Mayor. Maldito sea el no se nada. Bribon. (1)
Greg, riendo. Ah! ah! ah!... apuesto á que el señor mayor venia para probarme.... á Gregorio, eh?

ESCENA VIII.

DICHOS Y PASCUAL.

Pas. Esta noche puedo decir que la fortuna me favorece. Doce cequies por dar un recado á la señorita Amalia... me parece imposible. (2)
Greg. Atrás.
Pasc. Cómo?
Greg. Atrás.
Pasc. Yo....

1 *Entra en el cuarto del Coronel.*
2 *Va para entrar en su cuarto.*

Greg. Atrás digo. (1)

Pasc. Que diablo! no me conoces?

Greg. Sí.

Pasc. No sabes que soy el criado del coronel?

Greg. Sí.

Pasc. Pues si lo sabes.... (*se adelanta.*)

Greg. Atrás. (*con voz muy fuerte.*)

Pasc. Soy de la familia.... de la familia....

Greg. Muy bien.

Pasc. El mayordomo.

Greg. Muy bien.

Pasc. Despues de los amos nadie manda mas que yo.

Greg. Muy bien.

Pasc. Siendo asi.... (*da algunos pasos.*)

Greg. Atrás.

Pasc. Que deba yo perder por causa de este pícaro los doce cequines! (*ap.*) Mira, pícaro, te acordarás.

Greg. Mi obligacion....

Pasc. Nos verémos fuera de la centinela.

Gregor. Mi obligacion....

Pasc. Vamos; con este no se adelanta nada. Pobres doce cequines! Basta, enviaré el mayordomo del príncipe, que como de mas autoridad que yo, conseguirá la entrada.... vale mas hacer las cosas sin ruido, y contentarse con la mitad. (*vase.*)

Greg. Aquí dentro... guardadito está. Sé las órdenes que tengo, y me admiro de este, que como á mayordomo del coronel deberia estar informado de la subordinacion militar.

1 *Le presenta la punta de la bayoneta.*

ESCENA IX.

DICHO Y RICARDO.

Ricard. Esto requiere valor y franqueza.
Greg. Atrás.
Ricard. A quién?
Greg. A vos.
Ricard. A mí?
Greg. Sí, á vos.
Ricard. Eh, bufon! no te acuerdas cuántas veces te he dado de comer?
Greg. Sí.
Ricard. Cuántas has brindado á mi salud?
Greg. Sí.
Ricard. Con que déjame pasar.
Greg. No.
Ricard. No me hagas perder la paciencia.
Greg. Piérdela, que tambien la pierdo yo.
Ricard. Nos veremos.
Greg. Nos veremos. (*con cachaza.*)
Ricard. Sabes quién es mi amo?
Greg. No.
Ricard. Pues sábelo, y estremécete. Mi amo es el príncipe.
Greg. Poco me importa.
Ricard. Y no quieres franquearme el paso?
Greg. No.
Ricard. No?
Gregor. No.
Ricard. Oh.... querrás. (*se adelanta.*)
Greg. No querré.... Atrás. (*calando bayonet.*)
Ricard. Vamos.... este tiene órdenes serias....

Es preciso ganarle con el dinero. Probemos... Mira, ves este bolsillo?

Greg. Veo.

Ricard. Oyes como suena?

Greg. Oigo.

Ricard. Si le quieres es tuyo.

Greg. No lo creo.

Ricard. Por qué?

Greg. Porque no lo creo.

Ricard. Pues para convencerte, toma, yo te lo doy.

Greg. No puedo llegar hasta ahí.

Ricard. Te lo llevaré yo. (*se adelanta.*)

Gregor. Atrás.

Ricard. Pues cómo quieres recibirlo?

Gregor. Estoy de centinela.... no puede tomar nada.

Ricard. Pues?

Gregor. Arrójale aquí.

Ricard. Allá va. (*le echa el bolsillo.*)

Gregor. Muchas gracias.

Ricard. Le tienes....

Gregor. Bajo el pie.... muchas gracias.

Ricard. Ah buen amigo....

Gregor. Atrás.

Ricard. Yo quiero...

Gregor. Atrás.

Ricard. Eres un pícaro.

Gregor. Y tú un hombre honrado. Embuste por embuste, estamos patas.

Ricard. Yo sirvo al príncipe.

Gregor. Y yo al ~~padre del príncipe, al duque, al soberano.~~ rey

Ricard. No quieras que el asunto se haga serio. Debo entrar en ese cuarto.
Gregor. Yo debo impedirlo.
Ricard. Villano, sin crianza! crees tratar con alguno de tus iguales?
Greg. Silencio.
Ricard. Te enseñaré el modo de responder á tus superiores.
Gregor. Respeto....
Ricard. A quién?
Gregor. Al ~~soberano.~~ Rey.
Ricard. Quién es el soberano?
Gregor. Yo, bajo este honrado uniforme.
Ricard. Con ese honrado uniforme eres un bruto, un bestia, un ladron.
Gregor. Silencio, y atrás. (*prepara el fusil.*)
Ricard. Qué haces?
Gregor. Nada; firmar un pasaporte.
Ricard. Para qué?
Gregor. Para mandarte á hacer un viage al otro mundo.
Ricard. Y tendrias valor?....
Gregor. De cumplir mi deber.
Ricard. Te arrancaré primero el corazon. (1)
Gregor. Veremos. (*dispara.*)
Ricard. Ay de mí! (*cae.*)

1 *Le enviste con un puñal.*

ESCENA X.

EL CORONEL sale de su cuarto con el MAYOR y el CAPITAN: AMALIA del suyo; el AYUDANTE con algunos granaderos por la puerta del foro, precedido de dos criados con luces; todos con la espada en la mano, y dichos.

Capit. Qué ruido es este?
Coron. Qué ha sucedido?
Amal. Qué hay de nuevo?
Greg. Atrás. (1)
Coron. Qué has hecho?
Greg. Cumplir con mi obligacion. (2)
Coron. Qué delito ha cometido este hombre?
Greg. Se habia adelantado contra mi con un puñal en la mano.
Coron. Y tú que has hecho?
Greg. Disparé al aire para atemorizarle, y llamar gente.
Cor. Has hecho bien, pero podiais hacer mejor.
Greg. Cómo?
Coron. Matándole. Relevad al centinela (3); y tú, Gregorio, con estos soldados acompaña al reo á la prevencion.
Greg. Mi coronel, me echó tambien un bolsillo que me queria regalar. Yo hice lo que debia, no tomándole estando de centinela.... pero á vos le recomiendo.... pobrecito! está aquí debajo de mis pies.

1 *A Amalia que se detiene en la puerta.*
2 *A una seña que hace el coronel dejan los criados las luces, y levantan á Ricardo.*
3 *A un soldado.*

Coron. Capitan, recoged ese bolsillo. Si te pertenece, será tuyo. (1)

Ricard. Cómo! á un mayordomo del príncipe?

Coron. Yo no veo mas que á un delincuente.

Ricard. Sereis responsable al príncipe.

Coron. Y tú al consejo de guerra, que en nombre del duque te mandará ahorcar.

Ricard. Me apelaré de la sentencia.

Coron. Cuando se haya verificado, me conformo. Ordenanza?

Greg. Alon.

Ricard. Pero....

Greg. Alon.

Ricard. El príncipe....

Greg. Alon. (*le hace andar por fuerza.*)

Coron. Brabo!

Greg. Mi obligacion. (2)

Coron. Hija, retírate. (3) Mayor, capitan, seguidme; sea quien quiera el culpable, tiemble. Que se reuna al instante el consejo de guerra; hable la ley; olvídense las miras particulares; respétese el honor; vénguese el ultraje, y triunfe la justicia.

FIN DEL ACTO TERCERO.

1 *Gregorio pone á Ricardo preso entre los soldados.*

2 *Vase con los soldados, llevando preso á Ricardo.*

3 *Amalia se retira.*

ACTO CUARTO.

SALON PREPARADO PARA EL CONSEJO DE GUERRA: UNA MESA EN EL CENTRO DEL TEATRO, ENCIMA DE LA CUAL ESTARÁ EL CÓDIGO DE LAS LEYES, SILLAS AL REDEDOR DE ELLA.

ESCENA I.

EL CORONEL, EL MAYOR Y EL AYUDANTE.

Coron. Enviar el príncipe á su mayordomo, querer este introducirse de todos modos en el aposento de mi hija, intentar seducir al centinela con un bolsillo lleno de plata, amenazarle con un puñal porque le niega la entrada; es un caso verdaderamente nuevo, y que me causa de dos modos distintos algun disgusto. Como padre debo vigilar por el honor de mi hija, y no es regular....

May. Señor coronel, no os aflijais. Olvidad la calidad del reo, y juzgad segun las leyes.

Coron. Sí, juzgaré, y tema mi sentencia el delincuente! Señor ayudante, se hallan ya reunidos todos los señores oficiales que deben asistir al consejo de guerra?

Ayud. Si señor. *(Vase el*

Coron. Pues decidles que entren. *(ayudante.*

Mayor. Nuestro soberano es justo, y aunque ama á su hijo, no permitirá que este empañe con una juvenil flaqueza la gloria de que acaba de cubrirse en la última accion.

ESCENA II.

DICHOS, el AYUDANTE, el AUDITOR, dos CAPITANES, tres SUBALTERNOS y un SARGENTO.

Capit. 1.º Todos nos hallamos prontos á vuestras órdenes.

Coron. Sentaos. (1) Señor ayudante, disponed que conduzcan al reo á nuestra presencia.

Ayud. Obedezco. [*vase.*]

Coron. Señores, se trata de juzgar al mayordomo de nuestro príncipe. Intentó asesinar una centinela, despues de haber inútilmente procurado seducirla. Debemos olvidar en este instante toda mira particular, y hacernos cargo de la clase del delito, y no de la del reo. En semejantes casos todos los hombres son iguales, en todos indistintamente debe ser castigado el crímen. Sean nuestro norte las leyes prescritas por el soberano. Ellas afianzan la seguridad de la patria, y la felicidad de sus vasallos.

ESCENA III.

DICHOS y el AYUDANTE: luego GREGORIO con quatro granaderos que conducen á RICARDO.

Ayud. Aqui está el reo.

Coron. Que entren. (2)

Ricard. Verme yo en tal apuro! Pero el prín-

1 *Siéntanse en la mesa por órden.*
2 *Hace una señal el ayudante y salen los dichos.*

cipe vengará semejante insulto. (*ap.*)

Coron. Retiraos. (1) Sentaos. (2) Quién sois?

Ricar. Ya lo sabeis, el mayordomo del príncipe.

Coron. Cuál es vuestro nombre?

Ricard. No debo avergonzarme de declarároslo: mi nombre es Ricardo.

Coron. Apellido?

Ricard. Wernel.

Coron. Con qué intento habeis entrado en casa del coronel de Grawenstein?

Ricard. Este es mi secreto.

Coron. Temerario! asi contestas?

Ricard. Y qué derecho teneis vos para insultarme?

Coron. Yo no os insulto. Responded.

ESCENA IV.

DICHOS Y EL AYUDANTE.

Ayud. El señor baron de Neiss pide permiso para entrar.

Coron. Que entre al instante.

ESCENA V.

DICHOS Y EL BARON.

Coron. Qué es lo que quereis, señor baron?

1 *Queda Gregorio, y los granaderos guardan la puerta.*

2 *A Ricardo que se sienta en una silla al lado derecho de la escena.*

Bar. Vengo enviado por el príncipe....
Coron. A qué?
Bar. A que pongais en libertad, y me entregueis inmediatamente á su mayordomo.
Coron. Siento mucho no poder servir al hijo de mi soberano. Las leyes me lo impidem.
Bar. Las leyes? vil pretesto! Temed la indignacion de ese mismo soberano, cuyas leyes haceis alarde de respetar.
Coron. Señor baron, olvidais que en este consejo de guerra represento yo su augusta persona? Desistid de tan loco empeño. No me obligueis....
Bar. A qué? Pensais intimidarme con vuestras amenazas? Voy á dar parte al príncipe de vuestra desobediencia.... y temblad. (*Vase precipitadamente.*)
Cor. Qué insolencia! [*ap.*] Prosigamos cumpliendo con nuestro deber. [*á Ricardo.*] Con qué persistes en tu silencio?
Ricard. No diré mas de lo que he dicho.
Coron. Tu comision?
Ricard. Debia cumplir con ella.
Coron. Quién te la confió?
Ricard. Tambien es esto parte de mi secreto.
Coron. Declara tus cómplices, y harás menor el castigo.
Ricard. Qué castigo? Qué castigo? Pensad antes vosotros en dar cuenta á mi amo del ultraje que me babeis hecho.
Coron. El príncipe no protegerá á un delincuente.
Ricard. De qué culpa soy reo?

Coron. De haberte introducido de noche en el aposento de un coronel, corrompiendo con el dinero á uno de sus criados; de haber perdido el respeto á una centinela que representa al mismo soberano; de haber en fin intentado, ó seducirla ó quitarla la vida.

Ricard. Todo es supuesto, todo es una impostura.

Coron. Nos hemos convencido de ello con nuestros propios ojos.

Ricard. Ah! Poco durará la prepotencia que usais conmigo. El baron dará cuenta al príncipe, y este....

Coron. Cuando el príncipe llegue á ser soberano podrá dictar leyes á su arbitrio. Ahora como á vasallo debe obedecer y respetar las del duque su padre. Confiesa, ó teme la indignacion del consejo de guerra.

Ricard. Ya dije que todo es una impostura.

Coron. Volvedle á la cárcel, y sea cargado de cadenas.

Ricard. De cadenas?

Coron. Obedece. *(á Gregorio.)*

Ricard. De cadenas?

Greg. Alon.

Ricard. Pero yo....

Greg. Alon. Señor coronel? *(al irse.)*

Coron. Qué quieres?

Greg. Os recomiendo el bolsillo. Alon.

Parte llevándose á Ricardo con los soldados.

Coron. Jueces imparciales.... Dictad la pena que le convenga.... aqui teneis la sagrada norma. *(señalando el código.)*

ESCENA VI.

DICHOS, el AYUDANTE, y luego el PRÍNCIPE.

Ayud. El príncipe.

Coron. Que entre.

Sale el príncipe. Dónde está mi mayor?

Coron. Príncipe mio....

Prínc. Mi mayordomo.

Coron. Pero....

Prínc. Mi mayordomo. Dadle libertad al instante; no admito contestaciones.

Coron. Mirad, señor, que no es posible.

Prínc. Quién lo impide?

Coron. La ley del soberano, y todos nosotros que nos hallamos decididos á hacerla respetar.

Prínc. Todos vosotros? Atrevido! Delante de vuestro príncipe.... Hablar con tanta altivez al hijo de vuestro soberano? Levantaos, y salid de aqui inmediatamente. (1)

Coron. No.... sentaos.... sentaos. La voluntad del soberano nos ha reunido en este sitio.... Solo él puede mandar que se disuelva el consejo. El príncipe en la clase militar, no representa mas que un simple capitan.

Prínc. Un capitan que hará temblar al coronel.

Coron. Un coronel honrado y fiel, que obedece á su soberano, y que por espacio de cuarenta y seis años no tembló á la presencia de mil y mil espadas enemigas, no

1 *Todos se levantan para seguirle.*

puede temblar á la de un capitan que desconoce las leyes militares.

Prínc. Lo veremos.

Coron. Y nos quejaremos juntos.

Prínc. Entre tanto quiero que se ponga en libertad á mi mayordomo.

Coron. Es un delincuente delante del consejo de guerra.

Prínc. Delincuente! Yo soy el príncipe, y le perdono el delito.

Coron. Vos, señor, sois vasallo lo mismo que él y que nosotros.

Prínc. Toca á mi padre la decision.

Coron. Segun las órdenes de nuestro soberano toca ahora al consejo de guerra. Vuestro padre anulará la sentencia si es de su gusto; pero nosotros debemos dictarla.

Prínc. Quién os hace hablar asi?

Coron. La ley.

Prínc. Y qué quereis?

Coron. Su observancia.

Prínc. E insistís?

Coron. Por la ley.

Prínc. Quién os salvará?

Coron. La ley.... la ley.... y basta. (1) Aquella ley, á cuyos sagrados é inviolables derechos deben los plebeyos, los nobles, y hasta los mismos príncipes inclinar la frente. Aquella ley, cuya válida firmeza conserva la religion, los imperios y la propie-

1 *Dando golpes con la mano sobre el código.*

dad del ciudadano. Aquella ley, de la que el duque, vuestro padre, es autor legítimo, y escrupuloso conservador. Aquella ley, que puede condenaros á vos mismo delante del soberano. Aquella ley, en fin, que vos ahora con deplorable egemplo y universal escándalo, y aun con ultraje del mismo trono, á que el cielo os ha destinado, haceis alarde, formais empeño de quebrantar y profanar injustamente.

Prínc. De tal modo os atreveis á ultrajarme? Estas espresiones....

Coron. Estas espresiones me las inspira la fidelidad á mi augusto monarca, la ciega obediencia á la ley. Y á cuánto mas no me atreveria si quisiese en este punto llenar del todo mi obligacion?

Prínc. Qué hariais? Qué diriais?

Coron. Diria: »Un príncipe hijo se rebela »contra las leyes del soberano padre." Diria á un atrevido y simple capitan: »Pen»sad donde os hallais; con quien hablais; »retractaos de vuestras indignas espresio»nes: acordaos de la subordinacion á las »leyes, del respeto al soberano." Y si no lo hiciese, clamaria: »Rinde tu espada: que»da desde ahora arrestado."

Prínc. Indigno.... [*desnuda la espada.*]

Coron. No, no os temo; este es mi pecho; adelantaos, traspasadle: vuestra espada encontrará fácilmente el camino que abrieron las enemigas; tendreis la satisfaccion de deshaceros de un honrado militar que

envuelto en su propia sangre, exhalando los últimos suspiros, os manifestará siempre la senda del honor, y os dirá con la energía y tono de la verdad: veis este trono que os destina la Providencia? pues es la salvaguardia de los buenos. Temblad de subir á él cubierto con el feo borron de los crímenes. Una mano poderosa puede precipitaros en la nada; y entonces quién formará la tranquilidad de vuestro corazon? La virtud? Dónde está en vos esa virtud, eterno manantial de las verdaderas dichas? Ah, señor! Cuando el que tiene las riendas del gobierno deja de ser virtuoso, el vicio estiende impunemente su pestífero y mortal veneno. Vos quereis cometer un crímen; yo puedo y debo evitarlo; y así como otros os consagrarian una sacrílega obediencia para merecer vuestro agrado, yo fundo mi gloria en poder decir á todo el egército: »Contuve la temeridad de un ca»pitan insubordinado, no siento la des»gracia, porque mi corazon está libre de »remordimientos."

El príncipe, convencido y confuso por lo que acaba de decirle el coronel; esclama.

Princ. Amigos.... amigos.... esta es mi espada. El capitan se declara arrestado; disponed de mi persona.

Coron. Oh patria! patria mia! Qué soberano el cielo te prepara! (*lleno de alegria.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

SALON REGIO CON BUFETE Y SILLA POLTRONA.

ESCENA I.

EL DUQUE, EL BARON; SÉQUITO DE CABALLEROS, SOLDADOS Y UN UGIER.

Duq. Mi hijo arrestado! (*paseándose.*)

Bar. Parece imposible; pero ello es asi.

Duq. Un hijo mio!

Bar. El delito es imperdonable.

Duq. Me oirá el coronel.... sí: me oirá; ó por mejor decir, esperimentará mi rigor.

Bar. Es muy justo.

Duq. Pero vos, baron, que os gloriais de profesar á mi hijo tanta amistad: por que no corristeis á defender su persona?

Bar. El jóven príncipe, sabiendo cuanto de mí podia fiarse, me habia mandado salir al encuentro de V. A. Yo no podia defender al hijo, teniendo el honor de estar empleado al lado del padre.

Duq. Perdonad, baron, veo que me quejaba sin motivo; pero no tengo yo la culpa. Un anciano padre que corre á encontrar á su único hijo, lleno de trofeos, de valor y de gloria, verle arrebatar de sus brazos, mirarle arrestado.... y por quién? Por sus mismos vasallos! El golpe es insufrible.... No.... no puede tolerarse.

Bar. Toca á V. A. castigar el delito.

Duq. Mi venganza será terrible: costará sangre.

Ugier. El señor coronel Grawenstein, y varios oficiales.

Duq. Que entren. Con impaciencia aguardaba su venida. (*ap.*)

Bar. Acordaos de vuestro hijo, y hacedle temblar.

Duq. Silencio, baron, silencio.

ESCENA II.

DICHOS, EL CORONEL con todos los OFICIALES: el coronel va á besarle la mano al duque.

Duq. Eh! Apartad.

Coron. Vuestra alteza....

Duq. Calla, y tiembla de pronunciar una sola palabra. Tu voz no haria mas que aumentar mi furor, y agravar tu delito. Eres tú aquel coronel Grawenstein, que á la sombra de mi clemencia fuiste del grado de teniente elevado al que ahora posees? Aquel coronel, mi verdadero amigo, que tantas veces estreché en mis brazos, á quien con lágrimas en los ojos confié mi propia sangre, el heredero del trono, mi único hijo? Aquel que en tantas ocasiones y encuentros me juró fidelidad y amor, protestando estar pronto á derramar la última gota de su sangre por mi fidelidad, por mi defensa y por la de mi hijo?

Coron. Señor!....

Duq. Sí.... Sí.... tú eres aquel mismo.... Pero la máscara ha caido al fin de tu rostro, y

miro ya la deformidad de tu semblante. Me estremezco: ya no conozco en tí mas que un soldado soberbio, un amigo ingrato, un vasallo traidor. (1) Calla.... Demos que sea reo mi hijo.... Desgraciado hijo mio! Demos que el ardor juvenil le haya precipitado en alguna inconsideracion. A tí tocaba la advertencia, á mí el castigo. Pero tú con un absoluto despotismo, abrogándote los derechos de padre, de juez y de soberano.... has cubierto del mayor oprobio á un jóven héroe, y has causado el mas amargo sentimiento á un padre, que lleno de júbilo con las noticias de las últimas victorias, corria á su encuentro para colmarle de caricias, estrecharle en su seno, y desahogar en él su amorosa y paternal ternura. (2) No hay escusa, no hay perdon. Esperimenta por ahora el primer impulso de mi venganza. Ya dejas de ser coronel.... Sí, te degrado.... Despoja á tu familia de todos los privilegios, de todos los honores que poseia.... El castillo de Rovel será tu morada, hasta que disponga de tí como mejor convenga.

Bar. El júbilo me enagena. (*ap.*)

Coron. Señor!

Duq. Y te atreves?...

Coron. Una sola palabra.

Duq. Qué quieres?

Coron. Solo pedir á V. A. que me sea permi-

1 *El coronel va á hablar, y el duque lo interrumpe.*

2 *El coronel denota estar impaciente.*

tido el justificarme.

Duq. Pérfido!... cuanto mas reflexiono tu culpa, mas grande y execrable me parece; no des lugar á que la justicia se convierta en crueldad.

Coron. Sin temor alguno me someto á todos los castigos que creais justos imponerme; pero antes que parta séame permitida una justificacion.

Duq. No, de ningun modo.

Coron. Una justificacion....

Duq. De ningn modo, lo repito.

Coron. Sí que me será concedida: no la suplico al padre del príncipe: la exijo de mi soberano, y este conocido por justo y clemente, no dejará de acceder á una solicitud arreglada á justicia. (1)

Bar. Si el coronel habla, está concluido el asunto. (*ap.*) Señor, considere V. A....

Duq. No necesito consejeros. Hablad. (*al cor.*)

Bar. Estoy perdido. (*ap.*)

Coron. Vuestro hijo, señor, por haberle arrestado à un criado suyo que pretendia usar de violencia en mi casa, y sacó un puñal contra la centinela que le impedia la entrada; se introdujo en uno de mis salones, mientras en él reunido el consejo de guerra, segun la ley prescrita por los mismos, decidia del delito del reo, y á viva fuerza queria que se le entregase. Yo me opuse....

Duq. Pero....

Coron. Tened la bondad de dejarme concluir.

1 *El duque le mira y despues se resuelve.*

Yo me opuse, escudado de las leyes de vuestro estado, protegidas y confirmadas por vos mismo, las cuales condenan al culpado. El príncipe lejos de rendirse á mis razones, insistia en la violencia, faltando como capitan á la debida subordinacion militar, respetada por vos mismo, y conocida como base fundamental del buen órden. Mis razones, mis discursos, la fuerza misma de las leyes, no hicieron mas que irritarle hasta el estremo de echar mano á la espada delante del consejo de guerra contra mí, que era su presidente, y representaba vuestra persona.

Duq. Delante del consejo de guerra? Contra tí?

Coron. Aguardad todavía un momento. Qué se debia hacer en tal caso? Hice lo que me aconsejaba la prudencia; aviséle, corregíle, disculpéle en fin; y su bello corazon oyó la voz del honor. Un perpétuo olvido, un eterno silencio en mí y en mis compañeros, que componian el consejo, debia ser el fin de esta fatal escena.... Pero él, animado de la fuerza de aquel honor que heredó de vuestra augusta persona, tanto mas arrepentido, cuanto mas dejó arrebatarse de un ciego delirio; entró en sí, conoció su falta, quiso enmendarla, puso su espada en mis manos, y voluntariamente se declaró arrestado. Señor, esta es mi culpa, mi delito, mi traicion. Condenadme, degradadme, aborrecedme, voy á mi destierro con la intrépida serenidad que infunde la inocencia, y os privo de

la incómoda presencia de un soldado soberbio, de un amigo ingrato, de un vasallo traidor. (*en acto de partir.*)

Duq. Aguardad, coronel. (1) Coronel? (2) Grawenstein?

Coron. Señor? (*adelantándose un poco.*)

Duq. No oiais que os llamaba?

Coron. Yo oí que V. A. llamaba al coronel.

Duq. Y bien?

Coron. Yo soy un coronel degradado, y no podia contestar mas que al nombre de Grawenstein.

Duq. Llega á mis brazos.

Coron. Señor, un traidor amigo....

Duq. Ah! llega.

Coron. El castillo de Rovel me aguarda.

Duq. Quieres verme llorar de arrepentimiento?... Ya lo has logrado.... Perdóname.

Coron. Ah! Perdóneme V. A. (*se arrodilla.*)

Duq. Coronel.... (3) Que venga mi hijo. (4) Vuelve á mis brazos. Disimula el error de un padre que lloraba por su hijo.

Coron. Ah, señor!... Si V. A. lloraba por su hijo, mezclemos nuestras lágrimas.

Duq. Cómo?

Coron. He recibido esta mañana por un oficial de nuestro egército, la funesta noticia de que en la última accion perdió mi hijo

1 *El coronel continúa yéndose sin volver la cabeza.* 2 *Va á salir.*
3 *Se levanta y se abrazan.*
4 *A un sargento que se va.*

valerosamente su vida en vuestra defensa.
Duq. Ah, mi pobre y querido Graweinstein!
Coron. Estas lágrimas y su gloriosa muerte me compensan de algun modo su pérdida.

ESCENA III.

DICHOS, UGIER, EL PRÍNCIPE Y AYUDANTE.

Ugier. Señor, el príncipe.
Prínc. Ah, padre mio!
Duq. Qué quereis? Quién sois vos?
Prínc. Vuestro hijo.
Duq. Mi hijo?... Ah! no.... mi hijo no se presentaria de este modo á su padre, sin su mejor adorno, sin su espada.
Ayund. Esta es, señor, la espada del príncipe. (*Entrega la espada al duque.*)
Duq. Os engañais; no es esta. (1) La espada de mi hijo es una espada honrosa que supo abrirse paso entre las barreras enemigas, que descompuso sus filas, que se distinguió conquistando un estandarte que debia presentar á su padre; pero esta, esta es la espada de un frenético, de un insubordinado, de un soldado temerario, que tuvo la osadía de dirigir su punta contra el pecho de un superior suyo, faltando al deber de la ley, del honor, de la humanidad.... Tomad, tomad. (2) Este acero contamina mis manos, tiene una mancha que no podrá borrarse, sino con la sangre del que la ha deshonrado.

1 *La desnuda y la mira.*
2 *La da al ayudante.*

Prínc. Ah! perdonad, padre mio!

Duq. Sacad de aqui al instante á este jóven.... El delira.... no le conozco.... no.... jamás le conoceré.

Coron. Sí que debeis conocerle: abrazadle, estrechadle nuevamente en vuestro seno; si fue capaz de cometer una falta, lo ha sido tambien en un glorioso arrepentimiento que dá mayor lustre á su virtud.

Duq. Oh, Dios! (*Se abandona sobre la silla.*)

Coron. Príncipe, echaos á sus pies. Mi soberano, abrazadle (1). Debeis hacerlo, abrazadle. Cesen nuestras turbaciones, y vuelva la calma á nuestro corazon.

Duq. Mira á quien eres deudor de mi perdon (2). A este honrado soldado, á quien vilmente has ofendido, y que será siempre el firme apoyo de mi persona, y aun de la tuya misma. Ingrato hijo!

ESCENA IV.

DICHOS Y UGIER.

Ugier. La hija del señor coronel pregunta llorando por su padre.

Duq. Que entre al instante.

Prínc. Ah! ved aqui, padre mio, la inocente ocasion de mi culpa. Yo la amaba sin ser correspondido. El capitan Walter la galanteaba. Mi pasion me cegó.... Ahora imploro vuestro consentimiento para su boda.

Duq. Es justo; yo se lo doy.

1 *El duque hace señas que no.*
2 *Despues de alguna resistencia le abraza.*

Capit. Ah, príncipe! no merezco vuestro favor. Los celos me han perdido.... Yo soy el reo.... Osé robaros aquella corona que.... á vuestros pies.

Prínc. Basta, mi buen amigo.... Perdonémonos mútuamente, abrazadme.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y AMALIA.

Amal. Ah, mi soberano! La vida de mi padre. (*se arrodilla.*)

Duq. Levantad, hija mia. Yo aprecio mucho á vuestro padre, y asi ambos procuremos conservar su preciosa vida.... Pero, hijo, amigos, baron.... vos que erais su mejor compañero y amigo.... teneis algun conocimiento de quien haya sido el indigno corruptor, el pérfido consejero de mi hijo? Para que llegue al colmo mi alegría, debo vengarme de semejante traidor, y entonces respiraré mas tranquilo. Decid.... lo conoceis? (*al baron.*)

Bar. Yo, señor, no sabia.... Ah! que no puedo respirar. (*ap.*)

Duq. Habla pues tú, hijo mio, y guárdate.... pero no, tus labios no conocen la mentira.

Prínc. Ah, padre mio! Yo de nuevo me confieso culpable; pero pues me obligais á ello, me veo precisado á deciros que con las máximas y consejos del baron tomó fomento mi criminal amor.

Coron. Y no menos con la inconsideracion de una sobrina mia, á la que amaba el señor baron.... Mas yo la he castigado ale-

jándola para siempre de mi casa.

Duq. Ah, vil, infame! Convendria que te quitase la vida.... pero vete, monstruo: apártate de mi presencia, y no te atrevas jamás á poner el pie en mis estados.

Bar. Me parece imposible salir tan barato. (1)

Duq. Señorita, vos que no os habeis dignado corresponder al afecto de mi hijo, sí que sois en cierto modo culpable de tantos desórdenes.... Os prescribo un retiro.... Y para no daros tiempo de escapar, nombro ahora mismo al capitan para que os custodie. Grawenstein, te doy el condado de Breinstein, y acuérdate siempre de que eres mi amigo. Ahora, hijo mio, te toca á tí cumplir con tu deber.

Princ. Padre, sé cual es, y sabré cumplirlo. Acércate, ó verdadero héroe (*al coronel*); ven, estréchate en mis brazos, se tú la guia de mi inconsiderada juventud. Y para que te quede una eterna memoria de este dia, toma: este es un distintivo, una órden de honor.... yo la heredé con la sangre; pero no la habia merecido por mis acciones.... Sea adorno de este ilustre pecho, y concede en recompensa un generoso perdon á mi juvenil flaqueza.

Coron. Verdadero héroe!
Amal. Digno príncipe!
Capit. Nuestro númen!
Duq. Mi hijo! Querido hijo mio!
} *Abrazándole*.

FIN.

1 *Vase haciendo cortesías.*

LAS COSTUMBRES
DE ANTAÑO.

LAS COSTUMBRES DE ANTAÑO.

COMEDIA ORIGINAL.

POR DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.



MADRID 1819.

Imprenta de Repullés, *plazuela del Angel.*

AL REY

NUESTRO SEÑOR.

Manuel Eduardo Gorostiza.

PERSONAS.

Don Pedro, propietario rico de Chinchon.
Doña Inés.
Don Felix.
Don Juan.
Un Escudero.
Un Page.
Un Doctor.
Isabel, criada.
Escuderos, Pages y dueñas que no hablan.

LA ESCENA ES EN CHINCHON.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

Don Juan, Don Felix e Isabel.

D. Juan.

Confieso teneis razon:
¡es singular su manía!

D. Felix.

No nos habla en todo el dia
sino de la perfeccion
de las costumbres de antaño;
exagera su bondad,
pondera su gravedad;
y en proceder tan estraño
nada es bueno, nada deja
su voluntad satisfecha
sin cuatro siglos de fecha.

D. Juan.

Siempre á los viejos aqueja
semejante enfermedad;
y como su edad pasó,
no hay uno solo que no
eche de menos su edad.

D. Felix.

Fácilmente se concibe
la razon, que á los sesenta
nada presente alimenta,
y de recuerdos se vive:
con todo, mi amado tio
se excede mas que cualquiera,
y lo que en otro es chochera
en él pasa á desvarío.
No hace mucho que le ví
con un ochavo en la mano
(al parecer segoviano),
y entusiasmado le ví
que entre dientes repetia,
¡qué delicado perfil!
¡qué limpieza! ¡qué buril!
No se grava asi en el dia.

Isabel.

Pues cuando anoche mondaba
en la cena cierto pero

de Ronda que (no exagero)
sus cuatro libras pesaba,
me dijo, mira, Isabel,
todo cambia y degenera,
y si yo nacido fuera
cuando D. Pedro el cruel,
te aseguro sin afan
que este pero que has traido,
por lo chico, hubiera sido
una pera de S. Juan.

D. Juan.

De buena gana me rio.

D. Felix.

Nosotros no, porque al cabo
todo el mundo aqui es esclavo
del capricho de mi tio;
y si aquesto no influyera
en su genio y condicion,
pudiéramos con razon
pasarle tanta quimera;
mas por la Vírgen, señor,
¡si no se puede sufrir!

Isabel.

No sabe sino reñir.

D. Felix.

Siempre está de mal humor:
cuanto hacemos le disgusta,
y cuanto hablamos le enfada;
si callamos no le agrada,
si reímos no le gusta.
Con el sol nos levantamos,
nos acostamos de dia,
comemos al medio dia,
y entre cinco y seis cenamos.
Nunca podemos leer
sino en viejos cronicones,
con mas roña que renglones,
con mas polvo que saber.
Y el mísero que se atreve,
y sus órdenes resiste,
á vestir como se viste
en el siglo diez y nueve,
desde luego le declara
por hombre de poca pró,
pues de greguescos no usó
como D. Sancho de Lara.

D. Juan.

¿Y él los usa?

D. Felix.

No por cierto;

viste como le acomoda,
y no aborrece la moda
sino en los otros.

ISABEL.

Un tuerto
le dijo cuando enseñó
á cazar á cierto amigo,
apunta como te digo,
y no como apunto yo.

D. FELIX.

Llega á tanto su locura,
que aunque él mismo determina
mi boda con su sobrina,
retarda nuestra ventura,
porque dice que no ve
en nosotros cierto fuego
que asegure su sosiego,
que nos falta un no sé qué,
que los Wambas y Mencias
amaban de otra manera;
y en fin, no sé lo que espera,
y pasan dias y dias,
y no nos casa.

ISABEL.

Caramba,
con tal necedad me irrito;

¿quiere acaso el señorito
sino lo que quiso Wamba?

D. Felix.

Nuestro mismo descontento
sin duda ninguna ha sido
el que nos ha sugerido
un extraño pensamiento,
un proyecto de que ya
os hablamos hace poco;
quizá de este modo un loco
con locuras curará.

D. Juan.

Pero no temeis su enfado?

D. Felix.

Se enfadará por supuesto;
mas como lo hemos dispuesto
en dia tan señalado
en que de Madrid se espera
la nueva de la llegada
de nuestra Reyna adorada,
tenemos la lisongera
esperanza de que el tio,
á la sombra de este dia,
perdone nuestra osadía.

Isabel.

Sí señor, el amo mio

es un español de ley.

D. Juan.

¡Excelente sobrescrito!

Isabel.

Y todo le importa un pito
con tal que se case el Rey.

D. Felix.

En efecto, su lealtad
y amor por el Soberano
escusan en este anciano
las rarezas de su edad.
¡Ay sobrino! (me decia
ayer mismo) ¡cuántos años,
cuántos tristes desengaños
cuenta la existencia mia!
Esperanzas mil, y mil
brillar ví, de dicha grata;
mas como el cierzo arrebata
las tiernas flores de abril,
asi desaparecieron,
y en su lugar me dejaron
recuerdos que me amargaron,
penas que me entristecieron.
Desconfiado ya de un bien
que cual la sombra me huía,

imaginé que podia
cesar de vivir tambien;
quise al sepulcro bajar,
pues no vive quien no espera,
cuando empezar su carrera,
y crecer y deslumbrar
ví un astro que bondadoso
tanto su luz difundia,
que al triste paz prometia
y dicha eterna al dichoso.
Lo considero admirado,
lo venero agradecido,
cobro el aliento perdido,
huyo del sepulcro helado,
y constante girasol
de sus rayos vivir quiero,
porque ya de nuevo espero,
porque he visto un nuevo Sol.

ISABEL.

Pues sin duda conoció
que yo no le entendería
semejante alegoría,
y para usted la guardó,
porque á mí solo me dijo:
Isabel, el REY se casa;
déle Dios dicha sin tasa,
y al noveno mes un hijo.

D. Juan.

¿Con que os decidís por fin?

D. Felix.

Ya está todo preparado,
y tenemos concertado
ademas en el jardin
un festejo, un bailecillo
para despues que se acabe
nuestra farsa.

D. Juan.

¿Es cosa grave?

D. Felix.

Es de asunto muy sencillo;
mas con todo, servirá
de mucho.

Isabel.

Vamos, señor,
tengamos ojo avizor,
que el amor dispertará
cuando menos se le espere.

D. Juan.

¿Pues duerme?

D. Felix.

Tres horas hace.

Isabel.

Mucho el dormir satisface;
pero él duerme mas que quiere.

D. Juan.

No entiendo vuestra respuesta.

D. Felix.

Es que hemos aprovechado
todo el tiempo que ha roncado
para disponer la fiesta.
Mudanza hubo general
de menage y guardaropa;
antigua será la ropa,
antiguas mesa y sitial;
le servirán escuderos,
tendrá dueñas que le lloren
y doncellas que le imploren
contra sandios caballeros.
En fin, pues tan miserable
este siglo le parece,
veremos si el siglo trece
le parece mas amable.

D. Juan.

Y en tiempo tan limitado
¿cómo se pudo forjar
tal enredo?

D. Felix.

Es de contar
muy largo: mas se ha forjado.

Isabel.

Diez cómicos de la legua
nos ayudan. . . . .

D. Juan.

¡Buen acaso!

D. Felix.

En el pueblo estan de paso,
y . . . .

Isabel.

Como pasó la siega,
se vuelven donde se estaban.

D. Felix.

Y al punto los embargué.

. . .

D. JUAN.

Muy bien hecho.

D. FELIX.

Asi logré
los trages que me faltaban.

ISABEL.

Tambien ellos representan
sus papeles.

D. JUAN.

Bien lo creo.

ISABEL.

Y es tanto ya mi deseo
de que empiecen y diviertan,
que reniego de la suerte
al mirar lo que se tarda.

D. JUAN.

Pero en fin, ¿á qué se aguarda?

ISABEL.

A que D. Pedro dispierte

D. FELIX.

Pienso se te fue la mano

en los polvos que le diste
en el caldo.

ISABEL.

¡Lindo chiste!
harto polvo es un anciano!
no señor: solo le dí
lo que recetó el doctor.

D. PEDRO.

¿Isabel?

ISABEL.

¡Ay Dios! señor, *Bajito.*
que es el amo.

D. JUAN.

¿Llamó?

ISABEL.

Sí.

D. FELIX.

Pues chiton, y cada cual
ocupe el debido puesto.

D. PEDRO.

¿Isabel?

D. JUAN.

Vámonos.

D. FELIX.

Presto.

ISABEL

¡Oh Vírgen del Tremedal!
ahora sí que va de veras.
Dános pues tu proteccion,
porque si no este Neron
nos ha de dar para peras.

SCENA II.

El teatro representa una sala colgada con tapices viejos, y mueblado del modo mas antiguo que se pueda. En el foro habrá una puerta que figurará ser de la alcoba en que ha dormido Don Pedro la siesta, y saldrá por ella. Toda esta escena es á obscuras.

DON PEDRO solo.

D. PEDRO.

¿Isabel? ¿Felix? ¿Lucía?

¡todo el mundo ha ensordecido
en esta casa! ¿Muchacha?
sí, á la otra puerta... ¿Sobrinos?
¡nadie me responde, nadie!
¿Pero cómo habré dormido
tanta siesta? Ya es de noche
cerrada, ¡cuando á las cinco
debieron llamarme!.... Vaya,
que me gusta tal descuido.
Pues, señor, fuerza será
que me tome el trabajito
de buscarlos en persona:
de lo contrario... no atino

Tropieza con un sitial.

con la puerta... ¡Santa Tecla!
que me he deshecho un tobillo.
¡Siempre han de dejar por medio
las sillas!... Pero, Perico,
esto no es silla... ¿Pues qué
será? Yo no lo adivino;
vamos, si hubiere en el mundo
hombre que esté peor servido
que yo... ¡maldita canalla!
Todos, todos son lo mismo.
Bien haya aquellos criados
de vigote retorcido,
con su perilla en la barba

y su tizona en el cinto;
¡aquellos sí que servian
los pensamientos!.. Afirmo
que diera lo que no tengo
por un escudero.

ESCENA III.

Escudero y dicho.

Escudero.

Fizo *Claro.*
vuesa merced luenga siesta.

D. Pedro.

¡Válgame San Agapito! *Ap.*
¡San Juan, San Cosme, San Diego,
los mártires de Corinto,
y la santa Translacion
del Apostólico oficio
á la ciudad de Antioquía!

Escudero.

¿Non me fabla, señor mio?
¿qué pescuda? ¿qué desea?

D. PEDRO.

¿Pero dónde estoy? ¿Qué sitio *Ap.*
es este?

ESCUDERO.

¿A quién demandaba?

D. PEDRO.

¡Qué tapices tan antiguos! *Ap.*
¡Qué muebles! Vaya, no hay duda:
ó me vine sin sentirlo
á las ferias de Madrid,
ó estoy todavía dormido,
y me aflige pesadilla.

ESCUDERO.

¿Mas por qué vos mortifico
con preguntas é respuestas,
cuando de todo colijo
que la fiebre cuartanal
vos acucia?

D. PEDRO.

Un buen pellizco *Ap.*
me tiraré por si logro
dispertarme.

ESCUDERO.

¿Hubiste frio?
¿Sentiste en la riñonada
punzada ó dolor?

D. PEDRO.

Maldito
seas con tu riñonada:
duende, vision ó vampiro,
¿qué me quieres? ¿qué me quieres?

ESCUDERO.

Daros el vuestro vestido.

D. PEDRO.

Oste puto, y ¿tiene llamas?

ESCUDERO.

Franjas solo.

D. PEDRO.

¡Qué delirio!
¿Pues acaso en el infierno
faltan lacayos?

ESCUDERO.

Non digo
tal sandez.

D. Pedro.

Pues por si acaso,
de parte de Dios te pido
me digas quién eres, y
quién te envia.

Escudero.

Soy Rodrigo
el vuestro buen escudero,
é de Juan Rodriguez fijo,
é nieto de Gil Rodriguez,
el de Iniesta.

D. Pedro.

¡Ay diablo mio!
eso sí que no; serás,
si es que te empeñas, sobrino
de la misma catedral
de Toledo: no replico
ni me opongo; pero en cuanto
á lo escudero te afirmo
que es mentira, porque yo
nunca tuve á mi servicio
gente que oliera á toston.

Escudero.

¿E asi pusiste en olvido
mi lealtad? Mas non lo estraño,

ni menos lo maravillo,
pues estais asaz doliente,
é sin seso.

D. PEDRO.

¿Con que es fijo
que eres mi escudero?

ESCUDERO.

Sí.

D. PEDRO.

Míralo bien.

ESCUDERO.

Ya lo miro.

D. PEDRO.

Pues entonces qué ¿soy yo?

ESCUDERO.

Sois el muy alto é manífico
señor Pero Perez de Hita
de abolorio esclarecido,
copero mayor del Rey,
é su vasallo.

D. PEDRO.

Has mentido,

y la culpa tengo yo
de hablar con diablos bebidos.
¡Yo copero! ¡yo abalorio!

ESCUDERO.

Vaya, recobrad el joicio:
no esteis, señor, tan airoso,
que al dotor ya he prevenido
é con su fisica pronto
vos curará.

D. PEDRO.

Vive Cristo, *Ap.*
que segun lo caprichoso,
este diablo es vizcaino:
no hay remedio.

ESCUDERO.

En tanto pueden
vuestros pages asistiros,
é quitaros el ropon.

D. PEDRO.

¡Esta es otra!

ESCUDERO.

¿Dais permiso?

D. Pedro.

¡Si supiera conjurar! *Ap.*
Mas á falta de exorcismos
allá van media docena
de cruces.... nada... está visto,
en no hablándoles latin
se hacen los desentendidos.

Escudero.

Ola, pajes; venid pronto.

ESCENA IV.

Dichos y dos Pajes.

Pajes.

¿Qué nos mandas?

Escudero.

Necesito
unas calzas coloradas,
é greguescos amarillos,
é coleto, é la ropilla
de belarte berberisco
para engalanar al dueño
á quien atentos servimos.

D. PEDRO.

Para disfrazar dirás *Ap.*
mejor.

ESCUDERO.

¿Lo habeis entendido?

PAJES.

Todo está á punto.

EESCUDERO.

Pues luego
comenzad el vuestro oficio,
é nada os detenga.

D. PEDRO.

No
por cierto: yo no me visto
de mogiganga.

ESCUDERO.

Parad
las mientes. . . .

D. PEDRO.

Lo dicho, dicho;
ni paro ni reparo; ¡ola!
¿soy acaso dominguillo

para que asi se diviertan
á mi costa?

ESCUDERO.

Catad....

D. PEDRO.

Digo
que no quiero.

ESCUDERO.

Pues entonces
homildemente os aviso
que por ser la malatía
tan pertinaz....

D. PEDRO.

Hombre indigno,
¿qué tiene que ver mi tia
con tus planes fementidos?

ESCUDERO.

E porque perdido el seso
vos acometen vaguidos,
é non vos dejais servir
de los vuestros, determino
que con todo aquel respeto
que á vuestro alcurña es debido,
vos aten entrambas manos,

é los pies sujeten grillos,
é vos desnuden é vistan,
mal que vos pese.

D. PEDRO.

No, amigo,
no dejaré yo que llegue
este caso.

ESCUDERO.

Ello es preciso...

D. PEDRO.

Pues me entrego á discrecion,
porque nunca he apetecido
distinciones con grilletes,
ni respetos con silicios.

ESCUDERO.

Tomad asiento.

D. PEDRO.

Caramba,
y qué blando es el maldito.

ESCUDERO.

Es de alcornoque.

D. Pedro.

Lo creo.

Escudero.

E non lo vi tan polido.

D. Pedro.

Ni yo tan duro.

Escudero.

El abuelo
de vuesa merced lo fizo
facer cuando se tornaba
de los campos de Clavijo.

D. Pedro.

No hubiera hecho tal si hubiera
las poltronas conocido.

Escudero.

Llegad, pajes, é las calzas
atacadle.

D. Pedro.

¡Qué martirio! *Ap.*
Esto es ligarme las piernas.
¿Donde, donde os habeis ido
comodísimas calcetas?

¿ Desahogados calzoncillos ?
Pero, señor, ¿ qué es aquesto ?
¿ Son visiones ? ¿ Son hechizos ?
¿ Si seré yo Pero Perez,
y nunca lo habré sabido
hasta ahora ?

ESCUDERO. *A los pajes.*

Los gregueścos.

D. PEDRO.

¿ Mas no soy D. Pedro Risco, *Ap.*
el hidalgo de Chinchon,
y el cosechero mas rico
de la villa ?

ESCUDERO. *A D. Pedro.*

Enderezad.

D. PEDRO.

Con un garrote de pino
en tus costillas.

ESCUDERO.

¿ Fablais
con nosotros ?

D. PEDRO.

No, querido;

. . .

rezaba mis oraciones,
como siempre que me visto.

ESCUDERO. *A los pajes.*

El coleto.

D. PEDRO.

¿Pero dónde *Ap.*
mis sobrinos se han metido?
¿donde mis criados? ¿Dónde
mi casa?

ESCUDERO.

Ya estais vestido:
¿qué nos ordenais agora?

D. PEDRO.

Mas ¿por qué me martirizo *Ap.*
con necias cabilaciones?
¿Puedo acaso resistirlos
si son diablos? Si es un sueño,
¿ha de durar medio siglo?
¿no he de dispertar al cabo?
Pues, entonces, ea, Perico,
pecho al agua, fuera miedos;
y si de pronto me miro
infanzon hecho y derecho,
paciencia, pues lo he querido
y deseado, y... mal haya,

amen, tanto desvarío.

ESCUDERO.

Estais harto enfastidiado;
narrarnos, pues, yo lo pido,
del presente displacer
la causa.

D. PEDRO.

¿Dieron las cinco?

ESCUDERO.

E las siete tambien dieron.

D. PEDRO.

Mejor, por eso me inclino
á que me deis chocolate;
pues no será divertido
que me quede sin refresco.

ESCUDERO.

No sé lo que quereis.

D. PEDRO.

¡Lindo!
¿qué he de querer! Chocolate,
con vizcochos de soplillo,
y.....

ESCUDERO.

¿Pero qué es chocolate?

D. PEDRO.

¡Es verdad que aun no ha nacido
el buen Cristóbal Colon!
Por vida de...

ESCUDERO.

¿Teneis hipo?
¿Quereis yantar?

D. PEDRO.

Ya se vé
que quiero.

ESCUDERO.

Sereis servido
súpitamente.

ESCENA V.

DON PEDRO solo.

D. PEDRO.

Ello es cierto,
graves males han traido
esas Indias; mas tambien

nos dan frutos peregrinos:
dígalo si no el cacao
y el azúcar, y.... ¡benditos
ingredientes! Sin vosotros
fueran en verdad perdidos
muy buenos ratos, muy buenos;
y ademas, zoylos impíos,
sin chocolate, decidme,
y sin un azucarillo,
¿qué hubieran, pues, refrescado
el Príncipe, el grande, el chico,
el reverendo, el letrado,
la doncella, el....

ESCENA VI.

Escudero, Pajes y dicho.

ESCUDERO.

Pan y vino
tiene aqui vuesa merced:
yante en buena hora.

D. PEDRO.

¡Esquisito *Ap.*
refresco!

ESCUDERO.

E muy buena pró
le faga.

D. Pedro.

¡Qué hermoso vidrio! *Ap.*
Vaya, que la tal vasija
puede hacer cualquier servicio,
sin que nadie se lo tache;
pues digo, ¿y el panecillo?
si no es de leche, es de tinta;
de piedra si no de trigo;
y....

Escudero.

¿Non yanta?

D. Pedro.

Tengo solo
sed.

Escudero.

Beba luego.

D. Pedro.

Es muy tinto.

Escudero.

¿Quiere agua?

D. Pedro.

Quiero el demonio
que cargue pronto contigo.

ESCENA VII.

El Dotor y dichos.

Dotor.

Non descuiden la mi mula: *Al salir.*
guárdense de sus descuidos,
cá siempre fue caroñosa,
é cocea.

Escudero.

Ya el dotor vino.

Dotor.

Aristotis é Avicena
nos encargan ....

D. Pedro.

Buen principio: *Ap.*
y no es malo que al instante
entregan el sobrescrito.

Dotor.

O debieron encargarnos
el uso del solomillo
ahumado en casos de gota,
porque el craso del cochino,
humectando los tendones,

ablanda el dolorido
estremo, é...

D. Pedro.

Basta, hombre, basta;
escuse los desatinos,
que no tengo otro dolor
si no haberos conocido.

Dotor.

Paso, señor Pero Perez,
non denueste, que me irrito,
é tengo siempre en la mano
la venganza.

D. Pedro.

No me admiro;
porque con cada renglon
se sale de un enemigo.

Escudero.

Señor dotor, non es gota.

Dotor.

¿Pues qué es?

D. Pedro.

Si se lo decimos,
¿de qué le sirve su ciencia,

ni sus graves aforismos?

ESCUDERO.

Le acucia una malatía
en la mente.

DOTOR.

¿Bebe vino?

ESCUDERO.

Algun tanto.

DOTOR.

Mas valiera
que lo aforcaran.

D. PEDRO.

Dios mio,
¿por qué los médicos siempre
han de ser tan compasivos?

DOTOR.

Beba, pues, del agua sola,
é huya del vino dañino
cual si fuera de la yerba
ballestera.

ESCUDERO.

Lo he entendido;

é diga, ¿podrá beber
en cuantía?

DOTOR.

Sí, Rodrigo,
cuanta agua quiera.

D. PEDRO.

Mil gracias
por favor tan peregrino.

DOTOR.

E aparejado que sea....

D. PEDRO.

Tú lo serás, gran pollino. *Ap.*

DOTOR.

Para que le saquen sangre,
le aliviaremos de cinco
buenas tazas en catorce
vegadas.

D. PEDRO.

¡Soberbio alivio!

DOTOR.

E despues le dispondremos
brebajes frigerativos,

é luego....

D. Pedro.

Y luego me muero,
por libertarme prontito
de tus malditos remedios.

Escudero.

¡Ay, que le crece el delirio!

Dotor.

¿Qué propala este demente?

D. Pedro.

Reniego de tal estilo
de curar: agua, sangrías,
brebajes, friegas, y... lindos
remedios son, por mi vida,
si el enfermo es un novillo.

Dotor.

¿Non es fuerza le medique?

Escudero.

Sosegaos, señor mio,
é reparad que este home
es un varon muy sabido,
é doto en la fisicante
parlería.

D. Pedro.

Sí, pues, mira, hijo,
anda, y cúrate con él,
que yo no lo necesito,
ni pienso necesitarle
para nada.

Escudero.

E á vuestro primo,
Garcí Manriquez de Lara,
le curó con mucho tino,
cuando finó.

D. Pedro.

Pues no quiero
que me atine: ¡ay tal capricho!

Dotor.

Bien está; ya lo veredes.

D. Pedro.

No tal, ya lo tengo visto;
y por lo tanto resuelvo
no morirme en este siglo.
¡Cáspita con los dotores
de antaño!

DOTOR.

¡Doliente impío!

D. PEDRO.

Á lo menos en Chinchon
el cirujano latino,
si mata cuando le llaman,
y porque al cabo es su oficio,
nó por eso se ensangrienta;
mas los herodes antiguos
matan, y sangran; y asi
son dos veces asesinos.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON FELIX, vestido á la española antigua.

D. FELIX.

Fugid, noble caballero,
de esculapios maleficios,
é pósimas melecinas,
é dotores non leidos.
La negra melanconía
diz que os tiene asaz sombrío;
é si es vero lo que fablan,
é si estais tan aborrido,
mirá, señor, vais errado,

cá las dolencias de espritu
non se curan emplastando,
non se aplacan con lentisco,
sino solo les atañe
torresnos é regocijos.

D. PEDRO.

¡Tiene razon, por mi vida, *Ap.*
este diablo! ¿Mas, qué miro!
¡Jesus, lo que se parece
á Don Felix, mi sobrino!

D. FELIX.

E vos, dotor sangradero...

D. PEDRO.

Pero habiendo conocido *Ap.*
muchos hombres endiablados
con uniformes y rizos,
¿por qué estraño que se encuentren
tambien diablos parecidos?

D. FELIX.

Andad en hora no buena;
cá si agora yo os lo pido
con asaz cortesanía,
sabré, si osais resistillo,
de una coz, bien asentada,
arrojaros de este sitio.

DOCTOR.

Sí andaré; mas pronto llegan
con las febres, los pepinos,
é os emplazo para entonces.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS EL DOTOR.

D. PEDRO.

¿Escudero?

ESCUDERO.

Señor mio.

D. PEDRO.

¿Cómo se llama este mozo?

ESCUDERO.

Fernand Alvarez Bustillos,
señor de Valdècorneja,
é rico-home.

D. PEDRO.

Pues, querido,
en cuanto le vi tan fiero
adiviné que era rico.

D. Felix.

Agora pensemos solo
en solazarnos.

D. Pedro.

Bien dicho;
pero sepamos primero,
¿de qué modo en este siglo
se acostumbra á solazar?

D. Felix.

¿Danzais?

D. Pedro.

Nunca dí brincos
á compas, ni sin compas.

D. Felix.

¿Jugais cañas?

D. Pedro.

Cuando chico
jugué con ellas, y fueron
mi fusil y caballito.

D. Felix.

¿O correis liebres?

D. Pedro.

Las cojo
si no miro donde piso.

D. Felix.

¿Al menos cabalgareis?

D. Pedro.

Pierdo al punto los estrivos.

D. Felix.

¿Nada, pues, sabeis facer?

D. Pedro.

Sé olvidar lo que he sabido;
y no es poca habilidad
á los sesenta del pico.

D. Felix.

Pésame sobre manera
que non gusteis de bollicios,
é que vos falten las fuerzas
para gozar atrevido
de los únicos placeres
á los nobles concedidos.

D. Pedro.

Y qué, ¿no hay otros?

...

D. Felix.

Los hay;
mas en todos es preciso
cabalgar buenos rocines,
é guardar el equilibrio.

D. Pedro.

¿Con que sin cabalgadura
no hay nada? ¿eh?

D. Felix.

Nada.

D. Pedro.

Pues digo,
que es un lance del demonio;
y supuesto es requisito
indispensable la tal
quisicosa, determino,
despreciando todo riesgo,
cabalgar en un borrico
que tengo, si la propuesta
mereciere el sacrificio.

D. Felix.

¿E si dais con vos en tierra?

D. Pedro.

Dará la tierra conmigo.

D. Felix.

Ora bien, vos aconsejo
que tomemos el camino
de Flandes.

D. Pedro.

Dígame usted;
¿y qué se nos ha perdido
en Flandes?

D. Felix.

Se casa el conde.

D. Pedro.

Dios lo haga muy buen marido;
pero tambien en Castilla
hay boda, y fuera delirio
el bien teniendo tan cerca,
que necios é inadvertidos
lo buscásemos tan lejos....

D. Felix.

¿Pero el conde?...

D. Pedro.

Y donde Cristo
dió las tres voces. . . .

D. Felix.

Catad,
que un personero me dijo
facian los sus vasallos
festejos harto polidos,
y que luego mantenian
un torneo.

D. Pedro.

No lo envidio
tampoco; que si su boda
celebran los flamenquitos
con zambras y diversiones,
los castellanos mas finos
saben celebrar la suya
en sus pechos complacidos
con votos, con esperanzas,
con deseos, con sencillos,
pero sinceros estremos,
con apasionados gritos,
y con lealtad castellana,
que jamas se ha desmentido.

D. Felix.

Retórico estais.

D. Pedro.

No tal,
pero siento lo que digo,
y la elocuencia del alma
no necesita de libros:
con todo, aunque yo protesto
no moverme de este sitio,
quisiera que me esplicaseis
á lo que estan reducidos
esos dichosos torneos.

Escudero.

¿E su merced non los vido
antaño, en Valladolid,
cuando los dos asistimos,
é la Infanta se casó
en Portugal?

D. Pedro.

No lo he visto.

Escudero.

Pues por mi vida, señor,
anduvisteis bien ardido,
é tan tieso en el rocin,

cual si fueseis úno mismo.

D. PEDRO.

Asi seria; pero yo
no me acuerdo.

ESCUDERO.

¿Nin del circo,
que fembras é menestriles
guarnecian?

D. PEDRO.

No, querido.

ESCUDERO.

Nin tampoco de dos torres,
que en él se vieron de pino
ó de lienzo, é semejaban,
ser de piedra?

D. PEDRO.

Te repito
que si lo ví, lo olvidé.

ESCUDERO.

Junto á ellas reconocimos
diez tiendas sobre cubiertas
con telas de varios visos,
é de ellas salieron luego

por el faraute advertidos
apuestos mantenedores,
que justaron con gran brio,
é dieron contentamiento
á estraños é conoscidos.

D. PEDRO.

Pero ¿qué hicieron?

D. FELIX.

Lancear.

D. PEDRO.

¿A toros?

D. FELIX.

¡Qué desatino!
A nobles aventureros.

D. PEDRO.

¿Entonces aqueste oficio
tendrá tambien sus percances?

D. FELIX.

¿Qué?

D. PEDRO.

Que tendrá sus peligros.

D. Felix.

Alli mismo D. Gutierre
de Sandoval fue caído
por el justador Urrea,
que le dió sin advertillo
un desemejable encuentro,
é alli murió.

D. Pedro.

Muy bien hizo;
mas yo no le imitaré,
y mientras que haya novillos
que ver desde la barrera,
y teatros bien concurridos,
y visitas y paseos,
os juro, caballerito,
que donde arriesgue el pellejo
no podré estar divertido.

D. Felix.

Son, empero, diversiones
que placen al nuestro siglo.

D. Pedro.

Pues de ellas y de él reniego.

ESCENA X.

Doña Inés, vestida á la española antigua y dichos.

DOÑA INÉS.

Justicia, señor, vos pido,
que quien á nobles demanda
contra entuertos, el su auxilio
de justicia se lo pide.

D. PEDRO.

¡Sobrina!

D. FELIX.

¡Raro prodigio
de belleza!

ESCUDERO.

Noble dueña,
non plañeis vuestro destino,
non esteis mas de finojos:
levantad, cá vos afirmo
é prometo, en nombre suyo,
defenderos é asistiros.

D. PEDRO.

Pues la prometes muy mal,

porque nunca, nunca he sído
cirujano, y asi no puedo
curarla entuertos ni envizcos.

D. Felix.

Referirnos vuestras cuitas.

Doña Inés.

Oidme, pues.

Escudero.

Ya vos oimos.

D. Pedro.

Cuánto va que mi sobrina *Ap.*
quiere darme un sobrinito!

Doña Inés.

En rico abolengo nascida é criada;
de padres fidalgos habida é querida;
con dulces presagios rescibí la vida;
con nobles ejemplos fui endotrinada;
los cielos ficiéronme asaz bien formada,
de rostro fermoso, cual estais notando;
mas diéronme, empero, como cera blando,
corazon amante é alma apasionada.
Catorce vegadas he visto con flores
ornarse los campos, é á la mariposa
mecerse en su cáliz, robando envidiosa,

á par de la abeja, sustáncia é colores.
Catorce vegadas oí ruiseñores
en suaves concetos cantar sus querellas;
é tambien catorce burlábame de ellas;
cá non conoscia qué cosa era amores.
Mas ¡ay sin ventura! la paz que yo habia
huyóse del pecho, cual sombra ligera,
é lo muy tranquila que entonces viviera,
castígame el ciego con gran tiranía;
sin sueño de noche, sin gusto de dia;
sollozo, sospiro, morirme me siento;
é como la rosa por cálido viento,
ansi se marchita la mi lozanía.
Si encuentran mis ojos los ojos que admiran,
al punto se bajan como avergonzados,
é luego al soslayo, sin ser levantados,
curiosos indagan, é tiernos se miran.
Los pechos entonces á la par respiran;
las manos se enlazan, los labios se mueven,
é amantes se juran, é finos se atreven;
cá dos que se adoran muy pronto deliran:
por ende asustada, maridarme quiero,
que todo lo cura un apuesto garzon;
é non fuera justo, nin menos razon,
pudiendo haber vida, morir cual yo muero.
Las palmas é tocas en otras venero,
é verdes guirnaldas de oliente tomillo;
mas nunca en mis manos, que nupcial anillo
á tocas é palmas é á flores prefiero.

Señor Pero Perez, amado señor,
marido me place, marido vos pido, (do,
pues muero é me abraso; é diz que un mari-
mas que sanguinaria, refresca mejor.
Si escuchais mis preces, si me dais favor,
Dios vos galardone con bienes sin tasa:
cá nunca la suerte fue parca ni escasa
para aquel que alivia querellas de amor.
Mas si mi esperanza se viere burlada,
é se desmintiera vuestra cortesía,
permitan los cielos vos roben el dia
escuros celages, noche prolongada,
é vivais mil años si vida os enfada,
sin paz ni deseos, con penas sin fin,
que aquesto merece el necio, que ruin
el llanto no enjuga de fembra angustiada.

ESCUDERO.

Non temais, triste doncella,
que mi señor....

D. PEDRO.

Pero ¡harpía!
si marido es su agonía,
¿me he de casar yo con ella?

DOÑA INÉS.

Non pido, non, vuestra mano.

D. PEDRO.

Ni tampoco te la diera.

DOÑA INÉS.

Tan solamente quisiera
que mataseis al tirano,
é al malandrin que sujeta
mi voluntad é mi amor.

D. PEDRO.

Esta piensa soy dotor, *Ap.*
y me pide una receta.

DOÑA INÉS.

Matadle, señor, matadle.

D. PEDRO.

No haré tal, aunque la pese,
que luego gritarán: á ese,
ahorcadle, señor, ahorcadle.

DOÑA INÉS.

Catad, que es un majadero
que mi dicha desbarata.

D. PEDRO.

Hija, en casa no se cata
sino á las doce el puchero.

DOÑA INÉS.

Que es un tutor, vos decia,
que me acucia en este instante.

D. PEDRO.

Pues haced que vuestro amante
acuda á la vicaría,
y verá como su mal
pronto remedio recibe.

DOÑA INÉS.

E decidme, ¿dónde vive
esta dueña?

D. PEDRO.

Voto á tal, *Ap.*
que ya me huele á malicia
muger tan preguntadora.

DOÑA INÉS.

¿Non respondeis?

D. PEDRO.

Id, señora,
acudid á la justicia;
y no dude vuestro afan,
que si mira vuestro empacho,
os casará sin despacho
con el mismo preste Juan.

ESCUDERO.

¡A la josticia? ¿Olvidais,
ó será errata de cuenta;
que en mil cuatrocientos treinta
es el año en que fablais?
¡A la josticia! ¿E pudiera
esta Diosa haber su asiento
en donde á cada momento
se la ultraja é vitupera?
Non señor: El Rey, sin ley,
preso yace en Tordesillas,
é las dos pobres Castillas
se encuentran como sin Rey.
Los nobles las alborotan,
los moros las amenazan,
los vandos las despedazan,
los disturbios las derrotan;
é sin fuero é sin decoro,
el miserable pechero,
sufre mas del propio acero,
que del acero del moro:
aqui el interés de suerte
nos arrastra é nos divide,
que lo ageno non se pide
si no lo toma el mas fuerte:
aqui la pasion nos manda,
é los ojos nos fascina;
la venganza nos domina,
la piedad non nos ablanda;

é aunque las leyes se irriten,
como agora mudas son,
las quejas de un infanzon
á su espada se remiten.
Ved, pues, la causa, señor,
porque esta triste doncella,
á quien un necio atropella,
requiere vuestro valor.

D. Pedro.

¿Y era esto lo que yo echaba *Ap.*
tan de menos? No en mis dias,
no mas, no mas gollerías;
bien estaba como estaba.

D. Felix.

Acabad, é conceded
lo que pide la cuitada.

D. Pedro.

Repito que no haré nada.

D. Felix.

¿Tal dice vuestra merced?

D. Pedro.

Como usted lo oye.

Escudero.

Mal hace,

é harto pronto lo verá.

D. PEDRO.

Pero á mí que se me da
que se case ó no se case.

D. FELIX.

Pues estando yo delante,
no permito se desaire
á fembra de tal donaire: *Tira el guante.*
alzad luego aquese guante.

D. PEDRO.

Alcelo usted que lo tira,
que yo no soy su criado.

ESCUDERO.

Ya os hallais desafiado.

D. PEDRO.

¿Quién, yo?

ESCUDERO.

Vos.

D. PEDRO.

Eso es mentira;
el señor no pronunció
tal cosa.

...

D. FELIX.

Mas vos tiré
el guante.

D. PEDRO.

Pero no lo alcé,
y en el suelo se quedó;
con que asi no lo entendí.

D. FELIX.

Si no reñis como noble,
voto á tal, que de un mandoble
dos mil muertes vos dé aquí.

D. PEDRO.

¡Vióse apuro semejante!

DOÑA INÉS.

Favorecedme.

D. FELIX.

O reñid.

D. PEDRO.

¿No hay remedio?

D. FELIX.

Non.

D. Pedro. *Al Escudero.*

Pues id,
Y venga el agonizante,
que de ambos modos me doy
ya por muerto.

Escudero.

¡Qué demencia!

D. Pedro.

Y la temible sentencia
en mí se ejecute hoy;
pues si hago lo que pedís
el verdugo me acogota,
y si no luego me acota
este nuevo Belianís
para trincharme sin duelo:
asi, pues, si este es mi hado, *Se tiende*
quiero morir descansado. *en el suelo.*

D. Felix.

¿Qué, os echais por el suelo?

D. Pedro.

Aunque tal cosa os enoje.

D. Felix.

Enderezad, ó temed....

D. Pedro.

Para qué? Píncheme usted
por donde mas se le antoje.

ESCENA XI.

Dichos y un Paje á la española antigua.

Paje.

Acorred nobles fidalgos,
é ricos homes de pró,
que la patria vos requiere
contra propia sinrazon.

D. Pedro.

Esta es otra que bien baila.

D. Felix.

¿Por qué suspendes la voz?
Fabla al punto, é dinos, paje,
de tu queja la ocasion.

Paje.

Mi queja, solo es la queja
de todo el que fiel nasció,
é reniega la discordia,
é su desorden feroz;
los campos se ven sin mieses,
los ganados sin pastor,
é las hazadas se arriman

por apañar el bridon.
Ved los fijos como dejan
al que vida y ser les dió,
é los hermanos se apartan,
é se dicen luengo á Dios.
Ved el esposo cual huye
de la que fiel le sirvió,
é trueca el caliente lecho
por el rocin corredor.
Ved al amigo que olvida
la fe que tanto juró,
é por distintas veredas
encamina su valor;
ved, en fin, nobleza é plebe
de Olmedo en derredor,
los unos con lanza enristre,
é los otros sin morrion,
formar diferentes vandos,
é provocar con furor
lid contraria á su ventura,
pero grata á su pasion:
en el un campo se miran
D. Fadrique el lidiador,
é todos los que tremolan
del descontento el perdon:
en el opuesto se cuentan
leales, é con razon,
el condestable é su fijo,
el gran josticia mayor,
el conde de Benavente,

el de Haro, el buen Albornós;
é por fin, el que se dice
de Castrojeriz señor,
que si en la paz non se muestra,
en la guerra siempre andó:
acorred, pues, los fidalgos,
cabalgad sin dilacion,
que cuando el clariu alarma,
é la trompeta sonó,
los homes que se están quedos
no son homes, vive Dios:
é si lidia el vil pechero,
¿qué fará el buen infanzon?

D. Felix.

Acorramos á las armas.

Escudero.

Voy por las de mi señor,
seguidme el paje.

Paje.

Ya sigo.

ESCENA XII.

Dichos, menos el Escudero y Paje.

Doña Inés.

¡Oh qué sin ventura soy!
cá ¿dónde, si ora vos matan,

hallaré desfacedor
de mi entuerto?

D. PEDRO.

En la botica
por dos reales de vellon.

D. FELIX.

¿E á qué lado vos inclina,
Sr. Perez, vuestro ardor?

D. PEDRO.

Buena pregunta, á fe mia,
no la hiciera un cabador.

D. FELIX.

¿E por qué?

D. PEDRO.

Porque no ignora
que nací rancio español,
y en el lado en que esté el Rey,
ó su nombre, alli estoy yo.

ESCENA XIII.

Dichos y el Dotor.

DOTOR.

Guarda el moro, guarda el moro,
cá de las sierras bajó,

é con seiscientos ginetes
por nuestros llanos se entró.

D. Pedro.

¡Otro susto!

D. Felix.

¿Quién lo cuenta!

Dotor.

Un personero llegó,
que el obispo de Jaen
con presura despachó;
é diz que todo lo talan,
é que los manda Almanzor,
el cid de la Andalucía,
el que mil veces venció,
en los juegos con destreza,
en las veras con valor.

D. Pedro.

Pues á fe que la tal tierra
es tierra de promision,
segun lo quieto y tranquilo
que vive su morador:
cuando no son los de casa,
los moros le dan temor;
y cuando no son los moros,
los enamorados son.
¡Quién quiere vivir asi!

¡ay! ¡si me viera en Chinchon,
que alli no hay mas enemigos
que escribano y comadron!

DOTOR.

¿Qué facemos?

D. FELIX.

Ir á Olmedo,
é lidiar luego que el sol
salga é brille; cá despues
iremos del moro en pos.

D. PEDRO.

¡Escelente plus café
se dispone!

ESCENA XIV.

Dichos, Escudero y Paje.

ESCUDERO.

Ya, señor,
teneis aqui preparadas
vuestras armas.

D. PEDRO.

Sí; pues vos
ídmelas enjaretando
como os parezca mejor,
que yo por no ser armado,

ni lo fui de procesion.

D. Felix.

¡Braba celada!

Escudero.

¡Buen peto!

D. Felix.

¡El escudo es de primor!

D. Pedro.

Pues ¿dónde dejan ustedes
tan descomunal lanzon,
que á su lado, el de Longinos
fue palillo de tambor?

Doña Inés.

Esta cinta vos presento
de favor.

D. Pedro.

¡Lindo favor!
Guardadla para divisa
de algun toro de Gijon.

Escudero.

Ya estais armado.

D. PEDRO.

Me alegro.

D. FELIX.

Servidnos, pues, de guion;
cá todos vos seguiremos,
é á vuestro lado....

D. PEDRO.

¿Quién? ¿Yo?
Primero es que pueda dar
un paso.

D. FELIX.

¿Sentis temor?

D. PEDRO.

Qué temor ni qué morcilla,
lo que siento es veinte y dos
arrobas de peso encima
de mi cuerpo.

ESCUDERO.

¡Qué baldon!

D. PEDRO.

Será lo que ustedes quieran;
pero repito que no
puedo moverme.

PAJE.

El rocin
tasca el freno.

D. PEDRO.

Pues, señor,
lo dicho, dicho: si ustedes,
llevados de compasion,
no cargan conmigo acuestas,
aqui me quedo.

D. FELIX.

Por Dios,
que si no hay otro remedio,
podrán ayudaros dos
pajes hasta que logreis
cabalgar.

D. PEDRO.

No entiendo yo
de ayudas: carguen conmigo
si me quieren lanceador.

D. FELIX.

Pues que carguen.

D. PEDRO.

Pues que carguen.

ESCUDERO.

Facedlo, pajes; é vos
id delante.

D. PEDRO.

No me opongo:
Dios mio, dadme valor,
que si en ogaño me miro,
no quiero otro antaño, no.

ESCENA XV.

D. Juan é Isabel.

ISABEL.

¿Escuchaste?

D. JUAN.

Lindamente;
desde el principio hasta el fin.

ISABEL.

¿Y va bien?

D. JUAN.

Perfectamente;
mas ¿dónde toda esa gente
se encamina?

ISABEL.

Hácia el jardin;
alli desengañarán
su envejecida manía,
y luego celebrarán
tanta dicha, y bailarán
hasta muy entrado el dia;
pues habiendo ya llegado,
como llegó la noticia,
de que la corte ha logrado
el instante afortunado
de haber su Reyna y delicia,
no es justo, pues, que en Chinchon
esté muda la lealtad,
que no hay (por triste) rincon
desde donde la oblacion
no interese á la deidad.

D. JUAN.

Es cierto.

ISABEL.

Y tanto como es.

D. JUAN.

Pues podemos, segun veo,
ir nosotros.

ISABEL.

Vamos, pues;
y ojalá tengan mis pies
las alas de mi deseo.

ESCENA XVI. Y ULTIMA.

Jardin magníficamente adornado é iluminado. En el fondo se descubrirá el templo de la gloria, y á sus lados, pero mas hácia la escena, dos jarrones de murta, que se abrirán á su debido tiempo, y descubrirán los retratos de los Reyes. Cuando llegue este caso, deberá salir del templo una matrona, representando la España, con una corona en cada mano; siendo de laurel la que lleve en la derecha, y de oliva la otra, y figurará coronar con ellas á los retratos: aparecen ya sobre la escena D. Felix, D. Pedro, Doña Inés, Escudero, Dotor, Pajes y cuerpo de baile. Luego Isabel y D. Juan.

D. PEDRO.

Pero para tanto engaño,
y tal trapalonería,
forjado todo en mi daño,
¿qué motivo? . . .

D. Felix.

Un desengaño
tan solo se apetecia.

D. Pedro.

Desengaño!

D. Felix.

Sí señor,
y digno de agradecer;
pues no hay servicio mayor
que disipar un error,
proporcionando un placer.

D. Pedro.

No encuentro ninguno, cuando
se me asusta, como hicisteis.

D. Felix.

Lo encontrareis, comparando
el bien que estais disfrutando
con el mal que antes hubisteis;
recordad del ya pasado
tiempo lo poco seguro,
lo agreste y desaliñado,
lo incierto, pobre y cansado,
lo ignorante, tosco y duro:
y ved luego la presente
sociedad tan baldonada,

cual camina diligente
hácia el estado eminente
de perfeccion deseada.

ESCUDERO.

Sábias leyes nos protejen,
y defienden y aseguran;
y aunque los malos se quejen,
no haya miedo que motejen
las ventajas que procuran.

DOTOR.

Ya los errores pasaron,
ya se busca la verdad;
y las ciencias alcanzaron,
con la luz que demostraron,
disgustar de obscuridad.

DOÑA INÉS.

Las artes encantadoras,
la música, la Poesía
engalanan nuestras horas,
produciendo seductoras
placer y cortesanía.

ESCUDERO.

Entonces todo era susto,
guerra, facciones y duelos;
y en tiempos de tal disgusto,
nadie esperaba lo justo,

...

á no venir de los cielos.

DOTOR.

Entonces la necedad,
deidad era peregrina;
con tan magna ceguedad,
que para hallar la verdad,
se buscó en la medicina.

ISABEL.

El tierno amor se trataba
como materia de estado;
y el que diez años rogaba,
ni siquiera adelantaba
lo que ahora un recien llegado.

D. FELIX.

Negar, fue tener razon.

ESCUDERO.

Perseguir, filosofia.

DÑA INÉS.

Disputar, educacion.

DOTOR.

Y exacta demostracion,
un *ergo* de teología.

D. Felix.

Y si acaso no cedeis
en vuestro temoso intento,
ni tampoço os convenceis,
veamos pues, ¿qué respondeis
á nuestro último argumento?

Da una palmada, y descubre los retratos.

D. Pedro.

¡Qué miro!

D. Felix.

Un Rey adorado,
una Reyna apetecida,
un momento deseado,
y un enlace coronado
por la patria agradecida.

D. Pedro.

¡Qué! ¿llegó ya?

D. Felix.

Sí, llegó,
y nuestro orgullo con ella;
mas ¿qué respondeis?

D. Pedro.

¿Qién, yo?

Que nadie nunca admiró
una adquisicion tan bella,
como sabe mi lealtad
admirarla en este dia;
y en prueba de tal verdad,
confieso mi terquedad
y mi anticuaria manía.

DÑA INÉS.

¿Nos perdonais, segun eso?

D. PEDRO.

Y os caso por buen garante.

DOÑA INÉS.

Grato fin.

D. FELIX.

Feliz suceso.

D. PEDRO.

Porque no tuviera seso
si no os casára al instante:
entre tanto celebrad,
amigos, tales venturas;
cantad, tocad y bailad,
que en tan gran festividad,
locuras serán corduras.

Baile general.

Versos que se recitaron en las primeras representaciones de esta comedia por los principales actores de ella, en obsequio de SS. MM.

Octava.

Verdes coronas de laurel y oliva
Ciñan y adornen vuestra augusta frente;
Nunca se os muestre la fortuna esquiva;
Siempre su imperio la justicia ostente:
El nombre de Borbon eterno viva,
Y suene sin cesar de gente en gente,
Desde el siglo presente al mas remoto:
Tal es ¡oh Reyes! de la España el voto.

Soneto.

Cual cedro, que en el Libano levanta
De las nubes á par su altiva frente;
Y estendiendo sus ramas, no consiente
Arbusto en torno suyo, flor ni planta;
Asi descuella con grandeza tanta,
Reyna augusta, tu mérito eminente;
Pues bella entre mil bellas, solamente
Tu voz suspende, tu mirar encanta.
Mas ¿por qué estraño tal efecto, cuando
Dulce esperanza de la patria mia,

Eres esposa de FERNANDO cara?
Su dicha nuestra dicha vas labrando,
Su amor y nuestro amor en tí confia;
Y ya el nombre de madre te prepara.

OTRO.

Breve período de grandeza y gloria,
Aunque de ilustre y larga nombradía,
¿Puede acaso ninguno en este dia
mancillar con sus hechos tu memoria?
En buen hora recuerde nuestra historia
Esfuerzos de Numancia ó de Pavía;
Si lauro solo entonces se adquiria,
Laurel con libertad nos dió Vitoria.
¡Qué no se debe al pueblo que ha vencido
Por su FERNANDO en desigual pelea,
El noble grito de la patria alzando!
Honor y paz por ello ha conseguido,
Honor y paz, y dicha siempre sea
Divisa fiel del siglo de FERNANDO.

64

6

CREO.

BOCETO DRAMÁTICO EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

por

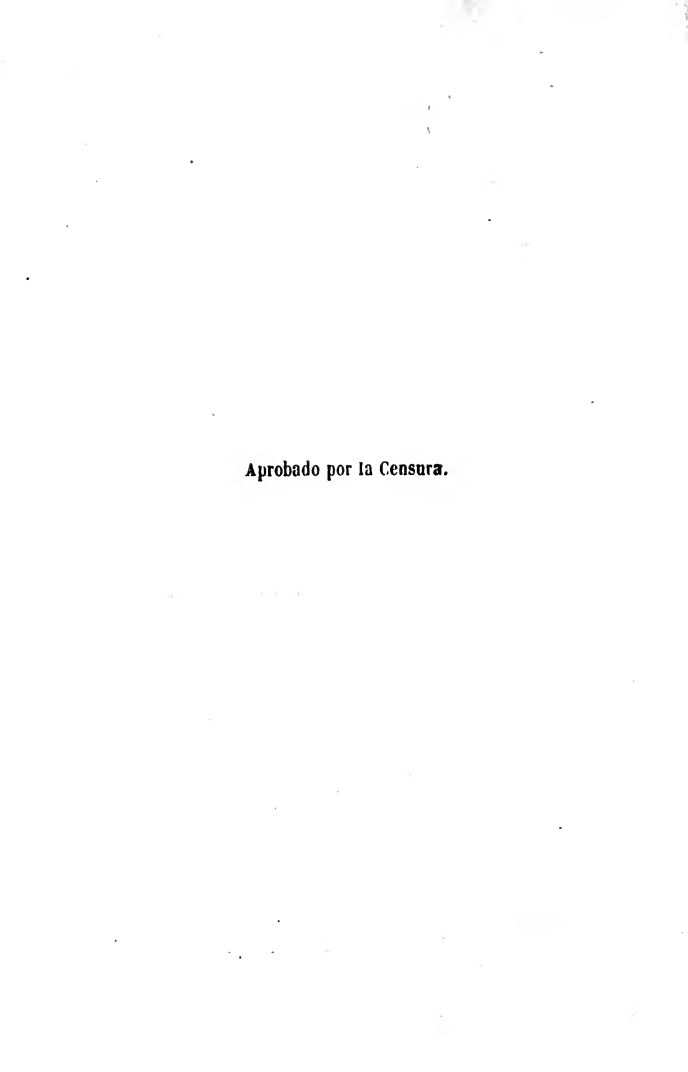
JOAQUIN ASENSIO DE ALCÁNTARA.

—«*Creer es ver,*»—*á mi deseo*
contestó mi madre un dia,
y desde entonces que creo,
veo...
á Dios que dice:—«*Confía.*»
(CANTARES DEL AUTOR.)

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA V. É H. DE GASPAR,
calle de Cervantes, núm. 3.

1866.



Aprobado por la Censura.

MARGARITA, JUAN:

En vuestra casa, mientras mi corazon erijia un altar al cariño que me profesais, tracé las últimas escenas de este pobre boceto.—Aceptadlo, que os pertenece.

JOAQUIN.

Barcelona—Febrero—1866

PERSONAS.		ACTORES.
PABLO. . . .	(50 años).........	D. Miguel Cepillo.
EZEQUIEL.. .	(30 »)........	D. José Mata.
PURA. . . .	(20 »)........	D.ª Enriqueta Liron.

La accion pasa en cualquier rincon del orbe cristiano.

ACTO ÚNICO.

Una sala elegantemente amueblada.—Puertas laterales y en el fondo. — A la izquierda un balcon que da á la calle.—Anochece.

ESCENA PRIMERA.

PURA. EZEQUIEL.

(Al levantarse el telon sale PURA por la izquierda al mismo tiempo que aparece EZEQUIEL por el fondo).

PURA.

¡Qué tarde vienes!

EZEQUIEL.

Parece
que me quieres reprender.

PURA.

Te fuiste al amanecer
y vuelves cuando anochece.

EZEQUIEL.

Prima, ¿poner intentamos
á viejas costumbres tasa?

PURA.

Habiendo un enfermo en casa
no está muy bien, que digamos.
Mi triste tio, que ansía
que el mal de tu madre acabe,
la vé cada vez mas grave;
y tú... ¡ausente todo el dia!
—No pienses que te dirijo
sin razon este reproche;
pues ya ves... desde ayer noche
la madre no ha visto al hijo,
y ella con verte imagina
que ha de calmar su dolencia.

EZEQUIEL.

¡Bobería! Mi presencia
no es ninguna medicina.
Además, es tan fatal,
querida prima, mi estrella,
que solo con verla á ella
agravaria su mal.
Mi corazon, de hiel lleno,
deja que apartado gima,
porque por desgracia, prima,
cuanto toco lo enveneno.

PURA.

Tu modo de hablar me inspira
sérios temores. ¿Qué ocurre?

EZEQUIEL.

Que la existencia me aburre...

Que el mundo es una mentira...
Que en la amistad, á mi ver,
el que confía es un bolo...
Que nada me queda... solo
el desden de una muger.
Que recojí en pocos años,
con dolor que el alma embarga
y la destroza, una larga
cosecha de desengaños.

PURA.

Pero...

EZEQUIEL.

En mi pecho no arde
ya la luz de la fé...

PURA.

Advierte
que tu madre quiere verte.

EZEQUIEL.

Me verá. (Yéndose).

PURA.

¿Cuándo?

EZEQUIEL.

Mas tarde.

(Váse por la puerta de la izquierda).

ESCENA II.

PABLO. PURA.

PURA.

¿Vino el doctor?

PABLO.

No. Sospecho
que si llega á demorar
su visita, va á encontrar
un cadáver en el lecho.

PURA.

Descanse usté.

PABLO.

Aunque lo ansío,
no esperes, hija, que duerma:
el estado de la enferma
es alarmante.

PURA.

¡Dios mio!

PABLO.

Sin su sombra cariñosa
mi pobre hermano se queda.
—¡Ya no es posible que pueda
ser dichoso sin su esposa!
Junto á ella está: el labio sella,
y, evitando su mirada,
estrecha su mano helada
lleno de terror; mas ella
mira con ojos amantes
al que en su pecho reside...
—¡Parece que se despide
solo por cortos instantes!

PURA.

Verla quiero.

PABLO.

Esta no es
la ocasion mas oportuna.

PURA.

Si esperanza no hay...

PABLO.

(Yéndose hácia la derecha.) Ninguna.

PURA.

Déjeme usté entrar. (Siguiéndole).

PABLO.

(Deteniéndola). Despues.

PURA.

¡Pobre tia!

PABLO.

Lleva impreso
un fin próximo su faz.
(PABLO váse por la derecha. PURA se dirije á la izquierda).

ESCENA III.

PURA.

¿Y Ezequiel?...—De irse es capaz
sin dar á su madre un beso.
Mas no; entrará. Sin razon
tan triste duda me asalta.
Le hace á Ezequiel mucha falta
la maternal bendicion.
—Al hablar de él de tal modo,

su amante en verdad parezco.
¿Le amo?...—No: le compadezco
porque duda de... ¡de todo!
—Advierto que se dispone
á irse otra vez.—El viene.
¡Oh! Si se marcha, no tiene
corazon... Dios le perdone.

(EZEQUIEL sale por la derecha y se dirije al fondo en ademan de marcharse. PURA coje un libro que habrá sobre el velador y lee. EZEQUIEL se detiene).

ESCENA IV.

EZEQUIEL. PURA.

PURA.

(Lee.) «Nadie á rezar me enseñó
cuando quedé en la horfandad..
Vi la tumba de mi madre
y al punto aprendí á rezar.»

EZEQUIEL.

¿Lees, mi querida Pura?
Prosigue, si es tu deseo.
(Al ver que PURA deja el libro).

PURA.

Basta por hoy.

EZEQUIEL.

Segun veo,
deliras por la lectura.

PURA.

¿Oiste este cantar?

EZEQUIEL.

Si,
por cierto.

PURA.

Pues, á fé mia,
con aficion lo leía
y estaba pensando en tí.

EZEQUIEL.

¿A qué vino recordar?...

PURA.

¿Sabes á qué lo atribuyo?

EZEQUIEL.

¿A qué?

PURA.

Me parece tuyo
tan espresivo cantar.

EZEQUIEL.

Quede esa mentida gloria
para el que pulsar la lira
del Petrarca ansíe.

PURA,

Mira,
apréndelo de memoria;
que este cantar, si el mas ducho
á su memoria lo fía,
es posible que algun dia
pueda servirle de mucho.

EZEQUIEL.

¿De mucho?—Prima, tú sueñas

ó la cabeza has perdido.
¿De qué ha de servir?..

PURA.

Te pido
que lo leas.

EZEQUIEL.

(Tomando el libro y leyendo). Si te empeñas...
«Nadie á rezar me enseñó
cuando quedé en la horfandad.. »
—Esto puede ser verdad;
no lo pongo en duda, no.
«Ví la tumba de mi madre
y al punto aprendí á rezar.»
—Esto lo debo dudar,
por mas que á tí no te cuadre.

PURA.

¿No adivina tu talento
el sentimiento que inspira
al poeta?

EZEQUIEL.

Es una mentira
todo eso del sentimiento.

PURA.

Pues ¿y el llanto? ¿Dudarás
de lo que tus ojos ven!

EZEQUIEL.

Mentira el llanto es tambien:
yo no he llorado jamás.

PURA.

Ezequiel, aquel que ignora

el consuelo que dá el llanto,
es un desgraciado; tanto...
como feliz el que llora.
—¿Te ries?—Mi santo anhelo
te hará ver la verdad fiel.
Las lágrimas, Ezequiel,
son el rocío del cielo.
María lloró, de espinas
viendo á Jesús coronar:
su llanto fué al mar, y el mar
atesora perlas finas.
Si, perlas; que aunque taladre
la duda tu corazon,
son divinas, porque son
las lágrimas de una madre.
(EZEQUIEL inclina la cabeza).
—¿Suspiras? ¡Ah! En este suelo,
es, no lo debes dudar,
cada suspiro un pesar,
cada lágrima un consuelo.
Cuando luto el alma viste
y nada los goces valen,
ellas á los ojos salen
para consolar al triste.

EZEQUIEL.

Tú lo dices...

PURA.

¡Oh!... y deseo,
por mas que te formalices,
probártelo.

EZEQUIEL.

Tú lo dices,
mas yo, Pura, no lo creo.
Así pues, te ruego mudes
de conversacion.

PURA.

¿Porqué?
Oye, ó sino dudaré...

EZEQUIEL.

Dudarás... (Con interés).

PURA.

De que así dudes.

EZEQUIEL.

¿Quieres contarme una historia?
Bien te puedes evitar
tal molestia.

PURA.

Es... un cantar
que he aprendido de memoria.

EZEQUIEL.

Tu credulidad sin tacha
me desconcierta y asusta.

PURA.

(Deteniendo á EZEQUIEL que se dirije al fondo).
Óyeme, á ver si te gusta.
Dice así...

EZEQUIEL.

Vaya, despacha.

PURA.

Luciano jamás se arredra
ante peligro ninguno,
y con razon dice alguno
que tiene el alma de piedra.
Derrítese como esperma
con su madre á quien adora,
pero por eso no llora
el dia que la ve enferma.
De la vida los abrojos
siente con dolor insano,
mas nunca tuvo Luciano
una lágrima en sus ojos.
Anhela, cual hijo tierno ,
dar á su madre alegría
y con ella sale un dia
á gozar de un sol de invierno.
La triste ciudad dejando,
admiran los campos bellos
y ven correr hácia ellos
una chiquilla llorando.
Caridad la niña implora
alargándoles la mano :
la anciana llora ; Luciano
dá una limosna... ¡y no llora!
En su amargo desconsuelo
dice la niña á los dos :
—Por ustedes ruega á Dios
mi madre que está en el cielo.—
Sorprender la anciana ansía

las lágrimas de Luciano,
y al ver que su afan no es vano,
esclama con alegría :
—Que lloras gozosa advierto
porque es la chica un tesoro.
—No lloro por ella ; lloro...
por su madre que se ha muerto.
Desde ahora te han de alegrar
mis lágrimas, madre mia.
(Con intencion y mirando fijamente á EZEQUIEL).
¡ Necio de mí ! No sabia
cuán hermoso era llorar.

EZEQUIEL.

¿ Y bien, qué ?..

PURA.

Me causa enojos
tu imperturbabilidad.

EZEQUIEL.

Eso podrá ser verdad,
pero no asomó á mis ojos
el llanto. Además estoy
seguro de que exajeras.

PURA.

¡ Ay, Ezequiel ! Si pudieras
leer en mi alma...

EZEQUIEL.

Me voy,
no sé si para volver;
porque en verdad te confieso...
(Diríjese al fondo y PURA le detiene.)

PURA.

¿Te ausentas sin dar un beso
á la que te ha dado el sér?
(EZEQUIEL permanece indeciso.)
—¿Callas? Advertencia santa
que quizás mi obra corone,
si, como creo, te pone
un dogal en la garganta.

EZEQUIEL.

(¡Oh!)

PURA.

Presumo que te arredra
mi voz, Ezequiel; de fijo.
¡Si no es posible que un hijo
tenga corazon de piedra!
Pon el semblante risueño
y vé á consolarla, pues
ante amor de madre, es
todo en el mundo pequeño.
Entra en esa habitacion
(Señalando á la derecha.)
en donde muriendo vive
junto á tu padre, y recibe
su maternal bendicion.
La duda con que te agitas,
término llorando encuentra...
Entra y vé á tu madre... entra...
—¡Mira que lo necesitas!

EZEQUIEL.

Yo entrára ¡por Belcebú!

si ese mal que la atropella
pudiera borrar.

PURA.

Si ella
no ha de curar.

EZEQUIEL.

¿Pues quien?

PURA.

Tú.
—Si, tú. A través de la calma
de mi pecho que confía,
enferma veo á mi tia
del cuerpo, mas no del alma.
La esperanza presta arrimo
á su espíritu cansado,
y aunque se halla de cuidado,
estás tu mas malo, primo.

EZEQUIEL.

¿Malo yo? Estarlo pudiera
si me doblegara al yugo
de la creencia, verdugo
de la humanidad entera;
mas no esperes que me ajuste
nunca á ser de esa comparsa
de crédulos, porque es farsa
todo, prima; todo embuste.
Lo he llegado á conocer
tanto ya, que el ¡ay! que exhalo
por el mundo...

PURA.

No es tan malo,
como quiere suponer
tu exajerado rencor
ese mundo en que tú habitas,
y por eso necesitas
salir pronto de tu error.

EZEQUIEL.

Es inútil ; nadie á mí,
si esto es error, me convence.

PURA.

¿Tú quieres que me avergüence?...

EZEQUIEL.

Por el mundo...

PURA.

No ; por tí.
Que si este mundo, Ezequiel,
segun tu infundado empeño,
fuera malo, ¡ cuán pequeño
serias viviendo en él !
Si ageno de esa inquietud
tus ojos en él se fijan,
hallarás que aun se cobijan
el amor y la virtud.

EZEQUIEL.

¿El amor? Frase que oprime
corazones, sin que pase
de ser tan solo una frase
como cualquier otra.

PURA.

Dime,
pues advierto que te engañas
á tí mismo...

EZEQUIEL.

El labio sella.

PURA.

¿Dudas del amor de aquella.
que te tuvo en sus entrañas?
—¿Enmudeces?...—Así quiero
verte, por mas que te pese.
¿Ves cómo hay amor? Porque ese
es el amor verdadero.

EZEQUIEL.

Mas la virtud...

PURA.

(¡ Virtud dice !)
Hay virtud. (Con conviccion).

EZEQUIEL.

Verlo conviene.

PURA.

Mira á tu prima: no tiene
(Con entereza).
nada que la ruborice.
Que mi rostro te convenza
quiero... Mírame.

EZEQUIEL.

(Evitando su mirada.) Tú eres...

PURA.

Una de tantas mujeres
con pudor y con vergüenza.
Humilde ante Dios me postro
solamente con profundo
respeto ; pero ante el mundo
levanto orgullosa el rostro.

EZEQUIEL.

Es posible que te tilde
la sociedad, porque es cosa
estraña el ser tú orgullosa.
al mismo tiempo que humilde.

PURA.

Soy, y no me importa nada
que lo estrañe cierta gente :
humilde como creyente,
orgullosa como honrada.
—¿Te alejas? (Al ver que EZEQUIEL se dispone á irse).

EZEQUIEL.

Sí.

PURA.

¿Sin entrar
á ver á tu madre?

EZEQUIEL.

Pura,
déjame.

PURA.

(Aplicando el oido). Se me figura
que la oigo suspirar.

EZEQUIEL

Nada percibo... (Acercándose á la derecha).

PURA.

(Con alegría). (¡Oh! De fijo
entra. Escucha... se detiene...
quizá al fin...)

EZEQUIEL.

A Dios. (En ademan de marcharse).

PURA.

(No tiene
corazon. Es un mal hijo).

ESCENA V.

PABLO, PURA, EZEQUIEL.

PABLO.

Ezequiel... (Saliendo por la derecha).

EZEQUIEL.

Tio...

PABLO.

¿Qué es eso?
¿Adónde vas?

EZEQUIEL.

Al casino.

PABLO.

¿Ahora? Vaya, imagino
que tienes perdido el seso.

EZEQUIEL.

Cada noche ya usted sabe

que voy á pasar las horas
de fastidio.

PABLO.

¿Pero ignoras
que tu madre quizá acabe
pronto con su vida?

EZEQUIEL.

¡Qué!
—Eso no es posible.

PABLO.

Toca
su frente.

EZEQUÌEL.

Usted se equivoca;
no cabe duda.

PABLO.

Lo sé.

EZEQUIEL.

Me ha dicho mi prima bella
ahora mismo, en esta sala,
que si mi madre está mala
estoy yo mas malo que ella.
Ademas, por el deseo
de que cure ó por capricho,
usté exajera.

PABLO.

Lo ha dicho
el médico.

EZEQUIEL.

No lo creo.

PABLO.

Tales dudas me hacen daño,
Ezequiel.

EZEQUIEL.

Pues no hay motivo.
(Me voy á ver si recibo
el último desengaño).

PABLO.

¡Al fin te vás! (Viendo que se aleja).

EZEQUIEL.

Detenerme
no es justo.

PURA.

Que entres te ruego
á ver á tu madre.

EZEQUIEL.

Luego .. (Váse por el fondo).

PABLO.

Si, luego.., ¡que ahora duerme!
(Con amarga ironia).

ESCENA VI.

PURA. PABLO.

PURA.

¡Y se vá!.. (Volviéndose á PABLO.)

PABLO.

Aunque no te cuadre.
Para él, segun yo infiero,
es la sociedad primero
que los ayes de su madre.

PURA.

Compadezcámosle.

PABLO.

Es cierto;
ya no hay remedio, hija mia,
para Ezequiel.

PURA.

Todavia
no tiene el corazon muerto.
El es bueno y se me alcanza
que si á despertarle acudo
de su letargo...

PABLO.

Lo dudo.

PURA.

Pues yo no; tengo esperanza.

PABLO.

¿Tienes esperanza?

PURA.

Fundo
toda mi ventura en ella,
pues la esperanza es tan bella
que dá aliento al moribundo.

PABLO.

Del pecho la santa paz
la horrible duda le quita.

PURA.

Lo que Ezequiel necesita
es un remedio eficaz.

PABLO.

¿Cuál?

PURA.

No lo sé: hallarle anhelo
y con mi mente batallo;
mas sé que si no le hallo,
me lo dará...

PABLO.

¿Quién?

PURA.

El cielo.
—Ha oido usted? ((Con sobresalto, aplicando el oido á la puerta derecha).

PABLO.

¿Qué, hija mia?

PURA.

El ¡ay! de un pecho que oprime
la fuerza del dolor.

PABLO.

(Despues de escuchar atentamente). ¡Gime
otra vez tu pobre tia.

Ya vino el doctor.

PURA.

(Con rapidez). ¡Qué tal?
¿Qué ha dicho?

PABLO.

Que está peor.
Me desengañó el doctor;
es su enfermedad... ¡mortal!

PURA.

Voy á entrar, á ver sí puedo
sacar al tio de allí...
¿No le parece á usted?

PABLO.

Sí.

PURA.

(¡Ay, de Ezequiel!)

PABLO.

Pisa quedo.
Que venga á tu tio advierte.

PURA.

Lo haré. (Váse por la derecha.)

(La noche irá cerrando. PABLO se acerca á la ventana y luego vá á sentarse en el sillon).

FSCENA VII.

PABLO.

De esta noche oscura
la calma, se me figura

el preludio de la muerte.
Es fuerza que me desvie
de aquel lecho, en donde ahora
contempla mi hermano y llora
á su esposa que sonrie.
No pone el semblante adusto
á pesar de su hondo mal.
Sonrie... y es natural;
así es como muere el justo.

(Pausa. PABLO queda dormido en el sillon y á poco aparece EZEQUIEL por el fondo con un papel en la mano.)

ESCENA VIII.

EZEQUIEL. PABLO.

EZEQUIEL.

Todo acabó.—¡Yo estoy loco!
Si lo veo y no lo creo....
(Leyendo el papel á la escasa luz de la ventana.)
Lo dudo aun ¡y lo veo
por mis ojos, y lo toco!
Acudo á pedir á Adela
dinero y en tono brusco,
en lugar de lo que busco,
su jokey me dá esta esquela.
«Oro pides; mas me asalta
una idea singular.
Tú me enseñaste á dudar:
dudo que te haga falta.
Si es digna de correctivo
una duda tan desnuda,

de mi amor hácia tí duda
y dudarás con motivo.»
—Lo que este papel encierra
abre á mis pies un abismo,
que el que duda de sí mismo
ya está de mas en la tierra.
Beltran por salvar mi honra
me prestó lo que no es dable
devolverle... ¡Miserable!
¿Qué me resta? La deshonra.
Nada me queda. A mi edad
la creencia no me inspira...
(Sacando una pistola del bolsillo del gaban).
Dejemos tanta mentira
y busquemos la verdad.

PABLO.

¡Ezequiel! (Despertando).

EZEQUIEL.

(Aterrado.) ¡ Quién está ahí !

PABLO.

(Yendo hácia EZEQUIEL y encontrando la pistola en su mano.)
Acaba tu obra...

EZEQUIEL.

¡ Oh !

PABLO.

No tienes valor, ¿ eh ?

EZEQUIEL.

No.

PABLO.

¿ Y anhelas la muerte?

EZEQUIEL.

Sí.

PABLO.

¿ A confesarlo te atreves ?
Apresura los instantes
de tu existencia, mas ántes...
toma : paga lo que debes.
Paga y quitate la vida...
—Sí ; te la debes quitar,
que siempre viene á parar
el escéptico en suicida.
(Dándole los billetes que saca de su cartera.)

EZEQUIEL.

¡ Cómo !

PABLO.

Paga ; no te asombres.
Despues te darás la muerte
y no serás de esta suerte
tan culpable ante los hombres.
El arma que te amenaza
no es la pistola que necio
preparas ; es... el desprecio
del mundo, que te rechaza.

EZEQUIEL.

A pagar corro veloz...
luego... (Va á salir y PABLO le detiene.)

PABLO.

¡ Tente, desdichado,
que tu madre te ha llamado
con acongojada voz !

EZEQUIEL.

Cuando vuelva del casino,
entonces la podré ver.

PABLO.

Mira que lo há menester,
y tú mas que ella, sobrino.

EZEQUIEL.

Pero mi madre... ¿ qué quiere
de este raquítico ser ? (Con desesperacion).

PABLO.

¡ Infeliz ! ¿ Qué ha de querer?
Besarte ..¡ porque se muere !..
(Con dolor reconcentrado y bajando la voz.)

EZEQUIEL.

Me engaña usté. (Mirando fijamente á PABLO).

PABLO.

El labio sella
ante la duda al instante.

EZEQUIEL.

(Titubea un momento hasta que repara en PABLO que solloza).
¿ Se muere ?—¡ Oh, si ! Ese semblante
(Con conviccion íntima.)
lo está diciendo por ella.
Lágrimas siento brotar
del fondo del alma mia...
(Transicion).
—¡ Necio de mí ! No sabia
cuán hermoso era llorar.
Verla . abrazarla deseo,

henchido de la fe ardiente
que mi alma enerva.

(Dirígese hacia la habitacion de la derecha y al ir á entrar, PURA, que aparece con una luz en la mano, le detiene).

ESCENA ÚLTIMA.

PURA. EZEQUIEL. PABLO.

PURA.

Detente:
tu madre ya ha muerto.

(Pausa.—Oyese á lo lejos el toque de ánimas.)

EZEQUIEL.

(Descubriéndose la cabeza.) (¡Creo!)

PURA.

Su alma va buscando, en pos
de la celestial altura,
la verdad eterna.

EZEQUIEL.

Pura...

PURA.

¡Qué! (Con ansiedad.)

EZEQUIEL.

¡Creo!

PURA.

(Con espansion) ¡Gracias, gran Dios!

(*Cuadro.*)

FIN.

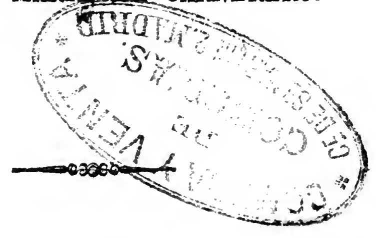
LA CUARENTENA,

COMEDIA EN UN ACTO.

Arreglada al teatro español

POR

DON JOSÉ MARÍA DE CARNERERO.



MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Agosto de 1831.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Odon, negociante de Bilbao. .	*R. Perez.*
Don Paulino Revenga, oficial de marina, su antiguo compañero de estudios.	*J. García Luna.*
Doña Clara, jóven viuda.	*A. Baus.*
Don Melquiades, médico.	*A. Campos.*
Lucas, hortelano de don Odon.	*J. Diez.*

Acompañamiento de personas de ambos sexos convidadas á una boda.

LA CUARENTENA.

El teatro representa una sala adornada con gusto: una gran ventana á la derecha y otra á la izquierda. Tambien habrá en el lado izquierdo una puerta que conduce á una habitacion interior.

ESCENA I.

DON PAULINO *y* DON ODON.

Odon. Voto al chápiro, y qué cosa tan... Con que tú en Bilbao desde esta mañana? Bien dicen que solo son los montes los que no se encuentran. Echa otra vez esos cinco (1). Friolera es el gusto que tengo en verte!

Pau. Sí, amigo mio. Ha muy poco que he llegado. Te aseguro que al ver la puerta de la villa, no pude menos de recordar la época...

Odon. Ya sé; de cuando eramos muchachos.

(1) *Se dan la mano.*

Pau. Mucho. Cuando ibamos á tirarnos piedras al rededor de las tapias de la huerta, y á jugar al toro los domingos por la tarde.

Odon. No estraño que estuvieses tan embebido en tus reminiscencias. No me habias visto, he?

Pau. No por cierto, hasta que casi nos tropezamos al pasar.

Odon. Yo al instante me impuse. "Este es Paulino Revenga, me dije. No hay remedio, él es." Y con efecto.

Pau. Quién lo diria, despues de tantos años de separacion?

Odon. No es cosa! Mi antiguo condiscípulo, con quien seguí mis estudios en casa de aquel dómine en calidad de pensionista?

Pau. Te acuerdas? Qué tiempos aquellos, y cómo nos aplicábamos al estudio!

Odon. Yo era uno de los que mas se distinguian por sus adelantamientos. Era el ojito derecho de los catedráticos.

Pau. Y yo el que mejor tiraba al florete.

Odon. Sí; á la verdad que los libros no eran tu fuerte. Pero en cambio, cuando habia alguna diablura que hacer... he? Allí estabas tú para dirigirla. Por eso te llamaban el mala cabeza.

Pau. Cómo te hacias el estudioso! Aunque muchacho, ya nos la echabas de im-

portante. Pero en cambio, cuando se trataba de andar á pescozones, tú eras siempre el que tenias el talento de recibirlos. Asi es que te llamaban Odoncito el baqueteado.

Odon. Pero si erais los demonios!

Pau. Lo que son todos á esa edad. Algunos puñetazos te tengo dados.

Odon. Y no sé qué se tienen los puñetazos de la amistad, que siempre se acuerda uno de ellos.

Pau. Y qué haces en Bilbao?

Odon. Dos años hace que he fijado en esta ciudad mi residencia.

Pau. Hombre! Tambien es casualidad. Yo, como soy de aqui, nada tiene de estraño que venga á hacer una visita á mis Penates.

Odon. Y ese uniforme, y esos atavíos... qué significan?

Pau. Pues no lo ves? Significan que soy oficial de marina. He visto mundo, amigo: he corrido los mares.

Odon. Qué contraste! Tú andas por ellos, y yo hago que los crucen mis mercancías.

Pau. Eso es mejor, y menos espuesto.

Odon. Pues qué, piensas que soy todavia el que llevaba los pescozones en casa del dómine? No, amigo, eso no. Ahora tengo talento, he llegado á rico, y todos me hacen la corte. Aqui donde me

ves, soy uno de los comerciantes mas fuertes de Bilbao. Eso sí, aquel genio picarillo y malicioso que me conociste... siempre el mismo.

Pau. Oiga!

Odon. A mí nadie me la pega. Como que tengo cierta fama de hombre precavido y sesudo... que, la verdad, contribuye á aumentar la consideracion de que disfruto.

Pau. Todo eso es muy bueno. (Pobre hombre! Vamos, el mismo que cuando estudiabamos juntos!) Y por lo que me cuentas, vives feliz.

Odon. Felicísimo. Me he quedado con la casa de comercio de mi tio... casa muy acreditada! Lo que ha habido de malo es que estaba en pleito con la viuda de su asociado, y los tales pleitos... ya sabes...

Pau. Mala cosa son los pleitos.

Odon. Diabólica. Eso de que aun ganándolos se pierde en ellos! Y el que yo seguía hubiera podido comprometer toda mi fortuna. Por lo mismo, y por la cuenta que nos tenia, como mi parte contraria es hembra y yo macho... á que no aciertas lo que hemos pensado? Pues sábete que me caso con mi amable adversaria, y que hoy mismo se celebra la boda.

Pau. Pues hombre, dígote que no he podido llegar á mejor tiempo. Y qué tal, la futura te ama?

Odon. Que si me ama? Está ciega. En fin, ya lo verás; porque, en fin, estando aqui no puedes menos de asistir á mi consorcio. Toda la ciudad está convidada. Hay fiestas dispuestas: refresco, baile, corrida de embolados...

Pau. O somos, ó no somos.

Odon. Cabal. —Cohetes, árbol de fuego.

Pau. Echa! Pues no metes poco ruido para casarte! Pero tú tendrás parientes, amigos íntimos, gentes, en fin, que asistirán á tu boda, y pueden estrañar mi figura...

Odon. No faltaba mas. Mira, esta casa tiene todas las comodidades. Por eso la compré. No hay en los alrededores de Bilbao un edificio que pueda comparársele. Alli la huerta (1). Por alli se domina el mar (2). Y todavia tengo otra junto á la plaza. Qué? Te admiras de eso? Ya se ve! Vosotros los oficiales de marina, como no teneis la costumbre de ser propietarios!... Pero esto es nada en comparacion del crédito y del

(1) *Señalando una ventana.*
(2) *Señalando la otra ventana.*

respeto con que todos me tratan. Tú verás, tú verás. — Calle! Ya empiezan á venir gentes.

ESCENA II.

Don Paulino, Don Odon y Don Melquiades.

Odon. Oh, señor don Melquiades! Llega usted en hora oportuna. Tenemos que hablar.

Pau. (1) Vamos, tendrás que hacer, y yo...

Odon. (2) No por cierto: tú en nada me estorbas. El buen doctor! Sabiendo el dia que es, y que le estoy esperando, cómo tan tarde?

Mel. Qué quiere usted? Han dado las gentes en no dejarme en paz ni de dia ni de noche. A medida que ha aumentado mi crédito, me he ido calzando con todos los enfermos de Bilbao; de suerte que no tengo pies. Crea usted que el ser médico de fama tiene tambien sus inconvenientes.

Odon. Y qué ha de suceder? Está visto que no se sabe vivir sin el auxilio de usted.

(1) *Como queriendo irse.*
(2) *Deteniéndole.*

Mel. No lo diga usted en chanza.

Odon. Y el caso es que sin la asistencia de usted tampoco quiere nadie morirse. Es acto para el cual se ha hecho usted como necesario.

Mel. Dia de boda, dia de buen humor. Se perdona el epígrama. Vaya un polvo (1). Son ustedes servidos? (2)

Odon. Sabe usted que soy algo chancero. No hay que enfadarse.

Mel. Enfadarme yo? Ya, ya; bueno es el niño para enfadarse. Y luego sepa usted que tambien estoy de enhorabuena.

Odon. Cómo pues?

Mel. Usted no ignora que mi muger estaba en Madrid. Habia ido á arreglar algunos asuntillos pendientes de la testamentaria de mi suegro, que era de mi misma profesion. Pero, amigo, esa no le ha valido, y se ha muerto como otro cualquiera.

Odon. Sí, ya sé que doña Sinforosa...

Mel. Sí señor: hace tres meses y cinco dias que se fue. Pues bien, esta mañana muy tempranito se me ha aparecido en Bilbao. Ha llegado en un coche de colleras, que ha venido... asi... despacio; pero que sin embargo ha he-

(1) *Saca la caja, y toma un polvo.*
(2) *Le dan gracias con la accion.*

cho su última jornada de noche, para aprovecharse de la fresca, y entrar en la ciudad de madrugada.

Pau. (Calle! Si será?...)

Mel. Pobre Sinforosa! Está rendida; pero en medio de eso, si viera usted qué lozana y qué pizpireta que viene! Se conoce que la han sentado los aires de la corte! La he dicho que usted se casa hoy, y... no hay mas, sino que á pesar de la fatiga del viaje quiere asistir al baile. Es verdad que estar yo en él y no venir ella seria pedir un imposible.

Odon. Siempre se han querido ustedes mucho.

Mel. Por parte de ella es frenesí. Por eso cuando me llaman de noche... Verdad es que en mi ejercicio son muy penosas las salidas nocturnas, sobre todo cuando un hombre es casado... Pero á todo esto, sabe usted lo que pasa?

Odon. De qué quiere usted hablarme?

Mel. Cómo? No le han dicho á usted?... Pues señor, tenemos en el puerto un navío griego... El *Filopemen.* — Un navío que ha llegado de Esmirna con un cargamento de coton.

Odon. Oiga! Viene de Esmirna? Pues no han dicho que se habian allí anunciado últimamente ciertos síntomas de peste?

Mel. Y la cosa es ciertísima. Asi es que como miembro que soy de la junta de sanidad, he contribuido con mis compañeros á parar el golpe, y se han tomado ciertas medidas de precaucion. El navío tiene.... no hay remedio, que sujetarse con toda su tripulacion á una rigorosa cuarentena. Se han impuesto las penas mas severas para todo el que habiendo venido en él se atreva á desembarcar.

Odon. Cáspita! Muy bien hecho. No nos andemos en chanzas; y sobre todo no comprometamos la salud de los bilbainos.

Mel. (1) Y este señor quién es? (2) La traza no es de comerciante.

Odon. (3) No. Es un oficial de marina, antiguo compañero mio de estudios, y que no me pesa que vea el papel que yo hago en Bilbao.

Mel. Ah! Ya comprendo! (4) Caballero mio, el amigo de nuestros amigos de juro ha de serlo mio. Y viene usted con ánimo de fijar entre nosotros su residencia?

(1) *Por don Paulino.*
(2) *Bajo á don Odon.*
(3) *A don Melquiades.*
(4) *Acercándose á don Paulino.*

Pau. Pudiera ser, pero aun no estoy bien decidido.
Mel. Sí, sí, fijese usted aqui: la ciudad es muy bonita. — (Esto me daria un parroquiano mas.) Verá usted qué sociedad tan escogida, tan franca! Eso lo sé yo mejor que nadie. Como que por oficio visito tantas casas! Ya me convidan á comer en la una, ya en la otra, segun. Eso depende de la hora de mis visitas!
Odon. Siempre me hace usted la mia á las dos.
Mel. Porque esa es la hora en que usted come, y tiene usted una cocinera que vale un perú. Y bien, á todo esto, cómo se encuentra usted esta mañana? (1)
Odon. Yo, qué sé? Usted dirá.
Pau. Pues qué, estás malo?
Odon. No; pero por precaucion sigo este sistema con mi querido Hipócrates (2). Todos los dias viene el amable doctor á decirme cómo estoy.
Pau. Qué originalidad!
Odon. Amigo, qué quiéres? La salud por delante. Cuando uno es rico es muy

(1) *Toma el pulso á don Odon.*
(2) *Por don Melquiades.*

esencial el cuidarse mucho. No hay otra cosa que hacer.

Mel. (1) No hay novedad.—Y á todo esto, se almuerza hoy en esta casa? La futura ha venido ya? Han llegado los convidados?

Odon. Solo se esperaba á usted para que sea uno de los que firmen el contrato matrimonial. (2) Ven, amigo mio; quiero presentarte á esas señoras; porque para que el dia sea completo, doy un pequeño almuerzo á mi futura, y he convidado á varias gentes.

Pau. Pero hombre, cómo quieres... Estoy hecho un drope! Y no es regular... Aun no me he quitado la ropa de viaje.

Odon. Bah, bah! Quién repara en eso? Conmigo estás cumplido. Luego has de tener por cierto que no te dejo salir de aqui. Estos diablos de criados andan hoy tan ocupados... Y cuidado que tengo nueve! Pero aqui viene Lucas mi hortelano. El te llevará á un cuarto cómodo, y en el cual estarás á tu gusto. Lucas!

(1) *Soltando el pulso.*
(2) *A don Paulino.*

ESCENA III.

Los dichos y LUCAS.

Odon. Mira, conduce á este caballero al cuarto de arriba. Entiendes? Junto al corredor; y que le asistan con cuanto necesite. Con que, Paulino mio, *Sans fason.* Estás en tu casa. Pide lo que quieras, y haste servir. En ello me complacerás sobre manera. Si luego quieres bajar, yo te espero con el doctor. Ahora voy á saber á cuántas estamos de almuerzo.

Mel. Santa palabra! Dice usted muy bien. Vamos á ver qué tal se ha esplicado hoy la cocinera. Dia de boda! Debe echar el resto; y luego en tales ocasiones puede ocurrir que el amor ande escaso, pero lo que es la comida siempre debe andar de sobra.

ESCENA IV.

DON PAULINO *y* LUCAS. (1)

Pau. Diantre! Y lo que ha cambiado mi camarada desde que estudiamos juntos!

(1) *Que se mantiene un poco hácia el fondo del teatro.*

Si era un bestia! Verdad es que todavia me parece un poco tonto. En medio de su franqueza no ha dejado de darse ciertos aires de importancia que me fastidian. No hay mas: la echa de protector; se hace el personage. Unas ganas me estaban dando, para tomar mi desquite, de sacar mi cartera y enseñarle las muchísimas letras de cambio que la adornan! No me vengas con bravatas, hubiera podido decirle. Yo soy mucho mas rico que tú. Qué cara hubiera puesto! Y si le hablase de los fondos que tengo en Lóndres, en Amsterdan... Vamos, el tal don Odon es un fátuo!

Luc. (1) Si usted gusta, caballero, que le enseñe su cuarto, cuando usted quiera.

Pau. Ah! Sí, sí. Tiene usted razon, amigo. (No es mal ayuda de cámara el que me han dado!) Toma por el trabajo (2).

Luc. (3) Un doblon de oro? (Qué es esto?) Pero por qué trabajo? Si yo no he hecho nada todavia.

Pau. (4) No, pero vas á hacer, que es lo

(1) *Acercándose.*
(2) *Le da un doblon de oro.*
(3) *Como dudando.*
(4) *Haciéndole aceptar el dinero.*

mismo. Mira, vete al instante á la posada que está junto á la plaza; alli encontrarás el coche de colleras que me ha traido...

Luc. Ah, ah! Su merced ha venido en coche de colleras?

Pau. Sí; he tenido esa humorada. No se viaja tan aprisa como cuando se va en posta; pero, qué sé yo! A veces es mas divertido. El uno charla, el otro fuma, el otro se duerme, y suelen presentarse ciertas aventurillas, que no dejan de tener su chiste. Yo, por ejemplo, traía á mi derecha, en la testera, á una vecinita tan amable y tan vivaracha que... la verdad, no se me ha hecho pesado el viaje. Usaba conmigo de unas confianzas!... Ya se dormia sobre mi hombro, ya me daba sus guantes y su abanico para que se lo guardase... Por señas que al despedirnos, y sin acordarme del precioso depósito, me he quedado con el tal abanico y con los tales guantes; y aqui los tengo (1).

Luc. No faltará ocasion de que usted se los devuelva si esa señora se queda en Bilbao. Aqui se encuentran las gentes fácilmente.

(1) *Señalando un bolsillo del frac.*

Pau. Ya veremos. —Con que hazte cargo. Vete á la posada, pregunta por el mayoral Alejo, díle que te entregue los efectos que me pertenecen, y tráetelos aqui. Ahi va mi nombre (1).

Luc. (2) P... á... u... Pabú-ele. i. buli... Pabuli...

Pau. Paulino Revenga.

Luc. Calle! Usted es el señor don Paulino Revenga?

Pau. Pues qué, me conoces?

Luc. No señor, lo que es asi de personal... pero ya hace bastantes años, cuando yo era muchacho... que... vea usted! Como yo soy de aqui, y habia aquel maestro tan largó y tan enjuto que tenia tantos descípulos... sí señor, donde tambien estudió el amo!... Pues aqui, como digo, oía yo hablar de usted tanto... tanto!... "No es mal muchacho, decian, pero tan aquel... tan mala cabeza!" Ya se ve, como sucedió aquel lance de...

Pau. Cómo, todavia se acuerdan de eso?

Luc. Cá, no señor! Nadie se acuerda; pero como yo soy bilbaino, y nunca he dejado este pueblo, y ahora me he venido á ser hortelano del amo... Ah! Ah!

(1) *Dándole una targeta.*
(2) *Procurando leerla.*

Bien me acuerdo de lo que contaron por aquel entonces. Ello fue en un baile que hubo en cá de aquella condesa gorda que vino de Madril... Nó es verdá usté? Y todo ello porque á una señorita muy guapa de las convidaas no le dió la gana de bailar con usté; y usté, asi sin mas ni mas, fue y armó disputa con el que bailaba con ella, y le cogió de los cabezones, y le tiró por la escalera, y...

Pau. (1) Déjalo, déjalo estar. Basta.

Luc. Y se fueron ustedes detrás de la muralla; y alli...

Pau. Pobre Lairal! Uno de mis compañeros! Todavia me parece que le estoy viendo, herido por mi propia mano. Ah juventud! Lleno de desconsuelo, caminando á ciegas, fuera de mí me huí al puerto; descubrí un navío que iba á darse á la vela, me lancé á su bordo, y desde aquella época no he vuelto á ver mi patria. Dos meses ha que concluidos mis viajes, y pasados algunos años, desembarqué en el Ferrol; fuí á Madrid; alli supe que el buen Lairal no habia muerto de la herida, y aun me digeron que resta-

(1) *Cortando la conversacion.*

blecido de ella, se habia casado con la misma que...

Luc. Sí señor. Se casó con la señorita que fue causa de la disputa. Y el señor Lairal... vea usted, todavia estaria vivo y sano...

Pau. Sí. Ya sé que murió.

Luc. Pero mucho tiempo dempues de casao. Y no murió... vamos... sino porque le llegó su hora, y porque entre una pulmonía y don Melquiades... este médico que usté ha visto aqui, lo despacharon en un santi amen. Oh, el tal don Melquiades nunca yerra el golpe! Yo por mi cuenta ya le llevo en lista como unos setenta con quienes ha hecho lo mismo que con el señor Lairal. Eso no quita que él engulle y bebe como un desesperao, y que no hace mas que ganar pesetas, y que no se le pasa por la caeza el embarcarse, ni...

Pau. (1) Vamos; quedo enterado. Con que ves á donde te he dicho.

Luc. Sí, sí, voy. Pero mire usté, cuando lo pienso!... Es muy gracioso esto de que el amo le convide á usté á la boda! Verdá es que me dirá usté que no hace mas que dos años que se ha establecio en Bilbao, y que no sabe

(1) *Impaciente.*

el sucedio de usté en el baile... qué si no...

Pau. Hombre, no seas pesado; corre adonde sabes, y no tardes, que tengo otras cosas que mandarte.

Luc. Voy volando. Qué garboso es! (1)

ESCENA V.

DON PAULINO.

No me habian engañado. Doña Clara quedó viuda. Es libre; puede disponer de su alvedrío: lograrán diez años de destierro haber espiado mi falta? Tendrá la generosidad de recibirme? No me he atrevido ni á preguntar dónde vive, ni á presentarme en su casa; pero aqui se celebra una boda; hay gran reunion; concurren las principales gentes de Bilbao... Quién sabe? Doña Clara será probablemente una de las convidadas, y con esta esperanza me ha parecido oportuno no desechar las ofertas de mi antiguo compañero. Cuando pienso que es muy posible que hoy mismo la vuelva á ver, siento... asi... una especie de conmocion involuntaria que no me es dado definir. Voto á quien, que no

(1) *Besa el doblon, y se va.*

me hubiera creido capaz de ella. Es posible? Yo? Un marino? Un corsario? Parece chanza. — Pero qué veo? Qué muger es la que se acerca á esta pieza? Por qué me late el corazon? Dios mio! Ella es, no hay duda. Ah, qué felicidad! Doña Clara es, y viene sola.

ESCENA VI.

DON PAULINO y DOÑA CLARA.

Cla. Qué fastidiosos son los pormenores de un contrato matrimonial! Se ve una en la precision de recibir á todos con agasajo; tiene que hacer frente á las frases mas insípidas, á las felicitaciones mas insustanciales! Y no es cosa el trabajo que cuestan la variedad de las respuestas, y el buen semblante con que es preciso presentarse! (1) Este será alguno de los convidados. (2) Válgame Dios! Qué veo? Me engañan mis ojos, ó los rasgos de esta fisionomía...

Pau. Y qué, Clara hermosa, seré tan fe-

(1) *Observando que don Paulino se va acercando.*

(2) *Le saluda, y al mirarle con mas atencion le reconoce.*

liz que no se haya usted aun olvidado de ellos?

Cla. Señor don Paulino, usted aqui?

Pau. Sí, amiga mia; yo soy aquel Paulino que vió en usted el objeto de su primer amor; aquel de cuya memoria no se ha apartado usted un instante; el mismo que perdió á usted por culpa suya, y que despues de diez años de destierro y de desgracias se presenta temblando para implorar su perdon (1).

Cla. Dios mio! Qué es lo que usted hace? Usted ignora sin duda lo que aquí ha pasado mientras estuvo ausente?

Pau. Acabo de llegar á Bilbao; pero he sabido en Madrid que hace cinco años que está usted viuda; en una palabra, que es usted libre. Esta circunstancia me ha hecho venir á buscarla. No la hablaré ahora de los cuantiosos bienes de fortuna que he adquirido. Sé muy bien que no es esto lo que podrá influir en su voluntad; pero sí la pido que me conceda su mano, y aun asi creeré que todos los males que he padecido no son suficientes para hacerme digno de ella.

Cla. Amigo mio, escúcheme usted atenta-

(1) *Echándose á sus pies.*

mente. No es mi intento ocultar la emocion que me causa su vista: no soy falsa ni hipócrita. Estaba creida en que no volveriamos á vernos; y siempre resulta algun placer cuando se renueva una amistad de la infancia. Usted es el primer hombre á quien yo amé, convengo en ello; y si he de decirlo todo, usted es el único á quien he amado de veras.

Pau. Será posible?

Cla. Sí. — Sin embargo, esto no quita que todavia estoy persuadida de que si me hubiese casado con usted habria cometido una imprudencia. Quizás me hubiera usted hecho desgraciada. Sí, amigo mio; no es suficiente el amor para formar un buen matrimonio. Usted tiene un carácter exaltado con demasía; en el primer ímpetu, en nada repara; y este es un defecto que suele traer muy malos resultados.

Pau. Tiene usted razon. Yo he sido lo que usted dice; pero lo fuí á los diez y ocho años. Querrá usted creerlo? Pues sepa usted que la profesion que he abrazado ha contribuido mas que todo á cambiar ese carácter. Soy oficial de marina; y el aspecto de los combates y de los naufragios, las escenas de horror que componen la historia de un

hombre de mi oficio, y las grandes vicisitudes á que le esponen, son cosas que amortiguan el impulso de sus pasiones, y no le dejan mas energía que la que ha menester para contrarestar los peligros. La costumbre de ver la muerte de cerca, la necesidad de ayudarse y de socorrerse mutuamente, todo esto hace que el hombre sea humano y compasivo. Asi es que á pesar de un esterior, á veces seco y áspero, la mayor parte de los marinos abrigan un corazon noble y bondadoso. Dirá usted que la verdad en mi boca es sospechosa, y que lo que digo es para ponerme en buen lugar; pero dígnese usted convencerse por sí misma, y sujetarme á la prueba. Sea cual fuere la impaciencia con que ambiciono ser el esposo de usted, qué me importan algunos dias de mas, cuando hace diez años que busco la felicidad y no la encuentro?

Cla. Pues bien, si eso es cierto, si realmente me conserva usted una amistad verdadera, no puedo menos de proporcionarle un terrible desengaño. Es preciso separarnos de nuevo.

Pau. Y por qué?

Cla. Porque no puedo permitir decorosamente que usted permanezca mas en este sitio.

Pau. Qué es lo que usted dice?

Cla. Nada debo ocultar á usted. Habiéndome quedado viuda, y con un hijo, he debido sacrificarme á su porvenir: he pensado, no en mi fortuna, sí en la suya. Un pleito fatal la ponia en grave compromiso; y tratando de volverme á casar, he logrado la justa esperanza de conservársela.

Pau. Y bien, qué quiere usted decirme con eso?

Cla. He comprometido mi palabra, y otro va á ser mi marido. Hoy mismo, y en presencia, digámoslo asi, de todo Bilbao, se ha de firmar el contrato.

Pau. Y usted cree que yo lo permitiré?

Cla. Ya no es tiempo de oponerse á ello. Todo está corriente y arreglado.

Pau. Oh cielo! Y será posible! Ahora caigo: ahora conozco la verdad. Pero yo buscaré al esposo de usted.

Cla. Y para qué? Para separarnos de nuevo por otros diez años?

Pau. Ah cruel! Qué recuerdo me trae usted á la memoria!

Cla. Sirva ese recuerdo para que usted se haga cargo de la razon. Usted es un hombre de bien, y debe alejarse de mí. Si en algo me estima, no venga á comprometerme, no arme algun escándalo que ponga en duda mi repu-

tacion. Crea usted que nunca se lo perdonaria.

Pau. Ah! Ya lo entiendo. Usted le ama!

Cla. (1) Si usted lo quiere... sí señor: le amo: le amo mucho.

Pau. No quiero oir mas. A Dios, señora. A Dios para siempre.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, DON PAULINO *y* DON ODON.

Odon. (2) He? Adónde vas tan de prisa? No te he dicho que por ahora no puedes irte? Aqui tienes á mi muger. Yo mismo soy quien te la presento.

Cla. (3) Ya conocia yo al señor.

Odon. Sí, he? Pues tanto mejor. Quiero que sea él quien te ofrezca el brazo todo el dia de hoy. Idea, asi, como mia; un poco original. Pero yo me entiendo. Ah, ah, ah! (4).

Pau. Quién ha de dar el brazo á la señora, yo?

(1) *Como esforzándose.*
(2) *Deteniendo á don Paulino.*
(3) *Como algo confusa.*
(4) *Riendo.*

Cla. (1) Eso no puede ser. El señor me ha dicho que hoy mismo, y para obligar á un amigo á quien desea servir, se vuelve á Madrid.

Odon. Hoy mismo, y acaba de llegar? Vaya, vaya, esos son delirios. Que lo haga, y verá si reñimos de veras. Con que despues que he hablado á todos de mi amigo el oficial de marina, y que desean conocerle, habiamos de salir ahora con la zanguanga de... Pues no faltaba otra cosa. No solo no te marchas, sino que has de comer con nosotros, y te he de colocar en la mesa al lado de mi novia. Amigo, aguanta la mecha.

Pau. Hombre, yo te diré: es cierto que pensaba marcharme, pero si tú te empeñas en eso...

Odon. Cómo que si me empeño? Lo exijo imperiosamente. Mira, en un dia de boda no sabe uno lo que hace, ni dónde tiene la cabeza. Hay que cuidar de todo... es mucho tragin! Y asi mientras yo me ocupo en los pormenores que son indispensables, tú galantearás á mi muger... Ah, ah, ah! (2) El capricho es singular. No te lo parece?

(1) *Con viveza.*
(2) *Riendo.*

Cla. (1) Y qué, usted consentirá en que?...
Odon. (2) Mañana partimos para una casa de campo á diez leguas de aqui. Te vienes con nosotros: no habrá mas que los tres; adonde vamos hay mucha caza; y... ello sí, tú no la echas de aficionado: es diversion que no te gusta; pero mejor que mejor: asi podré yo esplayarme, cazando á mis anchuras, y tú entretanto... harás compañía á mi muger. Ah, ah, ah! (3) No es mal golpe... he? Vamos, dicho se está. Ahora lo que haces es escribir á Madrid que no te esperen, y te dispones para la escursion que te propongo.
Cla. (4) No admita usted, no admita usted. Yo se lo ruego.
Pau. (5) Y por qué no, señora? Antes al contrario, me tengo por muy dichoso en admitir las propuestas de mi amigo.
Odon. Gracias á Dios que te esplicas.(6) Con

(1) *A don Paulino con cierto aire de reprension.*
(2) *Interrumpiéndola.*
(3) *Riendo.*
(4) *Bajo á don Paulino.*
(5) *Alto.*
(6) *A doña Clara.*

que la cosa está arreglada, no es verdad?

Cla. No señor.

Odon. Y por qué no?

Cla. Porque usted debiera comprenderlo y evitarme la molestia de tenérselo que decir.

Odon. (1) Vamos, ya caigo. Tú sin duda no sabes que mi futura es muy rígida en materia de frases; y... ya se ve, como te he dicho que mientras yo me ocupo en los pormenores de la boda tú la galantearás... como si lo viera se ha picado. Pero, amiga mia, esto nunca puede pasar de ser una chanza, y no viene á cuento...

Cla. Y si no fuese chanza?

Odon. Cómo?

Cla. Tambien es bueno! Ponerla á una en el disparador de decir lo que no quiere. Pero á fé que ustedes me fuerzan á ello. Sepa usted, pues, señor mio, que este caballero me ha galanteado en otras ocasiones, y acaso todavia... pero no lo creo. Si siguiera amándome, y fuese sumiso á mis órdenes, ni me hubiera puesto en la cruel situacion en que me encuentro, ni me hubiera

(1) *A don Paulino.*

obligado á esplicarme tan claramente (1).

Odon. Oiga! Eso pasa? Entonces, amigo mio, ya ves que yo no podia preveer... no soy adivino, y asi... cómo ha de ser! No me quieras mal por eso. La culpa no es mia. Con que asi... agur, agur. Voy á ver si estan corrientes todos los preparativos de mi boda.

ESCENA VIII.

DON PAULINO.

Sí. Confieso que la amaba todavia; pero despues de que me ha agraviado tan deveras, despues de que su desprecio y su traicion me son cosas manifiestas... seria yo el mas miserable de los hombres si desde este mismo instante no me propusiera vengarme. Ella es quien me echa de aqui: ella es quien me destierra. Muy bien: yo sé lo que debo hacer. Qué consideracion es ya la que debo guardarla? Quiere que me vaya, no es esto? Pues bien: yo no quiero irme. Se enfada porque la amo, no es asi? Pues lo que yo debo hacer, para

(1) *Se entra en el cuarto de la izquierda.*

hacerla rabiar, es amarla siempre. Y para que mi venganza sea completa, á pesar de ella, á pesar de su marido, ó de su novio, ó lo que sea, debo obligarla á que me vea, á que me quiera, y á que se case conmigo. Y de qué medios me valdré? Lo ignoro; pero cuando el hombre se empeña en una cosa!... Me batiré con Odon? No, no merece mi cólera; y luego eso lo echaria todo á perder. No será mas prudente inventar algun ardid de guerra, y preparar un golpe que sea decisivo? Quién lo duda. Pues qué, no soy marino? No tengo mi estrella? Esto, esto es lo que conviene; y asi, ea... á la guerra. Quién es? Quién viene á mi socorro? Es algun aliado? No. Es el médico.

ESCENA IX.

DON PAULINO *y* DON MELQUÍADES.

Mel. (1) Pues dígole á usted que no faltaria otra cosa! Venirme á buscar, y eso recien almorzado, como quien dice, para que vaya á bordo! No seria mal disparate! Mira, muchacho, vete á la

(1) *Saliendo por la puerta de la derecha, y hablando con un criado.*

sala de juntas; alli encontrarás á los otros médicos, mis compañeros. Díles que bien pueden ir sin mí al reconocimiento y visita del navío *Filopemen*; que yo en nada les hago falta para que ellos estiendan su informe; que mi inspeccion es la de visitar á los enfermos que hay dentro de Bilbao, pero de ningun modo la de embocarme en un buque, que sabe Dios los gérmenes que puede traer; y por último, que no quiero ser médico acuático, y sí terrestre y muy terrestre. Cada uno tiene sus aprensiones.

Cri. Muy bien. Lo diré asi (1).

Mel. Ah! Escucha. De camino darás á mi muger este abanico de color de cuerno que la he comprado, ya que ha tenido la bondad de dejarse el suyo en el coche de colleras, en manos de no sé quién. Estas mugeres tienen á veces unas ligerezas (2).

Pau. (Qué casualidad! Por lo visto la muger del doctor era mi compañera de viaje!)

Mel. (3) Y bien, caballero, qué hace usted ahi? La boda del amigo don Odon

(1) *Yéndose.*
(2) *El criado se va.*
(3) *A don Paulino.*

va á celebrarse; y, segun lo que he oido, usted es quien debe acompañar á la novia á la iglesia.

Pau. Sí señor, asi parece. (Qué idea me ocurre!) Voy con efecto á ofrecer mi brazo á doña Clara. Tengo precision de hacerles andar de prisa, y que se despachen, si es que cuentan conmigo para que asista á la ceremonia.

Mel. Tanto tiene usted que hacer?

Pau. Ahi qué no es nada. Me esperan mis compañeros, y antes de una hora tengo que volverme á bordo.

Mel. Ah! Ah! Eso quiere decir que ha venido usted embarcado. Pues qué, llega usted de luengas tierras?

Pua. Sí señor; y por lo que veo he cometido una imprudencia en desembarcar. Pero qué quiere usted? El natural deseo de reunirse á sus amigos, cuando hace mucho tiempo que uno no los ve... Figúrese usted que vengo de Esmirna.

Mel. (1) Dios mio! Qué es lo que usted dice? Ha venido usted por casualidad en el navío el *Filopemen*?

Pau. Sí señor; un navío magnífico que ha anclado esta mañana en el puerto; pero como me faltaba la paciencia, y me consumia el afan de pisar tierra,

(1) *Pegando un salto hácia atrás.*

me he quitado de cuentos, y arrojándome á hurtadillas en una chalupa, he llegado á la costa sin decir nada á nadie, y aqui me tiene usted. Solo á usted, querido doctor, solo á usted he descubierto este secreto (1).

Mel. (2) Válgame San Roque! Qué oigo! Qué es lo que usted ha hecho? Está usted en su juicio? Y la seguridad social, señor mio? Y todas las gentes que se han reunido para asistir á esta boda?

Pau. Tiene usted razon: se han reunido, y acaso me estan esperando. Hago mal en entretenerme de este modo; y voy á buscar á los novios. Hasta luego (3).

ESCENA X.

DON MELQUIADES.

Dios mio, Dios mio! Qué es lo que va á suceder! Vean ustedes qué compromiso de todos los demonios! Qué diablura de hombre! Venirse asi sin mas ni mas, y tan sin aprension, á meter en medio de una boda... pero qué boda!

(1) *Hace ademan de quererle dar la mano. Don Melquiades huye de él.*

(2) *Temblando.*

(3) *Se va precipitadamente.*

En donde se hallan reunidas las gentes mas principales del pueblo! Pues no seria mala jugarreta la de que ahora nos pestiferase á todos!

ESCENA XI.

DON MELQUIADES, DON ODON *con las personas convidadas á la boda, criados &c.*

Voces del acompañamiento (1). Vivan los novios, vivan!

Mel. (2) Callen ustedes! Callen ustedes, con mil y mas que se los lleven!

Odon. Qué es esto, doctor? Qué es lo que usted tiene, que está tan pálido?

Mel. Dígole á usted que el lance es para estar colorado. Sepa usted que no estamos seguros en esta casa.

Algunos de los concurrentes. Cómo?

Odon. Qué es lo que usted dice?

Mel. No hay mas, sino que periclitamos todos. Sí señor, y yo no estrañaré que antes de poco nos lleven los demonios.

Odon. Está usted loco?

Mel. Usted es el que ha sido imprudentísimo en demasía. Sepa usted que ese jóven oficial de marina que ha recibi-

(1) *Al salir.*
(2) *Interrumpiéndolos.*

do usted en su casa, es uno de los individuos de la tripulacion infestada del *Filopemen.*

Odon. De ese navío contagiado que se ha mandado poner en cuarentena?

Mél. Cabalísimamente. De ese navío.

Odon. Qué oigo! Perdidos somos!

Mel. No doy por nuestra vida un cuarto. Pero ay Dios mio! Ahora que me acuerdo. Diga usted, don Odon, cuando esta mañana me presentó usted á él, se acuerda usted si me dió la mano?

Odon. Ay doctor de mi alma, que es á mí á quien se la dió! Estoy aviado! Qué maldita contingencia! Pero usted, como médico y miembro de la junta de sanidad...

Mel. Qué quiere usted que yo haga si le da la gana á la peste de decirnos: "Aqui estoy," y nos va despavilando, sin saber cómo? Los médicos, por desgracia, nos morimos lo mismo que los demas.

Odon. Y dónde está ese hombre?

Mel. (1) Por ahi se ha metido; en esa pieza. Mal tabardillo le coja.

Odon. En esta pieza? Pues no haremos mal en cerrar la puerta. (2) Jesus mil

(1) *Consternado.*

(2) *Va á cerrarla, y vuelve atrás como espantado.*

veces! Aqui sale, acompañando á mi muger.

Varios de los presentes. El es, huyamos.

ESCENA XII.

Lös precedentes, Don Paulino (1) *y* Doña Clara.

Se oye en todos un grito de espanto, y atropellándose unos á otros, huyen despavoridos, cerrando todas las puertas, escepto la de la pieza de la izquierda, dejando solos en la escena á don Paulino y á doña Clara.

ESCENA XIII.

Don Paulino *y* Doña Clara (2).

Cla. Qué significa esto?

Pua. Confieso que no lo entiendo. Yo, como he tenido el gusto de referírselo á usted, no he hecho mas que ceder á las instancias de su marido. Temiendo que mi pronta partida chocase á la so-

(1) *Que conduce de la mano á doña Clara.*

(2) *Solos en medio del teatro, mirándose como atónitos.*

ciedad, me exijió absolutamente que la acompañase á usted. Por eso ofrecí á usted mi brazo, con el objeto de complacer á mi amigo, y el de luego despedirme de usted para siempre.

Cla. Pero no oye usted? No me engaño, no. Estan cerrando todas las puertas. No oye usted? (1)

Mel. (2) Asi, asi; cerrarlo todo bien. Que no puedan salir.

Pau. No hay mas: nos cierran, y nos dejan solos. Y ahora, cómo irá usted á la iglesia? No hay arbitrio. Es preciso aguardar á que nos abran.

Cla. Qué barbaridad! Vernos y escaparse asi! Encerrarnos de este modo! La verdad, yo me vuelvo loca.

Pau. (3) Pero déjelos usted. Al cabo nos han de decir qué especie de broma es esta, y entonces saldremos de dudas. Por lo que á mí toca, no tengo maldita la prisa, y consiento en esperarlos todo el tiempo que se les antoje.

Cla. Qué es lo que usted habla? Está usted en su juicio? Pero esa calma, esa

(1) *Con impaciencia. Se oyen con efecto cerrar todas las puertas, y echar los cerrojos y las llaves &c.*

(2) *Por dentro.*

(3) *Friamente.*

sangre fria!... Qué apostamos á que este es algun ardid incomprensible urdido por usted?

Pau. Feliz yo si supiera tanto! Pero eso fuera cosa de brujería. Cómo quiere usted que?...

Cla. No señor, no: lo que pasa es demasiado raro para que yo no crea que hay en ello alguna burla, alguna combinacion estraordinaria! Triste de usted si fuese alguna de las suyas!

Pau. Pero qué quiere usted que sea?

Cla. Yo qué sé? Lo que veo es que esta es una chanza muy grosera y muy pesada, y que hasta saber lo cierto hará usted muy bien en quitarse de mi presencia.

Pau. Respeto á usted demasiado para dejar de obedecerla. Ya que para usted carezca de otro mérito, tendré al menos el de ser obediente, y no me ofreceré á su vista sino cuando tenga la bondad de llamarme (1).

(1) *Se marcha á la pieza que quedó abierta.*

ESCENA XIV.

Doña Clara.

Puede concebirse una audacia de esta especie? Qué proyecto tan singular y tan incomprensible! Pero cómo ha logrado realizarle? Esto es lo que me confunde. Sin embargo, es preciso salir de la duda. Sepamos lo que esto significa. (1) Hola! Nadie responde? (2) Y bien, vendrá alguien? Nada, ni un mal criado. Si me habrán dejado sola en esta casa?

Voces por fuera. Nadie entre. Cuidado con las puertas!

Cla. No hay mas. Me han cerrado por todas partes. Es que empiezo á tener miedo de veras. Se han vuelto todos locos? Qué quieren hacer conmigo? (3) Dios mio! Qué es lo que veo? La casa rodeada de Soldados! Qué multitud de gente armada! Cuántas precauciones! Y todo ello para qué? Vayan us-

(1) *Tira del cordon de una campanilla.*

(2) *Volviendo á tirar del cordon con mas violencia.*

(3) *Mirando por la ventana de la derecha.*

tedes viendo: para dejarme encerrada con un hombre; y un hombre que me quiere... El lance es original! Pero no es aquel mi futuro esposo? Calle, pues esto es mas raro. El és, y el que mas afan se da para colocar las centinelas. Jesus, y qué miedo tienen de que me escape! Vamos, no hay que darle vueltas, estoy presa.

Se oye una voz por fuera que dice: Quién vive? A un lado (1).

Cla. (2) Gracias á Dios... Aqui me dirán sin duda lo que significa este misterio. (3) "Al señor don Paulino Revenga, oficial de marina." No es para mí: es para el señorito que me han dejado por compañero. No, pues á buen seguro que no iré yo á leer sus cartas. (4) Oiga usted, señor don Paulino. Tenga usted la bondad de venir un momento.

(1) *Se ve á la ventana un palo muy largo con una carta en su estremidad.*

(2) *Va á la ventana, y toma la carta.*

(3) *Leyendo el sobre-escrito.*

(4) *Yendo hácia la puerta del cuarto en donde entró don Paulino.*

ESCENA XV.

DOÑA CLARA y DON PAULINO.

Pau. Cómo, señora, y usted tiene la bondad de llamarme?

Cla. No lo crea usted.

Pau. (1) Pues en ese caso me vuelvo adonde estaba.

Cla. (2) No señor, no señor. No hay que marcharse. Sepamos antes qué embrollo es este, y lo que dice esta carta.

Pau. (3) Es el doctor don Melquiades el que me escribe. (4) "Muy señor mio: usted ha cometido una gravísima imprudencia, y es muy estraño que estuviese usted ignorante de que á su navío el ***Filopemen*** se le ha sujetado á una rigorosa cuarentena."

Cla. Cómo? Pues qué ha venido usted embarcado en ese navío?

Pau. No crea usted eso. El navío en que yo he venido es un vetusto coche de colleras; buque sin velas ni timon, tirado por seis mulas, bien provistas de

(1) *Como marchándose.*
(2) *Con impaciencia.*
(3) *Despues de haber abierto la carta.*
(4) *Lee.*

campanillas; y que al son de sus cascabeles han entrado en el puerto, pero ha sido á galope.

Cla. Y cómo es que el doctor?...

Pau. Qué quiere usted? El doctor es un visionario; se le ha metido en la cabeza que he venido en el *Filopemen*, y no hay quien le apee de semejante idea. Yo por mí ya he resuelto dejarle en sus trece. Concluiré la lectura de su carta. (1) "Voy en derechura á presentar mi informe á la sociedad de medicina; y en el ínterin no deberán sorprender á usted las urgentes medidas que se hacen precisas por la gravedad del caso. Las puertas de la casa en que usted se encuentra permanecerán cerradas y vigiladas con la mayor escrupulosidad; y durante cuarenta dias consecutivos no piense usted en salir de ella."

Cla. Ay Dios mio!

Pau. Conozco, señora, que lo que es para usted la sesion va á ser un poco larga; mas por lo que á mí toca la confieso que el plazo me parece todavia muy corto.

Cla. Esta es una infamia; y protesto que

(1) *Lee.*

por nada en el mundo me obligarán á que me esté aqui todo ese tiempo.

Pau. (1) "En cuanto á la jóven señora que se ha quedado con usted, y con quien es por desgracia preciso que se tomen iguales medidas de precaucion, su futuro esposo don Odon y yo la ponemos bajo la salvaguardia del honor de usted y de su delicadeza. De un hombre como usted nada debe esperarse que salga de los límites del decoro y de la decencia. Queda de usted su afectísimo &c. El doctor Melquiades de Ribadeneira."

"Posdata. Se les enviarán á ustedes libros, provisiones, cuanto les haga falta. En una palabra, todo se les concederá, menos la libertad."

Cla. (2) Con que es decir, señor mio, que gracias á usted, me veo sumergida en este encierro? Y luego querrá usted que no le deteste?

Pau. Sí tal. Detésteme usted. En algo ha de invertir el tiempo; y ese es un modo de pasarle lo mismo que otro cualquiera. Sin embargo, no podrá usted menos de confesar que ya que mi imprudencia la ha reducido á verse presa,

(1) *Continuando la lectura de la carta.*
(2) *Colérica.*

soy tan generoso que me he hecho partícipe de su cautiverio.

Cla. Calle usted, que estoy de un humor...

Pau. Y por otra parte... Vea usted. Este es un castigo del cielo. Es, como quien dice, querer vengar á los muchos á quienes usted ha privado de libertad.

Cla. (1) Ea, suprima usted, si gusta, esas frases almibaradas, y que entre nosotros no se oiga ni una sola palabra que tenga relacion con el amor ni con la galantería. No lo sufriré por ningun título.

Pau. Sea lo que usted quiera: sus insinuaciones serán preceptos. Mire usted, y para probárselo, ya que usted lo manda, no hablaremos sino de cosas sumamente razonables y conformes á la situacion en que nos encontramos. Para empezar me tomaré la libertad de hacer á usted una observacion. Es cruel, sin duda, el que tengamos que estarnos asi... solos, y encerrados por espacio de unas seis semanas. Pero qué le hemos de hacer? Cuando los males no tienen remedio es preciso armarse de paciencia. Tomemos, pues, nuestro partido, y no vayamos á empeñarnos en pendencias y disputas; ese seria el modo de que el

(1) *Con impaciencia.*

tiempo nos pareciese mas largo. Por qué no me es dado, para hacérsele á usted mas llevadero, poseer el talento y la finura de cierta persona á quien usted conoce, y que no quiero nombrar? Porque no tengo para agradar á usted una conversacion tan amable y tan picante como la suya?

Cla. Seria tiempo perdido, porque no tengo gana de hablar, y á cuanto usted digese le dejaria sin respuesta.

Pau. Peor para mí. Asi es que nada diré, nada pediré. La veo á usted, y esto me basta. Un marino tiene pocos recursos en su entendimiento... y aunque quisiera agradar á usted, el secreto de conseguirlo dónde está? Ni cómo podré yo aprenderle, á no ser que tuviese usted la bondad de enseñármele? (1) Vamos, está visto que es usted inflexible. Dios mio! Dios mio! Qué podria yo hacer para proporcionarla alguna distraccion? (2) Quiere usted que la hable de novedades? de modas? del calor? del

(1) *Doña Clara le vuelve la espalda, y vá á sentarse junto á la mesa, hácia la derecha del teatro.*

(2) *Se acerca un poco hácia donde ella está sentada.*

frio? (1) No, he? Es apuro. (2) Vea usted, aqui hay un libro de comedias. Si tropezásemos con algun paso interesante que pudiera divertirla (3).

Cla. (4) Lea usted cuanto guste. Yo no he de escucharle (5).

Pau. Hace usted muy bien, porque... la verdad, leo muy mal. (6) *Acto segundo. Escena cuarta.* Lo mismo es una que otra (7).

Conozco mi error, señora;
le conozco, y le confieso;
y pues ofenderos pude,
en dónde hallaré consuelo?
Pero sed mas compasiva
al grave dolor que siento:

(1) *Ella no le hace caso.*

(2) *Se acerca á la mesa, y coge un libro que habrá sobre ella.*

(3) *Se sienta junto á la mesa, abriendo el libro.*

(4) *Desviándose, y cogiendo su labor.*

(5) *Se pone á hacer labor con suma impaciencia.*

(6) *Leyendo.*

(7) *Doña Clara le vuelve de espaldas la silla en que está sentada. Don Paulino se sonrie y lee.*

y no alcancen mis finezas
solo rigores en premio.
Os amo: es este algun crímen?
Qué tiene el amor de feo?
El es quien mis pasos guia;
no los mireis con desprecio.
De los estremos del mundo
venciendo peligros vengo;
y mas de una vez mi vida
se ha visto por vos en riesgo.
A ser vuestro esposo aspiro;
mas si tal dicha no obtengo,
máteme el dolor, mas no
un ódio que no merezco.

Cla. (1) De qué comedia son esos versos?
Pau. Se titula... *El Amante desgraciado.*

(2) *Dignaos al menos volver*
á mí vuestros ojos bellos;
y pues que por ellos vivo,
feliz si por ellos muero.

Cla. (3) Basta ya, señor don Paulino; basta.
Pau. Pero si lo que sigue es lo mas inte-

(1) *Volviendo la silla.*
(2) *Sigue leyendo.*
(3) *Interrumpiéndole.*

resante! Vea usted. La escena cabalmente en que ella le perdona.

Cla. Si ya le he dicho á usted que no tengo gana de lectura.

Pau. No? (1)

Cla. No señor. Hablemos de otra cosa.

Pau. (2) Ah, señora! Hablemos, y sea de lo que usted quiera. Asi como asi, ya que hemos de permanecer en este sitio, tenemos mil cosas que arreglar. Lo primero es ver en lo que hemos de invertir el tiempo. Aqui, donde usted me ve, me gusta el órden. Soy muy arreglado en todas mis cosas.

Cla. De veras? Estoy por no creerlo.

Pau. Sí señora, sí. No lo dude usted. Hay en mí, aunque me esté mal el decirlo, algunas cualidades que no son del todo despreciables. En el mundo se cede muchas veces á la influencia de un esterior amable y brillante; pero de qué medios se valdrá una muger para conocer el carácter del hombre con quien tiene que vivir? Quién la dirá si usará con ella de todas las atenciones, de todas las preferencias que son debidas al bello sexo? Cómo, en una

(1) *Cerrando el libro.*
(2) *Con viveza y espresion.*

palabra, descubrirá si residen en aquel sugeto los requisitos que necesita tener un buen marido? Este es el gran punto de la dificultad, y de no conocerla á tiempo resultan á veces la destruccion de las ilusiones, las quejas, las riñas, los malos matrimonios. Yo creo que para remediar estos inconvenientes habria un medio muy seguro. Tal seria, por ejemplo, el de establecer, antes de arribar al puerto del himeneo, una especie asi... de cuarentena conyugal. (1) Lo ve usted? Usted misma se rie. Cuando digo que es un pensamiento escelente! Y aun diré mas, para redondear mi idea. Me parece que asi... un ensayo de boda, un no sé cómo espresarme, un examen anticipado...

Cla. Se cansa usted en valde. Entiendo todo lo que quiere usted decirme. Pero... volvamos á lo que se trataba. De qué estabamos hablando?

Pau. Hablabamos de las circunstancias que deben acompañar á un marido...

Cla. Ah, sí. Ya me acuerdo. Me decia usted que es muy amigo del órden.

Pau. Muchísimo, sí señora: desde muchacho. Y conozco que si alguna vez cai-

(1) *Doña Clara se sonrie.*

go en la tentacion de casarme... Oh, sí, me tengo trazado un plan que me parece muy lindo. Desde luego la juro á usted que no viviria en una ciudad pequeña, porque detesto los chismes y la murmuracion.

Cla. (1) Usted prefiere la capital, no es esto?

Pau. Para qué he de negarlo? Madrid me gusta mas que todas las ciudades de provincia. Lo primero que haria, para que usted vea, seria tomar para mí y para mi muger un cuarto cómodo, elegante, en la calle del Príncipe ó de la Montera. En fin, en uno de los puntos principales de la corte. No seria muy grande, la verdad! Pero la felicidad necesita de tan corto trecho!... Tendria ademas un coche muy bonito.

Cla. Vaya usted echando.

Pau. Pues qué, piensa usted que yo habia de consentir que mi muger fuese á pie, y sobre todo en invierno? Para qué? Para que se fatigase, para que se resfriara? Ah, no señora, ni por pienso. Muger de mi alma! Tendriamos, ya lo digo, una carretela, ó sino un landó. Lo que mi muger quisiera. Usted qué preferiria?

(1) *Sonriendo.*

Cla. (1) Caramba, y qué paso lleva usted? Se me figura que para ser tan amigo del órden y de la economía... ese cuarto elegante, ese landó...

Pau. (2) Vamos, ya veo que usted prefiere el landó. Y tiene usted razon, porque en invierno se cierra y resguarda del frio y de la lluvia, y en verano servirá para llevarla á usted á la Moncloa, á Aranjuez, en fin, á donde haya parages hermosos, en donde los aires sean puros. Oh, sí, sí! Eso es muy preciso; todo es poco cuando se trata de cuidar de la salud de una muger á quien se quiere. Por las mañanas, muy tempranito iremos... asi, á pasearnos al Retiro: juntos, siempre juntos! Por las tardes, al Botánico! Una vueltecilla al Prado, y de rechazo á la ópera. Tendré palco por temporada, porque... eso sí, quiero que mi muger se divierta.

Cla. Coche, palco por temporada! Pero no ve usted que va á arruinarse?

Pau. No tenga usted miedo, ni se apure usted por eso... Pero aqui no se trata ahora de mis bienes de fortuna, se trata de mi felicidad. Hablemos de mi

(1) *Riendo.*
(2) *Interrumpiéndola.*

muger. Concluida la ópera, la llevo á mi casa... ó por mejor decir á la suya. Ah! Qué dicha tan grande la de hermosear la existencia de la que uno ama! Qué placer el de hacerla poseedora de los tesoros que uno ha adquirido á fuerza de afanes y de peligros! (1) Sí señora, sí. Cuando en los mares del nuevo mundo se nos presentaba algun buque enemigo, cuando la suerte queria que fuese presa de nuestro valor, cuando una rica parte del botin daba un aumento considerable á mis riquezas, yo me decia á mí mismo: "Para ella son: para ella son: quiero lisonjearla con los prestigios de la opulencia; cuanto el comercio, las artes, la industria produzcan mas esquisito, yo deseo prodigárselo; y no porque ella lo necesite para ser mas linda, ni porque á mí me haga falta para quererla mas, sino porque en un amor puro y legítimo la felicidad que ambos disfrutan aumenta su precio mas de una mitad." Tales eran las esperanzas, tales eran los planes que me formaba; y con sola una palabra que se desprenda de vuestros labios pueden

(1) *Doña Clara se levanta, y don Paulino sigue hablando con el mayor calor.*

realizarse ó destruirse para siempre.

Cla. (1) Qué es lo que usted dice?

Pau. (2) Que á pesar del resentimiento que usted me ha manifestado, y en despecho del nuevo error en que he incurrido, no puede quedarle duda de lo mucho que la amo. Qué mayor prueba que el mismo ardid de que me he valido? He sido imprudente; pero usted está en el caso de decidirse. A quién preferirá usted? A un rival cobarde que tiene miedo de morir con usted, y que la huye por no comprometer su salud, ó á mí, que he atravesado los mares, y que he combatido los elementos para venir desde muy lejos á echarme á sus pies, y á ofrecerla el tributo de mi cariño y de mi fortuna? Ah, doña Clara! Usted me amó algun dia... usted misma me lo ha confesado (3).

Cla. Ay Dios mio, quién viene ahora?

Pau. Vendrán acaso á devolvernos nuestra libertad.

Cla. (4) Tan pronto?

(1) *Indecisa, titubeando ya, y anunciando que va á ceder.*

(2) *Interrumpiéndola.*

(3) *Se oye algun ruido por dentro.*

(4) *Involuntariamente.*

Pau. (1) Ah, qué felicidad! No necesito oir mas.

ESCENA XVI.

Los dichos, Don Melquiades *y* Don Odon (2).

Odon. (3) Dios mio! Qué es lo que veo? (4).

Mel. (5) Qué diablos le da? Vamos, ande usted.

Odon. (6) A usted es á quien le toca andar, supuesto que en su calidad de médico le han mandado que estienda el informe. Ahora no es como antes, que no quiso usted ir á bordo. No hay mas remedio que obedecer.

Mel. Corriente. Nadie dice lo contrario.

(1) *Hechándose á sus pies.*

(2) *Doña Clara estará hácia la derecha del teatro sentada, y don Paulino á su lado hablándola muy bajito. Don Melquiades y don Odon entran por la puerta de la izquierda: traen en las manos unos frascos de olor, y se llevan á las narices unos pañuelos impregnados en vinagre.*

(3) *Al salir y viéndolos.*

(4) *Da unos pasos atrás.*

(5) *Que viene detrás de él, y le empuja.*

(6) *Poniéndole delante.*

Pero deje usted, que no tardaré en salir del paso (1).

Odon. (2) Pues ellos maldito el caso que hacen de mí. Si me habrán visto? He! Doña Clara! Paulino!

Cla. (3) Calle! Es usted? Acérquese usted mas.

Odon. (4) Esa sí que no. Maldita la falta hace que yo me acerque. Me parece que bien de cerca la está á usted hablando mi amigo Paulino.

Cla. Hablabamos de usted, y deciamos que será preciso romper el contrato matrimonial y pleitear de nuevo, á menos que no prefiera usted entrar en una transaccion amistosa.

Odon. A ver, á ver? Tiene usted la bondad de esplicarme lo que eso significa?

Pau. (5) Yo lo diré mas claro.

(1) *Se sienta á la mesa que está en el lado opuesto de donde se hallan doña Clara y don Paulino, y se pone á escribir temblando.*

(2) *Un poco hácia el medio del teatro, y observando á doña Clara y á don Paulino, que siguen hablando bajo.*

(3) *Volviendo la cabeza.*

(4) *Dando dos ó tres pasos atrás.*

(5) *Levantándose.*

Odon. (1) No, no. Para hablar no necesitamos acercarnos tanto. Podemos esplicarnos desde lejos.

Pau. (2) Muy bien. La cosa es esta. Tú nos has puesto, á esta señora y á mí, en cuarentena, y doña Clara, á pesar del ódio que me tiene... se ve solo por esto en la precision de unirse á mí para siempre. Si esto no se hiciese asi, qué dirian por ahi las gentes? Cuánto no se murmuraria en toda la ciudad? Los dos aqui solitos y encerrados por espacio de cuarenta dias! Te lo dejo pensar, pues no eres un tonto. Asi, pues, para evitar las hablillas de la malignidad, y para legitimar una sesion tan prolongada, hemos pensado en hacerla mas duradera; y para ello pongo en tu noticia que doña Clara se va á casar conmigo.

Odon. Hombre del diablo! Qué es lo que hablas? Bien conoces que eso no puede ser.

Pau. Tómalo como gustes. La cosa es hecha, y la sontendré del modo que quieras (3).

(1) *Alejándose.*
(2) *Deteniéndose.*
(3) *Con entereza.*

Odon. (1) Qué, ya quieres que vayamos á batirnos? Eso será, en tal caso, dentro de cinco ó de seis semanas, cuando sepamos de fijo si estás ó no contagiado, y se haya pasado el peligro. Yo soy asi. La salud antes que todo.

ESCENA XVII.

Los precedentes y Lucas (2).

Luc. Señor don Paulino, aqui estan los efectos que usted me mandó que tragese.

Odon. De dónde viene este bruto?

Luc. De la posada de junto á la plaza, en donde me han tenido esperando mas de dos horas.

Mel. (3) Qué es lo que dices? Ese baulito y esa maleta son del señor? De dónde diablos lo traes? Quién te lo ha dado?

Luc. Toma! Quién me lo ha dado? El mayoral del coche de colleras.

Mel. (4) Y de dónde viene ese coche?

(1) *Dando dos ó tres pasos atrás.*

(2) *Trayendo una maleta y un cofrecito.*

(3) *Levantándose con precipitacion.*

(4) *Ansioso.*

Luc. De dónde ha de venir? De Madrid.
Mel. Pero ha venido por el *Filopemen*?
Luc. No señor. Ha venido por Burgos y por Vitoria.
Mel. Será posible? Con que esto no ha sido mas que un estratagema?
Pau. (1) Mire usted, doctor; si todavia le queda á usted alguna duda, ahi tiene usted unos guantes y un abanico que pertenecen á una viajera muy amable y muy alegrita que ha venido conmigo en la testera del coche.
Mel. El abanico y los guantes de mi muger!
Pau. Sí señor; y me habia propuesto ser yo mismo quien tuviese el honor de devolvérselos.
Mel. (2) No señor, no. Yo me encargaré de esa comision. Cabalmente soy muy poco aficionado á esas aventuras de coche de colleras.
Odon. Dice usted bien, doctor! Y luego en este Bilbao se murmura tanto, que si la cosa se divulgase...
Mel. Qué va usted á decir?
Odon. Que peor es urgallo. Lo mismo digo de mí. Cásense ustedes en buen ho-

(1) *Sacando de su bolsillo unos guantes y un abanico.*
(2) *Tomando los guantes y el abanico.*

ra, ya que el lance ha rodado de este modo. Conozco que esto vale mas que no el que luego vaya mi muger á darte sus guantes y su abanico para que se los guardes (1).

Mel. No he visto otra!

Pau. Ni es fácil. Quién pudiera pensar que el temor de un contagio habia de ser el móvil de mi felicidad?

Cla. Y qué diré yo?

Odon. Y yo? Ah! Cuarentena maldita!

Cla. Ah! Dichosa cuarentena! (2)

(1) *A don Paulino.*

(2) *Da la mano á don* Paulino, *y se miran ambos con ternura. El doctor contempla sin cesar los guantes y el abanico: don Odon manifiesta con su accion que se conforma á su suerte, y Lucas arregla la maleta sobre el cofrecito.*

FIN.

LOS CUENTOS

ó

LA BODA DEL DIFUNTO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

Original de A. G.

Con licencia.

BARCELONA:

EN LA IMPRENTA DE J. TORNER CALLE DEL REGOMI N.° 9.

JUNIO 1834.

PERSONAS.	ACTORES.
D. SEMPRONIO DEL SOTO. Hacendado.	Sr. Juan Perez.
D. LONGINOS. Notario.	Sr. José Robreño.
D. MIGUEL DE VASCONCELOS.	Sr. Miguel Ibañez.
ALBERTO. Barbero.	Sr. Antonio Amigó.
D.ª ESCOLASTICA. Esposa de D. Sempronio.	Sra. Josefa Ferrer.
PAULINA. Su hija.	Sra. Dolores Perez.
GILITA. Doncella de servicio. . .	Sra. Luisa Valero.

La accion pasa toda en una pieza de la casa de D. Sempronio, en Madrid.

LOS CUENTOS

ó

LA BODA DEL DIFUNTO.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un aposento de recibo de una casa particular, decentemente amueblado; puertas laterales y entrada principal al fondo. A la derecha del espectador habrá un espejo de pie ó un tocador, en medio y algo á la espalda un bufete con todo su recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

D. *Sempronio*, *Doña Escolástica*, *D. Longinos*, *Paulina*, *Alberto*, *Gilita*.

(Al levantarse el telon se ven: á un lado Alberto afeitando á D. Sempronio, D. Longinos escribiendo en el bufete, y las tres mugeres aliñándose delante del espejo).

Semp. Quieres acabar pelmazo?
Alb. ¡Si falta un carillo entero!
Semp. No he visto plomo mayor.
Alb. Asi os estuvierais quieto
Y acabáramos mas pronto.
Semp. Como tardes mas reviento;
Cuidado que está tu mano

Como ayunque de un herrero.

Esc. Y si sigues en tu charla
Saldrás hecho un cementerio.

Semp. Muger si no he de lograr...
¿D. Longinos vamos buenos?
Mirad que el plazo se acorta
Y que es muy preciso el tiempo;
Que llega el Nobio, que llega.

Long. Y aunque llegue ¿que tenemos?
¿Cuanto ha que me habeis llamado?
¿A que soy yo algun fullero,
Que se me arreglan las cosas
por ensalmo?

Semp. No digo eso,
Sino que... pero es preciso.

Long. Pues prevenirlo de lejos;
Mas ya se ve, siempre asi;
Todo se le vuelven cuentos
Y chisme, y picotería,
Y luego toca á degüello
Para que se hilvane todo
Por soplos, por pensamientos.
¿Pensais que hacer un contrato
Es como sorberse un huevo?
¡Digo, y contrato de boda!
¡Vaya que es precioso enredo!

Semp. Pues por enredo os llamé
Como á escribano perfecto;
Porque llamar el albeytar
No era del caso.

Alb. (*á D. Sem*). Teneos
Señor, que os voy á cortar.

Semp. (*levant.*) Espera un instante, Alberto,
Que esto me interesa mas
Pues se trata de otros pelos.

A ver si está bien asi;
Yo propio quiero leerlo:
»En nombre de Dios, Amen," (*Toma el pa-*
Todos vuestros embelecos *pel de D. Long.*)
En nombre de Dios empiezan
Y nos llevan al infierno:
Mas vamos á lo que importa.
»Por el especial afecto (*lee saltado*).
»Que D. Sempronio del Soto..."
»Bien... y por consentimiento...
» A Doña Paulina su hija...
» Donacion y heredamiento
» De toda y cualquiera casa,
»Honores, bienes, terrenos...
» Donacion pura, perfecta,
» Emperó despues de muerto..."
Y afe que el plazo irá largo
Si yo prefijarlo debo.
Esta parte bien está;
Pasémos al otro pliego.
»Otro si, Don Cicebuto
» De Rubion y Vasconcelos,
» Ausente como presente
» Y por poder..." ¡que embeleco!
¡Cuantas palabrotas huecas
Para decir: esto quiero
Y Santas Pascuas!

Long. ¿Es broma?
¿O hablais con cabal acuerdo?
¿Con que palabrotas huecas,
Cuando á cada paso vemos
Que por mucho que se diga
No hay como evitar un pleito?
¿Quereis ver como os disputo
Hasta de padre el derecho?

Esc. ¡ D. Longinos !
Long. No, es que yo
Si me tocan hecho fuego,
Y le haré ver al Señor
Que soy hombre, si me emperro,
Que al gallo de la pasion
Le plantaré un pedimento.
Semp. Ya no os llamárais Longinos;
Mas prosigamos »de pleno
» Consentimiento á su hijo
» D. Miguel, por el concierto
» De su enlace con la dicha,
» Constituye su heredero
» Universal..."
Paul. ¡ Padre ! ¡ Padre !
¡ Universal!... ¡ ay que bueno!
Esto bien querrà decir
Que al fin todo será nuestro?
Semp. Y que no es rana la herencia,
Pues ya sabes que el gallego
Es hombre que aprieta el puño
Sin abrirlo, ni por muerto.
Ya se ve, el Don Cicebuto
Acá vino por invierno,
Y como buenos amigos,
Compañeros de colegio,
Para estrechar el cariño
Arreglamos el concierto.
El chico, segun parece,
Es alegrillo, travieso;
Yo no le he visto jamas,
Pero como lo olfateo
Todico á dos resoplidos,
Por el ladrido del perro
Saqué quien seria el amo:

Un criaducho algo lerdo
Que trajeron, me imponia,
Y ví que era buen acuerdo
Cojer de pronto el gazapo
Antes que huyera. Ya veo
Que Escolástica no gusta
Ni del Padre ni del Yerno,
Porque le han dicho que el mozo
Es vizco...

Esc. ¿Que vizco?... tuerto,
Y bromista, y socarron,
Y con muy poco respeto.
Que tambien yo lo indagué
Pues que tanto me va en ello.

Semp. Mira muger, en la corte (*con ironía*).
Siguiendo buenos ejemplos,
Porque los hay á trompones...
En cuanto al otro defecto,
Aquella falta del ojo,
No es cosa de mucho empeño,
Entre mercé y señoría,
Un postigo medio abierto...
Ademas es de familia,
Tambien lo tuvo su abuelo;
Y no quiso remediarlo,
Pues pidiéndole un galeno
Cien duros para la cura,
Le dijo con gran salero
Que si le daba otros tantos
Le vendia luego el bueno;
(*á Esc. bajo*). Y como ademas ya sabes
El interes que tenemos
En salir de la muchacha,
Pues siendo su entendimiento
Tan asi...

Alb. Señor, ¡por Dios!
Que tengo ajustado el tiempo.
Semp. Alla voy; (*se sienta*) con que seguir;
D. Longinos apretemos;
(*á Alberto*) Y tu mira de andar listo.
Alb. Pues, Señor; buena la hacemos!
¿Si tendré la culpa yo...?
Semp. Es que... ¿sabes unos versos
Que un infeliz, fastidiado
Del pelmazo del barbero,
Para vengarse siquiera,
Le compuso?
Alb. Ni por pienso;
Pero, Señor, observad...
Semp. Oyelos pues que están buenos:
»Señor barbero, por Dios,
»Andad mas apresurado
»Que tengo mucho que hacer;
»Tan despacio afeitais vos,
»Que antes de haber acabado,
»Muy bien puede suceder
»Que el pelo que habeis cortado
»Haya ya vuelto á crecer".
Paul. Pero, Señor, entretanto (*con un*
Nunca llega ese remedio. *suspiro*).
Semp. ¿Muchacha, que es lo que dices?
Paul. El nobio digo.
Semp. ¿Que es esto?
¿Remedio al novio le llamas?
Paul. ¿Pues hay otro mas perfecto?
Si estando una niña mala
Todos dicen al momento:
Cásenla y se pondrá buena
Que no hay como el casamiento.
Ya se ve que una la escucha,

Y si bien lerda parezco ,
Como es cosa que me importa
No me morderé los dedos.
Gil. Señorita !... Señorita ! (*bajo á Paulina*).
Semp. Mas que es lo que estoy oyendo ? (*enojado*).
¿ Quien te ha enseñado á decir
Tan garrafales denuestos ?
Quien será sino su Madre
Que la levanta de sesos ,
Que me la cria al reves ,
Que la convierte en jumento ,
Su madre... mi perdicion ,
Mi repudricion , mi... (*se levanta*).
Esc. ¡ Cuerno
Con el Señor Don Sempronio (*muy enojada*).
Y con su lengua de fuego !
Esto ya es mucho apurar ,
Es provocar sin respeto.
Alb. ¡ Gracias á Dios que acabé ! (*aparte*).
Esc. ¿ Con que yo á la Niña pierdo
Porque no da mas de sí...
Porque no la sobra ingenio ?
¿ Pues Señor que habia de ser ?
Puso V. algo mas que eso ?
¿ Que habia de resultar
Un Ciceron ?.. un Propercio ?
Y luego á cada sandez ,
Cuando encaja un adefecio ,
Nos sale con que es candor ,
Que es la lengua del desierto.
¿ Con que yo soy ? yo que fuí
Directora de un colegio ;
Y eso que entre mas de mil
Sin contraste me escojieron ,
No solo porque el latin

Con cuidado deletreo ,
Porque si no le se hablar ,
Tal cual el frances comprendo ,
Porque la Esfera Hamilcar
Esplico con gran despejo ,
Sino que...

Semp. Ya ; mas tambien
Hay que asistir al bureo ,
Buscar la amiga soplona ,
Dar lugar al cuchicheo ,
Ir á los toros , al bayle ,
Al canal... ¿ y á todo aquesto
La niña siempre pegada
Que ha de aprender ? eso... eso ;
Si cuando el novio está aqui
Sueltas siquiera un acento
Rasgo al instante el contrato
Y te encierro en un convento.

Paúl. ¿Pero porque ?

Semp. Porque asi
Bien podrá ser que evitémos
Que nos cojan por el hilo
De aqueste ovillo el enredo.

Gil. Señor me quereis oir ?
¿ Quereis que os refiera un cuento ?

Semp. Ahora no es ocasion.

Gil. ¡ Es que viene tan á pelo !
Y como tanto os complace...

Semp. Dilo pues , mas que sea presto.

Gil. » Cierto Padre muy formal
» Tenia un hijo algo necio ,
» Que hablaba majaderías
» Mas que palabras. Tuvieron
» Para un banquete de boda
» Su esquela de cumplimiento ,

» Y el padre para eludir
» Un bochorno, mandamiento
» Le impuso al chico de estar
» Mas taciturno que un muerto,
» No sea que te conozcan,
» Le dijo, con que estar quedo.
» Pues señor vamos al caso;
» Al muchacho le pusieron
» En la mesa, colocado
» De dos señores en medio
» Que dieron en preguntarle,
» Pero nada, siempre quieto;
» ¿Es V. de este lugar?
» ¿Le gusta á V. el invierno
» Mas que el verano?... ya baja:
» Como decírselo á un leño.
» Cansados los dos amigos
» De aqueste comportamiento,
» Por la espalda del muchacho
» Uno al otro se dijeron:
» ¡Que bruto nos han trahido!
» Lleno el chico de contento
» Al oir tal claridad
» Exclamó muy satisfecho:
» Padrico ya puedo hablar
» Pues al fin me conocieron."
Con que ya ve V., Señor,
Que el callar no es buen acuerdo.

Semp. ¿Que sabes tu, bachillera?
No tiene gracia tu cuento,
Y digo que asi ha de ser,
Porque exponerme no quiero
A que el novio decir pueda
Si la Madre...

Esc. Ni el infierno

Puede producir un hombre
Tan mal hablado tan terco.
¿Porque me case con él?
Don Longinos, luego, luego, *(yendo á la*
Que me quiero divorciar. *mesa).*

Long. Ya me falta el sufrimiento; *(dando un*
No hay como aguantar tal broma; *porrazo).*
Miren Vds. lo que he puesto
En este triste contrato:
Digo; y para un casamiento!
De por fuerza; ¿quien no pone
Lo que le están repitiendo.
Asi le tienen Vds.
Que á cada paso está lleno
De todo lo que se ha dicho
En tan contínuo jaleo,
De latin y de frances,
De esfera y por fin... de cuernos.
¿Que, no hay mas que resistir?
Ni una cabeza de hierro;
Pero yo me vengaré
Cuando la cuenta ajustémos.
En tanto, Señores mios,
Tirarse de los cabellos,
Que yo me voy á otra parte
A que se aproveche el tiempo *(vase).*

Semp. ¡Pues no faltaba otra cosa,
Eso no, mientras yo aliento. *(sigue á D. Long.)*

Esc. Ven tu Paulina tambien,
Vámonos á mi aposento,
¿Ves á lo que dan lugar
Tus desatinos? *(vase).*

Paul. De recio; *(siguiendo su Madre).*
Siempre ha de llevar la carga
El mas endeble jumento;

Pero en llegando á casarme
Ya se verá si lo entiendo. (*vase*).

ESCENA II.

Gilita, *Alberto*.

Alb. (*deteniénd.*) Gilita que no has de entrar
Sin escucharme primero.
Gil. ¿Que vendrá á ser la embajada?
Ya sabes que no me entiendo
De rosa que no da olor,
Ni de paja sin centeno;
Hablémos con claridad,
¿Hay aquello? ¿ó no hay aquello?
Alb. Pues á eso voy; la Maestra
Que me tiene en mucho aprecio,
No queriendo seguir mas
Retirarse ha ya resuelto
Y me encabeza la tienda;
Con que niña, desde luego
En saliendo á romancista...
Gil. ¿Que quieres decir? ¿coplero?
Alb. Cirujano sin latin.
Gil. ¿Y como puede ser esto?
¿Pues las recetas?
Alb. Mas claras;
Y asi mis pobres enfermos,
No hallarán en la botica
Que un estúpido mancebo
Les pueda dar, sin sentirlo,
Por triaca algun veneno.
Gil. A fe que tienes razon.
Alb. ¿Para que estarse rompiendo
Los cascos con el latin;

Si solo en los cementerios
Se pudiera averiguar
Si bien ó mal lo entendemos?
Lo cierto es que si tu quieres
Luego habrá boda.

Gil. Primero
Es preciso que yo sepa
Como está el gato. No entiendo
De pasar hambres, miserias,
Ni de andarse una muriendo
Para dar pan á los niños,
Ó porque la falte el lienzo,
Los zapaticos, las fajas,
Y tantos otros enredos
Que son consecuencia clara
De tan útil Sacramento.

Alb. Muger, para todo habrá.

Gil. Es que en tal caso, prefiero
Quedarme siempre doncella.
Mira, yo acá estoy sirviendo
A un amo que me requiebra,
Que me anda siempre diciendo
Que soy gachona, salada,
Y si bien es algo viejo
Esto hace que me regale
Sin correr yo ningun riesgo,
Pues se queda consolado
Con que le diga: veremos.
El ama es ya como todas
Muy amiga del incienso;
¡Jesus, Señora, y que mono
Os habeis compuesto el pelo!
Si no hay muchacha que os gane;
Y con tales embelecos
Que á nadie dañan, la pobre

Me levanta hasta los cielos,
Y afloja que es lo mejor.
La muchacha es otro juego;
Como es tan inocente
Y tan simple, la manejo
De modo que saco de ella
Cuanto gusto: con que Alberto
Si se ha de cambiar de estado
Será para que ganemos,
Y sino muda de casa
Pues mas vale estarse quietos.

Alb. ¿Gilita pero el amor?..

Gil. Mira el amor es un fuego
Que por mas que esté encendido
Nunca hace hervir el puchero;
Vamos y no hay mas que hacer;
Yo ser tu esposa deseo,
Mas si no hubiese...

Alb. ¿Pues no?
En fin el partido acepto,
Y verás que mi navaja,
Cuatro emplastos y un unguento
Harán que vayas, gachona,
En calesin por lo menos.

Gil. Asi sea.

Alb. ¡No ha de ser!
Ahora me voy corriendo
A concluir mi jornada
Y miraré á ver si acierto
A saber si llegó el novio
Para volver al jaleo.

Gil. Adios.

Alb. ¿Me das un abrazo?

Gil. Nunca adelantado juego.

ESCENA III

Gilita, Paulina.

Gil. Asi va bien, hablar claro.
Paul. Gila, todo está compuesto:
Mis Padres ya se abrazaron,
Ha habido algun manoteo;
Pero.
Gil. Callad que oigo gente.

ESCENA IV.

Dichas, D. Miguel.

Gil. ¿Que muchacho tan perfecto?
Paul. ¿A que es el novio?
Gil. Callad;
No olvideis el mandamiento.
Mig. ¿Está en casa Don Sempronio?
Gil. Si señor; y aqui estais viendo
Su hija.
Paul. Yo soy la novia.
Gil. (*ap. á Mig.*) Mirad que vais á perderos. (*Gil. le tapa la boca*).
¿Quien diré que le visita?
Mig. Don Miguel de Vasconcelos
Que viene desesperado.
Gil. ¡El Esposo!
Paul. Respiremos. (*aparte*).
Gil. ¡El novio! ¡por fin señor
Aqui estais ya! no pondero
Si digo que en esta casa
El maná sois del desierto.
Jamas ni en la vuestra propia
Podreis hallar tanto afecto.

¡ Señorita que fortuna !
¡ Que muchacho ! voy corriendo...
Voy á alborotar la casa.
Mig. Esperad... sabed primero...
Gil. ¿ Que es esperar ? pues poquito
Me riñeran si un momento...
No , señor , no ; la alegria
No tiene espera ; os protesto
Que estoy tan contenta ahora
Cual si fuera mio el juego ;
Solo un instante , un minuto
Aqui con la novia os dejo :
¡ Por Dios ! ¡ por Dios ! señorita (*bajo*).
Acordaos del decreto.

ESCENA V.

Paulina , Miguel.

Mig. ¿ Como se lo he de decir ? (*aparte*).
Cuanto , señorita , siento (*alto*).
Que en medio de tal ventura
Un acaso tan funesto... (*Paul. hace con*
¿ Mas que teneis ?.. ¿ os reis ? *ingenuidad*
¡ Como me mira !.. ¿ que es esto ? *lo que in-*
¿ Pues que no podeis hablar ? *dica el diá-*
¿ Bajais los ojos al suelo ? *logo*).
¿ Acaso sentis casaros ?
¿ No ?.. ¿ pues como ese silencio ?
¡ Válgame Dios que infortunio !
¿ Si será lo que recelo ?
¿ A qué no habla la muchacha ?
¡ Que picardia !... ¡ que enredo !
¡ Pobre Miguel ! pues á fe
Que el embuche era de peso.
Paul. ¿ Cuanto va que me desprecia (*aparte*).

Porque muda le parezco?

Mig. ¡Que lástima!

Paul. ¡Ah! pues no, no, (*aparte*).

Perdone Padre, primero
Es hacer que no se escame.
No soy muda, ni por pienso, (*alto*).
Sino que han dado esas gentes
En que por recogimiento
Porque no soy muy ladina...
Pero sabed que yo os quiero:
Que me gustais; que estoy pronta
A daros la mano luego;
Que soy muy rica... muy rica;
Pero ya llegan; callemos.

ESCENA VI

Dichos D. Sempronio, D. Longinos, D.ª Escolástica, Gila.

Semp. ¡Hijo amado de mis ojos!

Esc. Guárdeos Dios, señor yerno.

Semp. Muger, algo mas suave, (*bajo á Esc.*)
Si no quieres que empecemos
Otra vez.

Mig. Señores mios...

Semp. ¡Que bien plantado te has puesto!
¡Que galan!.. ¿y el ojo vizco?
Pues señor yo nada veo:
Sin duda fué una entruchada
De aquel fámulo perverso;
Asi son todos... ¿y Padre?
Quien duda que está muy bueno,
Siempre alegre, divertido.
Mas hombre, yo por lo menos

Creí que ayer llegarias;
¿No será que algun tropiezo?..

Mig. Pues ahí está, que es preciso...

Semp. Ya, pero cosa de empeño
No habrá sido; con que amigos
A lo que importa pasemos.
Miguel, aqui está tu novia;
Ya ves que no es mal pellejo;
Ademas es mi heredera
Y que no hay que tener miedo
Que la herencia se te afufe;
Porque en conciencia no espero
Que mi muger...

Esc. ¿Otra vez? (*enojada*).

Mig. Pero, Señor, si no puedo...

Semp. ¿Porque? ¿porque estas asi
Con este traje?

Mig. No es eso,
Sino que...

Semp. Pues en tal caso
No hay razon... hombre no pienso
Que pudieras ser capaz
De un desaire; ¿si el enredo, (*aparte*).
La maula de la muchacha
Habrá entendido?.. corriendo (*alto*).
Que asi lo exije el cariño,
Lo primerito firmemos.

Paul. Si Padre.

Semp. ¿Quieres callar?
Como hables te desheredo.

Mig. Si me quisierais oir...

Semp. Mas despacio te oiremos;
Cuando esté listo el contrato.

Long. Sin embargo yo comprendo...

Semp. Tiene razon el Señor,

Lo mejor es lo mas pronto.
Long. Pues yo acaso...
Semp. Por si acaso;
De demoras no me entiendo;
Vamos, Don Longinos, vamos,
Aparejad los arreos
Y vaya en gracia. Muchacho
Deja este encojimiento.
Mig. Pero, señor, estas cartas,
Aqueste retrato...
Semp. Bueno;
Escritos de tu Papá
Que en acabando leerémos:
El retrato que envié;
Mejor... (*á Esc.*) ayuda mostrenco,
¿No ves que quiere escapar?
Esc. Vamos, vamos, señor yerno,
Nunca creyera en V.
Tal conducta; ¿porque es ello
La niña es como una flor;
Lo demas del parentezco...
Mig. Señora, no está ahí el ajo,
Sino que es que...
Esc. Bien lo entiendo:
¿Le temeis al matrimonio?
Semp. ¡Mal tabardillo!.. Muger (*aparte*).
¿Quien te ha dado tanto ingenio
Mas lo que al niño le arredra (*alto*).
Ya lo se yo, ya lo huelo:
Una calaveradilla,
Un amorío secreto:
Esto son cosas del mundo
Que jamas montan un bledo.
El hombre en su juventud
Comete mil desaciertos,

Pero en casando...
Gil. Señor (*á Miguel*).
Ved que el bocado es de peso,
No le dejeis escapar.
Semp. ¡Vaya que eres majadero!
Mig. Digo que teneis razon, (*resuelto*).
Admito vuestro consejo,
Y pues todos lo quereis,
Venga esa pluma y firmemos.
Semp. Ya le agazapé (*lee*) » Miguel
» De Rubion y Vasconcelos » (*firma D. Semp.*)
Firmad vosotros tambien.
Mig. Despues...
Semp. A todo hay remedio;
En el mundo no hay quebranto
Que no lleve su consuelo. (*firman todos*).
Ya por fie estais casados,
Con que hija mia.
Paul. Ya entiendo,
Desde ahora podré hablar.
Semp. Has lo que quieras. No quepo,
No quepo en mi de alegria;
Que sirvan pronto el refresco
Que allá vamos; ¿ Don Longinos
Como estais tan patitieso?
¿ No tomais parte en el gozo?
Long. ¿ Pues yo en el lance que tengo?
Un notario no se inmuta
Aunque se desplome el Cielo.
¿ Es acaso cosa mia?
Si fuera un amigo, un deudo;
Pero si á mi... Señor mio
Tan aficionado á cuentos,
Oid que os voy á contar
Uno que os sirva de ejemplo

Para que nunca estrañeis
Tal sequedad.
Semp. Ya os atiendo.
Long. » Un cura muy elocuente
» Predicaba en cierto pueblo
» Un sermon con tal fervor
» Que enternecia; gimiendo,
» Los ojos llenos de llanto,
» Compungidos, sin aliento,
» Los feligreses oian
» Del buen Pastor los acentos,
» Y todos sin excepcion
» Lloraban á mas no puedo.
» Solo en medio de la Iglesia
» Un hombre flaco, alto, serio,
» Sin ademan de tristeza,
» El ojo fijo y muy seco,
» Sin perturbarse escuchaba
» Las voces del misionero.
» Admirado de esta calma,
» Arrimósele un mancebo
» Y le dijo: señor mio,
» Cuando aquí nos deshacemos
» Todos en el llanto amargo
» Que provocan los misterios
» Que el buen Religioso esplica
» ¿Como es que él solo, tan tieso,
» Sin que se le moje el ojo;
» Se está duro como un leño?
» Es que, contestó muy grave
» Y sin demudar el gesto,
» Yo no soy de esta Parroquia,
» Por esto no me enternezco.
Semp. ¿Y que Parroquia, decid,
Es pues la vuestra?

Long. El dinero.

Semp. Teneis razon; pero vamos
Nuestra dicha celebrémos:
Entrad.

Mig. ¿Señor Don Sempronio?
(*ap.*) Aqui es la mia. (*alto*). Teneos. (*muy serio*).
Antes que la fiesta empieze
Un importante secreto,
Muy grave, muy trascendente,
Yo comunicaros debo.

Semp. Hombre dí, mas sobre todo
No me pongas ese gesto.

Mig. ¿Que hora es ya?

Semp. Son las seis. (*saca el reloj*).

Mig. Pues, señores, ni un momento,
Ni un minuto me es posible
Quedarme mas.

Semp. ¿Como es esto?
¿Te quieres marchar?

Paul. ¡Pues ya!
Soy tu esposa y no te dejo:
¿Pues Gila no digo bien?

Gil. ¿Si dice bien? yo lo creo
Que por mucho que se agarre
Siempre se escapa el mochuelo.

Mig. Con que al fin ello ha de ser;
D. Sempronio sois mi suegro,
Mi muger es esta niña;
Pues señor á lo hecho, pecho.
Me he de marchar, es preciso,
Mas vereis que pronto vuelvo,
Y en tanto porque en angustia
No quiero mucho teneros,
Este arcano singular,
Este inaudito suceso,

Como no tengo valor
Para decirlo aqui mesmo,
Buscaré...

Semp. Hombre eso no;
Sin que este caso apurémos.
No has de marchar.

Mig. Pues buscad
Un hombre grave, de peso,
A quien confiar yo pueda
Las angustias de mi pecho.

Esc. ¡Válgame Dios! ¿que será?

Mig. El caso es estraño, nuevo:
¿Quereis que al señor notario
Le declare?

Semp. Desde luego;
¿D. Longinos?

Long. Yo... por mi...
Como lleve algun provecho...

Semp. Retirémonos nosotros.
¿Que vendrá à ser este enredo?

ESCENA VII.

Miguel, D. Longinos.

Long. ¿Señorito?.. me parece (*aparte*).
Que me toca ser primero
Por mi oficio, por mi edad
Y para darle un consejo.
Señorito, ya reparo (*alto*).
Que no está V. muy contento
Con esta boda: presumo
Que la niña... con el tiempo,
Y siendo V. tan galan
Tan entendido, tan... luego

Como es hermosa, y que el gato
Es de tan enorme peso....
El mundo... créame usted,
Mejor es darlo por hecho,
Y si resulta despues
Una maula, un gatuperio,
Queda la separacion,
El divorcio y el dinero.
Yo le daré á usted la mano,
Que para casos de aquestos
Soy un águila, un....

Mig. Señor,
Estais dos mil leguas léjos (*muy grave*)
De la verdad; lo que pasa
Es un acaso tremendo,
Espantoso, nunca visto,
Que hará encrespar el cabello
Al mas valiente.

Long. ¡Jesus!
Solo de escucharlo tiemblo.

Mig. ¿Dijisteis que son las seis?
Pues en este instante mesmo,
Ahora sin mas tardar
He de acudir al entierro.

Long. ¿Señor que es lo que decís?
No chanceemos con esto.

Mig. ¡Ay amigo! no creais
Que sea vicioso exceso,
O que tal vez por demencia
Aquí os aflija; harto cierto
Es el trágico accidente
Que aquí referiros debo.
Yo soy, señor Escribano,
Yo, Miguel de Vasconcelos,
Yo de la tierra famosa

Del ínclito Don Gayferos,
El que ayer llegó á Madrid
Ufano, alegre, travieso,
Y ahora ¡ay triste de mí!
Ya, por fin, Miguel ha muerto,
Y muerto sin remision
No presuma usted que es juego;
Y como sin mi asistencia
No es posible que el entierro
Se celebre, voy sin falta
A presentarme.

Long. No puedo... (*sofocado*)
La sorpresa... la zozobra...
Jamas tan terrible aprieto...
¿Si será que mis pecados...?
¿Si algun castigo del Cielo...?

Mig. ¡Amigo!

Long. ¡Ay! no me toqueis
Que vuestra mano echa fuego.

Mig. ¡Amigo! otra vez repito,
Decid, sin falta, á esos buenos,
A esos amables señores,
Contadles el triste cuento;
Decidles que fué ayer tarde,
Un accidente apoplético
A mi llegada á Madrid...
Que el hado, el destino fiero,
Sin compasion, sin piedad
Descargó ese golpe horrendo
Sobre mi pobre cabeza
Sin que quedase un remedio,
Que la muerte inexorable
Nunca le tuvo. A mi suegro,
A mi esposa idolatrada,
Porque sabed que la quiero

A pesar de su inocencia,
La prevendréis...
Long. Estad quieto;
Decid cuanto se os antoje,
pero que sea de léjos.
Mig. Añadid que sus bondades
Están fijas en mi pecho,
Y por fin aseguradles
Que sin demora, en cumpliendo
Con la obligacion que os dije
Daré la vuelta.
Long. Estoy cierto
Que si escusarlo quereis
No se enojarán por eso.
Mig. A Dios, señor Escribano
Que me voy al cementerio.
Long. De veras me hace llorar.
Dígame Vsted, señor muerto,
Vsted que viene de allá,
¿Van los Notarios al cielo?
Mig. Como allí todo es cordura,
Paz, union, descanso eterno,
Como no hay compras ni ventas,
Ni contratistas, ni empeños,
Fuera aquesta profesion
Sin provecho cuando ménos.
Adios, repito, os quedad
Que yo me voy sin consuelo.
Long. Pues decid á esos Señores,
Que aquí precision tenemos
De dar fé de los contratos,
Y así que nos dejen quietos.

ESCENA VIII.

Dicho. Don Sempronio, Doña Escolástica, Paulina, Gilita.

Long. ¡Válgame Dios! tengo un frio,
Una desazon, un miedo...
¡Va!.. no puede ser verdad;
Estará demente ó lelo.
¿Y si fuese algun vertiglo?
¡Un vampirio!.. ¿que sabemos?
Los hay que chupan la sangre..
En eso nos parecemos.
Yo no sé lo que me diga;
¿Mas quien anda aqui? ¿que es esto?
Semp. Hombre, diga usted por Dios...
Long. ¡Ay que susto! ¿con mas tiento
No pudiera usted salir?
Semp. ¿Que tiento, ni que meneo?
Diga usted lo que pasó;
¿Que le sucede á mi yerno?
Long. Es una cosa que pasma, (*con énfasis*)
Un nunca visto portento,
Un...
Semp. ¡Hombre de Barrabás?
Decid pronto.
Long. Que se ha muerto.
Semp. ¿Que es lo que decis?.. ¡por Dios!
Esc. Don Longinos, no juguemos,
Que en hablando de difuntos
Se me retraen los nervios.
Paul. Padre, no le crea usted;
¿Como habia de ser cierto
Si estaba tan colorado,
Tan..?

Semp. Digo que no comprendo
Como en tan pocos instantes....
Gil. Los notarios tienen eso,
Que como hablan en latin
A veces truecan el testo.
Long. ¿Que latin, ni que francés?
Pues yo en romance os protesto
Que murió; ¿si me lo ha dicho,
Si de su boca el aserto
He recibido yo aqui?
Semp. Pues señor, otra te pego;
Si nos querrá persuadir...
¿Pero donde le habeis puesto?
Long. ¿Puesto, decís? ¡pues! ¡ya escampa!
Mirad: por aquel agujero.
Por la lumbrera de arriba
Se me escapó.
Esc. ¡Santos cielos!
¡Señor, por amor de Dios!
¡Don Sempronio que me muero! (*se sienta*)
Semp. Mira muger... Don Longinos
Aquesta chanza acabemos;
Ved que la estais asustando.
Long. ¿Pues no he sido yo el primero
Que me asusté? no señor,
No hay tal chanza; ese mancebo
Es un difunto que vuelve,
Porque así lo quiere el cielo.
Conmigo habló largo rato;
Me contó el triste suceso
De su muerte; fué ayer tarde,
Y se marchaba al entierro.
¡Si vieran ustedes el pobre
Cual se ponia! los huesos
Le crujian con un ruido!..

Luego por el ojo izquierdo
Le iba saliendo un humo
Que apestaba.
Gil. Presto, presto,
Que se muere la señora.
Paul. ¡Madre!
Semp. ¡Muger!
Long. Yo primero,
Lo mismo que aqui os sucede,
Lo confieso, tuve miedo;
Pero despues...
Semp. Señor mio,
Estas bromas no consiento,
Que tiene malas entrañas
El que juega con los muertos.
Long. ¿Es broma? ¡pues no está mala
La aprension! digo que es cierto;
Y enfin para asegurarlo
Doy fé, que es como ponerlo
Entre las cosas sagradas.
Por lo demas, muy atento;
Hablamos de los Notarios;
Me dijo que allá, en el cielo,
Como es profesion tan útil
Los tienen en mucho aprecio.
Luego me dió para todos
Mil amistosos recuerdos,
Me dijo que volveria.
Esc. ¿Sempronio, lo estás oyendo?
¡Que volverá!
Paul. Pues yo, madre,
Aunque vuelva no le temo;
¡Si es tan guapo!.. ¡tan galan!
Semp. Don Longinos, ¡por San Pedro!
¿Entrasteis en la bodega?

Long. Esto es perderme el respeto;
Y sino fuera que sois,
Tan estremoso, tan viejo,
Y sobre todo tan rico,
Ya os metiera yo el resuello.

ESCENA IX.

Dichos. Alberto.

Alb. ¡Ay Señores! ¡que desgracia!
Saben ustedes el suceso..
Semp. ¡Santa Quiteria me valga!
Otro susto: ya no tengo
Aguante para sufrir
Tan continuos contratiempos.
Alb. Yo bien quisiera evitar...
Pero si al fin.
Semp. Dí: ¿que es ello?
Alb. Por la concepcion Gerónima,
Iba yo listo, y corriendo,
Así... como vamos siempre
Los infelices barberos,
Cuando ví un tropel de gentes
En el meson de los huevos,
Mirando á un pobre difunto
Que llevaban al entierro;
Estaban las cofradías,
El cura... yo, sin objeto,
Por curiosidad tan solo,
Pregunté quien era el muerto.
Pensad como quedaria
Al oir que me dijeron:
¡Es una lástima! un mozo
Bien parecido; un gallego

Que acababa de llegar;
Don Miguel de Vasconcelos
Se llamaba... ¡pobre chico!
¡Él venia tan contento!
¡Ya se ve, si iba á casarse!
La hija de un buen sugeto,
De un Don Sempronio del Soto
Era la nobia... ¡la pobre!
¡Como estará!

Semp. ¿No hay mas que eso?

Alb. ¿Acaso es moco de pabo?

Semp. Pues acá ya lo sabemos,
Y lo que tiene mas gracia
Es que el Miguelito mismo
Nos lo ha dicho.

Alb. ¿Vivo?

Semp. Muerto;

Alb. ¿Pues no dices que le has visto?
Lo mismo que ahora os veo;
Con su mortaja, sus luces,
Y lo ha visto todo el pueblo,
Porque estaba ya en la calle
Y el mozo del carpintero
Clavaba....

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. Miguel vestido de negro.

Mig. Ya estoy de vuelta
Despues de un deber funesto...

Semp. ¡Santa Bárbara!

Esc. ¡San Blas!

Gil. ¡San Gil!

Long. ¡San Judas Tadeo! (*todos se agrupan á un lado*)

Alb. ¿Señores que viene á ser...?
Gil. ¿Pues no lo vés? es el muerto.
Alb. ¡Jesus! ¡y que barbas tiene!
Paul. Pues yo bien liso le veo.
Semp. Mira, muchacho, ¡por Dios! (*á Mig.*)
Si acaso estás padeciendo,
Si quieres algun sufragio
Y te faltase dinero,
Vuélvete sin dilacion
Que desde ahora prometo...
Mig. Lo que me falta Señor,
Es vuestro apreciable afecto,
Es el amor de mi esposa.
Paul. Yo por mí....
Gil. ¿Que estais diciendo?
¿Quereis marcharos con él?
¿Y si os llevase al Infierno?
Semp. Como no fuese otra cosa
Nada tendria de nuevo,
Pues cuantos sin ir allá (*mirando á su muger*)
En el mundo le tenemos.
Mig. Enfin amigos, cesad,
Salid de ese error grosero;
Yo estoy vivo.
Long. No hay tal cosa.
Alb. ¡Que muerto tan embustero!
¿Pues si os ví en el ataud?
Mig. Don Sempronio, estadme atento,
Llegad, yo os lo contaré.
Semp. Pues, señor, temblando llego;
En tanto rezad vosotros
Algun conjuro.
Mig. El suceso
Que os tiene tan aturdidos
Es un natural evento,

Que vos tan solo señor, (*poco á poco to-*
Habeis enredado; es cierto, *dos se le van*
Que Miguelito murió, *arrimando*)
Que ese Miguel era el yerno
Con quien de esa hermosa niña
Tratasteis el casamiento:
Mas aquel mi primo fué, (*triste*)
¡¡Mi amigo!.. ¡mi compañero!
Iguales en apellidos
Pues dos hermanos tenemos
Por padres, por un acaso
Los mismos nombres nos dieron.
Las madres eran tambien
Hermanas, cosa por cierto
Que á cada paso en el mundo
Sin admiracion la vemos.
Llevóme el bueno del primo
A que viera sus deseos
Cumplidos, y le sirviera
De padrino; ¡mas el cielo (*enjuga una*
No quiso que aquesta dicha *lágrima*)
Fuera suya! sin recelo,
Sin que hubiera algun indicio,
Un accidente tremendo
Ayer le dejó sin vida
Al llegar á aqueste pueblo.
Long. Casualidad. (*friamente*)
Mig. No seria,
Que el acaso es siempre efecto
De una causa que se ignora
Y que de Dios es secreto.
Enfin enjugado el llanto (*serenándose*)
De tan fuerte sentimiento,
Yo vine á participaros
Esta desgracia, á traeros

De aquel infeliz amigo
Las cartas, los documentos;
Mas vos no quisiste oir,
Me quitasteis todo medio
De anuuciaros la verdad,
Hasta, que á la postre, viendo
Que instabais con tal teson,
Y que es la niña un portento
De belleza y de candor,
Yo que no tengo otro empeño,
Por fin me allané á cumplir
Por mi primo.
Semp. ¿Y hasta el muerto
Por él hiciste tambien?
Mig. La ocasion me hizo maestro;
Mas yo solo lo indiqué;
Hablé en estilo indirecto,
Ambiguo, y me salió bien;
Don Longinos hizo el resto
Pues le dió todo el sentido
Que procuraba el deseo;
Repase lo que le dije
Y encontrará que no miento.
Long. No lo creais, no señor,
No fuí yo.
Semp. ¿Pues quien?
Long. El miedo.
Semp. Enfin que le hemos de hacer,
Ya el mal no tiene remedio;
Y como haya por tu parte
Algun caudal...
Mig. Aqui es ello,
Que de un pobre segundon
Yo soy el hijo tercero.
Semp. ¿Porque no te bajas mas?

Este es son de otro pandero.
Paul. No... pues, padre mire usted,
Yo... por mí no me detengo
En que sea rico ó pobre.
Pues primero es lo primero.
Semp. Pero ven acá, Miguel,
Siquiera algun caudalejo,
Una rentilla... con tal
Que tuvieras un empleo...
Mig. Estoy estudiando ahora.
Semp. ¡Malo amigo! ¡malo es eso!
El estudio y el caudal
Rara vez migas hicieron.
Ya ves que no puede ser;
Ello, es verdad, yo lo siento,
Mas para darla á un pelon
Siempre habrá sobrado tiempo.
Esc. Mira, Sempronio, el muchacho
Es sabido, y me prometo
Que su mucha aplicacion...
Ya ves yo; ¡Cuantos consejos!
¡Cuantas veces te han valido
Mis aciertos, mis talentos!
Y enfin tú tienes la culpa,
Tú tuviste el empeño;
Con que despues que en la boca
A los niños les has puesto
La miel, no será acertado...
Semp Pero, muger, ¿lo estás viendo?
¿Si no tiene el infeliz
Con que hacer cantar un ciego?
Yo ya vés que blando soy,
Mas....
Long. Oídme, señor bueno:
» Llamaron para un avaro

» Cierto médico travieso,
» Y al pagarle, una peseta
» Roida y falsa le dieron;
» Notólo el Galeno astuto
» Y el dia despues, volviendo,
» Envuelta en una pastilla
» Se la dió como remedio;
» Tomad, le dijo, es calmante,
» Que os pondrá al instante bueno,
» Y sin esperar respuesta
» Se la encajó en el garguero.
» El pobre se atragantaba,
» Arrugaba el entrecejo,
» Hasta que al fin con trabajo
» Le dijo: amigo, no puedo,
» No puedo hacerla pasar.
» Ni yo tampoco; muy serio
» Respondióle el pulsador;
» Ensanchar el tragadero,
» Y pues que vuestra es la maula,
» Engullirla y buen provecho."

Semp. Amigo, teneis razon;
A tal evidencia cedo.
Muchachos no se hable mas;
Casaos, sed siempre buenos;
Y si algun padre supiese (*al público*)
Que sufro tal escarmiento,
Para andar mas comedido
Acuérdese de este egemplo.

FIN

En la misma librería de Torner se halla el siguiente surtido de piezas dramáticas.

Treinta años, ó la Vida de un Jugador, drama trágico en tres jornadas, escrito en frances por Victor Ducange, y traducido al castellano por Don José Ulanga y Algocin.

Quince años, ó efectos de la perversion, drama dividido en tres piezas.

Diez años. El Cerragero de S. Pol; ó sea la boda, el bautizo y el entierro: melodrama en tres actos.

Las diez de la noche, ó funestos efectos de una revolucion: drama histórico en seis actos.

El mendigo de Bruselas, ó el descubridor de sí mismo: melodrama en tres actos.

La Hija del Portero: drama en tres actos.

La Casita aislada, ó la Pupila: comedia en tres actos.

La Novia de sesenta y cuatro años, ó sea una lotería: comedia nueva en tres actos.

La perversidad fraternal: comedia en tres actos.

El Heredero y los calaveras parásitos: comedia en tres actos.

Amor duende ó cual es Mendoza: comedia en un acto, escrita en redondillas por D. Wenceslao Ayguals de Yzco.

Derú ó sea el asesino de tres caras: melodrama en tres actos.

Luisa ó el desagravio: comedia en dos actos, traducida libremente del frances por A. G.

Juan ó No hay mal que por bien no venga: drama en cuatro actos.

La Espía Americana; comedia en tres actos en verso de varios metros, por A G.

Los Estremos ó el poder de la razon, comedia original en un acto y en verso; por A. G. Escrita de intento, en celebridad de la jura de S. A. R. la Serenísima Señora Princesa de Asturias.

La Heredera: comedia en un acto en prosa original de Escribe y G. Delange, y traducida del frances por J. A. T.

La Metromania, comedia en cinco actos, traducida del frances por Y. de L.

La Xaira, tragedia en cinco actos y en verso.

Numancia destruida: tragedia por D. Ignacio Lopez de Ayala.

La Dama Blanca, comedia en tres actos en prosa.
La Zorayda, tragedia en tres actos por D. Nicolas Alvarez de Cienfuegos.
Pelayo, tragedia en cinco actos, refundida por D. Manuel José Quintana.
Atala ó los amores del desierto: tragedia en cinco actos.
La Condesa de Castilla: tragedia en tres actos por D. Nicolas Alvares Cienfuegos.
Los Hermanos á la prueba: drama en tres actos en prosa.
Los asesinos de Florencia, ó la quinta de Peluzzi: drama en tres actos.
Llorar por los muertos y suspirar por los vivos, ó las lágrimas engañadoras de una viuda: comedia en tres actos
Eduardo y Federica, comedia en tres actos en prosa.
El bosque peligroso, ó los ladrones de la Calabria: comedia en tres actos nuevamente arreglada para uso de los teatros españoles.
Médico á palos: comedia en tres actos en prosa, imitada por I. C. de la que escribió en frances con el título de el Médico por fuerza J. B. Moliere.
Las Herrerias de Maremma.
El Leñador Escoces, comedia en tres actos en prosa por C. P. M. S.
Caprichos de Federico 2°, ó el Baron de Felchein, comedia nueva en tres actos.
El Fiscal de su delito, juez sordo y testigo ciego; comedia en cinco actos en prosa, traducida del frances al castellano.
Polder ó el Verdugo de Amsterdam.
Los dos Valdomiors, comedia en tres actos y en prosa.
La vieja y los dos calaberas, pieza en un un acto.
Una tertulia á la derniere, pieza en un acto.
¡Oh que apuros! ó el novio en mangas de camisa, pieza en un acto.
Titó y doña Paca, ó el viage de la fortuna: pieza bilingüe en un acto.
Nise ó el candor premiado. Comedia en un acto; traducida del frances en verso, y adaptada al teatro español por, A. G.
Amor y honor ó los estragos de las pasiones, drama trágico en tres actos por A. G.



